
Ernesto Che Guevara

I. Lavretski

Índice

EL CAMINO HACIA EL “GRANMA”.	1
Los primeros pasos.	1
Formación del carácter.	10
La batalla perdida.	17
“Granma”.	27
SIERRA MAESTRA.	34
Combates en las montañas.	34
Vida de guerrilla.	44
De Santa Clara a la Habana.	53
¡PATRIA O MUERTE!	63
En el torbellino de la revolución.	63
El mundo del socialismo.	74
Construyendo la nueva sociedad.	84
"¡Cuba, si! ¡yanquis, no!"	89
EL DIARIO DE BOLIVIA.	94
Desaparición misteriosa.	94
Campamento en el río Ñancahuazú.	105
Nuevamente retumba la batalla...	113
Del otro lado de la barricada.	126
La causa inmortal de la revolución.	132

ERNESTO CHE GUEVARA

EL CAMINO HACIA EL “GRANMA”.

Los primeros pasos.

Pregunta: ¿su nacionalidad, su origen?..

Respuesta: Bueno, usted sabe -es una cosa pública y notoria-, nací en Argentina.

(De la entrevista dada por Ernesto Che Guevara al corresponsal de la revista mexicana Siempre en septiembre de 1959).

Es una noche de febrero de 1969. Estamos en la casa de Alberto Granados, en el suburbio habanero de Miramar. Alrededor de la mesa, don Ernesto Guevara Lynch, Alberto y yo. De vez en cuando se nos acerca Julia, venezolana, esposa de Alberto. Rememoramos los años de la infancia y la juventud del Che.

Fuera se ha desatado una lluvia torrencial. Ríos de agua se descargan sobre la ciudad. A través de las persianas relampaguea. Truena. Da la impresión de que muy cerquita retumban cañonazos. y uno piensa instintivamente: qué bien se está con ese mal tiempo bajo techo, y cómo lo pasará un hombre sorprendido por el aguacero en el monte o en la manigua.

Los científicos dicen que el trópico es triste, pero también es amenazador. Es difícil vivir en el trópico, y con frecuencia, peligroso. Aquí, para procurarse el sustento también hace falta valentía, tenacidad, una voluntad férrea, ingenio y, por supuesto, suerte.

El padre del Che tiene cerca de setenta años: mediana estatura, bien parecido. Tras los cristales de la armazón de Carey brillan sus ojos pícaros. Habla con el acento típico en la gente del Plata, por el que se reconoce en seguida al argentino. Como buen argentino o uruguayo, repite con frecuencia la interjección “che”. Los entendidos afirman que los argentinos tomaron su “che” de los indios guaraníes, en cuya lengua significa “mío”. Pero entre la gente del Plata, según sea la entonación o el contexto, el “che” expresa toda una gama de “pasiones humanas”: asombro, entusiasmo, pena, ternura, aprobación y protesta.

Por su marcada afición a este vocablo, los rebeldes cubanos le pusieron el nombre de Che a Ernesto Guevara, hijo de don Ernesto. Con el tiempo éste se convirtió en su seudónimo de batalla,

fundiéndose con su nombre y apellido originales. Tanto en Cuba como en todo el mundo se hizo famoso como Ernesto Che Guevara.

Una vez derrocado Batista, y siendo Guevara Director del Banco Nacional de Cuba, firmó “Che” en los billetes de nueva emisión, provocando la indignación de los contrarrevolucionarios.

Cierta vez, ya después del triunfo de la revolución cubana, le preguntaron qué opinaba de su nuevo nombre, y contestó: “Para mí “Che” significa lo más importante, lo más querido de mi propia vida. ¿Cómo podría no gustarme? Todo lo anterior, el nombre y el apellido, son cosas pequeñas, personales, insignificantes”.

- Para comprender cómo mi hijo llegó a ser el comandante Che, uno de los líderes de la revolución cubana, y qué es lo que le llevó a las montañas de Bolivia -me dice don Ernesto- tengo que descender el telón del pasado y contarle la historia de nuestra familia. Por las venas de mi hijo corría sangre de los insurrectos irlandeses, de los conquistadores españoles y de los patriotas argentinos. Por lo visto el Che heredó algunos rasgos de nuestros inquietos antepasados. Había algo en su carácter que lo impulsaba a emprender largos viajes, aventuras peligrosas, a hacer suyas las nuevas ideas.

Yo también fui muy inquieto en mi juventud. Primero tuve una plantación de hierba mate en la lejana provincia argentina de Misiones, en la frontera con Paraguay. Después construí casas en Buenos Aires, en Córdoba y en otras ciudades de mi país. Fundé compañías de construcción y con frecuencia quebré. Y no acumulé fortuna. No sabía enriquecerme a expensas de los demás, por eso los demás se enriquecían a expensas mías. Pero no lo lamento. Porque en la vida lo principal no es el dinero, sino tener la conciencia limpia. Aunque mis asuntos financieros nunca fueron brillantes, mis cinco hijos cursaron estudios superiores y, como se dice, se abrieron camino en la vida. Del que más orgullo siento es, por supuesto, de Ernesto. Fue un verdadero hombre, un auténtico luchador.

Bebemos café caliente, un “tinto” puro preparado por Julia según receta venezolana.

- Lamento no poder convidarlo con un mate - dice Alberto-; por este maldito bloqueo no es tan

fácil recibir hierba de la Argentina.

El “tinto” tampoco es mala bebida en una noche de mal tiempo, sobre todo si en la mesa, junto al “extra-seco” hay una botella de vodka.

Leo un reproche en la mirada de Julia: su marido padece del hígado, y los médicos le prohibieron las bebidas alcohólicas.

- Confieso que a mí me gusta tomar una copita - se justifica Alberto-, en cambio al Che no le gustaban las bebidas fuertes. Desde joven se aficionó a los cigarrillos antiasmáticos, pero en Cuba se pasó a los cigarros, al “tabaco”. En realidad, era un entendido en buenos “tabacos” y fumaba casi constantemente.

- Pues bien, amigo -retomó el hilo don Ernesto-, como le decía, debemos ahondar en la historia. A usted, como historiador, esto le resultará muy útil. Cuando se derrocó a Batista y el Che se convirtió en una celebridad, los diarios empezaron a escribir muchas invenciones sobre él. Algunos periodistas inclusive ponían en tela de juicio que fuera argentino. Otros afirmaban que era un ruso que se hacía pasar por argentino. Pero nosotros somos argentinos, y de pura cepa, de los que no hay muchos en nuestro país. Por línea paterna, el Che era argentino en duodécima generación, y por línea materna, en octava. Sería difícil encontrar en mi país una familia argentina más antigua que la nuestra. Empezaré por nuestros antepasados. Siguiendo la costumbre española, usamos dos apellidos. Yo soy Guevara por mi padre, y Lynch por mi madre. Los antepasados de mi padre, españoles, se radicaron en la Argentina ya en la época colonial¹, en la provincia de Mendoza, limítrofe con Chile, y se dedicaron a la agricultura. Como usted sabe, naturalmente, a comienzos del siglo pasado Mendoza fue base para el ejército de nuestro libertador, el general José de San Martín. Bajo su mando fue derrocada la dominación española en la Argentina. El ejército de San Martín cruzó de Mendoza a Chile, expulsando también de allí a los españoles, luego liberó Lima, capital del virreinato del Perú. Entretanto, en la Argentina se desató la guerra civil. San Martín se vio obligado a retirarse. Las tropas gran colombianas, mandadas

¹ El Che, por su parte, no concedía la menor importancia a su genealogía, y si la recordaba, sólo era en tono de broma. En 1964, en una carta enviada a cierta señora María Rosario de Guevara, de Casablanca, quien le preguntaba de dónde eran sus antepasados, Che le contestó: “Compañera: De verdad que no sé bien de qué parte de España es mi familia. Naturalmente, hace mucho que salieron de allí mis antepasados con una mano atrás y otra adelante; y si yo no las conservo así, es por lo incómodo de la posición. No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si Ud. es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es mucho más importante”.

por Simón Bolívar y por el mariscal Sucre, dieron cima a la liberación del Perú.

La guerra civil en la Argentina terminó en 1829, apoderándose del poder en Buenos Aires el general Juan Manuel de Rosas, criatura de los ricos ganaderos bonaerenses. Eliminó despiadadamente a sus adversarios, acabó con familias enteras y se apoderó de sus bienes. Permaneció en el poder 23 años.

Huyendo de las persecuciones de Rosas, en 1840 partieron de Mendoza a Valparaíso mi abuelo paterno, Juan Antonio, y su hermano José Gabriel Guevara. Rosas confiscó sus tierras. Junto con ellos huyó a Chile su vecino el teniente Francisco Lynch. El coronel Lynch y Arandia, padre del teniente, fue muerto por orden del tirano. Las tierras de los Lynch también pasaron a manos de Rosas.

El fundador de la rama argentina de los Lynch fue el irlandés Patrick, o Patricio, como lo llamamos nosotros, quien participó en la lucha liberadora contra el dominio inglés. Patricio les jugó más de una mala pasada a los ingleses. Lo perseguían, huyó a España, y, desde allí, a la Argentina o, como entonces la llamaban, a la Gobernación del Río de la Plata. Allí se casó con una criolla rica, heredera de una gran hacienda ganadera en Mendoza. Lo que le cuento ocurrió en la segunda mitad del siglo dieciocho, en el período de la dominación española.

Acuérdese de esto, amigo: Francisco Lynch fue mi abuelo materno. Y escuche ahora lo que sucedió después. En busca de trabajo, Francisco Lynch recorrió todo Chile, llegó hasta el Estrecho de Magallanes, confín de nuestro continente. Luego se le ocurrió ir al vecino Perú, donde enfermó de cólera. Del Perú se dirigió al Ecuador, y allí contrajo la viruela. De Ecuador retornó a Valparaíso, donde se encontró otra vez con los hermanos Guevara.

Por aquellos tiempos residían en Valparaíso muchos argentinos refugiados, enemigos de Rosas. Entre ellos, los escritores Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, más tarde presidentes de la Argentina, Juan Bautista Alberdi, notable demócrata de nuestro país, partidario y propagandista de los utopistas franceses. Denunciaban los crímenes de Rosas en la prensa local, proyectaban conspiraciones contra él. Pero en aquel entonces Rosas estaba bien firme en su sillón presidencial, y las tentativas de derrocarlo terminaban con la muerte de los audaces.

Una vez -esto fue a principios de 1848-, estaban Lynch y los hermanos Guevara, junto con Sarmiento, en un café de Valparaíso discutiendo las últimas noticias argentinas, cuando llegó corriendo el compatriota José Carreas y les comunicó algo sensacional: ¡en California se habían descubierto unas minas de oro fabulosas! Carreas les propone

emprender inmediatamente viaje hacia California. El “vil metal” permitiría armar a los patriotas y derrocar a Rosas.

Los contertulios interpretaron de distinto modo la proposición de Carreas. Sarmiento dijo: “Antes de que lleguen a California el filón de oro se agotará, y tendrán que volver a Valparaíso con las manos vacías”.

Pero la juventud es confiada y despreocupada. ¡Qué es para ella el consejo de los mayores, cargados de experiencia! Francisco Lynch y los hermanos Guevara se contagian de la “fiebre del oro” y están dispuestos a partir para California inmediatamente.

Semanas más tarde, los futuros millonarios ya navegaban en un bergantín de dos mástiles rumbo a San Francisco, a donde arribaron en el invierno de 1848. Por cierto, muchos chilenos siguieron entonces la misma ruta. Lo que hubieron de pasar en tierras extrañas nos lo cuenta Pablo Neruda en su dramática cantata “*Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta*”.

En San Francisco reinaba un desorden indescriptible. La ciudad estaba atestada de buscadores de oro de todos los países, razas y pueblos. Pasó cierto tiempo hasta que nuestros navegantes pudieron vender su bergantín y marchar a Sacramento, valle de promisión, donde -ellos estaban seguros- les esperaban tesoros incalculables. Sin embargo, no todos fueron a Sacramento. Lynch ancló en San Francisco. Allí conoció a la joven chilena Eloísa Ortiz, viuda del marino inglés Andrige, se enamoró y se casó con ella. La alternativa era dejar a la joven esposa en San Francisco e irse él con los buscadores de oro o, quizá, llevársela consigo. Pero ambas cosas le parecieron igualmente arriesgadas. Lynch era un auténtico caballero y decidió quedarse en San Francisco para probar suerte allí. La fortuna le acompañó. Abrió en San Francisco el Salón “Placeres de California”, que se convirtió para él en un verdadero filón de oro.

Del matrimonio de Lynch con Eloísa Ortiz nació en California una hija: Ana. Acuértese, amigo, que Ana Lynch Ortiz es mi madre, la abuela del Che.

- ¿Y qué pasó con los hermanos Guevara?

- ¡Oh, eso fue una verdadera odisea! Juan Antonio y José Gabriel Guevara no tuvieron suerte. Está visto que jamás seremos millonarios. El terreno que les tocó en el valle de Sacramento estaba “vacío”. En un año lo cavaron a lo largo y a lo ancho, lavaron toneladas de arena, y todo en vano: allí había tanto oro como en el fondo de esta copa. Pero, como se dice, no hay mal que por bien no venga. Nuestros buscadores de oro regresaron a San Francisco furiosos y agotados. Lynch los amparó, les dio trabajo en el Salón “Placeres de California”. Allí conocieron a don Guillermo de

Castro, aristócrata del lugar, casado con la nieta de Peralta, grande de España, ex virrey de la Nueva España, hoy México, al que los yanquis le arrebataron California. Guillermo de Castro poseía numerosas haciendas, e incluso le pertenecía el Gran Cañón del Colorado.

No crea, amigo, que le estoy contando fantasías ni que todo esto no tiene relación con la cuestión que le interesa. Por el contrario. Se convencerá ahora que Guillermo de Castro y su señora, nieta del virrey Peralta, tienen mucho que ver con su seguro servidor y, por lo tanto, con el Che. Los hermanos Guevara agradaron a don Guillermo, quien los designó administradores de su rancho ganadero “San Lorenzo”, cerca de la actual ciudad de San Diego. Y no se equivocó, porque mis abuelos conocían a la perfección la ganadería. Tampoco erraron el tiro los hermanos Guevara al aceptar la proposición de don Guillermo, pero salió ganando especialmente mi abuelo Juan Antonio, ya que en el rancho “San Lorenzo” le esperaba la verdadera felicidad. Conoció a Concepción, hija única de don Guillermo. Los jóvenes se enamoraron y, donde hay amor hay boda. Por lo menos, así era en aquellos viejos y buenos tiempos. Don Guillermo estaba satisfecho de haber casado a la hija con un argentino de sangre española. Y el casamiento hizo a mi abuelo heredero de todos los bienes de Guillermo de Castro, incluido el Gran Cañón. Me apresuraré a decirle que todas esas tierras, junto con el Gran Cañón, fueron después apropiadas, de un modo fraudulento, por las autoridades norteamericanas. Nuestra familia sostuvo pleito contra ellas durante largo tiempo. La causa llegó hasta el Tribunal Federal Supremo, pero éste apoyó a las autoridades y tuvimos que pagar los gastos de juicio, que en aquel entonces ascendían a una suma fabulosa. Pero, no hay que lamentarlo. Si nos hubieran devuelto las tierras, quizá el destino de nuestra familia hubiera tomado un cauce distinto, y en lugar del heroico comandante Che, que entregó su vida por la libertad de América, viviría en algún lugar del mundo, bañándose en el lujo y la abundancia, un ocioso más...

Usted ya habrá adivinado que mi abuelo Juan Antonio y mi abuela Concepción tuvieron un hijo. Así fue. Nació en Estados Unidos y lo llamaron Roberto. Fue mi padre. Por lo tanto, igual que mi madre, nació ciudadano de Estados Unidos de América. ¡Vea qué sorpresas nos depara a veces la historia! Pero para que yo apareciera en el mundo fue necesario que mi padre Roberto Guevara, hijo de Juan Antonio y Concepción de Castro, se hubiera casado con Ana Lynch, mi madre, hija de Francisco Lynch y de Eloísa Ortiz. Eso ocurrió 26 años más tarde, en las siguientes circunstancias.

En la Argentina se dice: “A cada chancho le

llega su San Martín.” Le llegó uno a Rosas. En 1852 contra él se alzó el general Justo José de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos. Se le sumaron todos los adversarios del tirano, todo el pueblo. Rosas fue derrocado, y sobre la Argentina volvió a soplar el viento de la libertad. Cuando esas buenas noticias llegaron a San Francisco, a California, ya nada pudo detener a mi abuelo y a su hermano del regreso inmediato a casa.

Contados días duraron los preparativos. Un barco los llevó rápidamente de San Francisco a Valparaíso, de allí cruzaron la cordillera y llegaron a su Mendoza natal. El nuevo gobierno, por supuesto, les devolvió las tierras expropiadas por el tirano Rosas. Al fin su vida retomaba su curso normal.

Usted querrá saber qué ocurrió con Francisco Lynch, dueño del Salón “Placeres de California”. Ahora verá. Lynch permaneció lejos de su patria aún un cuarto de siglo. ¿Por qué? Vaya uno a saberlo. Quizás le retuvieron los negocios o lo atajó su numerosa familia. Doña Eloísa, su esposa, le dio, ni más ni menos, que diecisiete hijos. Pero California es California, y la patria es la patria. Y aunque los diecisiete hijos de Francisco Lynch habían nacido en Estados Unidos, al ex teniente del ejército argentino, al fin y al cabo, le tiraban irresistiblemente sus pampas. Por los años del 70 vendió el Salón y regresó con todo su clan a la tierra de sus antepasados, a Mendoza, donde se instaló nuevamente en su hacienda, vecina a la de sus amigos, los hermanos Guevara.

Fácil es imaginarse la alegría con que acogieron mis abuelos el retorno de los Lynch. Roberto, mi padre, había cumplido veintiséis años, y Ana, la hija mayor de los Lynch, le llevaba un año, pero todavía no estaba casada. Parecía que los dos habían vivido esperando ese encuentro. Se casaron y tuvieron once hijos. El sexto resultó su seguro servidor, Ernesto Guevara Lynch.

Mi padre era agrimensor diplomado. Tenía un cargo oficial bastante importante: presidía la Comisión Gubernamental de Demarcación de Límites con Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Siempre estaba viajando, negociando con nuestros vecinos. Puede decirse que las actuales fronteras de la Argentina fueron fijadas con su participación directa.

Ahora, amigo, permítame decida unas palabras sobre mí mismo. Estudié en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Buenos Aires, pero con intervalos, porque debía trabajar. De las antiguas haciendas de mi abuelo sólo me había quedado el recuerdo. Mi padre era uno de sus muchos hijos, y nosotros, como ya le dije, éramos once hermanos. Esto puede explicarle por qué no vivíamos de renta. Y muy bien, porque ninguno de nosotros se convirtió en parásito.

- Dígame, don Ernesto, ¿no es pariente suyo el célebre escritor argentino Benito Lynch, autor de *Los caranchos de “La Florida”*?² ¿Sabe que está traducido al ruso?

- Benito, nieto de don Francisco Lynch, era primo mío. En general, tengo infinidad de parientes, y de toda clase: ricos, de la clase media, inteligentes, tontos, famosos y desconocidos; revolucionarios y reaccionarios. El almirante Lynch, primo mío, fue embajador de la Argentina en Cuba poco antes de que mi hijo llegara a ese país. Entre los Lynch hay incluso una rama alemana. Una de mis tías, hija de don Francisco, se casó con su profesor de música, que era alemán, y nos “estropeó” la genealogía. Los vástagos de este matrimonio fueron adeptos del paranoico Hitler. Y yo toda la vida fui un enemigo declarado del nazismo y el fascismo, posición que compartieron mi esposa y todos mis hijos. Por los años del 30 nuestra familia participó en el movimiento argentino contra el fascismo y el antisemitismo, en el movimiento de ayuda a la España republicana, y durante la segunda guerra mundial, en el movimiento de solidaridad con los aliados, en particular con la “Francia Libre” degaullista, por la que sentíamos entonces especial simpatía.

Mi señora, Celia de la Serna y de la Llosa, con la que me casé en 1927, también pertenecía a una antigua familia argentina. Hasta éramos parientes lejanos.

Juan de la Serna, tío de Celia, estaba casado con una tía mía, hija de don Francisco Lynch. Juan Martín de la Serna, padre de Celia, era abogado, y pasó a la historia argentina como fundador de la ciudad de Avellaneda, contigua a Buenos Aires. Hoy Avellaneda es un gran centro industrial, donde están nuestros famosos frigoríficos. “Nuestros” relativamente, porque son propiedad de Swift, Armour y otras compañías inglesas y norteamericanas. Sin embargo, no dudo que tarde o temprano estos frigoríficos pasarán a ser propiedad del pueblo argentino, al que ya hace mucho que pertenecen por derecho.

Debo mencionar que en la familia de mi esposa Celia también hay un grande de España. No crea que ella o yo estuviésemos muy orgullosos de eso. Pero los hechos no deben ignorarse.

- En ruso, don Ernesto, se dice: “De la canción la letra no arrojes”.

- A eso me refiero. Se trata del general José de la Serna e Hinojosa, último virrey del Perú. Sus tropas, precisamente, fueron las derrotadas por el mariscal gran colombiano Sucre en la memorable batalla de Ayacucho.

- ¡Don Ernesto! El nombre del general José de la Serna lo recuerdan Marx y Engels en el artículo

² Benito Lynch (1885-1951), escritor argentino; sus libros han sido traducidos al ruso y editados en la URSS.

*Ayacucho*³, en el que describen los pormenores de esta batalla histórica, que puso fin a la guerra de quince años por la liberación de América Latina.

- Lo oigo por primera vez aunque no me asombra, porque Marx y Engels fueron sabios universales, que se interesaban por los acontecimientos más importantes de su siglo, y la batalla de Ayacucho, que afianzó definitivamente la lucha de nuestros patriotas por la independencia, no podía por menos de atraer su atención.

Pero volvamos a Celia, mi esposa. Era una mujer independiente, que no daba importancia a los convencionalismos de nuestra casta aristocrática. Le interesaba la política; ante cada problema tenía su juicio personal, audaz y original. Y eso, pese a que se educó en un colegio católico. O quizá precisamente por eso, ya que Voltaire y Fidel Castro también estudiaron en colegios de jesuitas, con las consecuencias conocidas. En cuanto a la religión, Celia y yo estábamos completamente de acuerdo. No íbamos a la iglesia nosotros ni nuestros hijos. Celia en su juventud había participado en el movimiento feminista, luchó por el derecho de voto para las mujeres. Fue una de las primeras mujeres de la Argentina que se sentó al volante de un automóvil, y hasta se atrevió a conducir, contraviniendo todas las reglas, por la calle Florida, por la que sólo se permite pasar a los peatones; fue una de las primeras mujeres en mi país que se cortó las trenzas y comenzó a firmar con su nombre los cheques bancarios. En aquellos años su conducta indignaba a los aristócratas, la consideraban extravagante, excéntrica. Pero lo que chocaba a los demás en ella, me gustaba a mí: su inteligencia, su carácter independiente y amor a la libertad.

Nuestra vida de casados comenzó así: Celia heredó una plantación de hierba mate en la provincia de Misiones. Allí nos fuimos con el propósito de convertirla en una hacienda modelo. Por entonces el precio de la hierba era alto, y no es casual que la llamaran el “oro verde”. Compré la maquinaria más moderna y traté de aliviar el trabajo de los yerbateros.

Los argentinos son grandes consumidores de hierba mate, la beben en la misma cantidad que otros pueblos el té o el café. A mi hijo le gustaba mucho el mate, bebida agradable y sana, de la que nuestro poeta Fernán Silva Valdés dice:

*Hay en ti una rústica viveza
y el vigor de la palma masculina,
amargo mate.
Tú estás conmigo en todas partes
cuando estoy contento y triste...
Yo te bebo y se aleja del corazón la melancolía,
desaparecen las penas y llega la alegría,*

³ C. Marx y F. Engels. Obras, 2a ed., t. 14, págs. 176-177 (en ruso).

en mi casa las desdichas se reparan.

El mate proporciona a la gente alegría y satisfacción, pero causa incontables sufrimientos a quienes lo cultivan.

Los obreros de las plantaciones de hierba mate arrastraban una vida miserable, de presidiarios; el dueño de la plantación era señor de horca y cuchillo, podía apaleados impunemente e inclusive matarlos. Ni siquiera les pagaban en dinero, sino en vales, por los cuales en el almacén del dueño les daban productos de segunda calidad y cualquier minucia, además, el dueño les vendía cualquier porquería tres veces más caro. Para colmo, los envenenaba con alcohol, del que en el almacén había reservas ilimitadas. Cualquier resistencia organizada de los obreros era aplastada bárbaramente por el dueño de la plantación y por la policía.

Empecé por abolir los vales y pagar a los obreros un salario en dinero. Hasta prohibí vender alcohol en la plantación. En seguida me gané enemigos entre los dueños de las plantaciones vecinas. Primero me tomaron por loco, pero cuando se convencieron de que estaba en mi sano juicio, dijeron que era comunista. En aquel tiempo yo era partidario de la Unión Cívica Radical. Se trata de un partido democrático, cuyo líder Hipólito Yrigoyen, por entonces presidente de la nación, hizo muchas cosas útiles para el país: estaba por una política exterior independiente y respetaba la Constitución. Los dueños de las plantaciones me amenazaron con tomar represalias. Entonces en Misiones reinaba la más absoluta arbitrariedad. Los plantadores manejaban a las autoridades locales y la policía. Yo, por mi parte, no soy tímido, pero no tenía derecho a arriesgar a Celia. Decidí mudarme a Rosario, segunda ciudad de la Argentina por su importancia, y abrí un molino yerbatero. Allí nació el Che el 14 de junio de 1928, un mes antes de lo previsto, y Celia, en mi honor, le dio el nombre de Ernesto. En casa lo llamábamos Teté.

Mis planes comerciales en Rosario tampoco tuvieron éxito. Justo en ese momento se desató la crisis económica mundial, que también sacudió con fuerza la economía argentina, dependiente de Nueva York y de Londres. Se redujo el comercio exterior, cayeron catastróficamente los precios de nuestras materias primas en el mercado mundial, quebraron muchísimos negocios y comenzó a haber desocupación. No pude conseguir los créditos que confiaba obtener. Tuve que renunciar a los planes de convertirme en fabricante, y volví a Misiones.

Me acuerdo muy bien de esa fecha: 2 de mayo de 1930. Fuimos con Celia y Teté a la piscina. Celia era buena nadadora y le encantaba nadar. Era un día fresco, soplaban un viento frío y violento. Teté de pronto se puso a toser y sintió ahogarse. Lo

llevamos en seguida al médico, que diagnosticó asma. Quizá el chico se había resfriado, quizá tenía propensión congénita a esa enfermedad, de la que Celia había padecido en la infancia.

Los médicos no podían hacer nada entonces con el asma. Ahora dicen que es de origen alérgico. Pero por aquellos tiempos ni siquiera sabían eso. Lo único que pudimos aconsejarnos fue un cambio de clima. Elegimos Córdoba, nuestra provincia más “saludable”, situada en un lugar montañoso. Se considera que su aire puro y transparente, saturado del aroma de los bosques de coníferas, es curativo. Sin lamentarlo, vendimos nuestra plantación y compramos la casa “Villa Nidia”, en Alta Gracia, pueblito próximo a la ciudad de Córdoba, a dos mil metros sobre el nivel del mar. Comencé a trabajar de constructor civil, y Celia atendía a la familia.

Desde ese desdichado 2 de mayo de 1930 los ataques de asma en Teté se repetían casi a diario, mejor dicho, casi todas las noches. Yo dormía junto a su cama, y cuando Teté comenzaba a sofocarse lo tomaba en brazos, lo acunaba y calmaba hasta que pasaba el ataque, y el chico se dormía agotado. Con frecuencia eso ocurría cerca del amanecer.

Después de Teté tuvimos cuatro hijos: los llamamos Celia (en honor de mi esposa), Roberto (en memoria de mi padre), Ana María (en el de mi madre), Juan Martín (en honor de mi suegro). Todos, al igual que Teté, cursaron estudios superiores. Las hijas se hicieron arquitectas; Roberto, abogado, y Juan Martín proyectista. Crecieron normalmente, sin causarnos grandes preocupaciones.

Con Teté era otra cosa. Al principio ni siquiera pudo ir a la escuela. Dos años la madre le dio clases en casa. Por cierto, comenzó a leer a los cuatro años, y, desde entonces, toda su vida leyó tragándose los libros. Me contaron que incluso en Bolivia, cuando combatía, perseguido por el enemigo y atormentado por el asma, se las ingenia para leer.

¿Qué leía? ¿Qué quiere que le diga? De todo. Tanto yo como Celia sentíamos pasión por los libros, teníamos una biblioteca de varios miles de volúmenes, el adorno principal de nuestra casa y nuestro principal tesoro. Habían libros clásicos, desde españoles hasta rusos, y de historia, filosofía, psicología, arte. Habían obras de Marx, Engels, Lenin. También de Kropotkin y de Bakunin. De los escritores argentinos, José Hernández, Sarmiento y otros. Algunos libros eran en francés, lengua que Celia conocía y que enseñaba a Teté.

Claro que el Che, como cada uno de nosotros, tenía sus autores predilectos. En la infancia fueron Emilio Salgari, Julio Verne, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Jack London. Después se apasionó por Cervantes, Anatole France. Leía a Tolstoi, Dostoievski, Gorki. No dudé que leyó todas las

novelas sociales latinoamericanas en boga por aquellos años. Eran las del peruano Ciro Alegría, del ecuatoriano Jorge Icaza y del colombiano José Eustasio Rivera, en las que se describía la dura vida de los indios y el trabajo de esclavos que hacían los obreros en las haciendas y en las plantaciones.

Che sintió afición por la poesía desde la infancia. Se enfrascaba en la lectura de Baudelaire, Verlaine, García Lorca, Antonio Machado, le gustaban los versos de Pablo Neruda. Sabía de memoria muchísimas poesías, y él mismo las escribía... Pero claro que mi hijo no se consideraba poeta. En cierta ocasión, dijo de sí que era un revolucionario que no había llegado nunca a ser poeta. Y en una carta al poeta republicano español León Felipe, autor de *El Ciervo*, libro de cabecera de Ernesto, él se llama a sí mismo “poeta fracasado”. El poeta cubano Roberto Fernández Retamar relata que poco antes de que Ernesto abandonara Cuba para siempre, le pidió una antología de poesía española y copió los versos de Neruda *Farewell*.

Mi hijo no se separó de la poesía hasta la misma muerte. Como se sabe, junto con el célebre *Diario de Bolivia*, se encontró un cuaderno con sus poesías predilectas. Por eso, de Ernesto se puede decir, repitiendo las palabras de nuestro Martín Fierro:

*Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre...*

Ernesto también tenía afición por la pintura, conocía bien su historia y pintaba acuarelas.

- Me dijeron -interrumpí a don Ernesto- que al Che no le gustaba la pintura moderna. Dicen que una vez, visitando una exposición modernista, declaró a los periodistas: “Ustedes sabrán perdonarme, pero sobre pintura moderna yo no expreso opinión alguna, porque simplemente no la entiendo; el mensaje que presumiblemente tiene no está al alcance de mi percepción”.

- Mi hijo prefería a los impresionistas. Era aficionado al ajedrez. Ya después de triunfar la revolución cubana participó en torneos y competiciones. Cuando llamaba por teléfono a su casa y le decía a la esposa: “Voy a una cita”, ella sabía que iba a jugar al ajedrez con los amigos.

Eso sí, no entendía absolutamente la música. No tenía oído musical. Era incapaz de percibir la diferencia entre un tango y un vals. No sabía bailar, cosa nada común en un argentino. Sabrá que cada uno de nosotros se considera gran bailarín, aunque no lo sea.

- Don Ernesto, me dijeron que cuando el Che era Ministro de Industrias y le pidieron que opinara sobre la calidad de los discos nuevos, respondió:

“De música no me está permitido dar ni siquiera una tímida opinión, porque mi ignorancia alcanza a 273 grados”.

- Eso es propio de él. Nunca temía reconocer sus defectos. Solía burlarse de los defectos ajenos, pero tampoco se apiadaba de sí mismo. Se hacía autocrítica, yo diría que era despiadado para consigo mismo. Algunos creían ver en ello originalidad, excentricismo, pose. Pero la causa era más seria y profunda, y consistía en su extrema sinceridad, en su repulsión a la falsedad, los convencionalismos, la moral pequeñoburguesa. Y la sinceridad siempre sorprende y deja pasmado a los pequeñoburgueses. El pequeñoburgués sostiene que quien no se parece a él está loco o es astuto, un simulador o un mistificador. Algunos biógrafos del Che, para explicar su conducta, singular para ellos, le inventan diferentes complejos freudianos, le atribuyen al asma casi el papel decisivo en la formación de su carácter y la concepción revolucionaria del mundo. Todo eso carece de seriedad.

Los revolucionarios no son producto de una enfermedad, de un defecto físico o de uno u otro estado espiritual, sino del régimen social explotador y del anhelo de justicia, natural en el hombre.

A Teté no sólo le entusiasmaban las materias “sutiles”. Como la poesía y el arte. De ninguna manera. Era fuerte en matemáticas y en otras ciencias exactas. Inclusive creíamos que, con el tiempo, se haría ingeniero, pero, como usted sabe, eligió la medicina. Quizá se debiera a su propio estado o a una enfermedad incurable de la abuela, la madre de Celia, a la que quería muchísimo, y quien le correspondía con el mismo cariño. Murió de cáncer, como también Celia. Bueno, creo que me estoy adelantando demasiado.

Desde edad temprana comenzamos a habituar a Teté y a los otros hijos a diferentes tipos de deporte. Teté era muy aficionado al deporte, y se entregaba a él con toda abnegación, como a todo lo que se dedicaba, sin poner reparos en la enfermedad. Parecía querer demostrar que, a pesar del maldito asma, podía hacer todo lo que hacían los muchachos de su edad, pero incluso en mayor medida y mejor. Iba a la escuela cuando se inscribió en el club Atlético *Atalaya* y jugó en la reserva del equipo de fútbol. Era un jugador excelente, pero no podía jugar como principal del equipo del club, porque le solían dar ataques de asma y debía abandonar la cancha para aplicarse el vaporizador. Practicaba el rugby, juego de valientes y fuertes, hacía equitación, jugaba al golf y hasta se dedicó al planerismo; pero su pasión fue la bicicleta. En una fotografía que regaló una vez a su novia Chinchina (María del Carmen Ferreira), escribió: “A los admiradores de Chinchina, del Rey del Pedal”.

- Si no me equivoco, don Ernesto, la primera mención de su hijo en la prensa se la debe a la bicicleta.

Reviso mis apuntes, y encuentro un anuncio de la revista argentina *El Gráfico*, del 5 de mayo de 1950, y se lo leo al padre del Che:

“23 de febrero de 1950.

Señores Representantes de la firma de bicicletas a motor *Micrón*

Les remito para chequeo la bicicleta a motor *Micrón*. En ella he realizado un viaje de cuatro mil kilómetros a través de doce provincias de la República Argentina. La bicicleta motorizada en el transcurso de todo el viaje ha funcionado irreprochablemente Y no he hallado en ella la más mínima falla. Espero poder recibirla nuevamente en las mismas condiciones”. Firma “Ernesto Guevara Serna”.

- Ese viaje lo hizo cuando era estudiante. La casa *Micrón* le dio una moto con fines publicitarios y le cubrió, en parte, los gastos del viaje.

En modo alguno puede decirse que estuviera pegado a la casa. Siendo estudiante universitario, se contrató de mariner en un barco de carga, en el que navegó un tiempo, llegando hasta Trinidad y la Guayana Británica. Después, junto con Granados, recorrió a pie la mitad de Sudamérica.

- ¿Ustedes no se inquietaban por su salud cuando Teté emprendía viajes tan arriesgados?

- Claro, Celia y yo siempre nos quedábamos preocupados y angustiados. Pero cuidábamos de no exteriorizarlo. Enseñé a mis hijos a ser independientes, firmemente persuadido de que eso les ayudaría en el futuro. Además, sería inútil impedirles cometer lo que suele llamarse imprudencias de la juventud. En una ocasión, Teté y Roberto desaparecieron de casa. Teté tenía once años, y Roberto ocho. Parecía que se los había tragado la tierra. Creímos que se habían extraviado en los bosques cercanos, los buscamos allí, y después avisamos la desaparición a las autoridades. Los encontraron, días más tarde, a ochocientos kilómetros de Córdoba, a donde habían llegado ocultándose en un camión. Pero todas las congojas que pasamos por las aventuras de Teté en la adolescencia no fueron nada, en comparación con lo que nos esperaba. Se nos encogía el corazón cuando recibíamos sus cartas con la descripción de los leprosos que “visitaban” Granados y él durante sus viajes por América del Sur. Una vez nos comunicó desde el Perú que se iba con Alberto en una balsa, regalada por los leprosos, Amazonas abajo, es decir, a lo más intrincado, donde el diablo perdió el poncho. Nos advertía que si al mes no llegaban noticias de él, se lo habrían tragado los cocodrilos o devorado los indios jíbaros, desecando la cabeza, vendiéndola a los turistas norteamericanos. Terminaba diciendo que entonces

buscáramos su cabeza en las tiendas de regalos de Nueva York. Claro que conocíamos bien a nuestro hijo y sabíamos que ese era el “humor negro” que le caracterizaba, porque estaba seguro de sí y seguro de que todo saldría perfectamente. Sin embargo... ¡La carta siguiente llegó dos meses más tarde, y no al mes como prometiera!

Después... Cuando nos escribió desde México que se había incorporado al destacamento de Fidel Castro y marchaba a Cuba para combatir contra Batista, le juro que me faltó valor para leer la carta. Celia, compadeciéndose de mis nervios, me la contó brevemente. En otra oportunidad, estuvimos dos años sin tener noticias, salvo los relatos del periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, quien estuvo en Sierra Maestra en abril y mayo de 1958 y trajo una charla grabada con el Che y con Fidel. Masetti publicó un libro sobre Cuba: *Los que luchan y los que lloran*. Sin embargo, los diarios comunicaban con insistencia que las tropas de Batista habían derrotado a los rebeldes, y cada noticia de ésas nos causaba alarma por la suerte del hijo.

El 31 de diciembre de 1958, en vísperas de la caída del régimen de Batista, se reunió toda nuestra familia para festejar el Año Nuevo. No estábamos de muy buen humor, porque la radio daba las noticias más contradictorias sobre los acontecimientos cubanos, y del Che sólo sabíamos que lo habían herido en los combates por la ciudad de Santa Clara. En Buenos Aires funcionaba el Comité de Solidaridad con el pueblo cubano, que inclusive tenía comunicación directa por radio con el Estado Mayor de Fidel. Pero ese conducto no era muy seguro, y con frecuencia fallaba. No sabíamos qué ocurría en realidad en Cuba.

Aquella noche de Año Nuevo, cuando ya estábamos todos reunidos y no esperábamos a nadie más, cerca de las once de la noche llamaron a la puerta. Abrimos, y en el umbral encontramos un sobre. Hasta la fecha no sé quién lo dejó. En el sobre había esta notita: “Queridos viejos: Me siento perfectamente, He gastado dos, me quedan cinco. Continúo trabajando. Les escribo poco y así será en lo sucesivo. Sin embargo, confíen en que Dios es Argentino. Les abraza fuertemente a todos, Teté”.

Siempre decía que tenía siete vidas, como los gatos. Las palabras “he gastado dos, me quedan cinco” significaban que había sido herido dos veces y le quedaban todavía cinco vidas de reserva.

Nos quedamos pasmados y muy contentos del mensaje tan inesperado. No fue la única sorpresa en esa noche memorable. Habrían pasado unos diez minutos, y nos dejaron otro sobre, con una tarjeta que tenía dibujada una rosa roja y decía: “Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo. El estado de Teté es excelente”.

Al día siguiente, el 1º de enero de 1959, vinieron

a vemos Masetti y Alberto Granados, y nos comunicaron que Batista había huido de Cuba. Una semana más tarde, el 7 de enero, ya liberada La Habana por el Ejército Rebelde, Camilo Cienfuegos quiso darle una agradable sorpresa al Che y envió por nosotros un avión de La Habana. Tanta agitación me hizo guardar cama, y Celia partió sola a La Habana. Al abrazar a su hijo en el aeropuerto no pudo contener las lágrimas. Era la primera vez que eso le ocurría.

Yo llegué a La Habana un mes más tarde. El Che me recibió junto al avión. Le pregunté si no pensaba ahora dedicarse a la medicina, a lo que contestó:

- Te puedo regalar de recuerdo el título de médico. En cuanto a mis planes futuros, quizá me quede aquí o continúe luchando en otros lugares...

Ese lugar fue para él, como se sabe, Bolivia. Nuestra familia no sabía que estaba combatiendo allí, aunque los diarios informaran al respecto. A comienzos de enero de 1967 nos llegó una carta de Teté en un sobre con estampilla argentina. La carta iba dirigida a mí y debía coincidir con el cumpleaños de mi hermana Beatriz, la tía que más quería Teté. Ve a lo que decía:

“Don Ernesto:

Entre el polvo que levantan los cascos del Rocinante, con la lanza en ristre para atravesar los brazos de los gigantescos enemigos que me enfrentan, dejo este papelito con su mensaje casi telepático, conteniendo un abrazo para todos y el deseo ritual de un feliz año nuevo. Que la señorita, su hermana, cumpla los quince rodeada del calor familiar y se acuerde un poco de este galán ausente y sentimental y que pueda verlos pronto (en un plazo menor que el transcurrido) son mis deseos concretos y se los confío a una estrella fugaz que debe haber puesto un Rey Mago en mi camino.

Arrivederchi

Si non te vedo piu

D. Tuijo”.

Las últimas dos líneas estaban en italiano. La carta estaba escrita al estilo “conspirativo” dramático-jocoso del Che: Beatriz no cumplía 15 años, sino 80. A juzgar por todo, había sido enviada a través de Tania, que hacía de enlace del destacamento del Che con el mundo exterior.

Fue la última carta de mi hijo...

- ¿Cómo estudiaba el Che? ¿Era buen alumno?

- Era muy capaz y tenía talento, sin embargo, no era alumno sobresaliente. Ya le dije que los dos primeros años estudió en casa. Después frecuentó la escuela en Alta Gracia, pero su estado de salud le obligaba a hacer intervalos. En 1941, cuando cumplió 13 años, ingresó en Córdoba al Colegio Nacional Deán Funes (sacerdote de nuestro país

que participó en el movimiento de liberación), adonde Celia lo llevaba a diario en un viejo automóvil de nuestra propiedad. Cuatro años más tarde, en 1945, Teté terminó los estudios en el Colegio. Y ese mismo año nos trasladamos a Buenos Aires, donde ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad.

- Ya lo habré fatigado con mis preguntas, don Ernesto, pero me quedan unas muy importantes para mí. ¿Cómo y bajo la influencia de qué acontecimientos, factores o fenómenos se formaron las concepciones políticas del joven Che? ¿Participó en la vida política en sus años estudiantiles? ¿Qué pensaba al respecto?

- Estas preguntas me las hicieron reiteradas veces los periodistas y los escritoruelos sin escrúpulos escribieron sobre este tema las cosas más absurdas, como se ha hecho con todo lo relacionado con el Che. En cuanto a sus concepciones políticas, sus simpatías y antipatías de aquel período en que vivía bajo techo paterno, puedo decirle lo siguiente. En las cuestiones de la política interna, Celia y yo estábamos en decidida oposición a los gobiernos oligárquicos y militares que se fueron sustituyendo uno a otro desde 1930, año en que fue derrocado el presidente Hipólito Yrigoyen y subió al poder el general Uriburu, primer "gorila" argentino, que prometió salvar el país del comunismo. A Uriburu le siguió el general Justo, y después de él gobernaron el país por breve plazo dos oligarcas: Ortiz, proinglés, y Castillo, progermano. El último fue derrocado en 1941 por un triunvirato, integrado por tres generales: Rawson, Farrel y Ramírez, a quienes vino a suplantarlo el coronel Perón. En 1956, una junta de generales y almirantes, encabezada por Lonardi y Aramburu, despojaron a Perón de su cargo. No le cuento los sucesos posteriores, porque ya en 1953 Teté partió de la Argentina y, como resultó después, para siempre.

Además de los sucesos de la política puramente interna, en la vida argentina tienen influencia los grandes sucesos políticos internacionales y esto debido a varias razones. Primero, nuestra economía está estrechamente ligada con los capitales ingleses y el Wall Street neoyorquino, de ahí que nos interese y preocupe todo lo que pasa en esos países. Segundo, gran parte de la población de la Argentina son emigrantes o hijos de emigrantes, fundamentalmente de procedencia italiana y española. Tenemos una gran colonia alemana, muchos judíos, polacos, sirios e ingleses. Por supuesto, todos estos grupos nacionales reaccionan con pasión a los sucesos que tienen lugar en sus países de origen o en los de sus padres. Tercero, nuestros intelectuales, especialmente los escritores, artistas y pintores, siempre se sintieron atraídos por Francia. Su Meca era París. De ahí que los destinos

de Francia nunca nos fueran indiferentes.

Por otra parte, los acontecimientos en la Unión Soviética igualmente nos interesaban a todos. Tenemos un Partido Comunista despiadadamente perseguido por las autoridades, y que pese a todo despliega gran actividad. En general, las ideas del socialismo están bastante extendidas en la Argentina. El Partido Socialista Obrero se formó en nuestro país a fines del siglo pasado, y su fundador Juan B. Justo fue el primero que tradujo al castellano *El Capital* de Carlos Marx. En la Argentina se editaron y se editan muchos libros sobre el socialismo y el comunismo. En mi biblioteca habían muchos de ellos. Del comunismo y la Unión Soviética no sólo escribían y hablaban los amigos, sino también los enemigos, desde posiciones diametralmente opuestas a los primeros, es decir, sumando una calumnia con otra y poniendo en juego toda clase de invenciones. Por aquel entonces les ayudaban Hitler, Franco y Mussolini, y ahora, como usted sabe, ese trabajo inmundo lo hacen los imperialistas yanquis. Debido a todo lo que le cuento, los diarios argentinos daban un amplio panorama internacional, yo diría que más extenso que el de los acontecimientos de la vida interna. Todo eso permitió a Teté estar al día con los sucesos más importantes de la política mundial.

Procuré educar a mis hijos de modo que adquirieran noción de todo. Nuestra casa estaba siempre abierta para sus amigos, entre los que habían hijos de familias pudientes de Córdoba, muchachos obreros, y también hijos de comunistas. Teté, por ejemplo, tenía amistad con la Negrita, hija del poeta Cayetano Córdoba Iturburu, que por entonces simpatizaba con los comunistas. Córdoba Iturburu estaba casado con la hermana de Celia.

-¡Mire como son las cosas, don Ernesto! Yo combatí en España en las Brigadas Internacionales. El poeta Rafael Alberti, amigo mío, me presentó en Madrid a principios de 1937 a Córdoba Iturburu, quien había ido a ayudar a la España republicana.

- El mundo es realmente chico. Muy oportunamente recordó a España. La guerra civil española tuvo gran repercusión en la Argentina. Organizamos un Comité de Ayuda a la España Republicana, al que Celia y yo prestamos toda clase de cooperación. Todos mis hijos estaban de cuerpo y alma con los republicanos. Éramos vecinos y muy amigos del doctor Juan González Aguilar, vicepresidente de Negrín en el gobierno de la República Española. Cuando cayó la República, emigró a la Argentina y se radicó en Alta Gracia. Mis hijos tenían amistad con los de González, estudiaban en la misma escuela, y después en el mismo Colegio de Córdoba. Celia los llevaba en el coche junto con Teté. Teté era amigo de Fernando Barral, un muchacho español de su edad, cuyo padre, republicano, había muerto luchando contra

los fascistas. Recuerdo también al general Jurado, destacado republicano, que fue huésped de González durante algún tiempo. Jurado solía venir con frecuencia a nuestra casa y nos contaba las peripecias de la guerra civil, las atrocidades que cometían los franquistas y sus aliados italianos y alemanes. Todo eso ejerció naturalmente marcada influencia sobre Teté y sobre la formación de sus futuras concepciones políticas.

Después vino la segunda guerra mundial, y toda nuestra familia y nuestros amigos simpatizábamos calurosamente, por supuesto, con los aliados y con Rusia, deseábamos de todo corazón que fueran derrotados los países del “eje” y nos alegrábamos de las victorias del Ejército Rojo. Nos causó enorme impresión la batalla de Stalingrado, en la que la wehrmacht alemana sufrió una derrota demoledora. Entonces el gobierno argentino no ocultaba sus simpatías por Hitler y Mussolini y, a pesar de la presión de los aliados, mantenía relaciones diplomáticas con los países del “eje”. Argentina estaba plagada de agentes y de espías del “eje”, que disponían de estaciones de radio secretas. Las autoridades, lejos de impedir la actividad subversiva que desplegaban, la encubrían por todos los medios y les daban facilidades. En cambio nosotros, los amigos de los aliados, ayudábamos a descubrir y a denunciar a los agentes fascistas. Yo también participé en esas operaciones. Teté lo sabía y siempre pedía que le dejara ayudarme.

Celia y yo pertenecíamos a los enemigos activos de Perón. A Celia incluso la detuvieron en Córdoba, cuando durante una manifestación gritó consignas antiperonistas. En 1962, la policía la detuvo otra vez por participar en una manifestación contra el gobierno. Un año más tarde fue encarcelada por varias semanas al regresar de Cuba.

Durante el gobierno de Perón en la Argentina existían muchas organizaciones combativas clandestinas que se pronunciaban contra el régimen imperante. Yo estaba incorporado a una que actuaba en el territorio de Córdoba. En nuestra casa se fabricaban bombas, que se usaban como defensa contra la policía en las manifestaciones antiperonistas. Nada de eso pasaba por alto para Teté, y un día me dijo: “Papá, si no me dejas que te ayude, empezaré a actuar por mi cuenta e ingresaré a otro grupo de combate”. Tuve que permitirle, para controlar sus actos y, de ese modo, cuidarlo de las represalias policiales.

En aquellos años Teté, que era demócrata y antifascista, no es que estuviera al margen de las batallas políticas de la época, sino, yo diría, se mantenía aparte. Parecía que se estaba preparando para combates futuros más importantes y más decisivos.

Claro que yo, tomando en cuenta su enfermedad, no lo empujaba a una participación más activa en la

política, pero tampoco tomaba medidas para impedirlo. Todo lo que hacía Teté en aquellos tiempos lo hacía él solo, decidía por su cuenta cómo debía proceder en uno u otro caso.

Vuelvo a rebuscar en mis apuntes y encuentro la copia de una carta del Che a Fernando Barral, fechada en 1959, poco después del derrocamiento de Batista. Leo la carta a don Ernesto:

- “Querido Fernando, sé que tenías dudas sobre mi identidad pero creías que yo era yo, efectivamente aunque no, porque ha pasado mucha agua bajo mis puentes y del ser asmático e individualista que conociste queda el asma. Me enteré que te habías casado, yo también. Tengo dos hijos pero sigo siendo un aventurero, sólo que ahora mis aventuras tienen un fin justo. Saludos a tu familia de este sobreviviente de una época pasada y recibe el abrazo fraterno del Che, que tal es mi nuevo nombre”.

Quedó ya lejos la media noche. Se apaciguó el aguacero. Nos despedimos de don Ernesto, hombre tan sincero, franco y resuelto como lo fuera su propio hijo, el Che.

Formación del carácter.

Por fuerza de las circunstancias y, seguramente gracias a mi carácter, viajé por el Continente Americano y lo conocí bien...

Ernesto Che Guevara

Julia, la esposa de Alberto Granados, nos trae casi la décima tacita de aromático “tinto”. Nos quedan todavía varias horas en vela. Alberto me prometió relatar cómo nació su amistad con el Che, hablarme de los viajes que hicieron juntos por los países de América Latina.

- De esto ya escribió Alberto en sus memorias sobre el Che, publicadas por la prensa cubana. Pero una cosa es leerlo, y otra escuchárselo contar a Alberto Granados.

Teté, dice Alberto Granados, tenía pocos amigos entre los jóvenes de su edad. Se diferenciaba mucho de ellos. El Che no prestaba la menor importancia a su aspecto exterior: llevaba una guayabera arrugada, unos enormes zapatos gastados, iba despeinado. Entretanto, los jóvenes argentinos de su ambiente eran muy elegantes, se sentían orgullosos de llevar zapatos lustrados como un espejo, del pelo bien engominado.

Ernesto se diferenciaba de ellos también por su carácter brusco, áspero, por su humor desconcertante. ¿Qué les atraía en él? Por lo visto, sus cualidades espirituales: caballerosidad, disposición de defender siempre al compañero, su romanticismo, fantasía y, quizá en primer término, su valentía. A pesar de su penosa dolencia, no sólo era “como todos”, sino adelantaba a otros en los juegos, en las distracciones y en los enredos de la

mocedad. Al mismo tiempo, existía cierta barrera invisible que lo separaba de los amigos, y no todos, ni mucho menos, podían traspasarla. ¿Por qué? ¿No sería porque tras esa barrera se ocultaba un alma poética (recordemos la vocación por la poesía que le acompañó toda la vida), el alma vulnerable de una criatura que padece de una enfermedad incurable? Las únicas excepciones fueron Chinchina, amor juvenil del Che, y Alberto Granados.

Ambas excepciones eran lógicas en el Che, pues jóvenes como él permiten traspasar la barrera protectora ya bien a la muchacha que quieren, frecuentemente en nada parecida a ellos por el carácter ni por la mentalidad, ya bien al amigo que es el polo opuesto en todo y que, al mismo tiempo, no atenta contra su mundo íntimo, ni contra la independencia, ni pretende ser mentor espiritual, protector o, como ocurre con frecuencia, el tirano que exige a cambio de la amistad una ciega sumisión y una fidelidad incondicional. Es, precisamente, el caso en que los extremos se juntan.

Por el Che poco sabemos de sus relaciones con Chinchina, mas si damos crédito a los recuerdos de la hermana de ésta y a otros testimonios, el Che la quería y pensaba casarse con ella. Chinchina era hija de uno de los terratenientes más pudientes de Córdoba y pertenecía, como suele decirse en la Argentina, a la alta "aristocracia vacuna". Poseía todo de lo que carecía el joven Teté: una salud envidiable, una belleza deslumbrante, la exquisitez y elegancia de una aristócrata, y una fortuna. Los vástagos de las "mejores" familias cordobesas procuraban conquistar su mano y su corazón.

El Che, en cambio, se presentaba en las recepciones como de costumbre: despeinado, con chaqueta gastada y zapatos rotos, horrorizando a los snobs de la localidad no sólo por su aspecto, sino también por las hirientes réplicas que les lanzaba a ellos y a sus ídolos políticos.

¿En qué confiaba el Che? En el amor de Chinchina. Le proponía que abandonase el hogar paterno, se olvidara de su riqueza y se marchase con él al extranjero (eso fue después de regresar de su primer viaje por América del Sur). En Venezuela él pensaba trabajar en un leprosorio y, junto con su amigo Alberto Granados, curar a los leprosos, como lo había hecho anteriormente Albert Schweitzer, ante cuya hazaña se descubría.

Pero Chinchina, muchacha común, amaba al Che con un amor corriente. Estaba dispuesta a ser su esposa, pero siempre que Ernesto se quedara a su lado, es decir, pegado a ella. Su quijotesco proyecto de trasladarse a las espesuras venezolanas y dedicarse a la cura de los leprosos le pareció a ella muy conmovedor y noble, pero absolutamente irreal. Lo sublime y lo corriente, la poesía y la vulgar prosa de la vida se vieron en conflicto

inconciliable. Eso no podía terminar con un compromiso. Ninguno entregaba posiciones. Así fue cómo se separaron en paz: ella, para casarse felizmente con otro; él, para emprender el camino, desde el cual no se retorna al pasado.

Alberto Granados, o Mial⁴, como lo llamaban los amigos, le llevaba seis años de edad a Teté. ¿Qué los unió? Escuchaba a Alberto y pensaba que sus razonamientos originales, así como su pasión por conocer lo inexplorado habrían sido afines a Teté. Además, Alberto trabajaba en un leprosorio. Sólo un hombre de altas virtudes morales, de valor civil, podía elegir un trabajo así por vocación. Debe añadirse que este samaritano poseía, al mismo tiempo, una vitalidad inagotable, que lo hermanaba con Colas Brugnon, al que inclusive se parecía. ¿No serían estos rasgos los que más habían atraído al Che en mi interlocutor?

Pero cedámosle la palabra a Alberto Granados:

- Éramos tres hermanos: Tomás Francisco, Gregorio Patricio y yo. Éramos de Hernando, un pueblito al sur de la provincia de Córdoba. Primero me gradué en la Facultad de Farmacia de la Universidad, pero no me entusiasmaba la carrera de farmacéutico. Me enfraqué en el problema de la cura de la lepra, estudié tres años más en la Universidad y me gradué de bioquímico. En 1945 empecé a trabajar en un leprosorio situado a ciento ochenta kilómetros de Córdoba.

Conocí al Che en 1941, cuando él tenía trece años. Estudiaba junto con mi hermano Tomás en el Colegio Deán Funes. Nos unió la pasión por la lectura y el amor a la naturaleza. Me convertí en asiduo visitante de la casa de los Guevara, en la que había una espléndida biblioteca: yo la usaba como si fuera mía. El Che era un polemista empedernido, y más de una noche discutimos sobre uno u otro autor hasta quedarnos roncós.

Mis hermanos y yo pasábamos todos los días libres en los pintorescos alrededores de Córdoba, haciendo vida de robinsones al aire libre. El Che muchas veces nos acompañaba. Los padres le dejaban de buen grado, El aire puro de la montaña le aliviaba su lucha constante contra el asma, y las largas marchas le forjaban el organismo, habituándolo a ser resistente. Por cierto, entonces los médicos pensaban que las sobrecargas físicas son peligrosas para los asmáticos, pero nosotros, los jóvenes estudiantes de medicina, éramos de otra opinión, y considerábamos que el deporte era el mejor remedio contra esa dolencia. Los padres del Che compartían esta opinión. El Che aprendió muy pronto todos los pormenores de la vida al aire libre. Aprendió a hacer chozas con ramas, a encender rápidamente una hoguera. Todo eso le sirvió en la Sierra Maestra. Por supuesto que en aquellos

⁴ Apócope de "Mi Alberto".

lejanos años ni por asomo se nos podía ocurrir que alguna vez aprovecharía su experiencia de Robinson para la lucha de guerrillas.

Nosotros sabíamos, naturalmente, que a comienzos del siglo diecinueve nuestros patriotas habían declarado la guerra de guerrillas a los españoles. Conocíamos la lucha de los caudillos Pancho Villa y Zapata durante la revolución mexicana. Teníamos también noción de la lucha librada por los nicaragüenses, dirigidos por el legendario general Sandino, contra los intervencionistas yanquis. Habían llegado también hasta nosotros noticias sobre la lucha de guerrillas en China. Nos apasionaban las hazañas de los guerrilleros soviéticos en la retaguardia de las tropas alemanas durante la segunda guerra mundial. Pero ninguno de nosotros, incluido el Che, podía ni suponer que eso fuera posible en nuestras tierras. Esto no significa que estuviésemos al margen de la lucha política. Todo lo contrario. Los estudiantes de todo el país participábamos del modo más activo en ella. Nos considerábamos antiimperialistas y antifascistas, luchábamos contra Perón, organizábamos manifestaciones, huelgas, peleábamos contra la policía.

Córdoba es uno de los centros culturales más grandes de la Argentina. En nuestro país se la llama “docta Córdoba”. Además de la Universidad, una de las más antiguas de América, fundada en 1613, en nuestra ciudad hay un museo de Historia Natural, un gran Jardín Zoológico y una Academia de Artes. La ciudad tiene fama por sus tradiciones de amor a la libertad. En nuestro claustro universitario nació en 1918 el movimiento estudiantil revolucionario por la Reforma Universitaria que, bajo consignas antiimperialistas, se hizo después extensivo a todas las universidades latinoamericanas. Por los años del 30, en Córdoba se formó un grupo influyente, a cuyo frente estaba el conocido publicista Deodoro Roca, quien se pronunciaba valientemente contra las represiones policiales y contra el fascismo. En nuestra ciudad fueron también muy activas las organizaciones progresistas, por ejemplo, el Comité de Ayuda a la Unión Soviética, y muchas otras.

Yo también actué en el movimiento estudiantil antiperonista. En 1943 me detuvieron por haber participado en una manifestación de protesta contra la intervención policial al territorio de la Universidad. Mi hermano Tomás me vino a visitar con Ernesto a la comisaría. Les pedí que sacaran a la calle a los estudiantes secundarios y exigieran la liberación inmediata de los detenidos. Le confieso que me sorprendió la respuesta del Che a mi pedido: “Qué va, Alberto, salir a la calle para que la policía te corra a bastonazos, eso sí que no. Yo salgo únicamente si me dan un “bufoso”.

Me quedó grabada en la memoria otra réplica

semejante. Viajando por los países de América del Sur llegamos al Perú, y visitamos la antigua ciudad inca de Machu Picchu. La recorrimos y, después hicimos un alto al pie de un templo antiguo, en el cual, según la leyenda, los incas hacían sacrificios humanos. Tomábamos mate y fantaseábamos. Le dije al Che: “Sabes viejo, quedémonos aquí. Yo me caso con una india de gran alcurnia inca, me proclamo emperador, me convierto en gobernante del Perú, y te designo primer ministro, y juntos hacemos la revolución social”. El Che me contestó: “¿Hacer la revolución sin tirar tiros?.. ¿Estás loco?..”

- Cuénteme ese viaje con más pormenores, Alberto.

- Hacía mucho que tenía la ilusión de visitar los países latinoamericanos, de los que entonces, aun siendo de estas tierras, sabíamos muy poco. Conocíamos mucho mejor la vida y los acontecimientos en España, en Francia o en Estados Unidos que lo que estaba ocurriendo al lado nuestro, en las repúblicas vecinas. Además, yo tenía un interés puramente personal por ese viaje: me proponía visitar los leprosorios de los países vecinos, enterarme cómo funcionaban y, quizá, escribir un libro sobre el tema.

Naturalmente, que no tenía dinero para hacer el viaje, pero, en cambio, tenía “transporte”, una vieja moto que no dejaba de reparar, pensando dejarla en buenas condiciones. En cuanto a los gastos para alimentación, no me preocupaban mucho. Pensaba encontrar algún trabajito, y también en la solidaridad de mis colegas, los médicos de los leprosorios.

Llegó el día en que mi “caballo” estaba listo para el viaje. Por aquel entonces la familia Guevara vivía en Buenos Aires, donde el Che estudiaba en la Facultad de Medicina y hacía prácticas en el Instituto de Investigaciones Alérgicas, dirigido por el doctor Pizani, un conocido científico argentino. La familia Guevara estaba pasando dificultades económicas, y Ernesto ganaba algo trabajando de bibliotecario en el Municipio. En las vacaciones se iba a Córdoba y me visitaba en el leprosorio. Le interesaban los nuevos métodos para curar a los leprosos y me ayudaba en mis experimentos.

En uno de esos viajes, en septiembre de 1951, por consejo de mi hermano Tomás, le propuse que se viniera conmigo en el viaje que proyectaba.

Ernesto desde chico soñaba con los viajes. Le apasionaba conocer la realidad no tanto por los tratados escritos como entrando en contacto personal con esa realidad. Le interesaba no sólo cómo vivían sus compatriotas argentinos en la capital, sino también en las lejanas provincias, cómo vivían los campesinos, los peones y los indios. Por último, le interesaba saber cómo era su patria. Quería ver con sus propios ojos las pampas

infinitas, sus montes, sus cálidas regiones septentrionales, con sus plantaciones de algodón y sus hiérbales. Cuando lo viera, comprendería que eso era poco, que era necesario ver también otros países de América Latina e interiorizarse con la vida, las esperanzas y las inquietudes de otros pueblos del continente. Sólo entonces podría encontrar respuesta a una pregunta que cada día le angustiaba más: ¿cómo mejorar la vida de los pueblos del continente; cómo liberarlos de la miseria y de las enfermedades; cómo emanciparlos del yugo de los latifundistas, de los capitalistas y los monopolios extranjeros?

No hay que asombrarse de que Ernesto aceptara entusiasmado mi proposición, pero me pidió que esperara un poco, hasta que diera unas asignaturas. Estudiaba en el último año de la Facultad de Medicina. Sus padres no pusieron inconvenientes en que viajara conmigo, pero con la condición de que no estuviera ausente más de un año y regresara a rendir los últimos exámenes.

El 29 de diciembre cargamos al “caballo” con toda clase de utensilios, una carpa, colchas, una máquina de fotografiar e incluso una pistola automática, y emprendimos el viaje. De camino pasamos a despedirnos de Chinchina. Le dio a Ernesto 15 dólares y le pidió que le trajera un vestido de encajes. Ernesto le regaló un perrito, al que llamó “Come back” (Vuelve). Nos despedimos de los padres de Ernesto y ya nada nos retenía en la Argentina. Tomamos rumbo a Chile, primer país extranjero en nuestro camino. Cruzada la provincia de Mendoza, en la que vivieron los antepasados del Che y donde visitamos varias haciendas para ver la doma de potros y observar la vida de nuestros gauchos, doblamos hacia el sur, apartándonos de las cumbres andinas, intransitables para nuestro decrepito Rocinante de dos ruedas. Tuvimos que sufrir bastante, porque la moto se rompía a cada paso y había que repararla. No tanto viajábamos, como la arrastrábamos.

Por el camino nos parábamos a pasar la noche en el campo o en el bosque, según dónde nos encontráramos. Peor era con la comida. En los primeros días se nos volaron los pocos pesos que sacamos de la Argentina, y también los 15 dólares de Chinchina; después tuvimos que ganarnos el pan nuestro de cada día “con el sudor de la frente”. Lavábamos platos en las posadas, curábamos a los campesinos, hicimos de veterinarios, transportadores de mercancías, hombreadores de bolsas, de marineros, arreglábamos aparatos de radio en los pueblos. Los leprosorios eran los oasis de salvación, a los que ansiábamos llegar como los musulmanes a la Meca. Allí, además de saciar el hambre físico, saciábamos también el espiritual, porque intercambiábamos experiencias con los colegas, nos enterábamos de muchas cosas

interesantes y útiles para nosotros. Ernesto se interesaba cada vez más por la investigación y la curación de la lepra. Igual que yo, no les tenía miedo a los leprosos ni sentía repulsión por ellos. Por el contrario, el aspecto de esas personas desgraciadas, abandonadas y olvidadas por sus parientes y por la sociedad despertaba en él una viva simpatía, y ya iba pensando en consagrar su vida a curarlas.

El 18 de febrero de 1952 llegamos a la ciudad chilena de Temuco. Al día siguiente, el *Diario Austral*, periódico local, publicó sobre nosotros un artículo, reproducido en *Granma* poco después de perecer el Che en octubre de 1967.

- Tengo el texto. del artículo -le digo a Alberto, y para darle un breve descanso y dejarle beber tranquilamente la tacita de “tinto” caliente, que nos ofrece la simpática Julia con sonrisa triste y comprensiva, leo en voz alta el artículo del *Diario Austral*, titulado:

“Dos expertos argentinos en leprología recorren Sudamérica en motocicleta”.

“Desde ayer se encuentran en Temuco el doctor en bioquímica, señor Alberto Granadas, y el estudiante de séptimo año de medicina de la Universidad de Buenos Aires, señor Ernesto Guevara Serna, quienes cumplen un raid en motocicleta con el propósito de visitar los principales países latinoamericanos.

Los raidistas partieron de la provincia de Córdoba el 29 de diciembre y después de recorrer todo el norte argentino, pasaron a Chile por Peulla y luego visitaron Petrobué, asomo y Valdivia, punto este último de donde partieron ayer mismo a Temuco. Efectúan el viaje en una moto.

Especialistas en leprología.

Los científicos visitantes son especialistas en leprología y otras enfermedades derivadas de este terrible mal. Conocen ampliamente el problema que en este aspecto afecta a su patria: tienen unos tres mil pacientes internados en los leprosorios de Cerritos, Diamantes, General Rodríguez, Córdoba y Posadas.

También han visitado los centros de curación que existen en Brasil, uno de los países que tienen alto porcentaje de enfermos.

Interés en conocer Isla de Pascua.

Aparte del interés particular de tomar conocimiento de la realidad sanitaria de los diversos países de América del Sur, los señores Granadas y Guevara, quienes efectúan esta jira por sus propios medios económicos, tienen especial inquietud por conocer de cerca el leprosorio chileno de Rapa Nui. En consecuencia una vez en Valparaíso los médicos visitantes se pondrían en contacto con los dirigentes de la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua, con el fin de estudiar

la posibilidad de visitar ese lejano leprosario de nuestra isla del Pacífico.

Los raidistas científicos desean terminar su jira en Venezuela.

Terminada su visita de un día a Temuco, los señores Granadas y Guevara seguirán hoy en la mañana viaje a Concepción”.

Alberto no aguanta la risa.

- Sí, en esa nota metieron de todo. En Brasil, naturalmente, no habíamos estado. Eso sí, soñábamos con llegar a la Isla de Pascua. Pero en Valparaíso, de donde hacía cien años habían partido los antepasados del Che en busca de oro a California, nos dijeron que tendríamos que esperar medio año el barco que nos llevaría a la Isla de Pascua. Por eso, lamentablemente, tuvimos que renunciar a la idea de competir con Torh Heyerdahl. Por cierto, la Isla de Pascua ocupó un determinado lugar en la biografía del Che, pero eso ya está relacionado con la epopeya boliviana.

De Valparaíso seguimos viaje, ya no en moto, sino a pie, a dedo y de polizontes en trenes y en barcos. Nuestro Rocinante de dos ruedas lanzó su último resoplido cerca de Santiago. Ningún arreglo ya podía hacerla revivir y, con mucho dolor, tuvimos que separarnos de él definitivamente. Le construimos una tienda de campaña, en ese “sepulcro” dejamos sus restos, y seguimos viaje.

Caminando llegamos hasta la mina de cobre de Chuquicamata, que pertenecía a la Braden Copper Mining Co. Pasamos la noche en el cuartel de los vigilantes de la mina.

En Perú conocimos de cerca la vida de los indios quechua y aymará, que pasaban una miseria infinita, explotados por los terratenientes y por las autoridades, embrutecidos por la coca, con la que aplacaban el hambre. Nos interesaban los restos de la antigua civilización inca. Después de unas cuantas aventuras arribamos al Cuzco. Ernesto se pasaba horas y horas en la biblioteca local, leyendo libros sobre el antiguo Imperio Incaico. Permanecimos varios días entre las pintorescas ruinas de Machu Picchu; sus dimensiones fabulosas causaron tanta impresión a Ernesto, que se propuso dedicarse al estudio del pasado de los incas. Yo hasta comencé a llamarlo, en broma, arqueólogo.

El Che declamaba extasiado los inspirados versos de Neruda, dedicados a la sagrada ciudad de los incas:

*Entonces en la escala de la tierra he subido
entre la atroz mañana de las selvas perdidas
hasta ti, Machu Picchu.*

*Alta ciudad de piedras escalares,
por fin morada del que lo terrestre
no escondió en las dormidas vestiduras.
En ti, como dos líneas paralelas,*

*la cuna del relámpago y del hombre
se mecían en un viento de espinas.
Madre de piedra, espuma de los cóndores.
Alto arrecife de la aurora humana.
Pala perdida en la primera arena.*

Le digo a Mial que el año pasado visitó el Perú el escritor soviético. S. Smimov, a quien Machu Picchu también le causó una impresión imborrable. Le leo la descripción de este “milagro peruano”, hecha por S. Smimov en sus reportajes sobre el Perú:

- “En el mundo hay muchas ruinas sorprendentes, monumentos del trabajo y el arte de nuestros lejanos antepasados. En algún lugar de los Himalayas, en el Pamir e inclusive en la Cordillera de los Andes podrán hallarse paisajes montañosos de no menor belleza salvaje. Pero justamente la combinación de la obra humana y la austera majestuosidad de la naturaleza convierten a Machu Picchu en lugar único por excelencia en nuestro planeta. Con el extraño e insólito sentimiento de haber hecho un descubrimiento inesperado, uno llega a comprender que tanto la ciudad como la gigantesca escalera fueron construidas por personas iguales a uno mismo, que aun siendo seres inmensurablemente pequeños, junto a las grandiosas montañas y a los abismos sin fondo, supieron vencerlos. Diríase que un hilo invisible, aunque irrompible por su solidez, se tiende, de pronto, desde esas cajas de piedra de las viviendas y los templos incaicos, desde las gradas de la escalera que conduce al cielo, hasta nosotros, actual generación de hombres que volamos muy alto sobre la tierra en aviones a propulsión, hemos incursionado en el Cosmos, pisado el suelo de la Luna y penetrado en el seno del núcleo atómico. Un hilo que pasa a través de los siglos y arrastra hacia las lejanías temporales del futuro. Y en nuestra alma estalla, como un instante de verdadera dicha, el entusiasta orgullo por el hijo de la tierra, por la humanidad, por pertenecer a ella. Tan sólo por este sentimiento, por este orgullo feliz de autoconocerse y autoafianzarse, los hombres de nuestros días deben rendir gratitud a la ciudad de los incas, perdida y devuelta a ellos, al milagro peruano de Machu Picchu”.

Mial me escucha atentamente.

- Las impresiones del escritor soviético coinciden mucho con lo que experimentamos nosotros al llegar a Machu Picchu. Esa ciudad muerta nos parecía estar llena de vida. Su propia existencia nos infundía fe en un futuro radiante para nuestros pueblos. Los descendientes de los constructores de Machu Picchu, tarde o temprano, tendrían que romper las cadenas de la esclavitud secular. Estábamos convencidos de eso y fantaseábamos: hablábamos de ejércitos indígenas

que, guiados por un nuevo Tupac Amará -y con nuestra más activa participación, por supuesto- despertarían, por fin, al antiguo Perú y lo conducirían a una vida feliz y libre...

De Machu Picchu nos internamos en la montaña, llegamos al pueblo Huambo, pasando por el leprosorio fundado por el doctor Hugo Pezche, ferviente científico, miembro del Partido Comunista del Perú. Nos acogió calurosamente, nos interiorizó con sus métodos de curación y nos suministró una carta de presentación para otro gran centro de tratamiento de la lepra, en la provincia peruana de Loreto, cerca de la ciudad de San Pablo.

No era tan fácil llegar hasta San Pablo. Desde el puerto de Pucalpa, sobre el río Ucayali, un barco nos llevó hasta Iquitos, puerto a orillas del río Amazonas. En esa zona, por los años del sesenta comenzó a actuar uno de los primeros destacamentos guerrilleros peruanos. En Iquitos tuvimos que permanecer varios días, porque la gran humedad, por lo visto, y el pescado que comió le produjeron a Ernesto un fuerte ataque de asma y tuvo que “descansar” en el hospital de la localidad. Pero su voluntad de hierro le permitió superar el ataque de la enfermedad y, además, miles de otros obstáculos que tuvimos en el camino.

Debo decirle que el Che no era un hombre fácil para convivir. Tenía un modo de hablar agudo, yo diría mordaz, y le aseguro que viajando con él uno no se aburría. En el camino solíamos enojarnos y pelearnos por tonterías. Pero igual que yo, no era rencoroso, el enojo se le pasaba pronto, y hasta el siguiente “conflicto” viajábamos en paz y concordia. Con eso y todo, era un compañero de viaje ideal. A pesar de su enfermedad, compartía todas las dificultades del camino y no se permitía la menor condescendencia. En las dificultades revelaba una tenacidad envidiable, y si iniciaba una tarea, la llevaba costara lo que costara hasta el fin.

En el hospital de Iquitos lo aliviaron muy pronto y pudimos reanudar el camino por el Amazonas, rumbo a San Pablo.

Los médicos del leprosorio de San Pablo nos brindaron una cordial acogida, pusieron a nuestra disposición el laboratorio, nos invitaron a participar en la curación de los enfermos. Tratamos de aplicar la psicoterapia y distraíamos a los leprosos. Les organizamos un equipo de balompié, otros juegos deportivos, interveníamos con ellos en la cacería de monos, charlábamos sobre los temas más variados. Nuestra atención y afecto les dio mucho ánimo. Los enfermos sintieron sincera simpatía por nosotros. Para agradecerémoslo, nos construyeron una balsa parecida a la “Kon-Tiki”, para que pudiéramos llegar a Leticia, siguiente punto de nuestro viaje, puerto colombiano situado también en el Amazonas.

La víspera de nuestra partida llegó a San Pablo a

despedirse de nosotros una delegación de leprosos: hombres, mujeres y niños. Llegaron en un bote y traían nuestra balsa, a la que en nuestro honor llamaron “Mambo-Tango”. Usted sabe que el tango es el baile nacional argentino, y el mambo, el baile de moda en Perú. Ese exótico nombre debía simbolizar la amistad argentino-peruana. Llovía, pero el entusiasmo de los acompañantes no disminuía. Después, en nuestro honor entonaron canciones, tres enfermos dijeron unas palabras de despedida. Hablaron no muy claro, pero con sinceridad. Al finalizar contesté yo, muy emocionado. Al igual que Ernesto, sentía lástima de abandonar a esa gente sencilla y bondadosa, con la que habíamos hecho mucha amistad durante la breve estadía en San Pablo.

Al día siguiente, el 21 de junio de 1952, una vez acomodados nuestros sencillos trastos en “Mambo-Tango”, balseamos río abajo por el majestuoso Amazonas en dirección a Leticia. La corriente nos arrastraba. Ernesto sacó muchas fotos y, siguiendo mi ejemplo, escribía un diario. Gozando de la exuberante naturaleza tropical, para vergüenza nuestra, “se nos pasó” Leticia, y sólo lo advertimos cuando nuestro “Mambo-Tango” encalló en una isla grande, que resultó ser territorio brasileño. Balsear contra la corriente hubiera sido una empresa nula. Tuvimos que cambiar “Mambo-Tango” por un bote y despedirnos, además, de nuestros escasos ahorros.

Por fin llegamos a Leticia, totalmente agotados y sin un centavo en el bolsillo. Nuestro aspecto era tan poco respetable que suscitamos las naturales sospechas de la policía, y no tardamos en vemos entre rejas. Esa vez nos salvó la fama del fútbol argentino. Cuando el jefe de policía, un verdadero “hincha”, supo que éramos argentinos, nos ofreció la libertad a cambio de entrenar al equipo de fútbol local, que debía jugar en el campeonato del distrito. Y cuando “nuestro” equipo ganó, los agradecidos fanáticos de la pelota nos compraron los pasajes para el avión que nos llevó felizmente a Bogotá.

En aquellos tiempos gobernaba en Colombia el presidente Laureano Gómez. En el país reinaba la violencia. El ejército y la policía hacían la guerra a los campesinos insumisos. Las autoridades diariamente asesinaban líderes políticos y gente del pueblo. Las cárceles estaban colmadas de presos políticos. La policía nos acogió con gran “hospitalidad”: nos arrestaron. Tuvimos que prometer a las autoridades que abandonaríamos inmediatamente Colombia. Unos estudiantes conocidos nos juntaron el dinero para el viaje, y en ómnibus fuimos hasta la ciudad de Cúcuta, limítrofe con Venezuela. Atravesamos el Puente Internacional que une Cúcuta con la ciudad venezolana de San Cristóbal, de donde el 14 de julio de 1952 llegamos finalmente a Caracas, meta

de nuestro viaje. Un mes antes, el Che había cumplido veinticuatro años.

Llegó la hora de regresar a Argentina. Sin embargo, yo decidí echar anclas en Venezuela. La razón no sólo era el trabajo interesante que me ofrecieron en el leprosorio de Caracas, sino también que allí conocí a Julia. Discutimos con el Che cómo podría llegar mejor a Buenos Aires. Como siempre, no teníamos plata. Pero la suerte seguía sonriéndonos. En Caracas el Che se encontró casualmente a un amigo de sus familiares, que comerciaba caballos de carrera. Los transportaba por vía aérea de Buenos Aires a Miami (EE.UU.), haciendo escala en Caracas. En Miami compraba caballos americanos y los trasladaba en avión a la ciudad venezolana de Maracaibo, allí los vendía y regresaba vacío a Buenos Aires. Le propuso al Che que acompañara una partida de caballos de Caracas a Miami y, desde allí, volviera a Buenos Aires, pasando por Maracaibo. Inclusive le había prometido pagarle para sus pequeños gastos. El Che estuvo de acuerdo, y a fines de julio nos separamos. Me prometió que cuando se graduara y tuviera el diploma de médico regresaría a Caracas para trabajar conmigo en el leprosorio. Pero esos planes no habrían de cumplirse. La próxima vez que nos vimos, ya fue después de la victoria de la revolución cubana, en La Habana, en su despacho de presidente del Banco Nacional de Cuba cuyo cargo desempeñaba entonces. Eso fue el 18 de julio de 1960.

Para terminar de contarle la historia de nuestro viaje, le diré que en Miami el Che se retuvo todo un mes. El dinero se le agotó rápidamente, sin embargo, pudo comprar el vestido de encajes que le había prometido a Chinchina.

En agosto de 1952, el Che regresó a Buenos Aires y se dedicó al estudio. Debía preparar el diploma sobre problemas de la alergia y rendir unas doce asignaturas, lo que hizo en cinco meses. Se apresuraba a despedirse de la Universidad, porque según una nueva ley el siguiente año lectivo debería rendir examen de justicialismo, la doctrina sociopolítica de Perón, cosa que no le hacía ninguna gracia.

En marzo de 1953, Ernesto obtuvo por fin el diploma de médico cirujano, especialista en dermatología. Pero todavía no podía considerarse ciudadano libre. Lo llamaron al servicio militar. Como no quería servir en un ejército de “gorilas”, se dio un baño helado, que le provocó un ataque de asma, después de lo cual se presentó a la comisión médica y ésta lo reconoció no apto para el servicio militar.

Entonces se sintió realmente pájaro libre para poder elegir cual quiera de los caminos que se le ofrecían: comenzar la carrera de médico en su patria o radicarse en Caracas, donde en el

leprosorio le proponían el puesto de médico, con un sueldo mensual de ochocientos dólares americanos. Pero, como se sabe, el Che tomó otra decisión. Por lo visto, ese era su destino.

- Dígame, Alberto, ¿después de separarse del Che en Caracas, se llegaron a escribir?

- Mientras estaba en Buenos Aires, sí. Yo no dudaba que regresaría a Caracas. Después, cuando emprendió el segundo viaje por América Latina, me mandó una tarjeta de Guayaquil (Ecuador), con estas líneas: “Petiso, me voy para Guatemala. Después te escribo”. En esto se interrumpió nuestra correspondencia, hasta el derrocamiento de Batista, cuando yo le mandé una carta a La Habana y él me contestó poco tiempo después. Me decía que había pensado ir a Caracas con Fidel, pero se había enfermado, por eso no pudimos vernos. Por mi parte, ansiaba ir a Cuba, mas diferentes causas aplazaban mi partida. En 1960 recibí otra carta del Che, fechada el 13 de mayo. Nos invitaba a trasladarnos definitivamente a Cuba. Me preguntaba si hubiera podido imaginarme a ese amigo de charlar y de tomar mate, que yo bien conocía, convertido en un hombre que trabajaba sin cansancio en bien de la causa revolucionaria.

En efecto, la revolución cambió a Teté, lo convirtió en un combatiente de hierro y en un trabajador infatigable. Me convencí de ello cuando, ese mismo año, llegamos, por fin, a la Isla de la Libertad y nos encontramos. El Che ya sabía las respuestas a las preguntas que lo habían mortificado en sus años de adolescente. En una sola cosa no había cambiado: seguía siendo tan modesto e indiferente hacia las comodidades de la vida como fuera antes. Se burlaba de la fama y la popularidad que había conquistado. Cuando ya era uno de los líderes de la revolución, y ministro, seguía haciendo su vida espartana, privándose con frecuencia conscientemente de las comodidades elementales. De todas las debilidades humanas; quizá sólo tuviera tres: el tabaco, los libros y el ajedrez.

Reiteradas veces decía que el estadista revolucionario debe hacer una vida de monje. Eso se comprende, porque la mayoría de los funcionarios, y especialmente los bien retribuidos, se dedican en nuestros países al lucro, a dilapidar los fondos públicos, se dejan sobornar, viven en villas lujosas, se emborrachan y se entregan al libertinaje.

En Cuba por consejo del Che, nos radicamos en Santiago, donde comencé a dar clases en la Facultad de Medicina de la Universidad local. Che nos decía que viviéramos modestamente y no tratásemos de hacer “el capitalismo en el socialismo”. Nosotros, por supuesto, ni pensábamos en eso.

Cuando apareció su libro *La guerra de guerrillas*, me lo dedicó con estas palabras: “Para

que tengas esperanzas de no acabar tus días sin sentir el olor a pólvora y el grito de guerra de los pueblos, una forma sublimada de recibir emociones fuertes no menos interesantes y más útil que la utilizada en el Amazonas”.

Antes de partir de Cuba me regaló otro libro suyo, también dedicado. Me dijo que se iba, pero sin decir adónde y para qué, naturalmente. Yo tampoco se lo pregunté. Entonces me escribió: “No sé qué dejarte de recuerdo. Te obligo, pues, a internarte en la caña de azúcar. Mi casa rodante tendrá dos patas otra vez y mis sueños no tendrán fronteras, hasta que las balas digan al menos. Te espero, gitano sedentario, cuando el olor a pólvora amaine. Un abrazo a todos ustedes, incluyendo a Tomás. Che”.

Pregunto a Alberto:

- Aparte de motivos políticos, ¿quizás tenía el Che motivos personales que lo incitaran a abandonar Cuba y encabezar el movimiento guerrillero en Bolivia?

- En el Che la palabra siempre iba unida a la acción. Nunca encomendaba nada a otros que él mismo no pudiera hacer o no estuviera dispuesto a cumplir en cualquier instante. Estimaba que el ejemplo personal tiene no menor valor que los razonamientos teóricos. En nuestros países el propio ejemplo tiene enorme significado. Siempre hemos tenido teóricos en abundancia, en especial “estrategas de café”, pero pocos verdaderos hombres de acción. Che pertenecía a los últimos. En Sierra Maestra no sólo combatía, sino también curaba a los heridos, cavaba trincheras, construía y organizaba talleres, cargaba lo que fuera. Además de sus obligaciones de comandante, cumplía las de soldado raso. Del mismo modo se conducía en su puesto de ministro de Industrias: participaba en las construcciones, en la descarga de barcos, manejaba un tractor, cortaba caña.

A primera vista, podía parecer brusco y hasta grosero, pero sus amigos sabíamos qué sensible y solícito era. Sufría profundamente la muerte de sus compañeros, de sus amigos y partidarios, que, siguiendo su ejemplo, habían alzado en diferentes lugares de América Latina la bandera de guerrillas. En cierta ocasión se me quejó con amargura de que, mientras él estaba sentado ante una mesa, sus amigos perecían, aplicando sin tino su táctica guerrillera.

Antes de partir, me dijo que jamás regresaría vencido, que preferiría la muerte a la derrota. Y no eran simples bellas palabras.

Alberto toma de la estantería el libro del Che *La guerra de guerrillas*:

- Escribió este libro en 1960. Está dedicado a otro héroe de la revolución cubana, a Camilo Cienfuegos. Camilo murió trágicamente. Salió en avión de Camagüey a La Habana, y desapareció.

Quizá le derribaran el avión los contrarrevolucionarios o quizá explotara sobre el océano por algún acto subversivo.

En la dedicatoria Che escribió: “Camilo fue el compañero de cien batallas, el hombre de confianza de Fidel en los momentos difíciles de la guerra y el luchador abnegado que hizo siempre del sacrificio un instrumento para templar su carácter y forjar el de su tropa... Pero no hay que ver a Camilo como un héroe aislado realizando hazañas maravillosas al solo impulso de su genio, sino como una parte misma del pueblo que lo formó, como forma sus héroes, sus mártires o sus conductores...”

No sé si Camilo conocía la máxima de Dantón sobre los movimientos revolucionarios, “audacia, audacia y más audacia”; de todas maneras, la practicó con su acción, dándole además el condimento de las otras condiciones necesarias al guerrillero: el análisis preciso y rápido de la situación y la meditación anticipada sobre los problemas a resolver en el futuro...

Camilo era un hombre de anécdotas, de mil anécdotas, las creaba a su paso con naturalidad. Es que unía a su desenvoltura y a su aprecio por el pueblo, su personalidad; eso que a veces se olvida y se desconoce, eso que imprimía el sello de Camilo a todo lo que le pertenecía: el distintivo precioso que tan pocos hombres alcanzan de dejar marcado lo suyo en cada acción...

Camilo practicaba la lealtad como una religión; era devoto de ella; tanto de la lealtad personal a Fidel, que encarna como nadie la voluntad del pueblo, como la de ese mismo pueblo...

¿Quién lo mató?

Lo mató el enemigo, lo mató porque quería su muerte... y lo mató su carácter. Camilo no medía el peligro, lo utilizaba como una diversión, jugaba con él, lo toreaba, lo atraía y lo manejaba; en su mentalidad de guerrillero no podía una nube detener o torcer una línea trazada...”

Todo lo que el Che escribió de Camilo podría atribuírselo a él mismo. Basta con sustituir en el texto el nombre de Camilo por el del Che, y tendrá usted un retrato exacto de mi amigo y compañero de la juventud.

Así fue el Che. Y no podía ser de otro modo.

Alberto guardó silencio. A través de las celosías se filtraban los primeros rayos del sol naciente.

Recogí mis apuntes.

Entró Julia, que también había pasado la noche en vela.

Tomamos la última tacita de “tinto” y nos despedimos.

La batalla perdida.

Yo empecé a ser revolucionario en Guatemala.

Ernesto Che Guevara.

Se le veía impregnado de un profundo espíritu de odio y desprecio al imperialismo, no sólo porque ya su formación política había adquirido un considerable grado de desarrollo, sino porque hacía muy poco tiempo habla tenido la oportunidad de presenciar en Guatemala la criminal intervención imperialista a través de los soldados mercenarios que dieron al traste con la revolución de aquel país.

Fidel Castro.

¿A qué aspiraba en realidad este argentino de 24 años, con diploma de médico dermatólogo en el bolsillo? ¿Qué objetivos se planteaba y por qué abandonó nuevamente con tanta premura su patria? El mismo nos ayudará a encontrar las respuestas. Con esa máxima sinceridad, rayana en la implacabilidad, después de triunfar la revolución cubana el Che relataba con mucha frecuencia cómo había sido antes de haber ligado su suerte a la causa de Fidel Castro en julio de 1955, en México.

En el discurso pronunciado el 19 de agosto de 1960 en el Ministerio de Salud Pública, en La Habana, el Che dijo: “Cuando me inicié como médico, cuando empecé a estudiar medicina, la mayoría de los conceptos que hoy tengo como revolucionario estaban ausentes en el almacén de mis ideales. Quería triunfar, como quiere triunfar todo el mundo; soñaba con ser un investigador famoso, soñaba con trabajar infatigablemente para conseguir algo que podría estar, en definitiva, puesto a disposición de la humanidad, pero que en aquel momento era un triunfo personal. Era, como todos somos, un hijo del medio”.

El viraje se produce durante el viaje con Granados. ¿Qué es lo que más impacto hace en Guevara cuando recorre los países del litoral pacífico de América del Sur, visitando las minas de cobre, los poblados indígenas, los leprosarios? La miseria infinita, el atraso de los campesinos, de los indios, de los trabajadores de este inmenso continente, a los cuales se contraponen la crueldad, la venalidad, la corrupción de las cúspides que explotan, saquean y engañan a las masas populares.

“Empecé a entrar en contacto con la miseria - continuó el Che en su intervención-, con el hambre, con las enfermedades, con la incapacidad de curar a un hijo por la falta de medios, con el embrutecimiento que provocan el hambre y el castigo continuo, hasta hacer que para un padre perder un hijo sea un accidente sin importancia... Y empecé a ver que había cosas que, en aquel momento, me parecieron casi tan importantes como ser un investigador famoso o cómo hacer algún aporte sustancial a la ciencia médica: y era ayudar a esa gente”.

¿Pero cómo y con qué medios podía ayudar, qué era necesario hacer para aliviarles la vida, liberarlos de esa explotación, de esa miseria y convertirlos en

dueños verdaderos y con plenos derechos de sus destinos y de las inmensurables riquezas naturales?

¿Por medio de la beneficencia, de las pequeñas dádivas, de las reformas parciales y troncas? Eso ya habían tratado de hacerlo antes que él políticos burgueses de distinta índole. Pero los resultados estaban a la vista: los pueblos seguían subyugados más a los monopolios extranjeros. ¡No! Para cambiar el destino de los pueblos de América Latina, para arrancarlos de las tenazas de la miseria y devolverles los derechos, para emanciparlos del imperialismo, sólo había un camino, una sola salida: arrancar el mal de raíz, hacer la revolución social. A esta deducción llega el Che después de su primer viaje por los países latinoamericanos. Todavía no sabe dónde, ni quién, ni cuándo hará tal revolución, muchas cosas no las ve todavía claras ni precisas, pero para sí ya tomó una firme decisión: si alguna vez alguien comienza en algún lugar una revolución así, él se alistaría como soldado. Y cuando en julio de 1953 se despidió de sus padres y amigos en la estación ferroviaria Belgrano, de Buenos Aires, y les dijo: “Se despide de ustedes un soldado de América”, pensaba en eso.

El norteamericano Daniel James, autor de la biografía del Che, que trata por todos los medios de desfigurar y achatar su imagen, para agrandar a quienes dieron la orden de asesinato, interroga en su libro con ingenua afectación: “¿Por qué una inteligencia tan amplia y profunda como la de Ernesto Guevara no recurrió a la experiencia de otros países, en los que se emprendían, o por lo menos se esbozaban, tentativas de dar diferentes soluciones, pacíficas, al problema social? Si su odio hacia Estados Unidos excluía la posibilidad de hacer un estudio objetivo de la sociedad norteamericana, ¿por qué no recurrió, entonces, a la experiencia de países como Suecia o Israel, en los cuales se estaban haciendo experimentos sociales más próximos a su estado de ánimo? ¿Por qué fue incapaz de mirar las cosas de un modo más amplio y no a través del prisma de la monocultura que paraliza a los países latinoamericanos? ¿Por qué su intelecto excluyó en edad tan temprana otras soluciones y otras respuestas a los problemas sempiternos de la humanidad?”

Daniel James se abstuvo a responder a estas preguntas seudopatéticas. Porque sólo puede haber una respuesta: la causa de que el Che eligiera el camino de la revolución social radica en la política de explotación y arbitrariedad que durante decenios y decenios practican en América Latina los imperialistas de Estados Unidos de América. Los monopolios estadounidenses, los bancos y los trusts se apoderaron de las riquezas básicas de esos países. El Pentágono, el Departamento de Estado y la CIA erigieron a norma inmiscuirse en la vida política de los mismos. Los medios gobernantes de

Estados Unidos no sólo temían la revolución comunista en América Latina, sino incluso cualquiera reforma burguesa seria, por temor que ésta afectara los intereses de sus monopolios y repercutiera en los bolsillos de los magnates de Wall Street.

Washington respondía con sanciones, con intervenciones armadas a la primera tentativa de hacer reformas. Por orden de Washington, los “reformadores”, inclusive los más moderados, eran derrocados por “gorilas” especialmente adiestrados para el caso. A otros los “amansaban” por medio del chantaje, de amenazas o dádivas. Por orden de Washington fueron muertos los líderes políticos que se pronunciaron desde posiciones independientes, tales como Guiteras en Cuba y Gaitán en Colombia; en Venezuela fue derrocado el presidente democrático Gallegos. Fueron también “amansados” los tales “reformadores” como, por ejemplo, González Videla en Chile y Frondizi en la Argentina. Los tiranos criollos, para estar a bien con Washington y con la oligarquía, durante decenios arrojaban a la clandestinidad, echaban a las hediondas mazmorras, torturaban y eliminaban a los comunistas y a otros luchadores por la verdadera democracia y la felicidad de sus pueblos. Todo eso lo veía y conocía el joven médico argentino Ernesto Guevara, como también lo veían y sabían sus contemporáneos. Pero no todos ellos sacaron de esto iguales conclusiones. El Che hizo para sí la única deducción correcta: comprendió que para lograr la justicia era preciso cambiar el orden social.

No puede decirse que esta conclusión fuera un descubrimiento personal del Che. Mucho antes que él habían llegado a ella los comunistas, basándose en la científica doctrina del marxismo-leninismo. El joven Guevara, naturalmente, había leído a Marx, a Lenin, y no sólo a ellos, sino también a sus enemigos. En las revistas burguesas leía calumnias e invenciones de lo más absurdas acerca de los comunistas y la Unión Soviética. Podía elegir. ¿Qué le obligó a elegir la revolución? Su propia experiencia y la noble aspiración a servir a los desamparados.

¿Significa esto que entonces -al despedirse de sus allegados en la Estación Belgrano- el futuro soldado de la revolución se considerara comunista? En absoluto. Al comunismo se llega por diferentes caminos. Para unos, es la antorcha que despeja en seguida el camino que lleva del reino de las tinieblas al de la libertad. Otros llegan al comunismo luego de haber perdido la fe en sus antiguos ideales, pasando por una penosa revaluación de los valores, superando la estrechez nacional, los prejuicios propios de su medio y el egocentrismo. A diferencia de muchos otros representantes de las capas medias, Ernesto

Guevara no arrastraba el peso de costumbres o conceptos enmohecidos que pudieran aislado con una muralla china de la percepción de las nuevas ideas revolucionarias. Es más, comenzó su vida espiritual desechando esas costumbres y esos conceptos. Pero el programa positivo iba formándose en él con lentitud, iba madurando gradualmente. Por el momento, ese futuro soldado de la revolución se dirigía a Caracas, para curar a los leprosos.

¿Pero, por qué en lugar del puerto o del aeropuerto lo vemos en una estación ferroviaria tomando un tren que va a La Paz? A sus familiares y amigos les explica tan singular elección de su itinerario hacia Venezuela, diciéndoles que no tiene dinero para comprar el pasaje en avión o en barco. En efecto, su bolsillo está vacío, por eso toma un “tren lechero”, como llaman en la Argentina a los trenes que paran por el camino en todos los pueblecitos, donde cargan los bidones de leche. ¿Será posible que un médico, con un sueldo asegurado en Caracas de 800 dólares, no haya podido pedir prestados 200 dólares para llegar a Venezuela en avión o en barco? ¿De qué se trata entonces?

Che fue a Bolivia porque todavía no había estado allí y se había propuesto conocer todos los países latinoamericanos. Estaba impaciente por ver con sus propios ojos la revolución boliviana.

De Bolivia se dice: es “un mendigo sobre trono de oro”. En las entrañas de este país hay caudales incontables: petróleo, estaño, oro. Pero todos esos tesoros fueron usurpados por los monopolios extranjeros, que recibían extraordinarios beneficios de la explotación de los mismos, mientras el pueblo vivía en la indigencia e ignorancia, embrutecido por la coca. Hasta no hace mucho, el nivel de vida de millones de habitantes de este país, principalmente indios y mestizos, era uno de los más bajos del mundo, y la mortalidad infantil, la más alta.

Hasta los primeros años del 50, pocos se interesaban por Bolivia allende sus fronteras, a excepción de los agentes de los monopolios petroleros y estañeros. Ciudad La Paz⁵, situada a cerca de 4.000 metros sobre el nivel del mar, es casi inaccesible para los europeos, y la llaman “el cementerio de los extranjeros”. El escritor boliviano Luis Lucich escribía a principios de la década del 60 que los extranjeros visitaban tan raramente al país, como los lugares más remotos de África Central o el Tibet. El clima, tanto físico como político, es contraproducente para el extranjero. En Bolivia se hacían anualmente, por término medio, dos “revoluciones” que, por regla general, iban acompañadas de abundantes sangrías.

⁵ La capital oficial del país es Sucre. En realidad, La Paz es lugar de residencia del gobierno y de los organismos legislativos.

El escritor sueco contemporáneo Artur Lundkvist describió en estos términos la capital boliviana: “Calles empinadas llegan hasta la Plaza Murillo, en torno de la cual están el Palacio presidencial, la Casa de Gobierno y la Catedral. Los postes de las farolas parecen estar adaptados expresamente para colgar a los presidentes y a los ministros. El presentimiento le hace a uno adivinar salidas secretas, ocultas en las calles suburbanas: por ellas salen volando en el último instante toda clase de señores importantes, llevándose consigo el tesoro público o una suma de dinero más fuerte aún. Los mineros organizan en esta plaza manifestaciones, sin olvidar de llenarse previamente los bolsillos con dinamita, y aquí presentan su ultimátum al gobierno. Suele ocurrir que aquí se descuartice, o simplemente se fusile a los hombres de Estado, y después se los arroje desde el balcón al empedrado”.

Esta ciudad tan poco común no podía por menos de interesar al joven doctor argentino, ansioso de recibir nuevas impresiones. Pero por mucho que le atrajeran los contrastes de la capital boliviana, aquella vez ansiaba conocer, más que nada, todo lo nuevo que había ocurrido en ese país en los últimos tiempos.

El 9 de abril de 1952 se había producido en Bolivia la revolución de turno: la 179 en orden de número. A diferencia de las 178 anteriores, esa revolución hizo avanzar a Bolivia, en realidad, por el camino del progreso. En ella participaron mineros y campesinos. Llegó al poder el Partido del Movimiento Nacionalista Revolucionario, cuyo líder Paz Estenssoro asumió la presidencia del país. El nuevo gobierno nacionalizó las minas de estaño, pagando, por cierto, una generosa compensación a las compañías extranjeras. Empezó la reforma agraria, organizó las milicias de mineros y campesinos. Esas medidas, a pesar de ser limitadas, eran muy prometedoras. Muchos intelectuales y políticos de ideas progresistas acudieron a recoger experiencias en Bolivia. Siguiendo su ejemplo, Ernesto Guevara inició su itinerario a Caracas pasando por La Paz.

En Bolivia el Che se entrevistó con representantes del gobierno, visitó los poblados mineros y las aldeas indias montañosas. Durante un tiempo inclusive trabajó en el departamento de información y cultura y en el de la reforma agraria.

Por supuesto, en Bolivia también se interesó por las antigüedades arqueológicas y visitó las ruinas de los legendarios santuarios indios en Tiahuanaco, cerca del lago Titicaca. Fotógrafo apasionado, sacó decenas de fotos a la Puerta del Sol, lugar sagrado en el que antaño los indios veneraban a Viracocha, divinidad del astro solar.

Pero mientras el mundo antiguo de los indígenas ejercía sobre él, como en todas partes, algo así

como un efecto mágico, mientras los propios indios, esos seres silenciosos y sumisos, pero al mismo tiempo bravos, lo hechizaban y lo atraían, la revolución boliviana lo desilusionó. Y lo desilusionó porque los indios, población autóctona del país, seguían marginados de la sociedad, continuaban llevando una vida tan atrasada como en aquellos tiempos remotos en que los conquistadores españoles disponían de sus vidas.

Los dirigentes de esa revolución suscitaban en él desconfianza y desagrado. Eran líderes burgueses que no trataban de profundizar el proceso revolucionario, sino de frenarlo, se humillaban ante Washington, muchos de ellos se dedicaban a maquinaciones y especulaciones financieras de diferente tipo. Los sindicatos estaban en manos de diestros politicastos. En cuanto al Partido Comunista, fundado en 1950, no había podido adquirir aún visible influencia sobre las masas trabajadoras del país.

No, aún no había llegado la hora de Bolivia. ¿Podía pensar Ernesto Guevara que en un futuro no lejano retornaría para luchar por esos indios, descendientes de tribus antaño poderosas, y que precisamente allí terminaría su breve, pero gloriosa vida de revolucionario? Naturalmente que no. Pero el hecho de que en 1953 visitara ese país, lo recorriera y estudiara, que se compenetrara con sus problemas, seguramente tuvo influencia en su decisión de volver al altiplano andino.

En La Paz el Che conoció a Ricardo Rojo⁶, joven abogado argentino adversario de Perón. Huyendo de la policía, Rojo se refugió en la embajada guatemalteca de Buenos Aires, luego decidió marcharse a Guatemala.

En aquellos años gobernaba en Guatemala el presidente Jacobo Arbenz, quien había dado pruebas de una audacia extraordinaria para un hombre de Estado centroamericano: se había atrevido a nacionalizar parte de las tierras del “monstruo verde” o “Mamita Yunai”, como llaman los latinoamericanos a la United Fruit Co. Había precedido a Arbenz en la presidencia el profesor de filosofía Juan José Arévalo, de ideas democráticas. Arévalo había vivido durante una temporada emigrado en la Argentina, y tenía allí muchos amigos. Rojo llevaba unas cartas de presentación de esos amigos, y confiaba que le permitirían instalarse bien en Guatemala. Rojo persuadió al Che que hicieran el viaje juntos.

Che no se opuso a acompañarle, pero sólo hasta Colombia. Desilusionado de la revolución boliviana, admitía con escepticismo las entusiastas manifestaciones de Rojo sobre el gobierno

⁶ R. Rojo, politicastro burgués, que después de la muerte del Che especuló indignamente con su nombre, publicó invenciones sensacionalistas, ampliamente divulgadas por la prensa reaccionaria.

guatemalteco. Todavía seguía con el propósito de ir a Caracas, donde en el leprosorio lo esperaba con impaciencia Mial.

Rojo salió en avión a Lima, y Guevara, con el estudiante argentino Carlos Ferrer, recorrió el lago Titicaca, el más alto del mundo, por el que pasa la frontera entre Bolivia y Perú, llegando a Cuzco, que ya conocía por el viaje anterior. Allí los guardias fronterizos los detuvieron, tomándolos por agitadores peligrosos, pero luego de quitarles los libros y folletos sobre la revolución boliviana, los pusieron en libertad. Los viajeros no tardaron en llegar a Lima, donde se encontraron con Rojo.

En Perú la situación política era sombría. Gobernaba el país el tirano Odría, lacayo de Washington. Las cárceles estaban repletas de presos políticos. Era peligroso parar en Lima por mucho tiempo. Luego de conseguir un poco de dinero, Rojo, Ferrer y Guevara tomaron el autobús y siguieron por la costa del Pacífico hacia Ecuador, cuya frontera cruzaron el 26 de septiembre de 1953.

En Guayaquil solicitaron la visa en la embajada colombiana. El cónsul no puso inconvenientes, pero exigió que le enseñaran los pasajes de avión hasta Bogotá. En Colombia acababa de producirse el golpe de Estado de turno: el tirano Laureano Gómez había sido destituido por el general Rojas Pinilla. El cónsul estimó que para los extranjeros sería peligroso viajar por el país en un tipo de transporte tan democrático como es un autobús.

Cuánto darían los viajeros por mostrar al cónsul sus pasajes de avión, mas los escasos recursos se lo impedían. Había que buscar otra salida. Los argentinos tenían una carta de presentación de Salvador Allende, líder del Partido Socialista de Chile, para un líder socialista local, un abogado bastante conocido en Guayaquil. El abogado les consiguió pasajes gratis en un barco de la United Fruit Co., que partía de Guayaquil a Panamá. El “monstruo verde” estaba dispuesto, de tanto en tanto, a hacer un favor a los estudiantes indigentes, para mostrar su “buen” corazón....

Rojo continuaba persuadiendo a Guevara de que viajaran juntos a Guatemala. Influidos por esas exhortaciones o quizá impresionado por las noticias de la prensa sobre la inminente intervención de EE.UU. contra Arbenz, el Che decide remplazar, al menos provisoriamente, Venezuela por Guatemala, y así se lo comunica a Mial en la nota de una línea que el lector ya conoce.

En Panamá el grupo se dividió: Rojo siguió viaje a Guatemala, mientras Guevara y Ferrer se quedaron allí, se les había acabado el dinero. Para llegar a la vecina Costa Rica, Guevara vendió sus libros y, además, publicó en una revista local varios reportajes sobre Machu Picchu y otras antigüedades peruanas. Sin embargo, el dinero escaseaba. Emprendieron el viaje a San José, capital de Costa

Rica, a auto-stop. De camino, el camión en que viajaba Guevara se volcó en una zona de lluvias tropicales. Ernesto se golpeó seriamente una pierna y la mano izquierda, que durante largo tiempo manejó con dificultad.

A principios de diciembre, Ernesto y su amigo argentino ya caminaban por las calles de San José, capital de la pequeña república latinoamericana, pero que no cedía en nada a las demás por la tensión de las pasiones políticas.

En San José confluían los exiliados políticos de los países centroamericanos y de la cuenca del Caribe. Allí se trenzaban los hilos de los complots, de los golpes de Estado y las revoluciones, se preparaban expediciones libertadoras, se debatían distintos planes, programas y manifiestos políticos. Pero las cosas no iban más allá de batallas verbales ante una botella de whisky en los bares y cafés del lugar.

Por entonces era presidente de Costa Rica José Figueres, dueño de plantaciones de café, que en 1948 había encabezado la sublevación contra el gobierno de Teodoro Picado, a quien había acusado de simpatías al comunismo. Pero Figueres no era un reaccionario común. Su ideal era el denominado “tercer camino”: la democracia burguesa. Figueres censuraba los regímenes dictatoriales de Centroamérica y del Caribe, y apoyaba a los distintos pretendientes al poder en esos países. Muchos de ellos encontraban refugio político en San José. A esa finalidad debía también servir la Legión del Caribe, formada por Figueres, en la que se alistaban buscadores de aventuras, exiliados políticos, aventureros y simplemente mercenarios. Entre los legionarios habían dominicanos, nicaragüenses, cubanos, guatemaltecos, españoles republicanos.

Allí, en San José, el dominicano Juan Bosch le agradó. Escritor de talento, autor de relatos veraces sobre la vida de la gente sencilla, narrador de las penas y los sufrimientos de su pueblo, Juan Bosch durante muchos años recorrió los países latinoamericanos, denunciando los crímenes del tirano Leónidas Trujillo, que había convertido la República Dominicana en una mazmorra medieval. Bosch no cifraba la menor ilusión en los imperialistas norteamericanos, que en más de una ocasión habían enviado a su patria a los marines para “poner orden” y protegían celosamente al “chacal del Caribe” Trujillo, aliado y correligionario de ellos.

En San José Guevara conoció también a los cubanos que participaban en la lucha clandestina contra la dictadura de Batista.

Mucho más tarde, en 1963, en una conversación con el corresponsal del diario cubano *El Mundo*, Che le diría que se había interesado por Cuba por primera vez cuando tenía 11 años. Por aquel

entonces había llegado a Buenos Aires el célebre ajedrecista cubano José Raúl Capablanca. El joven Teté, apasionado por el ajedrez, naturalmente adoraba a Capablanca. Puede decirse que a esto se redujo, durante largo tiempo, su interés por Cuba. En el trayecto de Buenos Aires a Bolivia quizá Guevara leyera en los diarios la noticia del ataque al cuartel Moncada, en la ciudad de Santiago, por un grupo de audaces jóvenes encabezados por Fidel Castro. Digo “quizá”, porque Guevara no lo menciona en ninguna parte. Mas inclusive si hubiera leído sobre este hecho en los diarios, difícilmente le prestara especial atención, porque los choques de la juventud con la policía son corrientes en los países de América Latina. Además, ¿podría pensar entonces que precisamente Cuba, que los mismos yanquis denominaban descaradamente “nuestra colonia”, no tardaría en convertirse en campo de guerra revolucionaria, en el primer país del hemisferio occidental que alzaría la bandera del socialismo, y que justamente a él, Guevara, le tocaría en suerte desempeñar un papel relevante en esos acontecimientos?

Por otra parte, los primeros cubanos que conoció en San José sólo le podían narrar la derrota de los combatientes de Fidel Castro, la heroica muerte de muchos de ellos y la detención de los sobrevivientes. Se trataba, en efecto, de muchachos arriesgados, de verdaderos patriotas. Pero eran pocos para combatir con éxito contra el ejército de Batista, armado hasta los dientes y respaldado por el imperialismo norteamericano. De Cuba se decía en aquellos años que era “un país en el que no ocurre nunca nada”, en el sentido de que allí eran imposibles los cambios de género alguno, hasta tal punto parecía atada la isla al carro del gigante norteamericano.

Sea como fuere, entonces la atención general no estaba centrada en Cuba, en la que padecían encarcelados Fidel Castro, su hermano Raúl y otros héroes de la batalla del Moncada, sino en Guatemala, sobre la cual se espesaban cada vez más los nubarrones. Los diarios informaban que aventureros y delincuentes de toda índole, a quienes especialistas en la materia, de la CIA, enseñaban el arte de asesinar, se conglomeraban en Honduras, vecina de Guatemala, y, con la connivencia del dictador local -anteriormente abogado al servicio de la United Fruit Co.- preparaban el derrocamiento del gobierno de Arbenz. Al frente de los mercenarios se había puesto al coronel guatemalteco Castillo Armas, quien en 1950 ya había alzado un motín contra el gobierno de Arbenz y había huido a Honduras. Allí se puso al servicio del “monstruo verde”. Armas recibía mensualmente 150.000 dólares para alistar a los mercenarios y armarios. La intervención se tramaba abiertamente, y los medios oficiales de Washington declaraban

con cinismo que se realizaba con su anuencia y apoyo.

Era preciso marchar inmediatamente a Guatemala. A fines de 1953, Ernesto Guevara, en compañía de varios compañeros argentinos, sale en autobús de San José hacia San Salvador. El 24 de diciembre los viajeros llegan a la ciudad de Guatemala, capital de la República homónima.

La ciudad de Guatemala está situada a 1.800 metros sobre el nivel del mar. Es la capital más “alta” en Centroamérica. Junto a ella hay volcanes, la ciudad fue reiteradas veces destruida por los terremotos. Las casitas, casi todas de un solo piso, se pierden entre el verdor. En los parques hay muchas aves canoras, entre las que descuella el tesontle, el “pájaro de las cuatrocientas voces”. El símbolo de Guatemala también es un ave -el quetzal-, pequeña, con larga cola esplendorosa tornasolada, que muere en el cautiverio.

A Ernesto en seguida le gustó la ciudad. El aire transparente le recordaba Alta Gracia. Llevaba cartas de presentación para personalidades guatemaltecas. Además, la carta de un conocido de Lima para la revolucionaria peruana Hilda Gadea. Hilda se había graduado en la Facultad de Economía de la Universidad San Marcos, de Lima, era activista del ala izquierda del APRA, partido declarado fuera de la ley por el dictador peruano general Odría. Hilda trabajaba en el Instituto de Desarrollo Nacional. Como muchos exiliados políticos de las izquierdas, era partidaria del gobierno de Arbenz. Ernesto la encontró en la pensión “Cervantes”, donde vivían emigrados políticos de diferentes países latinoamericanos, y él mismo se instaló allí.

Al igual que Ernesto, Hilda había viajado mucho por los países de América Latina. Le interesaba el arte y se consideraba marxista. Los criterios e intereses comunes acercaron rápidamente a los jóvenes.

He aquí lo que cuenta en sus memorias Hilda Gadea sobre las impresiones que le causó el joven médico argentino:

“El doctor Ernesto Guevara... me impresionó desde las primeras conversaciones por su inteligencia, su seriedad y su posición y conocimientos marxistas. Proveniente de una familia burguesa y con su título de médico podía haber hecho una carrera fácil y exitosa en su país, desde el punto de vista de la generalidad de los profesionales que se gradúan en nuestros países. En cambio, él quería trabajar en los lugares más inhóspitos, aun sin remuneración, y contribuir a la salud del pueblo.

Pero lo que más admiración me causó fue su actitud como recién graduado de medicina. Enjuiciaba, por la experiencia de sus viajes a los diversos países de Sudamérica, la situación de

salubridad, desnutrición y miseria de nuestras mayorías. Recuerdo muy bien que discutimos en esa ocasión la novela de J. H. Cronin *La Ciudadela*, y otros libros similares que tratan ese tema y que ambos habíamos leído. Y concluía que el médico en nuestros países no podía ser un profesional mimado y dedicarse a atender a las clases privilegiadas, inventando a veces medicinas o recetando medicinas inútiles o haciendo operaciones innecesarias, para enfermedades imaginarias o provenientes de una vida dedicada al ocio y a la satisfacción frívola o excesiva de sus necesidades vitales. Claro que con ello podría obtenerse cuantiosos ingresos y tener “éxito” en la vida, pero que eso no era una meta para los jóvenes profesionales conscientes de las necesidades de nuestros países.

El doctor Guevara... pensaba que el médico debía dedicarse a sanear las condiciones de vida de las grandes mayorías, eso lo llevaba a enjuiciar los sistemas de gobierno que imperaban en nuestros países, que vivían explotados por las oligarquías y en los que se acentuaba cada vez más la penetración y la intervención del imperialismo yanqui.”

Allí Ernesto conoció también a emigrados cubanos, compañeros de lucha de Fidel Castro. Entre ellos, a Antonio López Fernández, de apodo “Nico”, a Mario Dalmau y Darío López. Los tres participarían más tarde en la expedición del “Granma”. Le relataron a Ernesto las hazañas heroicas de los luchadores contra el tirano Batista. Confiaban que la revolución guatemalteca modificaría la correlación de fuerzas en el Caribe a favor de los enemigos de Batista y ayudaría a derrocar al odiado tirano. Las mismas esperanzas acariciaban por entonces los exiliados en Guatemala de otros países de la zona, en los que dominaban tiranos, fieles servidores del imperialismo yanqui.

Diríase que Ernesto había hallado en Guatemala su dicha personal y muchos amigos políticos. Pero eso no era suficiente para él. Ansiaba participar activamente en el proceso revolucionario de Guatemala, quería ocupar su puesto de combatiente, para actuar, para dedicarse a cosas útiles y necesarias a la causa revolucionaria. Porque a eso, precisamente, había ido allá, más no le resultó.

Así pues, Ernesto Guevara había llegado a Guatemala para participar en la revolución. ¿Qué revolución era ésa? Como ya dijimos, el gobierno de Jacobo Arbenz tomaba algunas medidas en defensa de los intereses nacionales de Guatemala. Hizo aprobar por el Parlamento la ley de la reforma agraria, logró que se duplicara el salario de los obreros de la United Fruit Co., expropió 554.000 hectáreas de los terratenientes, entre ellas, 160.000 hectáreas de tierra pertenecientes a “Mamita

Yunai”, respetaba las libertades democráticas. Esas medidas provocaron un ataque de rabia entre los medios gobernantes de Washington. En aquellos años, el presidente de EE.UU. era Dwight D. Eisenhower, y su mano derecha, John Foster Dulles, accionista de la United Fruit Co. John M. Cabot Lodge, asesor de Dulles para los asuntos interamericanos, estaba también estrechamente ligado con “Mamita Yunai”.

El gobierno de Estados Unidos envió de embajador a Guatemala al conocido agente de la CIA John Peurifoy, con la misión de derrocar a Arbenz. Según palabras del presidente Eisenhower, Peurifoy “estaba familiarizado con las tácticas comunistas en Grecia, donde había sido embajador. Peurifoy llegó rápidamente a conclusiones definitivas acerca de la índole del gobierno de Arbenz”.

¿A qué conclusiones llegó este espía recalcitrante? El mismo lo dijo después de ser derrocado el gobierno de Arbenz: “Me pareció que el hombre (Arbenz) pensó como un comunista y habló como tal, y si no directamente, lo hará más adelante. Eso le informé al señor John Foster Dulles, quien informó al presidente. Eisenhower”.

A continuación, en la prensa reaccionaria norteamericana se comenzó a acosar el gobierno “comunista” de Arbenz. “Guatemala es una avanzada roja en Centroamérica”. “El Mar del Caribe es un lago comunista”, tales eran los titulares provocadores que aparecían en los diarios estadounidenses, con el propósito de convencer a sus lectores de que Guatemala se habría convertido en un Estado “comunista” que amenaza, ni más ni menos, la propia existencia del poderoso imperio del dólar.

Altos funcionarios oficiales de Washington empezaron a exigir públicamente el derrocamiento de Arbenz. El embajador John Peurifoy declaró a la revista *Times*: “No podemos aceptar que se establezca una república soviética entre Texas y el Canal de Panamá”. Cabot Lodge afirmaba que el gobierno de Guatemala estaba “a sueldo del Kremlin”, que era un “títere de Moscú” y que pronto se pondría fin a esa situación. Los mercenarios de Castillo Armas debían desempeñar el papel de destacamento de choque. Con ellos estaba en contacto permanente el mencionado John Peurifoy.

¿Era en realidad “comunista” el gobierno de Arbenz? De ninguna manera. Arbenz era militar de carrera, había terminado los estudios en el Colegio Militar con notas sobresalientes durante el período del tirano Jorge Ubico, conocido con el apodo “el Napoleoncito del Caribe”. Arbenz participó en el golpe de Estado que derrocó a Ubico en 1944, luego fue ministro de Guerra en el gobierno liberal de Juan José Arévalo. En 1945, el presidente

Arévalo estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, pero en Guatemala no hubo embajada soviética ni con Arévalo ni con Arbenz.

El coronel Arbenz fue electo presidente de Guatemala en el otoño de 1950. Recibió 267 mil votos, y sus adversarios, en conjunto, 140.000. Arbenz contó con el apoyo de los partidos demócratas-burgueses, que se pronunciaban por la independencia nacional. También apoyó su candidatura el joven Partido Guatemalteco del Trabajo (Partido Comunista). Pero la influencia de este partido era muy reducida. Se había constituido en 1949 y contaba en sus filas tan sólo con varios centenares de miembros. En el Congreso Nacional lo representaban tan sólo cuatro diputados (de los 56).

El gobierno de Arbenz era progresista, pero burgués, con todas las vacilaciones e indecisiones características para tal gobierno en la lucha por la liberación. Lo integraban también elementos a todas luces conservadores.

No debe sorprender, por lo tanto, que en esas condiciones al joven médico argentino, que exponía abiertamente sus criterios marxistas, le fuera difícil, e inclusive imposible, encontrar ocupación en Guatemala.

Ernesto ofreció sus servicios de médico al ministro de Sanidad, dijo que iría a la zona más apartada de Guatemala, a las selvas de Petén, para trabajar de médico en las comunidades indias. Estaba dispuesto a cumplir cualquier trabajo útil a la revolución. Sin embargo, los funcionarios gubernamentales no sintieron entusiasmo por el ofrecimiento del joven argentino. Primero le exigían que revalidara el diploma de médico, para cuya complicada operación se requería no menos de un año.

Entretanto era preciso ganarse el pan de cada día. Ernesto se dedicó a oficios varios, escribió artículos en la prensa local, vendió libros a domicilio. Hilda decía que más bien leía que vendía esos libros. Colaboró con la organización juvenil del Partido Guatemalteco del Trabajo: la Juventud Patriótica del Trabajo. Viajó por el país, mochila al hombro, y estudió la cultura antigua de los mayas.

Todos sus amigos de aquellos tiempos señalan que era incansable en las discusiones. Y lo que discutía entonces, fundamentalmente, era por qué vías y apoyándose en qué fuerzas se podía liberar a los pueblos latinoamericanos del yugo del imperialismo, de la explotación y la miseria. Sus jóvenes amigos ansiaban cambios, ansiaban pelear. Discutían hasta quedarse afónicos sobre la lucha de clases, la necesidad de la reforma agraria, el papel de la clase obrera, el socialismo, el comunismo, el marxismo, el leninismo.

A diferencia de algunos de sus amigos de entonces, Ernesto Guevara, además de discutir, se

leía la literatura marxista. “En ese momento tiene un pensamiento marxista muy claro -recuerda el revolucionario cubano Mario Dalmau, que hizo amistad con el Che en Guatemala-, ha leído completamente a Marx y a Lenin, toda una biblioteca marxista”.

A Ernesto le preocupaba el desarrollo de los acontecimientos en Guatemala. El país estaba inundado de agentes de inteligencia norteamericanos y de saboteadores. En un pueblo encontró al profesor Robert Alexander, conocido “especialista” estadounidense en comunismo de los países latinoamericanos.

- Mucho gringo, mucho gringo -dice Ernesto a su acompañante-. ¿Qué crees que vienen a hacer? Son investigadores o espían para el FBI.

Mientras tanto el gobierno de Estados Unidos se proponía poner la “camisa de fuerza” a la insumisa Guatemala. En marzo de 1954, por instancia de Washington, se reunió en Caracas la X Conferencia Interamericana, en la cual Foster Dulles acusó a Guatemala de comunismo. Bajo la presión de Dulles, y a pesar de la resistencia opuesta por algunos Estados latinoamericanos, la Conferencia aprobó una resolución anticomunista, que de hecho sancionaba la intervención en Guatemala.

Arbenz negó categóricamente tener algún contacto con el comunismo o con los comunistas. También negó categóricamente, y con pleno fundamento, tener vínculos con la Unión Soviética. El 1º de marzo de 1954, Arbenz escribió en el mensaje al Congreso de la República: “Es evidente hasta para los más perspicaces, que la Unión Soviética no ha intervenido ni interviene en los asuntos internos de nuestro país, ni nos amenaza con ninguna intervención”

Pero Arbenz no era anticomunista ni antisoviético, y eso, precisamente, era lo que no podían perdonarle los jerarcas de Washington. ¡La sardina se había atrevido a desobedecer al tiburón! ¡La república bananera se había atrevido a lanzar un reto a su dueño y señor, al tío Sam! Una violación incalificable de la “sagrada” doctrina Monroe: no podía denominarse de otro modo el comportamiento del gobierno de Arbenz. Washington, al persuadirse de que las amenazas y las sanciones económicas no hacían mella en Arbenz, decidió soltar la jauría de sus galgos contra él.

El 17 de junio de 1954, las bandas de Armas, adiestradas y pertrechadas por los agentes de inteligencia norteamericanos, irrumpieron desde Honduras en el territorio guatemalteco y ocuparon varias poblaciones fronterizas. Comenzaron los asesinatos de los partidarios del gobierno de Arbenz. Los aviones de los intervencionistas bombardearon la capital y otros puntos estratégicos del país.

Las fuerzas mercenarias sumarían unos 800 hombres, de los cuales sólo 200 eran guatemaltecos, y el resto extranjeros. Al mismo tiempo, el gobierno de Arbenz disponía de un ejército de 6.000 a 7.000 soldados. Sin embargo, en la fase inicial las tropas gubernamentales evitaban combatir contra los mercenarios.

El presidente Arbenz confiaba arreglar el conflicto con medios pacíficos. Envío una reclamación al Consejo de Seguridad de la ONU, exigiendo el retiro inmediato de las tropas intervencionistas. La reclamación de Guatemala fue apoyada en el Consejo de Seguridad por el representante de la URSS, quien declaró: “Guatemala fue sometida a un ataque armado por tierra, por mar y por aire. Somos testigos de un caso absolutamente evidente de agresión no encubierta: la agresión a uno de los Estados de América Central -Guatemala-, miembro de la ONU. Por eso el deber y la obligación del Consejo de Seguridad consiste en tomar medidas inmediatas para poner fin a la agresión, y el Consejo de Seguridad no puede eludir esta responsabilidad, ningún otro organismo puede sustituir al Consejo de Seguridad en esta cuestión”. A pesar de la insistente exigencia de Guatemala y de la Unión Soviética, el Consejo de Seguridad no toma ninguna medida eficaz para cesar la agresión contra Guatemala.

Entretanto, los trabajadores de Guatemala pedían al gobierno que desplegara acción resuelta contra los mercenarios, exigían armas, la organización de las milicias, la movilización de todas las fuerzas populares en defensa de la república. El gobierno se negó a armar al pueblo, aunque, cediendo a la presión de las masas, dio la orden a las tropas de expulsar a los mercenarios del territorio de la república. El ejército guatemalteco pasó a la ofensiva y derrotó a las bandas de mercenarios, cuyos restos huyeron a Honduras, presas del pánico.

La derrota de los mercenarios provocó confusión en Washington. Estaba a punto de fracasar la agresión organizada por la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado contra la Guatemala democrática, pero el “establishment” norteamericano no perdona a sus servidores tal tipo de fracaso. Lo recordaba el comentario publicado en esos días en *New York Herald Tribune*, portavoz de los monopolios estadounidenses: “El ejército del gobierno guatemalteco cuenta con 6.000 hombres, adiestrados por los instructores norteamericanos. Si derrota al anticomunista Armas, será gracias al ministro de guerra norteamericano. Los jefes del Pentágono ven ahora cuánta ironía hay en mantener una misión militar ante un gobierno que se encuentra bajo la influencia comunista. Serán retirados los asesores norteamericanos si los sublevados son derrotados”.

Los protectores de Castillo Armas en Washington comprendieron la insinuación y viendo que la esperanza de los mercenarios no se justificaba, comenzaron a preparar febrilmente el derrocamiento de Arbenz por medio de un golpe militar, aprovechando para ello a sus agentes que, hasta esos momentos, se declaraban partidarios del presidente. El protagonista de esta operación debía ser Peurifoy. Él fue quien redactó el ultimátum enviado por los altos mandos militares a Arbenz. Exigían su renuncia, amenazándolo, de lo contrario, con derrocarlo. Los conspiradores, tratando engañar la opinión pública, prometían respetar “la libertad y la vida de todos los ciudadanos” y continuar la lucha contra los mercenarios. Arbenz no resistió la presión y, sin consultarlo con los partidos que lo apoyaban, el 27 de junio de 1954 renunció a la presidencia. Trasfirió el poder al coronel Díaz, comandante en jefe de las fuerzas armadas de Guatemala, y se asiló en la embajada mexicana, de la que poco más tarde partió al extranjero. Díaz inmediatamente prohibió el Partido Guatemalteco del Trabajo y comenzó a detener a sus dirigentes para entregar luego las riendas del gobierno al coronel Monsón, criatura de Peurifoy; Monsón, por su parte, entregó el poder a Castillo Armas, quien por segunda vez invadió Guatemala al frente de sus mercenarios. Días más tarde, aplaudido por los reaccionarios, por el arzobispo local y por Peurifoy, el dictador entró triunfalmente en la capital, donde ya habían comenzado los fusilamientos en masa de los partidarios del presidente derrocado.

¿Qué hacía en esos días amargos para Guatemala Ernesto Guevara? Como todos los enemigos del imperialismo norteamericano, ansiaba fervientemente tomar las armas y luchar en defensa del régimen del presidente Arbenz. Exhortaba a crear las milicias, a armar a los trabajadores, a tomar medidas drásticas contra los reaccionarios que preparaban el golpe. Pero sus llamamientos, al igual que los llamamientos de otros revolucionarios, no hallaron repercusión.

Arbenz confiaba reducir a los mercenarios con las fuerzas del ejército, tenía fe en la lealtad del cuerpo de oficiales.

“Ernesto -recuerda Hilda- pide ir al frente a pelear pero nadie le hace caso. Se mete en los grupos que defienden la ciudad cuando hay bombardeos, por hacer algo, traslada armas de un lado a otro”.

Ernesto no desprecia ningún trabajo. “Participa en las guardias con la Juventud Patriótica del Trabajo -da testimonio Mario Dalmau-, en medio de apagones y bombardeos, corriendo los mayores riesgos”.

Ese joven argentino que llamaba a los guatemaltecos a combatir contra el imperialismo norteamericano llamó la atención de los agentes de

la CIA, que seguían de cerca los acontecimientos en la capital guatemalteca. La policía secreta yanqui lo incluye en la lista de “comunistas peligrosos”, que debían ser liquidados en primer lugar después del derrocamiento de Arbenz. El embajador argentino, al enterarse de ello, fue rápidamente a la pensión “Cervantes” a prevenir a su compatriota del peligro que se avecinaba y a proponerle que se acogiera al derecho de asilo en la embajada. Cuando Castillo Armas entró en Guatemala, Ernesto vivía en la embajada argentina, en la que habían encontrado asilo argentinos, cubanos y algunos guatemaltecos que simpatizaban con Arbenz. Toda esa gente se dividió en dos grupos: los “demócratas” y los comunistas. Ernesto, sin vacilaciones, se sumó a los últimos, aunque no era afiliado al Partido.

El embajador argentino le propuso que regresará a la Argentina por cuenta de la embajada. Pero Guevara prefería irse a México, a donde ya se habían marchado sus amigos cubanos y otros latinoamericanos, dispuestos a continuar la lucha y sin perder las esperanzas de lograr la victoria en otro lugar. Y, mientras existan tales cabezas ardientes y llenas de fe que confían en hacer posible lo imposible, entonces todavía no estará todo perdido.

Los acontecimientos de Guatemala dejaron honda huella en la conciencia del Che. En los contados días en que se decidía el destino del gobierno de Arbenz, Guevara maduró políticamente. Se convenció una vez más de que el enemigo principal, pérfido y cruel, son los imperialistas yanquis, que utilizan el anticomunismo y el antisovietismo para encubrir sus crímenes, se persuadió de que la CIA y el Pentágono disponen de una segura red de agentes en altos mandos del ejército, que la auténtica revolución popular tiene el deber de romper esa máquina militar vendida, y que, por fin, era necesario armar al pueblo, pues sólo el pueblo puede lograr el éxito en la lucha contra el imperialismo.

Esa evolución del Che no pasó inadvertida para los norteamericanos. Más tarde, cuando la policía secreta estadounidense comenzó a rellenar los expedientes de los compañeros de lucha de Fidel Castro que combatieron en Sierra Maestra, no dudaron un solo instante que Ernesto Che Guevara era un revolucionario con antigüedad “guatemalteca”.

En abril de 1958, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti visitó a los luchadores de Fidel Castro en Sierra Maestra. Entre otros, entrevistó al Che. Masetti preguntó a su compatriota hasta qué grado eran justos los rumores de que los rebeldes eran “comunistas”. El Che contestó:

“Al que más atacan con el asunto comunista es a mí. No hubo periodista yanqui que llegase a la

Sierra, que no comenzase preguntándome cuál fue mi actuación en el Partido Comunista de Guatemala -dando ya por sentado que actué en el partido comunista de ese país-, sólo porque fui y soy un decidido admirador del gobierno democrático del coronel Jacobo Arbenz.

- ¿Ocupaste algún cargo en el gobierno?

- No, nunca. -Seguía hablando plácidamente, sin sacarse la pipa de los labios-. Pero cuando se produjo la invasión norteamericana traté de formar un grupo de hombres jóvenes como yo, para hacer frente a los aventureros fruteros. En Guatemala era necesario pelear y casi nadie peleó. Era necesario resistir y casi nadie quiso hacerlo”.

Luego de triunfar la revolución cubana, el Che recuerda reiteradas veces en sus discursos y cartas la experiencia guatemalteca. En una intervención de 1960 dijo:

- Yo había viajado mucho -estaba, en aquellos momentos, en Guatemala, la Guatemala de Arbenz- y había comenzado a hacer unas notas para normar la conducta del médico revolucionario. Empezaba a investigar qué cosa era lo que necesitaba para ser un médico revolucionario. Sin embargo, vino la agresión, la agresión que desatará la United Fruit, el Departamento de Estado, Foster Dulles -en realidad es lo mismo-, y el títere que habían puesto, que se llamaba Castillo Armas -¡se llamaba⁷!-. La agresión tuvo éxito, dado que aquel pueblo todavía no había alcanzado el grado de madurez que tiene hoy el pueblo cubano, y un buen día, como tantos, tomé el camino del exilio, o mejor dicho tomé el camino de la fuga de Guatemala... Entonces, me di cuenta de una cosa fundamental: para ser médico revolucionario o para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de los ideales, el afán de sacrificar toda una vida al más noble de los ideales, si ese esfuerzo se hace solo, solitario en algún rincón de América, luchando contra los gobiernos adversos y las condiciones sociales que no permiten avanzar. Para hacer revolución se necesita esto que hay en Cuba: que todo un pueblo se movilice y que aprenda, con el uso de las armas y el ejercicio de la unidad combatiente, lo que vale un arma y lo que vale la unidad del pueblo.

¿Sólo el médico revolucionario necesita el apoyo del pueblo? Claro que no. Todo luchador por la dicha popular puede llegar a ser algo sólo si participa en la lucha de todo el pueblo, si combate por la unidad de acción de todas las fuerzas que se pronuncian contra el imperialismo y contra cualquier opresión. A esto, precisamente, se refería el Che en una carta, escrita el mismo año a uno de sus corresponsales de EE.UU.: “De mis

⁷ Castillo Armas fue ultimado en 1955 por uno de sus guardaespaldas.

experiencias en la Guatemala de Arbenz, que se enfrentó sin miedo contra el colonialismo, pero que sucumbió víctima de la agresión monopolista norteamericana, aprendí una cosa fundamental: para ser revolucionario lo primero que hay que tener es revolución”.

La revolución boliviana se detuvo en la mitad del camino, la revolución guatemalteca fue derrotada, pero la verdadera revolución estaba por delante, y el encuentro con ella estaba cerca...

“Granma”.

Lo conocí en una de esas noches frías de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A pocas horas de la misma noche -en la madrugada- era yo uno de los futuros expedicionarios.

Ernesto Che Guevara.

El embajador argentino, luego de recibir de las nuevas autoridades -no sin dificultades- el permiso de salida para el Che, solicitó al colega mexicano la visa para su compatriota, le compró el pasaje en ferrocarril hasta la ciudad de México, lo acompañó hasta una estación suburbana, y lo dejó en el tren. Ese tren se arrastraba con la misma lentitud que el “tren lechero” en que había llegado un año atrás a La Paz. El tren se abría paso con dificultad a través de las espesuras tropicales, aproximándose a veces a la costa del Pacífico, y otras alejándose de ella. En las estaciones desiertas se paseaban patrullas de soldados, recordándole que el país se encontraba en estado de sitio.

¿Qué pensaría el Che al ver las patrullas? Quizá que los imperialistas norteamericanos, manejando a los títeres locales, habían triunfado una vez más. Cuántas veces había ocurrido lo mismo en esas repúblicas bananeras, cuánta sangre del pueblo habían derramado allí los tiranos.

Sin embargo, a pesar de los fracasos, de las derrotas, la traición y la desilusión, a cierto tiempo, ese mismo pueblo que recientemente se desangrara, estuviera abatido y destrozado, se lanza nuevamente contra su enemigo sempiterno, para ser otra vez reducido a polvo. Por lo visto, en este pueblo late un ardor revolucionario inextinguible, que, pese a miles de derrotas, lo conducirá a la victoria. Puede triunfar antes si llega a tener líderes sabios y valientes. Arbenz siguió el camino justo, pero en la hora de la prueba reveló debilidad, y por eso su gobierno cayó tan fácilmente.

Las reflexiones del Che fueron interrumpidas por unos golpecitos en la puerta. Entró una persona diminuta, parecía más bien un muchachito que un hombre, llevando una pequeña maleta. Se presentó:

-Julio Roberto Cáceres Valle, su seguro servidor.

En menos de media hora, el nuevo llegado le

narró su sencilla historia. Periodista novel, miembro del Partido Guatemalteco del Trabajo, viajaba a México huyendo de los persecutores.

- Llámame Patojo -le dijo al Che-. Es un modismo guatemalteco que significa pequeño, niño.

Patojo, varios años más joven que el Che, se convirtió en uno de sus más íntimos amigos, después de Alberto Granados. Patojo era comunista, por ende, un optimista que, a pesar de la derrota, confiaba en el triunfo final de sus ideas.

En el artículo con motivo de la muerte de Patojo en las montañas de Guatemala, adonde había regresado después de la victoria de la revolución cubana, para combatir con las armas en la mano por la libertad de su patria, el Che decía de que había sido un comunista firme, inteligente, atento, ansioso de saber y señalaba que los acontecimientos guatemaltecos le habían enseñado mucho. “La revolución -escribía el Che- limpia a los hombres, los mejora como el agricultor experimentado corrige los defectos de la planta e intensifica las buenas cualidades”.

Igual que el Che, Patojo sentía vocación por la poesía, escribía versos, y eso también los acercaba. En el artículo mencionado, Che narra que antes de partir de Cuba Patojo le había dejado sus versos, y cita una poesía que Patojo dedicaba para su amada:

*Toma, es sólo un corazón
tenlo en tu mano
y cuando llegue el día,
abre tu mano para que el Sol lo caliente...*

El 21 de septiembre de 1954 llegaron juntos a México, ciudad enorme y ajena para ellos, en la que no tenían amigos.

Che y Patojo conocieron a unos emigrados puertorriqueños. Dio la casualidad que buscaban albergue, y les dieron la dirección del puertorriqueño Juan Juarbe, quien les alquiló una modesta habitación. Juan Juarbe resultó ser un destacado militante del Partido Nacionalista, que combatía por la independencia de Puerto Rico, isla ocupada por los yanquis en 1898. Los militantes de este partido, tratando de llamar la atención de la opinión pública hacia la penosa situación de los puertorriqueños, abrieron fuego en una sesión del Congreso en Washington. El partido fue puesto fuera de la ley en Puerto Rico y en Estados Unidos, y su líder, Albizú Campos, estaba encerrado en una mazmorra de EE.UU., condenado a larga reclusión.

Era natural que los revolucionarios puertorriqueños ganaran las simpatías del argentino. Aunque sólo se trataba de un puñado de hombres, no habían reparado en lanzar un reto a la potencia imperialista más fuerte del mundo, en declararle la guerra, y estaban dispuestos en cualquier momento a recibir la muerte de mártires.

Despertaba admiración la ferviente fe en la justicia de su causa, el idealismo que los caracterizaba, la valentía, sinceridad, el fanatismo y la absoluta desesperanza de lograr algún éxito en aquellos tiempos. Además, Che sintió simpatía por ellos porque se trataba de gente de acción, y no de rimbombantes frases revolucionarias. Por lo menos, no eran carneros que iban sumisos al matadero, sino hombres hechos y derechos, dispuestos a combatir por su libertad.

En la casa de Juan Juarbe vivía otro exiliado político, el joven peruano Lucho (Luis) de la Puente, quien deliraba con la revolución en el Perú. Lucho, enemigo declarado del dictador coronel Odría, soñaba con alzar a las masas indias a la lucha por la emancipación social. Más tarde se haría partidario de la revolución cubana, encabezaría un destacamento guerrillero en una zona montañosa del Perú y caería el 25 de octubre de 1965 en una batalla contra los “rangers”, unidades especiales de lucha antiguerrillera, adiestrados por agentes norteamericanos.

Aunque la familia de Juarbe era hospitalaria, pasaba escaseces. La verdad es que para los jóvenes la comida no es lo principal.

“Los dos sin dinero... -recuerda el Che aquellos tiempos-. El Patojo no tenía ningún dinero y yo algunos pesos; compré una máquina fotográfica y, juntos nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelábamos. Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a la otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niño fotografiado lucía muy lindo y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla. Con este oficio comimos varios meses, poco a poco nos fuimos abriendo paso...”

Che escribió el artículo *Yo vi la caída de Jacobo Arbenz*, pero no tuvo éxito su tentativa de encontrar trabajo de periodista.

Entretanto, de Guatemala llegó Hilda. Se casaron, y entonces el Che no sólo debía preocuparse de sí mismo, sino también por su esposa. Tuvo que buscarse un empleo. Comenzó a vender a domicilio los libros de la editorial Fondo de Cultura Económica, que publicaba variadas obras sobre problemas sociales. Pero el Che pésimo vendedor de libros: discutía más con los editores que comerciaba sus libros.

Los libros seguían apasionándolo. Para poder leer las nuevas publicaciones, se colocó una vez de sereno en una exposición de libros, donde por las noches se “tragaba” uno tras otro. Por último, ganó por concurso una vacante en la Sala de Alergia del Hospital Central de Ciudad de México. Durante algún tiempo enseñó en la Facultad de Medicina de

la Universidad Nacional y luego pasó a realizar unas investigaciones científicas en el Instituto de Cardiología. Recibió acceso al laboratorio del Hospital Francés, donde experimentaba en gatos, que compraba a una anciana, por un peso cada uno.

La atmósfera política que reinaba en México por aquellos tiempos no despertaba en el Che particulares esperanzas. Ya hacía tiempo que se había acabado la revolución mexicana, que derrocó el régimen reaccionario del dictador Porfirio Díaz. En el poder estaba la nueva burguesía que, sedienta de lucro, había abierto de par en par las puertas del país al capital norteamericano, y encubría sus actividades antipopulares con demagogia pseudorrevolucionaria. Las fuerzas de la izquierda estaban divididas y atomizadas. El Partido Comunista, perseguido sin tregua, no poseía suficiente poder como para unificar a todas las fuerzas progresistas del país en un vigoroso movimiento revolucionario antiimperialista.

Con todo y eso el Che se encariñó con México, con sus trabajadores, con sus pintores y poetas, con su antigua cultura indígena, su pintura, con su exuberante naturaleza y aire limpio y transparente, el mejor remedio contra el asma, que seguía molestándole, como de costumbre.

El 15 de febrero de 1956 Hilda tuvo una niña, le dieron el nombre de Hildita en honor de la madre. “Cuando nació mi hija, en la ciudad de México -dijo el Che al corresponsal de la revista mexicana *Siempre* en septiembre de 1959-, podía optar por la nacionalidad peruana de la madre, o por mi nacionalidad argentina. Cualquiera de las dos cosas era lógica; estábamos de paso en México. Sin embargo, decidimos de común acuerdo darle la nacionalidad de la nación que nos había acogido en la hora amarga de la derrota, del exilio”.

En México el Che conoció a Raúl Roa, escritor y periodista cubano, enemigo de Batista, futuro Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba revolucionaria. Raúl Roa recuerda su encuentro con Guevara: “Conocí al Che durante mi destierro en México, una noche en que fue a visitar a su compatriota Ricardo Rojo. Acababa de llegar de Guatemala; donde había ejercitado adversamente sus primeras armas revolucionarias y antiimperialistas. Aún le obsedía el recuerdo pugnaz de la batalla trunca.

Parecía y era muy joven. Su imagen se me clavó en la retina: inteligencia lúcida, palidez ascética, respiración asmática, frente protuberante, cabellera tupida, talante seco, mentón enérgico, ademán sereno, mirada inquisitiva, pensamiento afilado, palabra reposada, sensorio vibrante, risa clara...

Empezaba a trabajar a la sazón en el Departamento de Alergia del Instituto de Cardiología. La plática se trenzó alrededor de Argentina, Guatemala y Cuba y de sus problemas

como problema de América Latina. Ya el Che había transpuesto el angosto horizonte de los “nacionalismos” criollos para transformarse en revolucionario continental”.

Este médico argentino, a diferencia de muchos emigrados únicamente preocupados por los destinos de su país, no tanto pensaba en la Argentina como en América Latina en su totalidad, procurando encontrarle “el eslabón débil”. También es evidente que cuando se entrevistó por primera vez con Roa, el Che no consideraba que Cuba fuera entonces ese eslabón, aunque estaba al corriente de los acontecimientos políticos en ese país.

Para que Cuba atrajera su atención más que otros países latinoamericanos, fue preciso que conociera a sus hombres de combate, a aquellos que, en lugar de discusiones estériles, llamaban a las acciones inmediatas. El punto de partida fue su encuentro, primero con Raúl Castro, y luego con Fidel.

A fines de junio de 1955, dos cubanos fueron a hacer una consulta al hospital urbano. El médico de guardia era Ernesto Guevara. El Che reconoció en uno de ellos a Nico López, amigo suyo del período guatemalteco. Ambos se alegraron de tan inesperado encuentro. Nico le dijo que sus compañeros del asalto del Moncada habían salido de la cárcel y se estaban reuniendo en México. Se proponían preparar una expedición armada a Cuba. Eso ya parecía ser algo de verdad. El Che manifestó interés, y Nico le propuso presentarle a Raúl Castro.

La entrevista tuvo lugar días más tarde. Raúl le relató la epopeya del Moncada, la feroz matanza realizada por la soldadesca batistiana, el proceso de su hermano Fidel, el discurso que éste había pronunciado en el juicio, conocido más tarde con el título de *La historia me absolverá*, las penurias pasadas en el presidio de la isla de Pinos y, por último, la firme decisión de continuar la lucha contra el tirano Batista.

¿Sus impresiones? Más tarde el Che diría de Raúl: “Me parece que éste es distinto. Por lo menos habla mucho mejor que los otros y no aturde; además, piensa”.

Raúl también quedó bien impresionado de su interlocutor. Advirtió en seguida en él a un hombre que podía ser útil en la expedición que se proyectaba. El Che poseía “experiencia guatemalteca” y, además, era médico. Acordaron que Raúl le presentaría a Fidel, cuya llegada de Nueva York se esperaba de un día para otro.

En Estados Unidos Fidel recogía fondos entre los emigrados cubanos para financiar la futura expedición. En un mitin celebrado en Nueva York contra Batista, Fidel declaró: “Puedo informarles con toda responsabilidad que el año 1956 seremos libres o mártires”.

¿En qué confiaba el joven patriota cubano? Primero: en su propio pueblo, que odiaba a Batista; en su valentía y decisión, de las que había dado reiterados ejemplos a lo largo de toda su historia. ¿Acaso el siglo pasado los cubanos no habían combatido más de 30 años por su independencia? ¿Acaso no habían derrocado en 1933 al odiado dictador Machado? Si Batista cometía atrocidades, esto quería decir que tenía miedo al pueblo.

Fidel también confiaba en el apoyo de sus partidarios, los participantes del Movimiento 26 de Julio, creado por él. Se trataba, en lo fundamental, de estudiantes, de jóvenes obreros, empleados, artesanos, alumnos de escuelas. No poseían experiencia política, ni siquiera un programa claro, pero sí una cualidad muy valiosa: amaban con abnegación a su patria y odiaban a Batista.

Para esos jóvenes Fidel era un verdadero líder. Al igual que sus adeptos, Fidel era joven. Dominaba el arte del orador, poseía un físico imponente, una audacia temeraria, una voluntad férrea. Conocía a perfección el pasado de Cuba y se orientaba sin errar en los laberintos de la política cubana contemporánea. Sabía con exactitud contra qué males había que luchar, y lo expuso con plena persuasión en el juicio, en su discurso *La historia me absolverá*.

Se encontraron en la casa de María Antonia González, en la calle Emparán, 49. María Antonia, cubana casada con un mexicano, sentía fervorosa simpatía por los jóvenes patriotas. Su hermano Isidoro, participante de la lucha clandestina contra Batista, había sido brutalmente torturado en una cárcel del tirano. Isidoro emigró a México, donde murió poco después. María Antonia puso su casa a disposición de los partidarios de Fidel, que la convirtieron en su Estado Mayor. Allí no sólo comían, sino también dormían; la casa estaba atiborrada de colchones, catres, libros e inclusive de armas. Para entrar se había elaborado todo un sistema de signos convencionales y contraseñas. La llegada de un conspirador era anunciada por un tendero vecino, conocido de María Antonia.

Quiso la suerte que Fidel Castro llegara a México el 9 de julio de 1955, día en que Argentina festeja la declaración de la independencia. Raúl le habló del joven médico argentino, participante de los sucesos guatemaltecos, y le aconsejó que se entrevistara con él.

¿De qué hablaron Fidel y el Che en su primera entrevista? Según testimonia el Che, hablaron de política internacional. Fidel, por supuesto, interiorizó al Che con sus planes y su programa político.

- Nosotros comenzaremos las acciones militares en Oriente -dice Fidel a su nuevo amigo-. Oriente es la más combativa, revolucionaria y patriótica de todas las provincias cubanas. Es allí donde tengo

más amigos y partidarios. Allí fue donde nosotros intentamos tomar por asalto el cuartel Moncada. Precisamente en Oriente comenzó la lucha por la independencia cubana y sus habitantes fueron los que más sangre derramaron y tuvieron más víctimas.

Más tarde Fidel recordaba que el Che, durante esa entrevista, mostraba ideas revolucionarias maduras, un gran desarrollo ideológico y teórico.

La impresión que te causó Fidel en aquella primera entrevista, fue relatada por el Che tiempos más tarde:

“Charlé con Fidel toda una noche. Y al amanecer, ya era el médico de su futura expedición. En realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y del remate de Guatemala, no hacía falta mucho para incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano, pero Fidel me impresionó como un lumbre extraordinario. Las cosas más imposibles eran las que encaraba y resolvía. Tenía una fe excepcional en que una vez que saliese hacia Cuba, iba a llegar. Que una vez llegado iba a pelear. Y que peleando, iba a ganar. Compartí su optimismo. Había que hacer, que luchar, que concretar. Que dejar de llorar y pelear”.

Pero el optimismo del Che estaba sazonado al principio por una fuerte dosis de escepticismo. “Mi impresión casi instantánea -recordaba el Che después de derrocar a Batista- fue la posibilidad de triunfo que veía muy dudosa al enrolarme con el comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro”.

¿De qué ideal se trata? Encontraremos la respuesta en el *Canto a Fidel*, escrito poco después de su primer encuentro con el líder del Movimiento 26 de Julio, y publicado después de la muerte del autor. Esta poesía es notable en sus dos siguientes estrofas:

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos

*reforma agraria, justicia, pan, libertad,
allí, a tu lado, con idénticos acentos,
nos tendrás.*

*El día que la fiera se lama el flanco herido
donde el dardo nacionalizador le dé,
allí, a tu lado, con el corazón altivo,
nos tendrás.*

En la primera estrofa se habla de la necesidad de hacer la reforma agraria, a lo que por primera vez Fidel se refirió en su discurso *La historia me absolverá*. En la segunda, se trata de la nacionalización de la propiedad de los imperialistas norteamericanos.

Poco después de que se conocieran el Che y Fidel, en Argentina se dio un golpe militar. Perón fue derrocado y huyó al extranjero. Las nuevas autoridades propusieron a los emigrados políticos que regresaran al país. Rojo y otros argentinos residentes en México comenzaron a preparar la valija. Guevara se negó a seguirlos. En aquellas condiciones no creía en posibles cambios radicales en la Argentina. Ahora todos sus pensamientos estaban puestos en otra cosa: en la futura expedición a Cuba.

Entretanto, esa expedición sólo estaba en proyecto. Para materializada era necesario realizar una gigantesca labor: conseguir dinero, mucho dinero, reunir en México a los futuros participantes de la expedición, entrenados en condiciones de la clandestinidad. Organizados en un destacamento. Preparados para las operaciones guerrilleras. Adquirir armas, un barco. Garantizar el apoyo en la Isla. Realizar otros miles de pequeños y grandes trabajos. Todo eso había que hacerlo en condiciones de severa conspiración, ocultándose de los espías batistianos y de los agentes del tirano dominicano Trujillo, quien temía que una sublevación exitosa contra Batista pudiera volcarse a sus dominios.

A primera vista, todos esos preparativos de una expedición podrían parecer una aventura. Pero no para un cubano ni para un habitante de las Antillas o de Centroamérica. Ya en el siglo XIX, durante la lucha por la independencia, los patriotas cubanos habían organizado expediciones parecidas, apoyándose en Estados Unidos, en la República Dominicana, en Honduras y México. En la década del 40 de este siglo se emprendieron varias expediciones armadas, desde Guatemala, contra el tirano Trujillo. Los enemigos de Somoza, dictador de Nicaragua, habían penetrado en este país procedentes de Costa Rica. Los adversarios del tirano venezolano Gómez organizaron contra él expediciones rebeldes en la Isla de Trinidad. En todas esas expediciones participaron latinoamericanos de otras repúblicas, y no sólo buscadores de aventuras, sino también hombres que luchaban por ideales progresistas.

Fidel esperaba que, simultáneamente con el desembarco del destacamento en Oriente, se alzarían sus partidarios, encabezados por Frank País -joven conspirador, compañero de lucha de Fidel-, y se apoderarían de la ciudad de Santiago. Eso podía provocar la caída del régimen de Batista.

Durante los preparativos de la expedición en México no se descartaba la posibilidad de una lucha de guerrillas prolongada, y en eso había que entrenar a los futuros rebeldes.

Para ello se precisaba un especialista en la materia. Era preciso enseñar a los futuros combatientes la táctica de la guerra de guerrillas

con todas sus astucias, preparados físicamente para la vida de guerrilleros.

María Antonia le presentó a Fidel a otro amigo de su familia, el mexicano Arsacio Venegas Arroyo, dueño de una pequeña imprenta. En esa imprenta comenzaron a imprimir bonos, manifiestos y otros documentos del Movimiento 26 de Julio. Además, Arsacio resultó ser un destacado deportista. Fidel le propuso ocuparse de la preparación física de los futuros expedicionarios y Arsacio no se opuso. Hizo largas marchas con los cubanos por los montes de las cercanías, les enseñó judo, alquiló una sala para practicar atletismo. Arsacio recuerda que, además, los muchachos escuchaban conferencias de geografía, historia, situación política y otros temas. El mismo se quedaba a veces a oír esas conferencias. Los muchachos también iban al cine y veían películas de guerra.

Mas aun siendo útil, Arsacio no podía ayudar en lo principal, pues sabía de los guerrilleros sólo lo que le narrara su abuelo sobre las proezas de Pancho Villa.

Alberto Bayo, ex comandante del ejército español, fue el especialista que necesitaba Fidel Castro. El comandante era una figura muy pintoresca, inclusive para un español. Había nacido en Cuba, en 1892. Hijo de una familia española, de niño marchó a España con sus padres. Con el correr del tiempo, se graduó en la Escuela Militar, combatió en Marruecos, sirvió en la Legión Extranjera, después pasó a la aviación. Don Alberto combinaba sus funciones militares con la literatura: escribía poesías y cuentos sobre la vida de los soldados. Cuando empezó la guerra civil, Bayo tomó partido por el pueblo y combatió valerosamente contra los franquistas. Participó en el desembarco en la Isla de Mallorca, ocupada por los sublevados franquistas, dirigió la preparación de los grupos y destacamentos de guerrilleros. Después de la caída de la República, Bayo emigró primeramente a su patria -a Cuba-, en la que abrió una escuela de matemáticas. Luego se trasladó a México, donde se naturalizó y se dedicó al comercio. Además era instructor en la Escuela militar de aeronáutica, y en ocasiones participaba, a título de “especialista diplomado”, en las tentativas de derrocar a uno u otro dictador en las repúblicas bananeras de Centroamérica. En 1955, Bayo publicó en México un curioso manual, titulado *150 preguntas a un guerrillero*, algo así como una enciclopedia de la ciencia guerrillera. Por el librito no sólo se podía aprender cómo hacer una emboscada, volar un puente, confeccionar granadas de mano y bombas de reloj, sino también cómo debe hacerse un túnel en las prisiones, cómo poner en marcha el motor de un avión y despegar en él, e inclusive aprender a... silbar artísticamente.

Un especialista de esta talla era un verdadero hallazgo para los futuros rebeldes. Sin grandes dificultades, Fidel Castro persuadió al comandante, poeta, aviador y maestro de las ciencias guerrilleras y de sabotaje a asumir la honorable misión de preparar a los futuros liberadores de su patria común de la tiranía batistiana.

Al principio, para darse más importancia, Bayo solicitó 100.000 pesos mexicanos (cerca de 8.000 dólares US) por sus servicios, pero más tarde consintió en enseñar sus ciencias por la mitad de esa suma. Sin embargo, todo terminó con que el comandante Bayo, lejos de cobrar un céntimo a sus jóvenes amigos, incluso vendió su negocio y entregó el dinero a sus discípulos: ¡no dudaba que vencerían!

Poco más tarde, haciéndose pasar por emigrado político salvadoreño, don Alberto compró por 26.000 dólares a cierto Erasmo Rivera, ex combatiente del ejército guerrillero de Pancho Villa, el rancho “Santa Rosa”, situado en una localidad cubierta de arbustos silvestres, a 35 kilómetros de la capital mexicana. Allí se trasladaron los miembros del destacamento de Fidel, entre ellos Ernesto Guevara.

Fidel designó al Che “jefe de personal” en la “universidad” del comandante Bayo; en realidad, le encomendó la dirección de ese singular campamento de guerrilleros.

Comenzó el intenso entrenamiento de los futuros guerrilleros. Bayo, a quien para mayor reserva se tituló “profesor de inglés”, era infatigable, insistente y severo con sus discípulos. Les exigía una disciplina rigurosa, forjarse físicamente, abstenerse de la bebida y llevar casi una vida de monjes. Bayo entrenaba a sus alumnos desde la mañana hasta la noche: les enseñaba tiro, lectura de mapas, camuflaje, preparación de mezclas explosivas, lanzamiento de granadas. Los cargaba con armas, mochilas, tiendas de campaña, obligando a hacer marchas largas y extenuadoras con cualquier tiempo y a cualquier hora del día o de la noche.

El Che absorbía la ciencia guerrillera con toda seriedad y responsabilidad. Más tarde escribió que desde las primeras lecciones del comandante Bayo desapareció en él toda duda en la victoria. El Che daba ejemplo de disciplina y cumplía en forma ejemplar las órdenes del “profesor de inglés”, quien ponía notas a sus alumnos. El Che recibía siempre la nota sobresaliente: 10 puntos. “Es mi mejor discípulo”, decía con respeto el ex comandante del Ejército Republicano español.

El Che no sólo estudiaba, sino también instruía a sus compañeros. Como médico del destacamento, les enseñaba a curar las fracturas, a vendar las heridas y a poner inyecciones. Para más, él mismo hacía de “conejo de las Indias”. Durante las

clases “prácticas” sus alumnos le aplicaron más de cien inyecciones.

En “Santa Rosa” el Che cumplía, además, las funciones de comisario político. El cubano Carlos Bermúdez recuerda de él: “Ya en el entrenamiento en el rancho “Santa Rosa” yo conozco la clase de hombre que es: siempre el más esforzado, el más responsable, y preocupado por las dificultades de cada uno de nosotros... Yo lo conozco cuando me atiende una hemorragia después de que me sacan una muela. En aquella época leer me cuesta trabajo. Entonces él me dice: “Yo mismo te voy a enseñar a leer rápido y a analizar”... Una vez, con el poco dinero que tiene, vamos caminando y se mete en una librería y compra dos libros, *Reportaje al pie de la horca* y *La joven guardia* y me lo regala”.

Darío López, otro compañero de la escuela de guerrilleros en “Santa Rosa”, indica en sus memorias: “Para las sesiones de instrucción política que se ofrecen en el rancho, con una biblioteca marxista, Che mismo es el que hace la selección de las obras”.

Fidel Castro aparecía raras veces en “Santa Rosa”. Estaba entregado de lleno a los preparativos de la expedición: procuraba dinero, armas, enviaba y recibía a los correos de Cuba, mantenía negociaciones políticas con diferentes agrupaciones opositoras a Batista, escribía artículos, llamamientos e instrucciones.

El entrenamiento del destacamento iba viento en popa. Bayo estaba satisfecho de sus discípulos y les prometió que los estudios terminarían para mediados de 1956. En Cuba, Batista seguía cometiendo atrocidades. La policía sometía a torturas brutales a los enemigos del tirano, arrojando los cadáveres de sus víctimas a la calle o al mar. El dictador se había convertido en títere de los imperialistas norteamericanos: rompió las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y con otros países socialistas; clausuró la Sociedad de Amistad cubano-soviética; declaró fuera de la ley al Partido Socialista Popular, partido de los comunistas cubanos; entregó los sindicatos a manos de gangsters al servicio de los empresarios. El país era manejado por los capitalistas norteamericanos; el ejército, por los oficiales yanquis, y la policía, por los agentes de la CIA. La propaganda anticomunista y antisoviética inundaba Cuba. La Isla ya era, realmente, colonia yanqui. No debe sorprender, por ende, que por tan “heroicas” acciones Nixon, el vicepresidente de EE.UU. de aquellos tiempos, proclamara a Batista seguro “defensor de la libertad y la democracia”, en tanto que A. Garner, embajador de EE.UU., no paró mientes en decir del dictador, ladrón de los fondos públicos, que era “el hombre más honrado” de todos los políticos de Cuba.

Pero el pueblo cubano seguía combatiendo por

su libertad. Los trabajadores, la intelectualidad, los estudiantes se incorporaban cada vez con mayor energía a la lucha contra el tirano y sus protectores norteamericanos. La prensa clandestina denunciaba los crímenes de Batista. A pesar del terror se realizaban mítines, manifestaciones y huelgas contra el régimen. El dictador se vio obligado a clausurar todos los centros de instrucción superior del país. Con el soborno, el chantaje y las amenazas trataba de conquistar el apoyo de los líderes burgueses de la oposición. Flirteaba con la Iglesia. Proyectó la construcción de la estatua monumental de Cristo a la entrada del puerto de la Habana. En sus intervenciones hablaba del progreso, de la prosperidad de la nación, del patriotismo, remitiéndose al ejemplo de José Martí, profanando de ese modo la memoria del ilustre patriota que entregó la vida en la lucha por la independencia. Pero ni el terror desenfrenado, ni la demagogia social, ni las intrigas políticas, ni las loas que le entonaban los senadores norteamericanos, ni la bendición del cardenal cubano Arteaga pudieron detener el movimiento cada vez más amplio contra Fulgencio Batista, ex sargento, entonces ya general y autoproclamado presidente del país.

Fidel estaba al corriente de todo eso y hacía todo lo posible por finalizar rápidamente los preparativos de la expedición.

Los agentes de Batista y de la CIA también estaban en guardia. El 22 de junio de 1956, la policía mexicana de seguridad detuvo a Fidel Castro en una calle de la capital, luego irrumpió en la casa de María Antonia, dejando allí una emboscada. Posteriormente la policía asaltó el rancho “Santa Rosa”, donde logró capturar al Che y a algunos de sus compañeros. La prensa anunciaba con titulares espectaculares la detención de los conspiradores cubanos. Salió a relucir, por supuesto, el nombre del comandante Bayo⁸, “profesor” de ciencias guerrilleras.

Los diarios cubanos, arrastrándose ante el tirano, escribían al respecto que la policía mexicana tenía pruebas de que Fidel Castro era miembro del partido comunista y, además, dirigía el Instituto de cultura mexicano-soviético.

Luego se llegó a saber que en las filas de los conspiradores se había infiltrado el espía batistiano Venerio y que los arrestos se debían de su sucio trabajo.

El 26 de junio, en el periódico mexicano *Excelsior* se publicó la lista de los detenidos, entre los cuales figuraba el nombre de Ernesto Guevara de la Serna. El periódico lo tildaba de peligroso “agitador comunista internacional”, que había desempeñado antes, en Guatemala, casi el papel de “agente de Moscú” junto al presidente Arbenz.

⁸ Después de triunfar la revolución cubana, Bayo regresó a Cuba, donde murió en 1965.

“Cuando caemos presos, nos llevan a la cárcel, es un lugar de detención, una prisión de inmigrantes, la Schultz -recuerda María Antonia-. Ahí lo veo al Che que tiene puesta una capa de agua de esas baratas, de nylon casi transparente, y un sombrero viejo. Parece un espantapájaros, y se lo digo para hacerlo reír.

Cuando nos sacaban de la cárcel para ir a declarar por el sumario, a él es al único que le ponen esposas. Verlo así me indigna, y entonces le hago ver al de la Procuraduría General que él no es un criminal para que le pongan esposas, y que a los criminales no los esposan en México. Entonces, para volver a la prisión, se las sacan”.

Así pues, diríase que Fidel Castro había sufrido una nueva derrota en su aspiración a derrocar al tirano Batista. Los incrédulos y detractores se restregaban las manos de satisfacción: no era para menos, ¿acaso ese fracaso no demostraba una vez más que las confabulaciones de esa índole eran estériles y carecían de seriedad? Tanto más, que el 29 de abril -poco antes del arresto de Fidel y sus amigos- un grupo de jóvenes, siguiendo el ejemplo de los Héroes del Moncada, había tratado de tomar el cuartel “Goycuria”, en la ciudad de Matanzas, pereciendo todos en la operación a manos de los verdugos de Batista.

Fidel pensaba de manera muy distinta que sus críticos. Percibía los fracasos como gajes inevitables de la lucha revolucionaria. Las derrotas lo endurecían más, afianzaban más aún su fe en el triunfo final de la causa a que había consagrado su vida. Su obsesión y optimismo se transmitían a sus partidarios. “En ningún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro” -escribía el Che, recordando la detención en la cárcel mexicana.

El arresto de los revolucionarios cubanos provocó indignación entre la opinión pública mexicana democrática. Intercedieron por ellos el ex presidente Lázaro Cárdenas, su ex Ministro de Marina general Heriberto Jara, el líder obrero Lombardo Toledano, los renombrados pintores David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, conocidos escritores, científicos, líderes universitarios. Por lo demás, Batista era una figura demasiado odiosa, inclusive para las autoridades mexicanas. Una vez que las detenciones y las denuncias en los periódicos habían sepultado los planes de Fidel Castro, las autoridades mexicanas dieron muestras de “humanismo” y, luego de un mes de cárcel, pusieron en libertad a todos los detenidos, a excepción de dos: Ernesto Guevara y el cubano Calixto García, imputándoles la entrada ilegal a México.

Al salir de la cárcel, Fidel reanudó con la misma energía de antes los preparativos de su destacamento para trasladado a Cuba. Nuevamente recaudó dinero, compró armas, organizó domicilios

clandestinos, fijó las entrevistas y las contraseñas. Los combatientes, divididos en grupos pequeños, realizaban prácticas militares en lugares poco accesibles del país. Se compró al conocido etnólogo sueco Werner Grin el yate “Granma” por 12.000 dólares, en el que se proyectó desembarcar el destacamento en Cuba. “Granma” podía cargar 8 personas, máximo 12, pero debía llevar a 80 expedicionarios. Eso no atemorizaba a Fidel; por otra parte, era la única salida.

Fidel puso en juego todos sus contactos y relaciones para liberar al Che y a García. El Che persuadía a Fidel de que no perdiera tiempo ni dinero por él, temiendo que eso aplazara la salida del “Granma”. Pero Fidel le respondió resueltamente: “Yo no te abandono”.

En la cárcel, mientras dormía, al Che le robaron la ropa. Hilda Gadea recuerda: “Entonces pensamos en hacerle una colecta para comprarle ropa nueva, pero nos imaginamos que él no va a aceptar. Y sin embargo nos sorprende diciendo que sí y entusiasmándose con la idea. Inclusive nos dice que él mismo va a elegir el traje. Entonces él mismo lo elige, un traje color carmelita oscuro, y así como está, sin perder ni media hora, se lo regala a Calixto García, que había estado preso con él”.

La policía mexicana detuvo también a Hilda, pero todo terminó relativamente bien. Poco más tarde ambos recuperaron la libertad. El Che estuvo 57 días entre rejas. Volvía a ocupar su puesto junto a Fidel y Raúl.

Los sabuesos policiales seguían las huellas a los cubanos. En varias ocasiones la policía irrumpió en departamentos clandestinos. Los periódicos escribían que Fidel no se había apaciguado y estaba nuevamente preparando a sus hombres para zarpar hacia Cuba.

Era indispensable darse prisa con los preparativos, de lo contrario la empresa podría realmente fracasar. Pero aún quedaban tantas cosas por hacer, había pocas armas y pertrechos, faltaba dinero. De Santiago acudió Frank País, quien trajo 8.000 dólares y comunicó que sus hombres estaban prontos para alzarse.

En los primeros días de noviembre la policía allanó una vez más varias casas de conspiradores. Fidel se enteró que cierto Rafael del Pino -su propio guardaespaldas-, a cuyo nombre se había comprado el “Granma” y quien guardaba una emisora de radio, había aceptado entregar a todo el grupo a la embajada cubana en México, por 15.000 dólares. Ahora realmente cualquier tardanza equivalía a la muerte. Fidel dio la orden: aislar al provocador, y que todos los expedicionarios, equipados y con armas, se concentren de inmediato en Tuxpán, pequeño puerto de pescadores en el Golfo de México, donde ya estaba anclado el “Granma”.

Bajo estricto secreto, Fidel ordena ocultar en

México, en lugar seguro, varios fusiles. En respuesta a las perplejas preguntas de sus compañeros, les explicó:

- Si no tenemos éxito, trataré de regresar a México y de nuevo empezar la cosa. Y así voy a hacer mientras no me maten o no liberemos a nuestra patria de tiranos y explotadores.

Fidel da las últimas disposiciones: enviar a Frank País, a Santiago, el cable convenido: "Libro vendido". Ahora País podrá, en la fecha indicada, levantar la rebelión en Santiago.

Con un maletín de medicinas -porque, aparte de todo lo demás, el Che era el médico del destacamento-, pasó rápidamente por su casa para ver a Hilda, besó a la hija, que dormía, y escribió de prisa una carta de despedida a los padres. Como todas las cartas que escribía a los familiares, ésta también estaba penetrada de humor trágico. El sentido de la misiva era el siguiente: la empresa a la que marchó vale la vida, pero parece que esto es lo mismo que golpearse con la frente en la pared. "No te olvides el inhalador y no lo pierdas" -le recomienda Hilda... ¡Pero el Che se olvida precisamente el inhalador! Qué no les pasará a los guerrilleros poco experimentados...

2 de la madrugada del 25 de noviembre de 1956. En Tuxpán el destacamento está embarcando en el "Granma". En el puerto hay alboroto, risas, desorden. La policía local, que ha recibido su "mordida" -o sea, simplemente ha sido sobornada-, brilla por su ausencia. Pasa cierto tiempo, y 82 hombres con fusiles, pertrechos y demás enseres de combate embarcan en un yate de juguete, que ahora más bien parece una lata de sardinas bien apretadas. Llueve, hay tormenta en el mar, pero no puede haber repliegue alguno. ¡Sólo hacia adelante!

El Che, Calixto García y tres futuros rebeldes más fueron los últimos en llegar al "Granma".

A Tuxpán sólo se podía llegar en automóvil. El Che y sus amigos bajaron en una estación ferroviaria y comenzaron a buscar transporte de paso. Calixto recuerda que resultó muy difícil encontrar un coche. Lo esperaron mucho tiempo en la calle; por último, detuvieron a uno libre y pidieron al chofer que los llevara hasta el puerto. Les pidió ciento ochenta pesos. No pusieron inconvenientes, pero a mitad del camino el chofer, por lo visto, se asustó y se negó a continuar el viaje. Se les había creado una situación muy difícil, porque al tiempo que habían perdido se sumaba esa complicación imprevista... Fue entonces cuando el Che le dijo a Calixto que observara la carretera y él se encargaría del chofer. Con dificultad logró convencerlo de que los llevara hasta Posa Rica, lo que representaba poco más de la mitad del camino, y desde allí, cambiando de coche, llegaron hasta el lugar de destino. En Tuxpán los esperaba Juan Manuel Márquez, quien los acompañó hasta el

puerto donde estaba el yate "Granma".

Los retrasados se apuran a abordar el barco.

Fidel ordena:

- ¡Soltar las amarras y prender el motor!

El "Granma", sobrecargado a más no poder, con las luces apagadas se aleja dificultosamente de la ribera y toma rumbo a Cuba.

Los expedicionarios cantan el Himno nacional cubano y el Himno del Movimiento 26 de julio.

Fidel había cumplido su palabra: en el año de 1956 ellos serán héroes o mártires...

SIERRA MAESTRA.

Combates en las montañas.

Somos la joven guardia que va forjando el porvenir, nos templó la batalla, sabremos vencer o morir. Noble es la causa de librar al hombre de la esclavitud, quizá el camino hay que regar con sangre de la juventud.

La Joven Guardia.

El mar acogió al "Granma" con una tormenta. "El barco entero -escribe el Che en sus memorias- presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito. Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y tres tripulantes se marearon".

Inesperadamente el yate se llenó de agua. Se había estropeado la bomba para achicar, calló el motor. Trataron de achicar con baldes. Para aligerar el lastre lanzaron al mar las conservas. Entonces se descubrió que la "inundación" se debía a una llave de servicios sanitarios abierta. Con dificultades pusieron el motor en marcha.

Calixto García cuenta que había que tener una rica fantasía para imaginarse cómo pudieron entrar 82 personas con armas y equipos en un barquito tan pequeño. Iban sentados virtualmente uno sobre otro. Habían llevado los víveres contados. Los primeros días cada uno recibía media lata de leche condensada, pero pronto se acabó. Al cuarto día se dio a cada uno un trozo de queso y un pedazo de embutido, y al quinto, sólo habían quedado unas naranjas estropeadas. Y aún les quedaban tres largos días de navegación...

En el "Granma" al Che le dio un fuerte ataque de asma, pero, según recuerda Roberto Roque Núñez, procuraba no abatirse y encontró aliento para bromear y animar a otros...

Por cierto, que por culpa de ese mismo Roberto, que era un marino experto y Fidel lo había designado piloto del barco (el capitán era Ladislao Ondino Pino), se habían perdido varias horas preciosas. Para determinar el lugar en que se

encontraba el yate, Roberto subió al techo del puente y perdió pie, cayendo al mar. El desdichado marino fue subido a bordo luego de grandes esfuerzos.

El yate sobrecargado avanzaba lentamente hacia la isla, perdiendo con frecuencia el rumbo. Fidel calculaba desembarcar el 30 de noviembre en Niquero, cerca de Santiago. Desde allí pensaba dirigirse a Santiago, donde Frank País y sus correligionarios preparaban justamente para ese día el levantamiento. Pero el 30 de noviembre el “Granma” se encontraba todavía a dos días de navegación hasta la costa de Cuba.

A las 5.40 de la madrugada, en Santiago salieron a la calle los partidarios del valeroso Frank País y ocuparon los principales edificios gubernamentales. Mas no pudieron retener el poder en sus manos. Ese mismo día, los aviones de Batista localizaron el “Granma” junto a las costas de Cuba.

Tan sólo el 2 de diciembre el “Granma” llegó, por fin, a su destino.

Un expedicionario recuerda que se había dado la orden de estar listo para el combate. Difícil era describir lo que experimentaron entonces, especialmente los que hacía mucho habían abandonado la patria. El yate se deslizaba lentamente, con el motor apagado y en un silencio absoluto. Todos trataban de divisar la costa. Se oyó cómo la quilla y el fondo del yate susurraron sobre la arena. Estaban en Las Coloradas, en la zona del Cabo Cruz, circunscripción municipal de Niquero, en la provincia de Oriente.

Cerca de la costa el “Granma” encalló. En el yate había un bote, que se hundió cuando lo echaron al agua. Los expedicionarios tuvieron que ganar la orilla con el agua hasta los hombros. Lograron llevar consigo únicamente las armas y un poco de víveres. Al lugar del desembarco no tardaron en llegar las lanchas y los aviones batistianos, que abrieron nutrido fuego contra los combatientes de Fidel Castro. “Eso no fue un desembarco, sino un naufragio”, -recordaba más tarde Raúl Castro.

Los revolucionarios tardaron mucho tiempo en salir de la ciénaga. Wanda Wasilewska, que visitó esos lugares en 1961, los describió así en el libro *El archipiélago de la libertad*: “Pantanos cubiertos de manglares. Una ciénaga amarillenta viscosa, sobre la que se alzan, entrelazadas en forma fantasmagórica, las raíces desnudas y las ramas de manglares, vestidas de carnosas hojas satinadas. No son malezas de alisos, fáciles de transitar, ni tampoco salcedos, que se doblan sin dificultad bajo la mano: es una tupida y dura reja o, mejor dicho, centenares de rejas. Se ahondan con sus raíces muy profundamente en el cieno. En algunos lugares, el suelo parece más duro, en otros, las ramas de manglares se entrelazan sobre el agua, derramada

en lagos diminutos, pero también allí, en el fondo, el cieno es amarillento”.

A los combatientes extenuados, hambrientos, sedientos, les costó un esfuerzo sobrehumano superar ese obstáculo, semejante a una alambrada. La escritora observa que, de no haber pasado las penurias de la guerra mundial y visto a los que se hundieron en los barrizales otoñales en los caminos de la retirada del año 41, no hubiera experimentado tanta angustia allá, en los matorrales de la lejana Cuba. Ahora ella sabía, sentía y comprendía cómo habían marchado, sufrido y muerto los combatientes del “Granma”.

Diríase que la historia se repetía. Sesenta años atrás, cerca de esos lugares habían combatido los legendarios mambises, patriotas cubanos. Los había guiado otro valeroso luchador por la independencia de Cuba: el general Antonio Maceo. Petr Streltsov, voluntario ruso que había peleado en las filas de los insurrectos, decía de los patriotas cubanos en sus memorias, publicadas en la revista rusa *Mensajero de Europa*: “Se mutilaban los pies descalzos contra las piedras: cajones pesados les herían la espalda. Sufrían ataques de fiebre amarilla: caían sobre las piedras peladas y se quejaban sordamente, mientras los sanos... seguían avanzando y avanzando, llevando textualmente sobre sus hombros el éxito de la liberación de su patria. Durante la travesía, o sea, durante 4 ó 5 días, muchos casi no comían... A pesar de eso, no oí una sola queja, un solo reproche: tan alto es el patriotismo de los insurgentes”.

Ahora los nietos y biznietos de esos héroes debían recorrer el mismo penoso camino de sacrificios y privaciones, antes de lograr la victoria sobre los nuevos opresores de su patria...

Durante dos días, los combatientes de Fidel Castro se confiaron a guías fortuitos, procurando evadir a los aviones enemigos que trataban de localizarlos.

“Alegría de Pío -relata el Che- es un lugar de la provincia de Oriente, municipio de Niquero, cerca de Cabo Cruz, donde fuimos sorprendidos el día 5 de diciembre de 1956 por las tropas de la dictadura.

Caminamos de noche. Debido a nuestra inexperiencia, saciábamos nuestra sed comiendo cañas a la orilla del camino y dejando allí el bagazo; pero además de eso, no necesitaron los guardias el auxilio de pesquisas indirectas, pues nuestro guía, según nos enteramos años después, fue el autor principal de la traición, llevándolos hasta nosotros. Al guía se le había dejado en libertad la noche anterior, cometiendo un error que repetiríamos algunas veces durante la lucha, hasta aprender que los elementos de la población civil cuyos antecedentes se desconocen deben ser vigilados siempre que se esté en zonas de peligro.

En la madrugada del día 5, eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada,

caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

Señales desacostumbradas empezaron a ocurrir a mediodía, cuando los aviones Biber y otros tipos de avionetas del ejército y particulares empezaron a rondar por las cercanías. Algunos de nuestro grupo, tranquilamente, cortaban cañas mientras pasaban los aviones sin pensar en lo visibles que eran... Mi tarea en aquella época, como médico de la tropa, era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura de aquel día. Se llamaba aquel compañero Humberto Lamotte...

El compañero Montané y yo estábamos recostados contra un tronco, hablando de nuestros respectivos hijos; comíamos la magra ración - medio chorizo y dos galletas- cuando sonó un disparo; una diferencia de unos segundos solamente y un huracán de balas -o al menos eso pareció a nuestro angustiado espíritu durante aquella prueba de fuego- se cernía sobre el grupo de 82 hombres. Mi fusil no era de los mejores, deliberadamente lo había pedido así porque mis condiciones físicas eran deplorables después de un largo ataque de asma soportado durante la travesía marítima y no quería que fuera a perder un arma buena en mis manos. No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas; los recuerdos ya son borrosos. Me acuerdo que, en medio del tiroteo, Almeida -en ese entonces capitán- vino a mi lado para preguntar las órdenes que había... en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como "no es hora para cajas de balas"... Quizás esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas. Recuerdo perfectamente a Faustino Pérez, de rodillas en la guardarraya, disparando su pistola ametralladora. Cerca de mí un compañero llamado Arbentosa, caminaba hacia el cañaveral. Una ráfaga que no se distinguió de las demás nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Arbentosa, vomitando sangre por la nariz, la boca y la enorme herida de la bala cuarenta y cinco, gritó algo así como "me mataron" y empezó a disparar alocadamente pues no se veía a nadie en aquel momento. Le dije a Faustino, desde el suelo, "me fastidiaron" (pero más fuerte la palabra), Faustino me echó una mirada en medio de su tarea

y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida.

Quedé tendido; disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente, me puse a pensar en la mejor manera de morir... Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación... Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: "Aquí no se rinde nadie...". Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir: a pesar de los dolores, lo hice y entramos en el cañaveral. Allí vi al gran compañero Raúl Suárez, con su dedo pulgar destrozado por una bala y Faustino Pérez vendándose junto a un tronco; después todo se confundía en medio de las avionetas que pasaban bajo, tirando algunos disparos de ametralladora, sembrando más confusión... en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué.

Se formó un grupo que dirigía Almeida y en el que estábamos además el hoy comandante Ramiro Valdés, en aquella época teniente, y los compañeros Chao y Benítez; con Almeida a la cabeza, cruzamos la última guardarraya del cañaveral para alcanzar un monte salvador. En ese momento se oían los primeros gritos: "fuego", en el cañaveral y se levantaban columnas de humo y fuego... Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde".

En esa batalla pereció casi la mitad de los combatientes, y cerca de 20 cayeron prisioneros. Muchos de ellos fueron sometidos a torturas y fusilados después. Pero al día siguiente, cuando los sobrevivientes se reunieron en una choza campesina, en las cercanías de Sierra Maestra, Fidel dijo que a pesar de la derrota el enemigo no pudo aniquilar a los expedicionarios, que combatieron y ganaron la guerra.

El amargor de la derrota en Alegría de Pío se suavizaba un tanto por la solicitud que les brindaban los guajiros, campesinos de la Sierra Maestra. "Todos nosotros -escribió el Che-, sentíamos simpatía y cordialidad por la predisposición de los campesinos hacia nosotros. Ellos nos aceptaron con alegría y ayudándonos a pasar por una serie de pruebas, nos ocultaban seguramente en sus casas... Mas quien tenía fe sin límites en el pueblo era Fidel. El demostró en ese tiempo un talento singular de organizador y de Jefe. En alguna parte, en el bosque, durante largas noches (a la salida del sol comenzaba nuestra actividad) hacíamos planes audaces, soñábamos con las batallas, con operaciones de volumen, con

la victoria. Estas fueron horas felices: junto con todos yo saboreaba y gozaba por primera vez en mi vida de los puros, que aprendí a fumar para espantar a los impertinentes mosquitos. Desde entonces, se me pegó el aroma del tabaco cubano. Se daba vueltas la cabeza entonces por el “Habano” fuerte o por lo temerario de nuestros planes, el uno más desesperado que el otro”.

Mas no todos los sobrevivientes de la primera batalla de los rebeldes compartían, como el Che, el optimismo de Fidel. Las numerosas bajas angustiaban, las largas marchas los extenuaban, algunos combatientes carecían de disciplina, y en el combate, de decisión.

¿Qué opinaba el Che de la situación que se había dado? En 1963 escribía sobre los primeros días que siguieron al desembarco del “Granma”: “La realidad golpeó sobre nosotros; no estaban dadas todas las condiciones subjetivas necesarias para que aquel intento cristalizara, no se habían seguido todas las reglas de la guerra revolucionaria que después aprenderíamos con nuestra sangre y la sangre de nuestros hermanos en dos años de dura lucha. Fuimos derrotados y allí comenzó la más importante historia de nuestro movimiento. Allí se mostró su verdadera fuerza, su verdadero mérito histórico; nos dimos cuenta de los errores tácticos cometidos y de que faltaban algunos factores subjetivos importantes; el pueblo tenía conciencia de la necesidad de un cambio, faltaba la certeza de su posibilidad. Creada era la tarea”.

Mas antes de persuadir al pueblo, era preciso persuadirse a sí mismos. Y para ello correspondía atacar al enemigo y ganar aunque sólo fuera un combate pequeño, pero importante. Porque nada anima tanto a la gente ni le infunde confianza en sí misma como la victoria. Y los rebeldes lograron una victoria el 16 de enero, al atacar y apoderarse del puesto militar en el río La Plata. En esa operación participó el Che. Los resultados de la batalla fueron: el enemigo tuvo dos muertos, cinco heridos y tres prisioneros; los rebeldes, ni una sola baja. Además, los vencedores se apoderaron de fusiles, de una ametralladora Thompson, de cerca de mil balas, pertrechos, productos. Fidel ordenó prestar asistencia médica a los soldados heridos, a quienes dejaron en libertad, al igual que a los prisioneros.

No obstante, la situación de los rebeldes apenas mejoró. El Che indicaba en su diario que aunque el campesino era solícito con los hombres de Fidel, “no estaba preparado para incorporarse a la lucha y la comunicación con las bases de la ciudad prácticamente no existía”. Las tropas batistianas, la aviación y la policía continuaban persiguiendo tenazmente a los rebeldes.

En tales circunstancias, Fidel tomó la decisión de ganar la Sierra Maestra, y desde allí emprender

la guerra de guerrillas contra las tropas de Batista.

¿Qué es la Sierra Maestra? Veinte años antes del desembarco del “Granma”, el conocido escritor cubano Pablo de la Torriente Brau⁹ escribía que si alguien deseaba conocer otro país sin abandonar Cuba, debía visitar la Sierra Maestra. Allí no sólo encontraría otra naturaleza y otras costumbres, sino también a un hombre que percibe la vida de otro modo, a un hombre amante de la libertad, valeroso y noble, que tenía sus cuentas por saldar con los policías y con las autoridades.

Precisamente allí, en el siglo XIX, durante la guerra de Independencia, hallaron abrigo y apoyo los patriotas cubanos. “Que tenga mucho cuidado - advertía Pablo de la Torriente Brau- el que quiera subir a las lomas en son de guerra, porque detrás de un indomable caguairán un hombre, con su rifle puede hacerle frente a diez, sin miedo a los lobos; y al paso por las cañadas una sola ametralladora puede acabar con mil hombres!... Que no tenga mucha fe en los aeroplanos quien quiera subir en son de guerra a las montañas, porque allí hay cuevas capaces de ocultar a quinientos rebeldes y, por último, que piense quien quiera arrojar de allí a los montunos, que ellos son también como árboles de su monte, que están arraigados a la tierra de tal modo, que ellos son tierra también; que nada hasta ahora ha podido arrancarlos de allí y nada podrá nunca hacerlos salir de aquello, que guarda toda la historia de sus miserias y de sus luchas; de vida sencilla; ¡de su valor legendario! Saben que son también árboles del monte y prefieren morir desgarrados en él, en medio de la salvaje esplendor de la naturaleza, a morir de anemia y de hambre en un “trasplante” forzoso a los ridículos parques ingleses, que son los pueblos y ciudades a donde tendrían que irse a pedir limosnas”.

Aunque Fidel Castro era oriundo de la provincia de Oriente, jamás había estado en las montañas de la Sierra Maestra, y sólo las conocía de oídas como, por lo demás, todos los expedicionarios del “Granma”. El Che tenía menos nociones aún de la Sierra Maestra.

Hacia esos montes desconocidos para ellos, al parecer inexpugnables y salvadores, se encaminaron los rebeldes. Sierra Maestra se convirtió en una fortaleza infranqueable para el ejército batistiano, en el primer Territorio Libre de Cuba y de América.

En cuanto los rebeldes se aclimatizaron en el monte, el 22 de enero de 1957 infligieron una derrota, junto: al Arroyo del Infierno, a un destacamento de casquitos¹⁰, dirigido por Sánchez Mosquera, uno de los más sangrientos secuaces de Batista.

⁹ Pablo de la Torriente Brau pereció combatiendo como voluntario en las Brigadas Internacionales de España.

¹⁰ Soldados de Batista.

Che recuerda en estos términos su participación en la batalla: “De pronto descubrí que en el bohío cercano a mis posiciones había otro soldado que trataba de esconderse del fuego nuestro... Tiré a rumbo la primera vez y fallé: el segundo disparo dio de lleno en el pecho del hombre que cayó dejando su fusil clavado en la tierra por la bayoneta. Cubierto por el guajiro Crespo, llegué a la casa donde pude observar el cadáver, quitándole sus balas, su fusil y algunas otras pertenencias”.

Ante el empuje de los rebeldes, Sánchez Mosquera tuvo que replegarse rápidamente, dejando en el campo de batalla cinco casquitos muertos. Los rebeldes no tuvieron bajas.

El 28 de enero, el Che escribe una carta a Hilda, despachada en Santiago por una persona de confianza. Este es el primer testimonio escrito que conocemos de cómo evaluaba el Che lo ocurrido en los dos meses que sucedieron al desembarco.

“Querida vieja:

Aquí, desde la manigua cubana, vivo y sediento de sangre, escribo estas encendidas líneas martianas. Como si verdaderamente fuera un soldado (sucio y harapiento estoy por lo menos) escribo sobre un plato de campaña: con el fusil a un lado y un nuevo aditamento entre los labios: un tabaco. La cosa fue dura. Como sabrás, después de 7 días de estar hacinados como sardinas en el ya famoso “Granma”, desembarcamos en un manglar infecto, por culpa de los prácticos y siguieron nuestras desventuras hasta ser sorprendidos en la también ya célebre Alegría del Pío y desbandados como palomas. Me hirieron en el cuello y quedé vivo nada más que por mi suerte gatuna, pues una bala de ametralladora dio en una caja de balas que llevaba al pecho y el rebote me dio en el cuello. Caminé unos días por el monte creyéndome mal herido, pues el golpe de la bala me había dejado un buen dolor en el pecho. De los muchachos que conociste allá sólo fue muerto Jimmy Hirtzel, asesinado por entregarse. Nosotros en un grupo en el que estaba Almeida y Ramirito, de los que conocíamos, pasamos 7 días de hambre y sed terrible hasta burlar el cerco y con ayuda de los campesinos volvimos a agruparnos con Fidel (uno de los que se da por muerto, sin confirmación, es el pobre Nico). Después de arduos problemas nos reorganizamos, nos armamos y atacamos un cuartel matando 5 soldados, hiriendo otros y haciendo algunos prisioneros... Al poco tiempo, capturamos 4 guardias quitándoles las armas. Si a todo se agrega que nosotros no tuvimos ninguna baja y el monte es nuestro, te podrás dar una idea de la desmoralización del ejército, que nos ve escurrir como jabón de entre sus manos, cuando nos cree en el buche. Naturalmente, la pelea no está totalmente ganada, falta mucha batalla, pero ya se inclina a nuestro favor: cada vez lo será más.

Ahora hablando de ustedes. Quiero saber si estás todavía en la casa a donde escribo y cómo están todos, particularmente “el pétalo más profundo del amor”. A ella me le das el abrazo, y beso más fuerte que pueda competir con su armadura ósea. A los demás un abrazo y recuerdos. Con la precipitada salida dejé las cosas en casa de Poncho; entre ellas están las fotos tuyas y de la chiquita. Cuando escribas mándamelas. Podéis escribir a la casa de mi tío a nombre de Patojo. Las cartas tardarán un poco pero llegarán, creo”.

Los rebeldes seguían errando por la Sierra Maestra, perseguidos por la aviación enemiga y por los soldados de Batista. Hambrientos, sedientos, con la ropa y el calzado destrozados, sucios, evitaban los sitios poblados, temiendo una traición. Pero el traidor estaba en sus propias filas. Era el guajiro Eutimio Guerra, que se había sumado al destacamento poco después del desembarco. Eutimio conocía cada senda en la montaña y suministraba alimento a los rebeldes. Pero en una ocasión cayó en manos de los batistianos, quienes le prometieron una fuerte recompensa si mataba a Fidel Castro. Ese campesino ignorante y atemorizado, tentado por las promesas de los represores, aguardaba el momento oportuno para cometer el crimen que se le había encomendado, y tan sólo una casualidad permitió desenmascararlo. Guerra confesó su traición y, antes de la muerte, pidió a los rebeldes que después de la victoria ayudaran a sus hijos a recibir instrucción. Se lo prometieron y más tarde cumplieron la promesa.

Durante esos primeros meses de la montaña, el estado físico del Che era deplorable. Le fue muy duro el período de aclimatización. En febrero lo abatió un ataque de paludismo, a continuación, otro de asma, imposible de dominar por falta de los medicamentos. Una vez los rebeldes fueron sorprendidos por una expedición punitiva, que abrió fuego contra ellos. Los rebeldes se retiraron, buscando refugio, pero el Che no podía moverse. El guajiro Crespo lo sacó de la zona de fuego, cargándose sobre los hombros.

Lo instalaron en la casa de un guajiro, enemigo de Batista, dejando a un combatiente para que lo custodiara. El guajiro consiguió un poco de adrenalina, que le permitió al Che reponerse y unirse con sus compañeros. Pero era tanta su debilidad, que venció en diez días la distancia que un hombre sano recorrería en varias horas. “De ahí en adelante -escribe el Che- pasaron diez de los días más amargos de la lucha en la Sierra. Caminando apoyándome de árbol en árbol y en la culata del fusil, acompañado de un soldado amedrentado que temblaba cada vez que se iniciaba un tiroteo y sufría un ataque de nervios cada vez que mi asma me obligaba a toser en algún punto peligroso”.

En abril de 1957, también durante un acceso de

asma, el Che topó otra vez con los soldados de Sánchez Mosquera. Después del tiroteo, el Che llegó con grandes dificultades al refugio. “El asma -recuerda-, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho. Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba, ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que tenía ganas de hacer), esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos: “no se preocupe, comandante, yo muero con usted”. Yo no tenía ganas de morir y sí tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que lo hice. Ese día me sentí cobarde”.

Sólo cuando el asma lo aplastaba por completo, el Che guardaba cama en algún bohío temiendo ser una carga para sus compañeros. En esos casos, dejaba a un lado el fusil, y en sus manos aparecía el libro o un block de notas, en el que apuntaba los acontecimientos más importantes del día. En una fotografía de aquella época, lo vemos acostado leyendo la biografía de Goethe, obra de Emil Ludwig.

El capitán Marcial Orozco, que combatió en su columna, relata: “Sí, el Che tenía muchos libros porque él leía mucho. El no desperdiciaba un minuto. Le quitaba tiempo al sueño muchas veces para leer y escribir su diario. Si madrugaba, leía si había luz. Y luego, hasta al lado de la fogata se sentaba a leer. Tenía muy buena vista”.

Tampoco en la Sierra Maestra podía vivir sin poesías. Calixto Morales, uno de los rebeldes, recuerda: “Yo voy a una misión a Santiago y él me pide que le compre dos libros. Uno es *Canto general* de Neruda, y el otro es un libro de poesía de Miguel Hernández. Le gusta mucho leer poesía”.

Otro testigo, el capitán Antonio, escribe: “...Yo no sé cómo él podía andar porque en casi todo momento estaba ahogado, ahogado. Sin embargo, subía y bajaba por la Sierra con las mochilas, con el arma, con todo su pertrecho como si fuera el hombre más resistente. Ahora, eso sí, tenía una voluntad muy grande y un ideal más grande todavía: eso era lo que le daba fuerza”.

Si el ataque de asma le daba durante la marcha, el Che no se permitía quedarse a la zaga del destacamento. Aunque al Che le diera un ataque, testimonia Joel Iglesias, eso no se reflejaba en el avance de la columna. Consideraba que el destacamento no debía detenerse porque alguien estuviera enfermo. El que no pueda caminar, que se quede y se cure. Pero si podía aguantar, que caminara. Y nunca violó esta regla.

Ese rebelde extranjero, médico, que padecía ataques de asma, atraía particular atención del guajiro, causando en unos asombro, en otros respeto y compasión. Ponciana Pérez, vieja

campesina que ayudaba a los rebeldes en la montaña (y a quien el Che llamaba en broma “mi novia”), recuerda de él:

“Pobrecito el Che: yo siempre lo veía con aquella carga de su asma y decía: Ay, virgen. Para el asma él se quedaba tranquilito respirando bajito, sin cuquearla. Hay persona que con el ataque se pone histérica, tose y abre los ojos y abre la boca. Pero Che trataba de contenerla, de amansarla. El se tiraba en un rincón, se sentaba en un taburete, en una piedra y la dejaba descansar. A veces yo hablaba con él y veía que él hacía un altico entre las palabras y yo sabía enseguida que tenía el asma y enseguida, sí podía, le preparaba algo calentico, que le pasara por el pecho y lo aliviara. Ay, virgen: daba pena ver aquel hombre tan fuerte y tan mozo así con ese jogillo y esa fatiga.

Pero a él no le gustaba la lástima. Si uno le decía “Pobrecito”, él le echaba a uno una miradita rápida que no quería decir nada y quería decir mucho. Uno tenía que traerle el cocimiento sin palabras lastimosas ni quejas ni miradas de “Ay, mi madre, lo que está pasando”.

Aunque ese raro rebelde no se parecía a ellos y hablaba en el “extraño” lenguaje de los argentinos, los guajiros le tenían confianza. Che conquistó a muchos guajiros con su sencillez, valentía y justicia, con su don de gentes, tanpreciado en todas las latitudes.

Otro rebelde, Rafael Chao, relata: “Está siempre de buen humor y habla muy bajito. Nunca le grita a un hombre, nunca veja a un hombre. Aunque conversando dice muchas malas palabras. Pero jamás le grita a un hombre, jamás lo veja. Y eso no importa para que sea duro, durísimo cuando hace falta... Es el hombre menos egoísta que he conocido. Si tenía un boniato era capaz de quitárselo él para dárselo a sus compañeros”.

El guerrillero debe ser asceta, decía el Che, y así era él siempre. El comandante guerrillero, enseñaba, debe ser modelo de conducta y estar dispuesto a sacrificarse, y así era él siempre. Fidel Castro dice que una de las características esenciales del Che era la disposición instantánea a ofrecerse para realizar la misión más peligrosa. Este hombre que se consagró a los magnos ideales, que soñó con la liberación de otros países de América Latina, sorprendía a los soldados por su altruismo, por su disposición a hacer siempre lo más difícil y a arriesgar constantemente su vida.

El guerrillero, escribía el Che, debe tener una salud férrea, y esto le permitirá sobrellevar todas las adversidades y no enfermarse. En estas palabras parece intuirse la pena de que él mismo fuera un hombre enfermo. Sólo podemos adivinar cuántas fuerzas espirituales y físicas invertía en la lucha contra su dolencia.

No debemos asombrarnos, por tanto, de que lo

respetaran no sólo los combatientes, sino también los guajiros, testigos de su vida y de su lucha...

El diario que escribiera el Che durante toda la guerra sirvió de base para sus célebres *Pasajes de la guerra revolucionaria*, libro veraz, saturado de dramatismo y de poesía, que trata de la ardua vida guerrillera, de las amarguras, las ilusiones y las esperanzas de hombres que se habían incorporado a ella para vencer o morir en lucha desigual contra un enemigo pérfido, cruel y despiadado. Pero también es un libro sobre el propio Che, sobre el hombre valeroso, modesto y bueno, aunque el autor se refiera a sí escuetamente y, casi siempre, con una sonrisa o una ironía, como si tratara de restarse heroísmo.

Por su estilo, las memorias del Che son un fenómeno singular en este género literario latinoamericano. Carecen de verbosidad y de melodramatismo, como también del deseo del autor de presentarse como un héroe ideal.

El Che repudiaba la pose, la jactancia, las exageraciones y la autopublicidad. Su intrepidez no necesitaba retoque. Comentando en los Pasajes el ataque a Bueycito, que él dirigiera, Che dice: “mi participación en el combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo”.

* * *

Gradualmente se fueron estableciendo los contactos con la organización clandestina Movimiento 26 de Julio, que actuaba en Santiago y en La Habana. Habían llegado a la Sierra los dirigentes y activistas de la misma: Frank País, Armando Hart, Vilma Espín, Haydée Santamaría, Celia Sánchez, para entrevistarse con Fidel. Los miembros de la organización clandestina se comprometían a suministrar a los rebeldes armas, municiones, ropa, medicinas, dinero y mandarles voluntarios. Debían también movilizar a las masas para combatir a Batista.

Batista no podía conciliar el sueño mientras en la Sierra le opusiera resistencia aunque sólo fuera un puñado de rebeldes. Desde que desembarcaron, casi a diario anunciaba que los “forajidos” estaban cercados, derrotados, aniquilados. Lanzó sus mejores tropas y la aviación a la persecución de los rebeldes. Pero en la montaña no cesaba el tiroteo, los rebeldes alentaban, por lo tanto, la esperanza de que de la chispa sacada por Fidel Castro podría, por fin, encenderse la llama de la lucha libertadora nacional...

Para echar por tierra las invenciones de Batista acerca de una supuesta derrota de los rebeldes, Fidel Castro envió a La Habana a Faustino Pérez con la misión de establecer contacto con algún periodista norteamericano de prestigio y llevado a la montaña. La elección recayó en Herbert Matews, corresponsal de *New York Times*, quien, sorteando a

los sabuesos batistianos, llegó a la montaña y se entrevistó con Fidel Castro el 17 de febrero de 1957.

Una semana más tarde publicó en su periódico el reportaje sensacional sobre el líder de los rebeldes, dando fe de que Fidel Castro estaba vivo y combatía con éxito en la Sierra Maestra. Matews escribió proféticamente que, a juzgar por todo, el general Batista no tenía fundamento para confiar en aplastar la sublevación de Castro, y sólo podía esperar que alguna columna de soldados tropezara casualmente con el jefe joven rebelde y su estado mayor, aniquilándolos, pero dudaba que eso ocurriera...

El artículo de Matews, así como las fotografías de Fidel y sus combatientes, que lo ilustraban, minó aún más la ya vacilante autoridad del dictador. Sus enemigos en el extranjero redoblaron las actividades. Incrementaba asimismo la lucha contra el dictador en la capital y en otras ciudades de la Isla.

El 4 de enero, en Santiago se realizó una manifestación masiva contra el dictador, en la que las mujeres llevaban carteles con esta inscripción: “¡Basta de asesinar a nuestros hijos!”

La organización “Directorio Revolucionario” se preparaba en La Habana para la insurrección. El 13 de marzo de 1957 sus miembros atacaron una emisora de radio y el Palacio presidencial, donde confiaban sorprender a Batista. Y aunque la tentativa fracasó -la mayoría de los insurrectos sucumbió en la batalla contra la policía y el ejército-, seguían ahondándose los ánimos contra Batista.

El terror, la arbitrariedad, la corrupción, el desfalco y el servilismo ante los norteamericanos, ante el Pentágono y el Departamento de Estado -típicos para el régimen de Batista- provocaban la indignación y la ira entre las vastas capas de la población de la Isla, a excepción de los policías fieles al dictador, la oficialidad del ejército, los funcionarios venales, los ricos dueños de los centrales y parte de la burguesía local, cuyo bienestar dependía de la colaboración con el capital norteamericano.

* * *

A mediados de marzo, los rebeldes recibieron refuerzos. Frank País había equipado a 50 voluntarios, dirigidos por Jorge Sotús, quien había actuado en la clandestinidad en Santiago y participado en la sublevación del 30 de noviembre. Esos voluntarios llegaron en camiones suministrados por Humberto Matos, dueño de unos arrozales de la localidad. Tanto Jorge Sotús como Humberto Matos, anticomunistas declarados, traicionarían más tarde la revolución y serían condenados por el tribunal revolucionario a largos

años de prisión¹¹. Fidel encargó al Che recibir el pelotón de Sotús y tomarlo bajo su mando. Pero éste se negó categóricamente a entregar el pelotón a disposición de un argentino. “En aquella época - escribe el Che- todavía yo tenía mi complejo de extranjero, y no quise extremar las medidas”. Fidel, al enterarse, le hizo una observación al Che, indicándole que él debía haber insistido en el cumplimiento de la orden.

El nuevo refuerzo no estaba preparado para las condiciones de la guerra de guerrillas. La gente de la ciudad se acostumbraba con dificultad a la vida de la montaña, se cansaba pronto tirando las conservas imprescindibles y cargándose objetos tan inútiles en la vida de guerrilleros como toallas y agua de colonia.

Sin embargo, la llegada de ese pelotón casi duplicó de inmediato los efectivos de los rebeldes. Fidel dividió a sus combatientes en tres grupos, a cargo de los capitanes Raúl Castro, Juan Almeida y Jorge Sotús. Se encomendó a Camilo Cienfuegos mandar la vanguardia y a Efigenio Ameijeiras la retaguardia. Universo Sánchez fue designado jefe de la escuadra del Estado Mayor y el Che, oficialmente médico en el Estado Mayor; era, en realidad, algo así como consejero u oficial-ayudante de Fidel Castro.

Ahora que las filas de los rebeldes habían crecido, el Che propuso a Fidel comenzar de inmediato la ofensiva contra los soldados de Batista: atacar algún puesto militar, organizar una emboscada en la carretera y apoderarse de un camión. Pero Fidel opinaba que primero correspondía temprar a los recién llegados, habituarlos a los rigores de la vida en las montañas, a las caminatas a larga distancia, enseñarles a manejar bien las armas, y entonces, cuando “maduraran”, sorprender a algún grupo de guardias al pie de la Sierra Maestra. La toma de una guarnición causaría impacto en todo el país. El Che quedó de acuerdo, comprendió que la decisión de Fidel tenía fundamento.

Comenzó el entrenamiento de los combatientes para las próximas operaciones militares. “Durante estos días de prueba -recuerda el Che-, a mí me llegó por fin la oportunidad de una hamaca de lona. La hamaca es un bien preciado que no había conseguido antes por la rigurosa ley de la guerrilla que establecía dar las de lona a los que ya se habían hecho su hamaca de saco, para combatir la haraganería. Todo el mundo podía hacerse una hamaca de saco, y, el tenerla, le daba derecho a adquirir la próxima de lona que viniera. Sin embargo, no podía yo usar la hamaca de saco debido a mi afección alérgica; la pelusa me

afectaba mucho y me veía obligado a dormir en el suelo. Al no tener la de saco, no me correspondía la de lona... Pero Fidel se dio cuenta y rompió el orden para adjudicarme una hamaca. Siempre me acuerdo que fue en las orillas del río La Plata, subiendo ya las últimas estribaciones para llegar a Palma Mocha y un día después de comer nuestro primer caballo.

El caballo fue más que un alimento de lujo, especie de prueba de fuego de la capacidad de adaptación de la gente. Los guajiros de nuestra guerrilla, indignados, se negaron a comer su ración de caballo, y algunos consideraron casi un asesino a Manuel Fajardo, cuyo oficio en la paz, matarife, era utilizado en acontecimientos como éste cuando sacrificó el primer animal.

Este primer caballo perteneció a un campesino llamado Popa, del otro lado del río La Plata... Tres guerrilleros... lo confundieron además, injustamente, con un chivato y le quitaron aquel caballo viejo, con grandes mataduras en el lomo, que fuera nuestra pitanza horas después y cuya carne constituyera un manjar exquisito para algunos y una prueba para los estómagos prejuiciados de los campesinos, que creían estar cometiendo un acto de canibalismo, mientras masticaban al viejo amigo del hombre”.

El ejército y la policía no escatimaban esfuerzos para terminar con los rebeldes de la Sierra Maestra y aplastar el movimiento antibatistiano en el país. Sin embargo, el terror no proporcionaba al tirano los resultados apetecidos. Las montañas resultaron ser para sus tropas un obstáculo infranqueable. La prensa y la radio informaban sobre los audaces ataques de los rebeldes a las guarniciones. Voluntarios de las más diversas concepciones políticas se unían a los barbudos, como bautizó el pueblo a los hombres de Fidel que se dejaron crecer la barba por falta de hojas de afeitar. Los emigrados cubanos reunían en el extranjero fondos para ellos, compraban medicamentos y armas que trasladaban luego a Cuba.

En mayo de 1957, de Miami (EE.UU.) llegó a las costas cubanas la lancha “El Corinthia”, con voluntarios mandados por Calixto Sánchez. Al llegar la noticia a la Sierra Maestra Fidel decidió distraer la atención de las fuerzas represivas que según se decía perseguían a los expedicionarios y ordenó tomar por asalto el cuartel situado en el pueblo Uvero, a quince kilómetros de Santiago. El puesto de Uvero diríase que cerraba el paso a los rebeldes de la Sierra Maestra. La toma del puesto fortificado de Uvero les despejaría el camino hacia el llano de la provincia de Oriente y no sólo probaría su capacidad de defenderse, sino también de atacar. Para Batista implicaría la primera gran derrota militar.

Che participó en la acción del Uvero, y la

¹¹ Sotús huyó a EE.UU., falleciendo al estallar una mina, durante los preparativos de una subversión contra la Cuba revolucionaria.

describió así en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria*:

“Decidido el punto de ataque, nos quedaba precisar exactamente la forma en que se haría; teníamos que solucionar problemas importantes como averiguar el número de soldados existentes, el número de postas, el tipo de comunicaciones que usaban, los caminos de acceso, la población civil y su distribución, etc. Para todo esto nos sirvió magníficamente el compañero Cardero, hoy comandante del Ejército Rebelde...

Suponíamos que el ejército tenía datos más o menos exactos de nuestra presencia en la zona, pues fueron capturados un par de chivatos portando documentos de identificación, que confesaron ser enviados por Casillas para averiguar sobre el paradero del Ejército Rebelde y sus puntos habituales de reunión...

Ese mismo día, 27 de mayo, se reunió el Estado Mayor con todos los oficiales, anunciando Fidel que dentro de las cuarenta y ocho horas próximas tendríamos combate y que debíamos permanecer con tropas y enseres, listos para marchar...

Cardero sería el guía pues conocía perfectamente el puesto del Uvero, todas sus entradas y salidas y sus caminos de acceso. Por la noche nos pusimos en marcha; era una caminata larga, de unos 16 kilómetros, pero totalmente en bajada...

...Empleamos, sin embargo, unas ocho horas de marcha pues se vio interrumpida por una serie de precauciones extras que había que tomar, sobre todo al ir acercándonos al lugar de peligro. Al final se dieron las órdenes de ataque que eran muy simples; había que tomar las postas y acribillar a balazos el cuartel de madera.

Se sabía que el cuartel no tenía mayores defensas salvo algunos bolos diseminados en las inmediaciones, los puntos fuertes eran las postas de 3 a 4 soldados cada una, emplazadas estratégicamente en las afueras del cuartel. Este estaba dominado por una loma colocada justo enfrente y que sería el emplazamiento del Estado Mayor para dirigir el combate. Era factible acercarse hasta pocos metros de la construcción a través de la maraña de los montes cercanos. Una instrucción precisa era el cuidado especial de no tirar contra el batey, pues había mujeres y niños...

El cuartel del Uvero estaba colocado a la orilla del mar, de tal manera que para rodearlo solamente necesitábamos atacarlo por tres puntos.

Sobre la posta que dominaba el camino que, desde Peladero, viene bordeando el mar, el que también nosotros utilizábamos en parte, se mandaron los pelotones dirigidos por Jorge Sotús y Guillermo García; Almeida debía encargarse de liquidar una posta colocada frente a la montaña, más o menos al norte; Fidel estaría en la loma que

domina el cuartel y Raúl avanzando con su pelotón por el frente; a mí se me asignó un puesto intermedio con mi fusil ametrallador y los ayudantes; Camilo y Ameijeiras debían avanzar de frente, en realidad entre mi posición y la de Raúl, pero equivocaron el rumbo por la noche e iniciaron la pelea luchando a mi izquierda en lugar de hacerla a mi derecha; el pelotón de Crescencio Pérez debía avanzar por el camino que, saliendo de Uvero, va a Chivirico e impedir la llegada de cualquier clase de refuerzos que vinieran por esa zona.

Se pensó que la acción iba a acabar en poco tiempo dada la sorpresa que teníamos preparada; sin embargo, fueron avanzando los minutos y no podíamos posesionar a la gente en la forma ideal prevista; llegaban las noticias a través de los guías, Cardero y un práctico de la zona llamado Eligio Mendoza, y veíamos que avanzaba el día y empezaba la penumbra precursora de la mañana sin que estuviéramos en posición para sorprender las guardias como habíamos pensado en el primer momento... Yo estaba colocado en una pequeña elevación del terreno y dominaba el cuartel perfectamente pero quedaba muy lejos, por lo que avanzamos para buscar mejores posiciones...

Fuimos avanzando en medio del tiroteo generalizado y con todas las precauciones que este tipo de combate demanda.

A la pequeña escuadra se le fueron uniendo combatientes que quedaban desperdigados de sus unidades; un compañero de Pilón al que llamaban Bomba, y el compañero Mario Leal y Acuña se unieron a lo que ya constituía una pequeña unidad de combate. La resistencia se había hecho dura y habíamos llegado a la parte llana y despejada donde había que avanzar con infinitas precauciones, pues los disparos del enemigo eran continuos y precisos. Desde mi posición, apenas a unos 50 ó 60 metros de la avanzada enemiga, vi cómo de la trinchera que estaba delante salían dos soldados a toda carrera y a ambos les tiré, pero se refugiaron en las casas del batey que eran sagradas para nosotros. Seguimos avanzando aunque ya no quedaba más que un pequeño terreno, sin la más mínima hierva para ocultarse y las balas silbaban peligrosamente cerca de nosotros. En ese momento escuché cerca de mí un gemido y unos gritos en medio del combate, pensé que sería algún soldado enemigo herido y avancé arrastrándome, mientras le intimaba rendición; en realidad, era el compañero Leal, herido en la cabeza. Hice una corta inspección de la herida... El único vendaje que tenía a mano era un pedazo de papel que coloqué sobre las heridas. Joel Iglesias fue a acompañarlo, poco después, mientras continuábamos nuestro ataque. Acto seguido, disparábamos teniendo enfrente una bien acondicionada trinchera de donde nos respondía el fuego. Estábamos recuperando valor y

haciendo acopio de decisión, para tomar por asalto el refugio, pues era la única de acabar con la resistencia, cuando el cuartel se rindió.

Todo esto ha sido contado en pocos minutos, pero duró aproximadamente dos horas y 45 minutos desde el primer disparo hasta que logramos tomar el cuartel. A mi izquierda, algunos compañeros de la vanguardia, me parece precisar que Víctor Mora y otros más, tomaban prisioneros a varios soldados que hacían la última resistencia y, de la trinchera de palos, enfrente nuestro, emergió un soldado haciendo ademán de entregar su arma; por todos lados empezaron a surgir gritos de rendición; avanzamos rápidamente sobre el cuartel...

Llegamos hasta el batey donde tomamos prisioneros a los dos soldados que habían escapado a mi ametralladora y también al médico y a su asistente... La cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido, cuándo me había recibido. Le expliqué que hacía algunos años y entonces me dijo francamente: "Mira, chico, hazte cargo de todo esto, porque yo me acabo de recibir y tengo muy poca experiencia". El hombre, entre su inexperiencia y el temor lógico de la situación, al verse prisionero se había olvidado hasta la última palabra de medicina. Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más el fusil por mi uniforme de médico...

Los compañeros contaron después cómo Eligio Mendoza, el práctico, tomó su fusil y se lanzó al combate; hombre supersticioso, tenía un "santo" que lo protegía, y cuando le dijeron que se cuidara, él contestó despectivo que su "santo" lo defendía de todo; pocos minutos después caía atravesado por un balazo que literalmente le destruyó el tronco...

El primer herido que atendí, dada su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento de las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos... dejando a dos heridos: Leal y Cilleros, en poder del enemigo con la garantía del honor del médico del puesto... Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo.

Cargando en uno de los camiones... la mayor cantidad posible de artículos de todo tipo, sobre todo medicinas, salimos los últimos, rumbo a nuestras guaridas de la montaña, donde llegamos todavía a tiempo para atender a los heridos y

despedir a los caídos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino".

El pelotón de Crescencio no había participado en el asalto, pues guardaba el camino a Chivirico. Allá los combatientes del pelotón capturaron a varios soldados de Batista que trataban de fugarse.

Cuando se hizo el balance del combate, resultó que los rebeldes habían tenido 15 bajas, entre muertos y heridos, y el enemigo, 19 heridos y 14 muertos.

Para los rebeldes el ataque del Uvero fue un momento crucial. Después de él se fortaleció el espíritu combativo del destacamento, se sintió aún más confianza en la victoria. El triunfo de Uvero determinó el destino de los pequeños puestos del enemigo, situados al pie de la Sierra Maestra. En breve lapso los puestos fueron liquidados.

Entre los rebeldes que se destacaron en el combate de Uvero figuró Juan Vitalio Acuña Núñez (los amigos lo llamaban Vilo), quien más tarde, con el apodo de Joaquín, lucharía con el Che en los montes de Bolivia.

El combate de Uvero demostró una vez más que ese argentino asmático poseía aptitudes innatas de combatiente: valor, sangre fría, una orientación instantánea. No en vano el "profesor" en ciencias guerrilleras Bayo lo consideraba su mejor discípulo. Pero aquello era en teoría, y ahora lo confirmaba la práctica.

Sin embargo, para el Che el combate no era un fin en sí. Calixto Morales define en estos términos al Che combatiente: "Para él el combate es nada más que una parte del trabajo. Después que se acaban los tiros, aunque se haya ganado, hay que seguir trabajando. Ahora hay que contar las bajas y hacer los partes y relacionar el material ocupado. Todo eso. Nada de mítines. Nada de fiestas. A lo mejor unos días después, una noche cualquiera, entonces nos reunimos a hablar. También él aprovecha para analizar detalladamente lo que ocurrió".

Por mucho que el Che procurara ser sólo combatiente y abandonar sus obligaciones de médico, no lograba hacerlo: no tenía más remedio que curar a los heridos. Y cumplir esta misión con todo el esmero que le permitían las circunstancias y las condiciones de la vida guerrillera.

En la Sierra Maestra corrían leyendas sobre el arte del Che "sacamuelas". Cierta vez trajeron al destacamento en que él se encontraba los instrumentos de dentista, Tan pronto los combatientes hicieron un alto, el Che comenzó a buscar con entusiasmo a quién arrancarle una muela, operación que se disponía a hacer por primera vez en la vida. Algunos se arriesgaron, aunque lamentaron luego amargamente haberse confiado a las manos del Che.

El dentista improvisado recordaría más tarde

que, además de experiencia, le faltaban anestésicos, y debía recurrir a la “anestesia psicológica”, o sea, imprecisar a más no poder a sus pacientes, si se quejaban demasiado mientras él hurgaba en la boca.

El Che no sólo curaba a los guerrilleros, sino también a los campesinos: a las mujeres, prematuramente envejecidas por el duro trabajo, a los niños raquíuticos. Los guajiros padecían de avitaminosis, de diarreas, de tuberculosis. Ninguno de ellos había visto a un médico en su vida. Aliviar la dura suerte de esa gente de la montaña, desheredada, enferma, llena de prejuicios, no tanto era obra de los medicamentos o de la asistencia médica, como de los cambios sociales radicales, de la reforma agraria, en particular.

Che estaba persuadido de ello y procuraba transmitir esa convicción a los demás rebeldes...

Vida de guerrilla.

La mejor manera de decir es hacer.

José Martí.

Al vencer a las tropas de Batista en Uvero, los rebeldes demostraron que el ejército regular no era invencible, como aseveraban jactanciosamente los partidarios del régimen batistiano. Y aunque al día siguiente los mandos del ejército anunciaron haber liquidado o hecho prisioneros a todos los rebeldes que desembarcaron de “El Corinthia”, Batista se vio obligado a poner a media asta la bandera sobre el campamento militar de Columbia, en señal de duelo por los casquitos pericididos en Uvero. El dictador, enfurecido, ordenó evacuar por la fuerza a los campesinos de las colinas de la Sierra Maestra, con la intención de privar a los rebeldes de la ayuda de la población. Pero los guajiros se negaban a marcharse, muchos se incorporaban a los destacamentos de guerrilleros o les prestaban la ayuda más variada. Les aseguraban víveres, observaban las actividades del enemigo, hacían de guías.

Sin embargo, no puede decirse que los campesinos se congeniaban fácilmente con los rebeldes. Se trataba de un proceso largo y contradictorio. No todos los guajiros comprendían las metas políticas y las tareas de los rebeldes. La mayoría de los campesinos eran analfabetos y supersticiosos. En ocasiones, bastaba con una palabra imprudente, con un gesto o un proceder impensado para perder la confianza de ellos.

El relato de Joel Iglesias, uno de los combatientes de la lucha guerrillera, dará una idea del mundo espiritual del guajiro. Iglesias describe la vida de los rebeldes en un bohío de la montaña: “Al principio, cuando recién nos instalamos en esta región, el círculo de nuestros interlocutores era limitado. Pero poco a poco alrededor de nosotros se reunían cada vez más campesinos, en quienes

nosotros podíamos confiar. Y todo esto, principalmente gracias al Che, a su permanente comunicación con la gente, a su conversación. Así nos conquistábamos la simpatía de esta gente. Todos sabían quiénes éramos nosotros y, sin embargo, ninguno nos denunció. Por la noche organizábamos charlas y hablábamos sobre diferentes temas: cuánta gente tendrá Fidel, cuándo nos uniremos nuevamente a él, qué pasará después de terminar la guerra... De todas formas un tema siempre salía a flote en nuestras conversaciones casi todas las noches: el de la leyenda sobre el pájaro brujo, mito muy antiguo y muy conocido por estos lugares.

Contaban que un español disparó contra este pájaro, pero no lo mató, sino que él mismo casi paga con su vida: su gorra resultó perforada en varios sitios. Hubo un infeliz que no creía que existiera ese pájaro y una noche se le apareció y desde entonces está inválido.

En una de esas conversaciones yo anuncié que tan pronto apareciera ese pájaro yo lo derribaría con mi fusil. Los campesinos advirtieron que quien hablara así, sin falta se encontraría con el pájaro y las consecuencias serían funestas.

Al día siguiente, todos hablaban solamente de mi disparate y algunos hasta se negaban a salir conmigo. El Che, cuando estuvimos solos me preguntó sobre lo que yo pensaba del pájaro y para qué prometí dispararle. Yo le expliqué que no creía en esa tontería.

Unos días después, nosotros regresamos de nuevo a ese sitio y yo aproveché la ocasión para explicar a los guajiros que aunque yo mismo no creía en este pájaro, de todas maneras respetaba la opinión de los que creían.

Los guajiros odiaban a Batista y a sus esbirros, que saqueaban sus miserables bohíos, violaban a sus hijas, brutalmente se ensañaban con sus familias. Por otra parte, muchos guajiros creían que el comunismo casi era una alucinación satánica, como les inculcaban los curas en los sermones y por la radio.

La campesina Oniria Gutiérrez, primera mujer que se incorporó al destacamento del Che a la edad de 18 años, narra un episodio muy elocuente. Cuenta así: “Me habló sobre mis ideas religiosas y eso me hizo preguntarle si él era religioso. No, me contestó, no puedo ser religioso porque yo soy comunista. Para una jovencita como yo, sin conocimiento político y que siempre había oído hablar sólo cosas malas del comunismo, fue una sorpresa. Di un salto en la hamaca y le dije: Usted no puede ser comunista, porque usted es muy bueno. Entonces el Che se rió muchísimo y empezó a explicarme todas las cosas que yo no sabía”.

No sólo los guajiros analfabetos estaban contaminados de anticomunismo, sino también

algunos rebeldes. Marcial Orozco recuerda lo siguiente: en cierta ocasión, un combatiente dijo que la guerra continuaría después de derribar a Batista. Entonces llegaría la hora de combatir contra los comunistas. El Che le hizo un gesto a Orozco, para que prestara atención a esas palabras, y le explicó al combatiente que sería muy difícil acabar con los comunistas, porque se encontraban en todas partes y no se podía saber quiénes eran ni dónde estaban. También le dijo que no se los podía capturar, pues a veces uno estaba hablando con un hombre y, sin saberlo, se trataba de un comunista.

En sus charlas con los campesinos y con los combatientes, el Che les disuadía de ese veneno anticomunista que les emponzoñaba la conciencia. En este sentido, es significativo su artículo satírico, firmado con el seudónimo de “Francotirador”, que publicó en el primer número de *El Cubano Libre*, órgano de los rebeldes. Este artículo apareció en enero de 1958 y fue el primero del Che que vio la luz en Cuba. A continuación lo transcribimos íntegro:

“A las cumbres de nuestra Sierra llega la voz del mundo distante a través del radio y los periódicos, más explícitos en los sucesos de allá, porque no pueden narrar los crímenes diarios de aquí.

Así nos enteramos de los desórdenes y muertos ocurridos en Chipre, Argelia, Ifni o Malaya. Todos tienen características comunes:

- a) El poder gobernante “ha infligido numerosas bajas a los rebeldes”.
- b) No hay prisioneros.
- c) El poder gobernante “sin novedad”.
- d) Todos los revolucionarios, cualquiera sea el nombre del país o región, están recibiendo “ayuda solapada de los comunistas”.

¡Qué cubano nos parece el mundo! Todo es igual. Se asesina un grupo de patriotas, tengan o no armas, sean o no rebeldes y se apunta el tanto a las armas opresoras “tras recta lucha”. Se matan todos los testigos, por eso no hay prisioneros.

El gobierno nunca sufre una baja, lo que a veces es cierto, pues asesinar seres indefensos no es muy peligroso, pero a veces también es una soberana mentira; y la Sierra Maestra es nuestro testigo irrecusable.

Y, por último, la socorrida acusación de siempre: “comunistas”. Comunistas son todos los que empuñan las armas cansados de tanta miseria, cualquiera que sea el lugar de la tierra donde se produzca el hecho; demócratas son los que asesinan a ese pueblo indignado, hombres, mujeres o niños.

¡Qué cubano nos parece el mundo!, pero en todos lados, como en Cuba, contra la fuerza bruta y la injusticia el pueblo dirá su última palabra, la de la victoria”.

En los periódicos de Batista y en las informaciones oficiales, al Che se lo mencionaba

solamente como “argentino pernicioso y líder comunista de los bandidos que operan en la Sierra Maestra”. La propaganda oficial de Batista “denunciaba” a los rebeldes como comunistas y “agentes de Moscú”, asegurando que las tropas de Batista, al perseguirlos, salvaban a Cuba y a América Latina del comunismo. El tirano conocía el “punto débil” de su dueño yanqui: la persecución de los comunistas siempre proporcionaba jugosos dividendos a los “gorilas” latinoamericanos, a modo de limosnas arrojadas de la mesa señorial de Washington.

Pero el anticomunismo resulta muy caro a quienes lo profesan, pues ellos mismos perecen de ese veneno.

* * *

El grado de confianza de los guajiros de la Sierra Maestra hacia los rebeldes dependía de cómo se condujeran éstos con los habitantes del monte. Para que la conducta fuera ejemplar, los rebeldes debían poner orden en sus propias filas, desprenderse de los elementos anarquizantes y desclasados, que siempre se adhieren a estos tipos de movimiento, particularmente en las fases iniciales.

En los primeros meses de la guerra, la disciplina cojeaba bastante entre los rebeldes. De esto habla el Che en el capítulo de sus memorias titulado *Un episodio desagradable*. El Che estaba en el destacamento mandado por Lalo Sardiñas, compañero fiel y valiente, respetado y estimado por los combatientes. Se había formado una Comisión de Disciplina, encargada de vigilar y hacer cumplir las normas establecidas. Un grupo trató de jugarle una broma a los miembros de la Comisión, llamándolos para resolver un problema muy grave a un lugar algo apartado. Los bromistas fueron arrestados y Lalo los interrogaba. Impulsivamente golpeó a uno de ellos con la pistola; en ese momento se le escapó un tiro y el golpeado cayó muerto. Lalo fue detenido por orden de Fidel.

Se comenzó la investigación del caso. Las opiniones se dividieron. Unos consideraban que había sido un asesinato premeditado y otros, un accidente. Fuera como fuese, era inadmisibles que un jefe castigara físicamente a un compañero.

Fidel llegó al campamento. Siguió el interrogatorio hasta entrada la noche. Muchos exigían la pena capital para Lalo. Che objetó ante los combatientes esa exigencia, pero su impulsivo discurso no pudo persuadir a los que eran hostiles a Sardiñas.

Entrada la noche, las discusiones no habían terminado entre los guerrilleros. Por último, Fidel tomó la palabra. Habló mucho rato y con calor, explicando por qué había que conservarle la vida a Sardiñas. Fidel habló de la falta de disciplina de los rebeldes, de las faltas que se cometían a diario y

terminó diciendo que el proceder de Lalo merecía un severo castigo, mas había sido hecho en defensa de la disciplina y eso no se debía olvidar. La potente voz de Fidel, su discurso encendido, su poderosa figura iluminada por las antorchas influyeron sensiblemente en la gente y muchos de los que habían pedido la pena de muerte comenzaron a apoyar a Fidel.

Cuando se puso a votación, 76 de los 146 guerrilleros votaron por la degradación de Lalo, y 70 por la pena de muerte.

Lalo Sardiñas fue destituido y su lugar lo ocupó Camilo Cienfuegos, designado por Fidel.

Los rebeldes no sólo debían luchar por mantener la disciplina en sus filas, sino también contra los bandidos que, encubriéndose con el nombre de la revolución, saqueaban a los campesinos, haciendo el juego al régimen de Batista.

Al grupo de Camilo Cienfuegos se le encomendó liquidar a una de esas bandas. Che relata en el pasaje *Lucha contra el bandidaje* cómo se cumplió esa operación.

No era tan fácil imponer un orden revolucionario firme en la Sierra Maestra. Era demasiado bajo el nivel de conciencia revolucionaria de la población, que requería una labor educativa minuciosa y prolongada. Además, las tropas de Batista los cercaban por todas partes. Los rebeldes vivían bajo la constante amenaza de una intervención a las montañas.

En una de esas regiones, en Caracas, merodeaba la banda capitaneada por cierto chino Chang¹², que arruinaba y arrasaba las casas campesinas. Los bandidos, ocultándose bajo frases revolucionarias, asolaban, asesinaban, violaban. El nombre de Chang aterrorizaba toda la región.

Los rebeldes lograron capturar la banda de Chang y los bandidos fueron juzgados por un tribunal revolucionario. Chang fue condenado a muerte, otros, a diferentes castigos. Tres jóvenes de la banda de Chang se incorporaron después a las filas de los rebeldes, teniendo un comportamiento bueno y honrado.

“El momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar -comenta el Che- para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía”.

Otro problema que requería permanente atención era el de los desertores de las filas rebeldes. Entre ellos solía haber no sólo gente de las ciudades, intimidada por las dificultades, las privaciones y los peligros de la lucha guerrillera, sino también campesinos de la localidad. Che relata

el caso del fusilamiento de uno de sus combatientes, por haber desertado.

El Che reunió a todo su pelotón en la pendiente de la montaña, en el mismo sitio donde tuvo lugar la tragedia y explicó a los combatientes lo que esto significaba para ellos y por qué la desertión debe ser castigada con la pena de muerte y por qué merece la muerte aquél que traiciona a la revolución.

En severo silencio pasaron los rebeldes al lado del cadáver del hombre que había abandonado su puesto de guardia. Muchos guerrilleros se encontraban fuertemente impresionados por el primer fusilamiento, movidos más por algún sentimiento personal para con el desertor y debilidad de conciencia política, que por falta de fe en la revolución. El desertor fue un joven campesino de esas regiones...

La formación de la conciencia revolucionaria entre los rebeldes fue un proceso duro y complicado. En la “escuela guerrillera” de la Sierra Maestra estudiaban todos: los dirigentes, los rebeldes de fila y los campesinos.

Al Che le atraía sobremanera el mundo campesino. En esencia, los guajiros eran los primeros “humillados y ofendidos” que él había conocido verdaderamente y con los que trataba en todo momento. Se había encariñado con ellos, pero no los idealizaba. Sin la ayuda de los campesinos, los rebeldes no sólo no hubieran podido triunfar, sino ni siquiera subsistir. Pero los guajiros también necesitaban de los rebeldes, de cuya victoria dependía su futuro, sus esperanzas en un porvenir mejor. Para granjearse la buena voluntad de la gente de la montaña, los rebeldes debían demostrarles con hechos que eran sus verdaderos amigos: defendían a los guajiros de las persecuciones de los casquitos y de la explotación de los ricachos del lugar, curaban y enseñaban a los campesinos, a sus hijos y esposas, afirmaron el derecho de los campesinos a la tierra que ellos trabajaban.

Che decía a Masetti que lo visitó en la Sierra Maestra en abril y mayo de 1958:

- Mucho de lo que estamos haciendo ni lo habíamos soñado. Podría decirse que nos hemos formado revolucionarios en la revolución. Vinimos a voltear a un tirano, pero nos encontramos que esta enorme zona campesina, en donde se va prolongando nuestra lucha, es la más necesitada de liberación de toda Cuba. Y sin atenemos a dogmas y a una ortodoxia inflexible y prefijada, le hemos brindado, no el apoyo neutro y declamatorio de muchas revoluciones, sino una ayuda efectiva.

* * *

Los intereses de la lucha requerían con frecuencia que se tomaran severas decisiones. Este es el pago inevitable por el triunfo, del que no

¹² En Cuba viven cerca de 100.000 personas de procedencia china. Son descendientes de los coolis chinos, llevados a la Isla en la segunda mitad del siglo XIX para trabajar en las plantaciones de caña. La mayoría absoluta se ha asimilado con la población local.

puede prescindir ninguna revolución verdadera. Y no sólo respecto de las personas. Describiendo la atmósfera cotidiana de los guerrilleros, el Che relata:

“Para las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, era un día de gloria. Por Agua Revés, uno de los valles más empinados e intrincados en la cuenca del Turquino, seguíamos pacientemente la tropa de Sánchez Mosquera; el empecinado asesino dejaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región pero su camino lo llevaba necesariamente a subir por uno de los dos o tres puntos de la Sierra donde debía estar Camilo. Podía ser en el firme de la Nevada o en lo que nosotros llamábamos el firme “del cojo”, ahora llamado “del muerto”.

Camilo había salido apresuradamente con unos doce hombres, parte de su vanguardia, y ese escaso número debía repartirse en tres lugares diferentes para una columna de ciento y pico de soldados. La misión mía era caer por las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Nuestro afán fundamental era el cerco, por eso seguíamos con mucha paciencia y distancia las tribulaciones de los bohíos que ardían entre las llamas de la retaguardia enemiga; estábamos lejos, pero se oían los gritos de los guardias. No sabíamos cuántos de ellos habría en total. Nuestra columna iba caminando dificultosamente por las laderas, mientras en lo hondo del estrecho valle avanzaba el enemigo.

Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones -una casa donde quedaban los cocineros-, el cachorro siguió detrás de la columna. En esa zona de la Sierra Maestra, cruzar por las laderas resulta sumamente dificultoso por la falta de senderos. Pasamos por una difícil “pelúa”, un lugar donde los viejos árboles de la “tumba” -árboles muertos- estaban tapados por la nueva vegetación que había crecido y el paso se hacía sumamente trabajoso; saltábamos entre troncos y matorrales tratando de no perder el contacto con nuestros huéspedes. La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte; éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasó al animalito y otra vez seguimos; pero cuando estábamos descansando en lo hondo del arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con llamar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente.

Recuerdo mi orden tajante: “Félix, ese perro no da un aullido más, tú te encargarás de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar”. Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo atezante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Seguimos la marcha sin comentar siquiera el incidente. La tropa de Sánchez Mosquera nos había tomado alguna delantera y poco después se oían unos tiros; rápidamente bajamos la ladera, buscando entre las dificultades del terreno el mejor camino para llegar a la retaguardia; sabíamos que Camilo había actuado. Nos demoró bastante llegar a la última casa antes de la subida; íbamos con muchas precauciones, imaginando a cada momento encontrar al enemigo. El tiroteo había sido nutrido pero no había durado mucho, todos estábamos en tensa expectativa. La última casa estaba abandonada también. Ni rastro de la soldadesca. Dos exploradores subieron el firme “del cojo”, y al rato volvían con la noticia: “Arriba había una tumba. La abrimos y encontramos un casquito enterrado”. Traían también los papeles de la víctima hallados en los bolsillos de su camisa. Había habido lucha y una muerte. El muerto era de ellos, pero no sabíamos nada más.

Volvimos desalentados, lentamente. Dos exploraciones mostraban un gran rastro de pasos, por ambos lados del firme de la Maestra, pero nada más. Se hizo lento el regreso, ya por el camino del valle.

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Mar Verde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio... Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque

observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado”.

Los propagandistas norteamericanos trataban de presentar al Che como a un fanático insensible, cruel y ciego, sediento de sangre de sus enemigos e indiferente ante la muerte de sus amigos. Al presentado así, lo miden por su propio rasero y por el de sus aliados, ya sea la Cuba de Batista o cualquier otro lugar de la tierra, sin excluir Estados Unidos, donde merodean los “luchadores” contra el anticomunismo. Che era un luchador humano y noble. Prestaba asistencia médica primeramente a los prisioneros heridos y observaba estrictamente que no fueran maltratados. Por regla general, los rebeldes ponían en libertad a los prisioneros.

Che sufría profundamente la muerte de sus compañeros. Pero el combatiente es siempre un combatiente. Debe afrontar valerosamente su propia muerte y permanecer firme e inmovible ante la muerte que abate a su amigo y compañero. En respuesta debe vengar a esta muerte en el combate. En este sentido, el jefe siempre debe dar el ejemplo.

Pero hubo muertes que hicieron vacilar su voluntad férrea. El guajiro Javier Millán Fonseca recuerda: “Cuando al Che le llegó el mensaje que había muerto Ciro, fue del carajo. Yo creí que ese hombre no lloraba, pero ese día no se pudo aguantar y se puso apesadumbrado. Yo lo vi recargado de una piedra, con la mano puesta así, en la cara, llorando”.

* * *

A comienzos de junio de 1957, Fidel Castro dividió los destacamentos de rebeldes en dos columnas. La primera, que llevaba el nombre de José Martí, quedó bajo su mando, y el Che fue designado comandante de la segunda (o cuarta, como se llamaba para mayor conspiración), pues según reconocimiento general el Che ya había dado muestras de brillantes aptitudes militares.

La columna del Che estaba integrada por 75 hombres, divididos en tres pelotones, a cuyo frente estaban Lalo Sardiñas, a quien ya conocemos, Ciro Redondo (cuyo nombre se puso a la columna cuando cayó en combate) y Ramiro Valdés. El último hoy es miembro del Buró Político del CC del Partido Comunista de Cuba.

Algo más tarde, cuando los dirigentes del Ejército Rebelde firmaban una carta a Frank País, agradeciéndole la ayuda y el apoyo, Fidel Castro dijo al Che: “Firma Comandante”. Así fue cómo el capitán Che recibió el más alto grado del Ejército Rebelde. “La dosis de vanidad que todos tenemos dentro -recordaría luego ese episodio-, hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día”. Celia Sánchez, quien dirigía la oficina de campaña del Estado Mayor de los rebeldes, regaló con tal motivo al Che un reloj de pulsera y una

pequeña estrella de cinco puntas, que prendió en su boina negra.

Los éxitos de los rebeldes en los combates contra el ejército apremiaron a los personeros de la oposición burguesa antibatistiana a establecer contactos directos con Fidel Castro. En julio, Felipe Pazos y Raúl Chibás, “vedettes” de la política burguesa, como los llamara el Che, se presentaron en la Sierra Maestra. Pazos había sido, durante la presidencia de Prío Socarrás, director del Banco Nacional, y Raúl Chibás, líder del Partido Ortodoxo. Fidel había firmado con ellos un Manifiesto para la formación del Frente Cívico Revolucionario. El Manifiesto exigía que Batista presentara la renuncia y se designara a un presidente provisional (a cuyo cargo pretendía Pazos), se convocara a elecciones generales y se hiciera la reforma agraria, que estipulaba el reparto de las tierras baldías.

Comentando ese acuerdo, el Che escribía más tarde: “Nosotros sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra y que debíamos contar durante un largo período con toda una serie de “amigos” que trataban de utilizar nuestra fuerza militar y la gran confianza que el pueblo sentía por Fidel Castro, para sus manejos macabros y, por sobre todas las cosas, para mantener el dominio del imperialismo en Cuba a través de su burguesía importadora, ligada estrechamente a los amos norteamericanos”.

Entretanto, las tropas de Batista, que sufrían una derrota tras otra en la Sierra Maestra, recrudescían el terror en las ciudades, y pueblos del país. El 30 de julio de 1957, la policía ultimó en una calle de Santiago a Frank País; su hermano Josué también fue muerto por una bala policial. La huelga de protesta que estalló ante tales crímenes, y en la cual participó casi toda la población de Santiago, fue duramente aplastada por las autoridades.

El 5 de septiembre de 1957, en la ciudad de Cienfuegos se sublevaron los marinos de la base naval. Los dirigían los oficiales de la oposición, que -con el derrocamiento de Batista- trataban de prevenir que se profundizara y ampliara el auténtico movimiento popular. Pero ese motín también fracasó. Las tropas de la dictadura redujeron a los sublevados y fusilaron a muchos de ellos. Durante y después del alzamiento en Cienfuegos perecieron más de 600 enemigos del tirano.

Las tropas de Batista tomaban terribles represalias contra los comunistas, miembros del Partido Socialista Popular, que bregaban por la unidad de acción de todos los trabajadores y de todas las fuerzas progresistas en la lucha contra la tiranía y prestaban todo el apoyo posible al movimiento rebelde de Fidel Castro. “El trabajo

realizado por los miembros del Partido y de la Juventud en las condiciones de ilegalidad -decía en 1959 Blas Roca, Secretario General del Partido Socialista Popular-, requería un gran valor, firmeza en los principios y habilidad y perspicacia, pues cuantos eran detenidos eran torturados, humillados, vejados y no pocos asesinados cruelmente”.

El terrorismo -escribía el periodista mexicano Mario Gil, autor de un libro sobre la Cuba de aquellos años-, las torturas sin precedentes por su perversidad, el asesinato de inocentes como réplica a las acciones revolucionarias convirtieron toda la Isla en un campo de batalla. Por una parte, actuaba la dictadura, pertrechada con poderosas armas modernas que le suministraban Estados Unidos, por otra, el pueblo no organizado, pero unido en su odio a la dictadura. Al no poder doblegar a ese pueblo con el terror, Batista recurrió a uno de los medios de mayor bajeza: puso precio a la cabeza de Fidel Castro. Toda la provincia de Oriente estaba plagada de anuncios con este texto:

“Por este medio se hace saber que toda persona que facilite una información que conduzca el éxito de una operación contra cualquier núcleo rebelde comandado por Fidel Castro, Raúl Castro, Crescencio Pérez, Guillermo García o cualquier otro cabecilla, será gratificada de acuerdo con la importancia de la información, bien entendido que nunca será menos de 5.000 pesos (dólares).

Esta gratificación oscilará de 5.000 hasta 100.000 pesos, correspondiendo esta última, o sea 100.000 pesos (dólares) por la cabeza de Fidel Castro. Nota: El nombre del informante no será nunca revelado”.

Pero ni siquiera por esa suma Batista logró encontrar a un segundo Eutimio Guerra...

Para ponerse a salvo de las ferocidades de la policía, muchos adversarios de Batista se iban a la montaña, engrosando las filas de los rebeldes en la Sierra Maestra. Aparecieron también focos de insurrección en las montañas del Escambray, en la Sierra Cristal y en la región de Baracoa. Esos grupos estaban dirigidos por líderes del Directorio Revolucionario, del Movimiento 26 de Julio y por los comunistas.

El Che decía que comparando el resultado de la lucha revolucionaria en las ciudades y de las acciones guerrilleras, la última forma de lucha popular es la más activa y se caracteriza por el menor número de víctimas para el pueblo. Además en las ciudades eran asesinados no solamente revolucionarios profesionales, sino también militantes de fila y simpatizantes.

El Che afirmaba que en las ciudades los actos de sabotaje bien organizados se intercalaban con desesperados actos de terrorismo, innecesarios, por los cuales perecían los mejores hijos del pueblo, sin hacer un aporte sensible a la causa común.

Mientras tanto los líderes burgueses cubanos, confiando hacerse con un capital político a expensas de las hazañas de los rebeldes en la Sierra Maestra, se reunieron en octubre en Miami. Allí constituyeron el Consejo de la Liberación, proclamaron a Felipe Pazos presidente provisional, lanzaron un manifiesto dirigido al pueblo. En todas esas maniobras participó Jules Dubois, agente de la CIA, que estaba en contacto permanente con los conspiradores de Miami.

En una intervención pública, Fidel Castro censuró resueltamente las intrigas de las “vedettes” burguesas, que se arrastraban ante los norteamericanos. “Nos quedamos solos -dijo Fidel Castro al respecto después del triunfo de la revolución-: pero realmente en este momento valía mil veces más andar solos que mal acompañados”. El objetivo de esos politicastros era evidente: arrancar la victoria de manos de los rebeldes y, después de la caída de Batista, restaurar el “orden democrático”, pacificar a los trabajadores, y dar cuerda nuevamente al organillo del anticomunismo, para quedar bien con los amos yanquis. Fidel rechazó el Pacto de Miami, quedando en la nada esos planes perversos.

El Che aprobó resueltamente la posición tomada por Fidel. En una carta, le escribía: “Quiero repetirte la felicitación por el documento. Te dije que siempre tendrás el mérito de haber demostrado la posibilidad de lucha armada apoyada por el pueblo, en América. Ahora vas por el camino más grande de ser uno de los dos o tres de América que llegaran al poder por una lucha armada multitudinaria”.

* * *

Hacia fines de 1957 la posición militar de los rebeldes se había consolidado. Ya dominaban en la Sierra Maestra. Se estableció un armisticio breve y peculiar: las tropas de Batista no subían a la montaña, y los rebeldes acumulaban fuerzas y no bajaban al llano.

El Che relata en *Los Pasajes* que la vida “pacífica” era muy dura. Los combatientes sufrían escasez de comida, de ropa y de medicamentos. También estaban apretados de armas y de municiones. Además, para desplegar la labor política necesitaban un periódico y una emisora propios.

Al principio, los pequeños destacamentos de guerrilleros se procuraban el sustento cada uno como podía, pero a medida que crecían sus filas surgía la necesidad de organizar el abastecimiento de víveres centralizado y sistemático. Los guajiros vendían a los rebeldes frijoles, maíz y arroz. Por su intermedio también compraban otros productos en los pueblos. En cuanto a los medicamentos, les eran suministrados principalmente por sus partidarios de la ciudad, pero las medicinas siempre faltaban.

En los intervalos entre los combates y las escaramuzas, el Che reforzaba enérgicamente la “retaguardia” guerrillera, organizando puestos sanitarios, hospitales de campaña, montó una pequeña herrería y armería, además de talleres en los que en forma artesana se confeccionaba calzado, mochilas, cartucheras, equipos varios. El Che ofreció solemnemente a Fidel Castro el primer gorro del ejército rebelde confeccionado en uno de esos talleres.

Contribuyó asimismo a la fundación de una minúscula fábrica de tabaco, cuyos cigarrillos, a falta de otros mejores, eran saboreados por los combatientes, pese a su deficiente calidad. Los guerrilleros confiscaban las reses a los traidores y a los latifundistas, entregando gratuitamente parte de la carne a los vecinos de la localidad.

Por iniciativa del Che y bajo su dirección comenzó a editarse en la montaña el periódico *El Cubano Libre*, cuyos primeros números se escribieron a mano y luego se imprimieron en hectógrafo. Con ese título habían sacado un periódico los patriotas cubanos que combatieron a fines del siglo XIX por la Independencia. Al comunicarle a Fidel Castro la salida del primer número, el Che le escribía: “Te mando el periódico y las proclamas que se han impreso. Tengo la esperanza de que su baja calidad te sirva de shock y colabores con algo que tenga tu firma. El editorial del segundo número será sobre la quema de caña. En este número colaboran Noda, en la Reforma Agraria: Quiala en La reacción frente al crimen; el médico en La realidad del campesino cubano; Ramiro en Ultimas Noticias y yo, en la explicación del nombre, el Editorial y Sin bala en el directo”.

Los rebeldes lograron hacerse con una pequeña planta transmisora. La calidad de las emisiones mejoraba gradualmente y, a fines de 1958, cuando el equipo fue trasladado a la Primera columna, esa emisora pasó a ser una de las más populares en Cuba.

A finales del primer año de lucha ya se había establecido un estrecho contacto con los pobladores de la Sierra Maestra.

Los guajiros anunciaban inmediatamente a los rebeldes no sólo la presencia de casquitos, sino de cualquier persona extraña en las montañas, gracias a lo cual fueron reducidos muchos espías del enemigo.

“En cuanto a la lucha política -señala el Che en *Los Pasajes-*, era muy complicada y contradictoria. La dictadura de Batista se desenvolvía con la ayuda de un congreso elegido mediante fraudes de tal tipo que aseguraban una cómoda superioridad al gobierno.

Se podían expresar, cuando no había censura, algunas opiniones disidentes, pero voceros oficiosos u oficiales del régimen llamaban a la

concordia nacional con sus voces potentes, transmitidas en cadena para todo el territorio nacional...

Los grupos de oposición eran muy variados y disímiles, aunque la mayoría tenía el denominador común de su disposición de tomar para sí el poder (léase fondos públicos). Esto traía como consecuencia una sórdida lucha intestina para asegurar ese triunfo. Los grupos estaban totalmente penetrados por los agentes de Batista, que, en el momento oportuno, denunciaban cualquier acción de alguna envergadura. A pesar del carácter gangsteril y arribista de estas agrupaciones, también tuvieron sus mártires, algunos de reconocida valía nacional, pues el desconcierto era total en la sociedad cubana y hombres honestos y valientes sacrificaban su vida en aras de la regalada existencia de personajes como Prío Socarrás.

El Directorio tomaba el camino de la lucha insurreccional, pero se separaba de nuestro movimiento manteniendo una línea propia; el PSP se unía a nosotros en algunas acciones concretas, pero existían recelos mutuos que impedían la acción común...

En el seno de nuestro propio movimiento se movían dos tendencias bastante acusadas, a las cuales hemos llamado ya la Sierra y el Llano. Diferencias de conceptos estratégicos nos separaban. La Sierra estaba ya segura de poder ir desarrollando la lucha guerrillera; trasladada a otros lugares y cercar así, desde el campo, a las ciudades de la tiranía, para llegar a hacer explotar todo el aparato del régimen mediante una lucha de estrangulamiento y desgaste. El Llano planteaba una posición aparentemente más revolucionaria, como era la de la lucha armada en todas las ciudades, convergiendo en una huelga general que derribara a Batista y permitiera la toma del poder en poco tiempo.

Esta posición era sólo aparentemente más revolucionaria, porque en aquella época todavía no se había completado el desarrollo político de los compañeros del Llano y sus conceptos de la huelga general eran demasiado estrechos...”

Es oportuno aquí citar las palabras pronunciadas por Fidel Castro en Sagua la Grande el 9 de abril de 1968: “Es justo también que nosotros digamos otra cosa aquí esta noche: hay un hecho también que nosotros consideramos de elemental justicia, y es el siguiente: que el carácter de nuestra lucha, y el hecho de que esa lucha se iniciara en la Sierra Maestra, y que al fin y al cabo las batallas decisivas se libraran por las fuerzas guerrilleras, dio lugar a que durante un largo proceso de tiempo casi toda la atención, casi todos los reconocimientos, casi toda la admiración y casi toda la historia de la Revolución se centrara en el movimiento guerrillero en las montañas. Y hay que decir

también, porque no hay nada más razonable ni más saludable que ser justos, que ese hecho tendió en cierto sentido a disminuir en la historia de la Revolución el papel de la gente que luchó en las ciudades y el papel de la gente que luchó en el movimiento clandestino, el papel y el heroísmo extraordinario de los miles de jóvenes que murieron luchando en condiciones muy difíciles.

Hay que decir ciertamente que en la historia de nuestro proceso revolucionario, como en todos los procesos, sobre todo de todos los acontecimientos nuevos de la historia en un principio todos los criterios no eran iguales; en un principio no se veía todavía con mucha claridad cuál era el papel del movimiento guerrillero y cuál era el papel de la lucha clandestina. Es cierto que incluso para muchos compañeros revolucionarios, el movimiento guerrillero constituía un símbolo que mantendría encendida la llama de la Revolución, mantendría abiertas las esperanzas del pueblo e iría debilitando a la tiranía, pero que a la larga la batalla se decidiría en una gran insurrección de tipo general que daría al traste con la tiranía.

También es cierto que había compañeros en las filas revolucionarias que creían al final que el desprestigio del régimen, las derrotas sufridas, la impopularidad del régimen conducirían a una especie de levantamiento entre los elementos militares, y que la lucha terminaría en un levantamiento de tipo militar.

Existieron todos esos criterios, y hay que decirlo que con la mejor honradez del mundo.

Existía el criterio también de que el ejército guerrillero se iría desarrollando y a la larga derrocaría al régimen”.

Es preciso decir que los guerrilleros de filas, que tanto en la Sierra como en el Llano combatían heroicamente contra la dictadura de Batista, sustentaban, en general, conceptos justos en cuanto a los objetivos y las tareas de la revolución y se iban saturando cada vez más del espíritu revolucionario. Después de la victoria lucharon activamente por la formación de un partido revolucionario único, dirigido por Fidel. El Movimiento 26 de Julio mancomunó sus esfuerzos con el Partido Socialista Popular de Cuba y con las organizaciones estudiantiles. Así se constituyó el frente único de lucha.

La caída del régimen de Batista se aplazaba, fundamentalmente, debido a que Estados Unidos continuaban prestándole ayuda financiera, política y militar. A pesar del creciente aislamiento político de la tiranía, los medios gobernantes de EE.UU. seguían apoyando al régimen de Batista. Y aunque en marzo de 1958 el gobierno de EE.UU. declaró el embargo al suministro de armas a Batista, seguía enviándole bombas napalm, cohetes y otras armas. Los aviones de Batista que bombardeaban a los

rebeldes cargaban gasolina y armas en la base militar de los norteamericanos en Guantánamo hasta finales de 1958. El gobierno de Estados Unidos se negó a retirar su misión militar de Cuba que respaldaba las operaciones contra los rebeldes aunque estaban comprometidos a retirar a sus asesores militares en el caso de una “guerra civil en Cuba”. Además los servicios de espionaje de Washington colaboraban estrechamente con el aparato represivo del dictador.

Los yanquis confiaban en sustituir en momento oportuno a Batista por otro títere no menos servicial. Según la constitución proclamada por Batista, las nuevas elecciones presidenciales debían convocarse para fines de 1958. Batista promovió para ese puesto a su primer ministro Rivero Agüero, y nadie dudaba de que ese candidato obtendría “la victoria” en las “elecciones”.

Fidel Castro y sus partidarios debían dar pruebas de singular flexibilidad y tacto político, a fin de no motivar una intervención armada directa de Estados Unidos a Cuba, so pretexto de conjurar el triunfo del comunismo, y asimismo impedir que Batista fuera sustituido por otro títere, conservándose en el país el mismo régimen. Y Fidel Castro logró hacerlo, pues, como remarcará el Che, era un brillante político, que sólo descubría sus planes hasta ciertos límites, induciendo a error a los estrategas de Washington con su aparente moderación. Porque en la Sierra Maestra nadie hablaba de socialismo, y mucho menos de comunismo. Por otra parte, no causaban especial temor en los norteamericanos las reformas radicales propuestas por los rebeldes, tales como la liquidación de los latifundios y la nacionalización del transporte, de las compañías de electricidad y otras empresas de importancia social. Reiteradas veces lo habían prometido, pero nunca lo han cumplido los políticos burgueses, inclusive Batista.

Los expertos norteamericanos en problemas cubanos creían que si ocurría lo inevitable y Fidel Castro triunfaba, también se “podía llegar a un acuerdo” con él, como habían llegado anteriormente con los reformistas de tinte burgués. Los estrategas de Washington calcularon que, tan sólo en el siglo XX, en América Latina se habían hecho no menos de 80 “revoluciones”, pese a lo cual la influencia del capital estadounidense en la región, lejos de reducirse, había aumentado. Creían que sólo un suicida podía pensar seriamente en expulsar al capital yanqui de alguna república latinoamericana, y tanto más de Cuba que se encontraba a un paso, o mejor dicho, bajo la bota, de su “protector” norteamericano. Pues bien, si Fidel deseaba convertirse en un suicida, peor para él. Así, o aproximadamente así, razonaban en Washington.

* * *

A principios de marzo de 1958, por orden de

Fidel, la columna mandada por Raúl bajó de la Sierra Maestra y, apoderándose de varios camiones, cruzó milagrosamente una zona infestada por la soldadesca batistiana, llegando a las cercanías de la Sierra Cristal, al noroeste de la provincia de Oriente, donde abrió el segundo frente que llevó el nombre de Frank País. Simultáneamente, otra columna, al mando de Almeida, se trasladó a la parte oriental de la provincia de Oriente, donde también inició exitosas operaciones militares.

El 12 de marzo de 1958 se publicó el Manifiesto del Movimiento 26 de Julio al pueblo, firmado por Fidel Castro, en el cual se llamaba a declarar la guerra a la dictadura, se prohibía pagar, desde el 10 de abril, los impuestos al gobierno de Batista y se exhortaba a las tropas del enemigo a sublevarse y adherirse a los rebeldes. El Manifiesto llamaba a la población a participar en la huelga general contra la dictadura.

La huelga fue designada para el 9 de abril, pero no resultó. En *Los Pasajes*, el Che escribe al respecto y acerca de los acontecimientos posteriores:

“Llegó el 9 de abril y toda nuestra lucha fue vana. La dirección nacional del Movimiento, equivocando completamente los principios de la lucha de masas, trató de iniciar la huelga sin anuncio previo, por sorpresa, a tiros, lo que provocó una contracción total del aporte obrero a la misma y la muerte de muchos grandes compañeros en todo lo largo del país. El 9 de abril fue un sonado fracaso que en ningún momento puso en peligro la estabilidad del régimen. No tan sólo eso: después de esta fecha trágica, el gobierno pudo sacar tropas e ir poniéndolas gradualmente en Oriente y llevando a la Sierra Maestra la destrucción. Nuestra defensa tuvo que hacerse cada vez más dentro de la Sierra Maestra, y el gobierno seguía aumentando el número de regimientos que colocaba frente a posiciones nuestras, hasta llegar al número de diez mil hombres, con los que inició la ofensiva el 25 de mayo, en el pueblo de Las Mercedes, que era nuestra posición avanzada...”

Nuestros muchachos se batieron valientemente durante dos días, en una proporción de 1 contra 10 ó 15; luchando, además, contra morteros, tanques y aviación, hasta que el pequeño grupo debió abandonar el poblado...

La ofensiva, efectivamente, siguió su curso y en los dos meses y medio de duro batallar, el enemigo perdió más de mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desertores...

El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota, de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido”.

Las tropas de Batista, además de no poder someter a la Sierra Maestra, tampoco podían terminar con el segundo frente que mandaba Raúl

Castro. En la segunda mitad de 1958, los rebeldes del segundo frente controlaban un territorio de 12.000 kilómetros cuadrados al noroeste de la provincia de Oriente. En ese territorio se implantaba un nuevo orden revolucionario, funcionaban 200 escuelas, 300 aulas para preescolares, se cobraban impuestos, había una emisora y una red telefónica propias, siete pistas de aterrizaje y despegue, 12 hospitales, tribunales revolucionarios, aparecía un diario, se hacía la reforma agraria.

El hecho de que el ejército fuera incapaz de terminar con los rebeldes auguraba la bancarrota inevitable de la dictadura. Algunos allegados del tirano ya pensaban cómo deshacerse de Batista, conservando sus cargos y su posición. El general Cantillo, que mandaba las tropas en la provincia de Oriente, propuso a Fidel Castro destituir a Batista y poner en su lugar a otro dictador, cuyo papel pretendía desempeñar él mismo. Fidel Castro recibió al mensajero de Cantillo en presencia del Che, y le exigió que el poder se transfiriera totalmente a los rebeldes. Ordenó a Cantillo que arrestara a Batista y a los demás cómplices para hacerlos comparecer ante los tribunales. No se podía liberar del régimen dictatorial por medio de un golpe de palacio, sino sólo destruyendo todo el sistema de opresión montado por el tirano.

En agosto se había consolidado visiblemente no sólo la situación militar de los rebeldes, sino también la política. El Partido Socialista Popular estrechó contactos con el mando guerrillero. A la Sierra Maestra llegaron Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Buró Político del Partido Socialista Popular, y otros comunistas, que contaban con años de lucha contra la dictadura y el imperialismo. Fidel y el Che apoyaban la colaboración con los comunistas, estimando que fortalecería el frente de las fuerzas antibatistianas y le comunicaría una orientación antiimperialista aún mayor, aunque entre los partidarios del Movimiento 26 de Julio más de uno desconfiaba de los comunistas¹³.

¹³ Los enemigos de la revolución cubana escribieron infinidad de absurdos y de invenciones provocadoras respecto de la actitud de los comunistas hacia los rebeldes de Fidel Castro. Batista afirmaba, por ejemplo, que Fidel Castro era un “comunista secreto”; otros, especulando con la circunstancia de que al comienzo del movimiento guerrillero los comunistas daban preferencia a la lucha de las masas contra la dictadura de Batista, pregonaban la actitud supuestamente hostil de los comunistas hacia los rebeldes. En realidad, ambas fuerzas ya entonces combatían por los mismos ideales, pero con diferentes medios, que se completaban.

En el proceso de la lucha revolucionaria contra Batista, fueron superadas las diferencias de los puntos de vista entre estas dos fuerzas y establecida una estrecha colaboración que, en última instancia, llevó a la formación de un partido marxista-leninista único.

Se aproximaba la hora del triunfo sobre la tiranía de Batista...

De Santa Clara a La Habana.

De la orden dada por Fidel Castro, Comandante en Jefe:

Se asigna al comandante Ernesto Guevara la misión de conducir desde la Sierra Maestra hasta la provincia de Las Villas una columna rebelde y operar en dicho territorio de acuerdo con el plan estratégico del Ejército Rebelde.

Sierra Maestra, agosto 21 de 1958, 9 p.m.

A mediados de agosto de 1958, Fidel Castro, Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, trazó el plan general de la ofensiva, que llevaría al derrumbe de la tiranía batistiana. El plan era audaz, intrépido, pero estratégicamente justo y políticamente argumentado. Ciertamente era que Batista tenía a su disposición un ejército de 20.000 hombres, pertrechado con variedad de armas, incluidos tanques y aviones, que seguía suministrándole Estados Unidos. El tirano contaba con una media docena de servicios de espionaje y contraespionaje, con miles de policías y confidentes, con fuerzas punitivas especiales. A espaldas de los verdugos actuaban los asesores de la CIA y del FBI. Batista manejaba centenares de millones de dólares. Los rebeldes tan sólo tenían varios centenares de combatientes mal armados. Pero confiaban en la victoria. ¿No era una quimera? No, esa vez el cálculo era exacto, la contaduría revolucionaria funcionó con absoluta precisión.

No había duda de que Batista contaba con fuerzas superiores. Pero el arma se convierte en chatarra sin gente que esté dispuesta a usarla. Los casquitos ya no eran los mismos de hacía un par de años. Ahora sabían que la lucha contra los rebeldes no era una caza de perdices, y que en esa pelea arriesgaban la cabeza. Los soldados de Batista manifestaban cada vez menos deseos de combatir y morir por él. Entre la oficialidad también crecía el descontento contra el tirano. Acusaban a Batista de sus fracasos en la lucha contra los guerrilleros. Lo acusaban de cobardía, pues no había ido ni una sola vez a la zona del frente y ni siquiera se había decidido a visitar Santiago. La sociedad cubana estaba cansada del terror y la arbitrariedad, de la dilapidación de los fondos públicos. Ya nadie creía que el tirano podría retener el poder. Contra él se alzó hasta el clero, hasta los plantadores y dueños de los Centrales azucareros, que pagaban impuestos a Fidel Castro, temiendo un “gallito rojo” por parte de los rebeldes. Los antiguos aliados del dictador no estaban dispuestos a hundirse junto con él. Inclusive en los medios gobernantes de Estados Unidos se multiplicaban las voces contra Batista. En efecto, ¿para qué servía ese ex sargento si no

podía asegurar “la paz y la tranquilidad” en la Isla de los tesoros, como llamaban a Cuba los monopolistas yanquis?

En cambio, la fuerza de los rebeldes crecía. No tanto numéricamente, como por la simpatía que les brindaban todas las capas de la población y, en primer término, los campesinos y los obreros. El grueso de las tropas rebeldes la formaban los guajiros. Los campesinos estaban persuadidos de que, por primera vez en la historia de Cuba, tenían en los rebeldes a sus verdaderos defensores y sinceros amigos. Los obreros, el estudiantado y la intelectualidad, así como diferentes sectores de la burguesía, también apoyaban a los rebeldes. Ciertamente es que los últimos lo hacían con dobles intenciones. Inclusive el clero iba a rendir pleitesía a Fidel Castro. Lo asediaban los periodistas, cubanos y extranjeros. Entre ellos se infiltraban agentes enmascarados de la CIA, cuya tarea era determinar el grado de radicalismo de Fidel, sondear su estado de ánimo, enterarse si Washington podría tratar con él si ocurría lo peor y llegaba al poder. Pero incluso la presencia de los agentes de la CIA en la Sierra daba testimonio de la creciente popularidad y prestigio de este líder guerrillero, de este Robin Hood del siglo XX, luchador por la justicia y la libertad, cubierto de leyendas.

¿En qué consistía, concretamente, el nuevo plan estratégico de Fidel Castro? Hasta cierto punto, recordaba las acciones de los mambises, patriotas cubanos que combatían contra los colonizadores españoles. Según el plan, las columnas mandadas por Fidel y por Raúl debían cercar Santiago y tomar la ciudad. La Segunda columna, a cuyo frente estaba Camilo Cienfuegos, debía trasladarse a la parte occidental de la Isla -a la provincia de Pinar del Río-, iniciando allí las operaciones militares. Por último, a la columna del Che, que llevaba el N° 8 y el nombre del heroico capitán Ciro Redondo, se le encomendaba abrirse paso hacia la provincia de Las Villas, en el centro de la Isla. Apoderarse de la provincia, tomar la capital -la ciudad de Santa Clara- y, desde allí, avanzar sobre La Habana. Al mismo tiempo, a la capital del país debía llegar desde occidente Camilo Cienfuegos. La tarea más complicada le tocó al Che. No sólo porque en la provincia de Las Villas estaban concentrados grandes contingentes del enemigo, sino también porque en esa zona actuaban por aquellos tiempos agrupaciones armadas de otras organizaciones antibatistianas, que rivalizaban entre sí y consideraban esa región su zona de influencia. El Che debía cohesionar a esas agrupaciones dispersas, lograr una coordinación de sus acciones y, asimismo, superando los prejuicios anticomunistas que las caracterizaban, asegurar la colaboración con el partido Socialista Popular, que en esa región contaba con un destacamento armado.

Por orden de Fidel, el Che se designaba “Jefe de todas las Unidades Rebeldes del Movimiento 26 de Julio que operan en la Provincia de Las Villas, tanto en las zonas rurales como urbanas”. Se le otorgaban facultades para recaudar y disponer en gastos de guerra las contribuciones que establecen las disposiciones militares, aplicar el código penal y las leyes agrarias del Ejército Rebelde en el territorio donde operen sus fuerzas; coordinar operaciones, planes, disposiciones administrativas y de organización militar con otras fuerzas revolucionarias que operen en esa provincia, las que deberían ser invitadas a integrar un solo cuerpo de ejército y unificar el esfuerzo militar de la revolución; organizar unidades locales de combate, designar oficiales del Ejército Rebelde hasta el grado de comandante de columna.

Al recibir la orden, el Che incorporó a su columna a los egresados de la escuela de guerrilleros sita en el pueblo montañoso de Minas del Frío, que él fundara y dirigía.

El 27 de agosto el Che reunió a sus subordinados en el pueblo de El Jibaro y les comunicó que la columna bajaba de la montaña para combatir en el llano. No especificó la tarea que se les encomendaba. Pero dijo que posiblemente la mitad de los soldados perecería en los combates. Pero si uno solo quedara con vida, eso aseguraría el cumplimiento de la misión que les había confiado el comandante en jefe Fidel Castro. Añadió que quien no quisiera arriesgarse podía abandonar la columna, y no se lo consideraría cobarde. Varios prefirieron quedarse en la montaña. La mayoría optó por seguir al Che.

Se suponía que el grupo del Che aprovecharía camiones, como ya lo habían hecho los combatientes de Raúl Castro, para avanzar luego por caminos vecinales y al cabo de cuatro días entrar en la provincia de Las Villas. Pero el Che no tuvo suerte.

El 30 de agosto la Columna 8 bajó de la Sierra Maestra a la carretera de Manzanillo. Allí los esperaban los camiones; además, a un aeropuerto improvisado debía llegar un avión del extranjero, trayendo armas y municiones. El avión llegó, pero el enemigo lo localizó y el aeropuerto fue sistemáticamente bombardeado. El bombardeo duró toda la noche. Al amanecer, el adversario se acercó al aeródromo. El Che ordenó prender fuego al avión, pues se corría el peligro de que cayera en manos del enemigo. Tuvieron que incendiar también los camiones, pues las tropas batistianas habían logrado apoderarse de la camioneta con gasolina, dejando a los guerrilleros sin combustible. A pesar del fracaso, el Che condujo su columna hacia occidente, confiando hacerse con los camiones en la carretera central, entre Manzanillo y Bayamo.

En efecto, en ese tramo los guerrilleros consiguieron camiones, pero no pudieron usarlos, porque se desató un terrible ciclón que inutilizó todas las carreteras. También era peligroso utilizar la carretera central, bien protegida por el enemigo.

“Había que utilizar, desde ese momento, el caballo, o ir a pie -recuerda el Che-. Se fueron sucediendo días que ya se tomaban difíciles a pesar de estar en el territorio amigo de Oriente: cruzando ríos desbordados, canales y arroyuelos convertidos en ríos, luchando fatigosamente para impedir que se nos mojara el parque, las armas, los obuses; buscando caballos y dejando los caballos cansados detrás; huyendo de las zonas pobladas a medida que nos alejábamos de la provincia oriental”.

Una tarde, los rebeldes oyeron por la radio un parte dado por el general Tabemilla, jefe del Estado Mayor batistiano, de que los casquitos habían destruido a las “hordas dirigidas por Che Guevara”.

“La noticia de nuestra falsa muerte -escribe el Che- provocó en la tropa una reacción de alegría; sin embargo, el pesimismo iba ganándola poco a poco; el hambre, la sed, el cansancio, la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de mazamorra -que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados-, habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día, empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos soportando. Pasamos los días más duros cercados en las inmediaciones del central Baraguá, en pantanos pestilentes, sin una gota de agua potable, atacados continuamente por la aviación, sin un solo caballo que pudiera llevar por ciénagas inhóspitas a los más débiles, con los zapatos totalmente destrozados por el agua fangosa de mar, con plantas que lastimaban los pies descalzos, nuestra situación era realmente desastrosa al salir trabajosamente del cerco de Baraguá y llegar a la famosa trocha de Júcaro y Morón, lugar de evocación histórica por haber sido escenario de cruentas luchas entre patriotas y españoles en la guerra de la Independencia. No teníamos tiempo de recuperarnos ni siquiera un poco cuando un nuevo aguacero, inclemencias del clima, además de los ataques del enemigo o las noticias de su presencia volvían a imponernos la marcha. La tropa estaba cada vez más cansada y descorazonada. Sin embargo, cuando la situación era tensa, cuando ya solamente al imperio del insulto, de ruegos, de exabruptos de todo tipo, podía hacer caminar a la gente exhausta, una sola visión en lontananza animó sus rostros e infundió nuevo espíritu a la guerrilla. Esa visión fue una

mancha azul hacia el Occidente, la mancha azul del macizo montañoso de Las Villas, visto por vez primera por nuestros hombres”.

Al describir la dura marcha, que por sus episodios dramáticos recuerda episodios dramáticos de la guerra civil en Rusia, descritos en la novela *El torrente de hierro*, de Serafimóvich, el Che silencia, como es su costumbre, lo que hubo de experimentar él mismo en esos arduos días. Cierta vez, cuando la columna estaba en marcha, el Che cayó de pronto como talado. Los guerrilleros acudieron rápidamente. Parecía muerto. En realidad, se había dormido. Lo había segado el cansancio.

Al tiempo que compartía las privaciones de sus combatientes, y padecía los ataques de asma, a diferencia de sus hombres él Che no podía quejarse ni dar muestras de descontento. Como jefe, debía animar a los combatientes, fortalecer en ellos la voluntad a la resistencia, inculcarles seguridad en la victoria inminente. No podía permitirse ni siquiera una insinuación de fatiga. Y al conducirse así cohesionaba a los hombres, que lo trataban con gran respeto.

Batista ordenó interferir y exterminar la Columna 8 en la región de Camagüey. El comandante de las tropas del tirano en esa provincia escribía en un parte secreto del 6 de octubre que “está en la disposición de trabajar las 24 horas del día; no le hace falta almorzar, comer ni dormir”, para cerrar el paso a las “hordas” del Che, y exhortaba a sus subordinados que siguieran su “glorioso” ejemplo. “No pasarán -se alardeaba este militarote-. El enemigo no es otro que un grupo de guajiros que no saben leer ni escribir, con escopéticas...” Entretanto, se quejaba: “Parece que nosotros hemos sido paralizados por rayos atómicos que traen los guajiritos de la Sierra Maestra”. Sin embargo, el estratega batistiano no logró superar ese miedo ni inspirar a sus subordinados a realizar hazañas.

El 16 de octubre, la columna rebelde, luego de recorrer 600 kilómetros desde la Sierra Maestra, llegó por fin a las ansiadas montañas del Escambray. Eso ya era un gran triunfo de los rebeldes, un golpe sensible a la autoridad de Batista y de su nutrido ejército que, a pesar de disponer de aviación y de otros medios técnicos, no pudo cerrar el paso a los combatientes del Che. También vaciló la reputación de los asesores militares norteamericanos, bajo cuya dirección actuaba de hecho el ejército cubano.

El Che dice que podría parecer raro o incomprensible que su columna y la de Cienfuegos, que contaban con algo más de 200 hombres, vestidos con harapos, hambrientos, casi extenuados, pudieran abrirse paso a través de las poderosas barreras del ejército de Batista, armado hasta los

dientes. El Che explica lo ocurrido diciendo que para los rebeldes todas las penurias de la vida guerrillera eran una premisa de la victoria, siendo para ellos habitual y natural arriesgar la vida. Los casquitos, por el contrario, apreciaban y amaban más su vida que a su “compadre”, el ex sargento Fulgencio Batista, y no estaban dispuestos a morir por él.

Sin embargo, el Che subraya que la causa principal del éxito de la marcha de las columnas rebeldes se debía a que eran los heraldos de la reforma agraria, a que no sólo prometían la tierra a los campesinos, sino repartían entre los guajiros las propiedades de los latifundistas y, en particular, el ganado. “Acabábamos de llegar a Las Villas - escribe el Che- y nuestro primer acto de gobierno - antes de establecer la primera escuela- fue dictar un bando revolucionario estableciendo la Reforma Agraria, en el que se disponía, entre otras cosas, que los dueños de pequeñas parcelas de tierra dejaran de pagar su renta... No fue un invento nuestro, fue conminación de los campesinos”.

El Che relata la marcha llena de privaciones y de duras pruebas en la provincia de Las Villas, y remarca que los guajiros prestaban toda clase de ayuda a los guerrilleros, compartiendo con ellos el pan y suministrándoles guías. Pero también allí se dieron casos de traición, aunque, observa el Che, no fuera consciente. Algunos campesinos, temerosos de las represalias, comunicaban la presencia de los guerrilleros a los terratenientes, y éstos se apresuraban a informar a las autoridades militares. Todos los movimientos guerrilleros tropiezan con chivatos inconscientes, y el cubano no podía ser una excepción.

Cerca de las montañas del Escambray, en el poblado El Pedrero, el Che conoció a la joven Aleida March, que actuaba en el Movimiento 26 de Julio y ayudaba valientemente a los guerrilleros. Aleida solicitó al Che autorización para incorporarse a su columna. El Che admitió a esa audaz patriota, dispuesta a combatir con el arma en mano por la libertad y la justicia.

Como ya se dijo, en el Escambray actuaban varios grupos guerrilleros. Uno de ellos llevaba el altisonante nombre de Segundo Frente Nacional del Escambray, y lo dirigía Gutiérrez Menoyo¹⁴ que antes fuera del Directorio Revolucionario Estudiantil, pero se había separado de él, adoptando posiciones de extrema derecha, anticomunistas. Más bien merodeaba que luchaba contra Batista. También actuaba el grupo del Directorio Revolucionario, a cuyo frente estaba Faure

¹⁴ Eloy Gutiérrez Menoyo participó en la guerra civil de España. Al regresar a Cuba tomó parte en el ataque del palacio presidencial el 13 de marzo de 1957. Después de 1959 fue uno de los líderes de la contrarrevolución, anticomunista declarado.

Chomón, participante del ataque al palacio presidencial el 13 de marzo de 1957. El Partido Socialista Popular disponía asimismo de un destacamento guerrillero, mandado por el comunista Félix Torres.

Del destacamento de Torres, que llevaba el nombre de Máximo Gómez, héroe de la guerra de liberación contra los españoles, escribió en su diario Camilo Cienfuegos: “Ayer llegamos a este campamento rebelde donde nos han recibido a las mil maravillas, el comandante del mismo, señor Félix Torres nos ha dispensado innumerables distinciones”.

Faure Chomón y sus combatientes del Directorio Revolucionario acogieron con la misma cordialidad a los barbudos del Che.

Gutiérrez Menoyo, comandante del Segundo Frente, se comportó de otro modo. Inclusive trató de bloquear el paso al Escambray a los hombres del Che, diciendo que ése era “su territorio”. Gutiérrez Menoyo se oponía a la reforma agraria. De todos los postulados de los rebeldes, el que más enfurecía a los reaccionarios era la reforma agraria, proclamada por Fidel en la Sierra Maestra el 20 de octubre (ley N° 3 del mando rebelde). Entre los dirigentes del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Las Villas no todos estaban por una reforma agraria radical, o sea, por el reparto de las tierras de los terratenientes entre los guajiros, como insistía el Che. Unos se oponían supuestamente por consideraciones tácticas, afirmando que la reforma agraria apartaría de los rebeldes a la gente pudiente. Otros se pronunciaban contra ella porque ellos mismos poseían tierras o eran capitalistas y temían que la reforma agraria despejara el camino a otras transformaciones sociales, más radicales aún.

Algunos decían estar de acuerdo con la reforma agraria, pero ésta debía ser razonable, ventajosa desde el punto de vista económico y, por lo tanto, gradual. Aseveraban que la reforma radical podía sólo provocar un caos económico, irritar a unos y a otros, y poner en peligro la revolución.

Así razonaba, por ejemplo, Sierra¹⁵ dirigente del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Las Villas. En la primera entrevista que tuvo con el Che en el Escambray le expuso su punto de vista, recibiendo por ello una seria reprimenda.

Sierra estaba vinculado con la gente rica de la zona, y en cuanto a la lucha armada contra Batista su posición era negativa. Por de pronto, cuando la columna del Che llegó al Escambray, el Movimiento 26 de Julio no tenía allí ningún grupo armado.

Para las personas que razonaban como Sierra en

1958, el Che era un cuerpo extraño en el Movimiento 26 de Julio, sentían aversión por él y le temían.

Sierra recuerda así en sus memorias el primer encuentro con el Che:

“Nos acercamos. Llevaba en la mente la imagen del Che, la que había visto publicada en los periódicos. Ninguna de aquellas caras era esa cara. Pero había un hombre regularmente fornido, que vestía una boina sobre su pelo muy largo. La barba no era muy tupida. Vestía una capa negra y la camisa abierta. Las llamas de la hoguera y el bigote, que caía a ambos lados de la boca, le daban un aspecto chinesco. Pensé en Gengis Khan. Así debieron de haber sido aquellos tiempos. Las sombras que proyectaba la hoguera danzaban en su rostro, dándole expresiones siempre cambiantes, fantásticas...”

Este individuo “macabro” comenzó de inmediato a demostrarle a Sierra la necesidad de hacer la reforma agraria.

“-Cuando hayamos ampliado y consolidado nuestro territorio -continuó el Che-, implantaremos la reforma agraria, repartiremos la tierra entre los que la trabajan. ¿Qué tú crees de la reforma agraria?

- Es imprescindible -contesté. Los ojos del Che se avivaron-. Sin reforma agraria no hay progreso económico posible.

- Ni social-me interrumpió el Che.

- Claro, ni social. Yo escribí una tesis para el programa del Movimiento.

- ¿De veras? ¿Y qué decía?

- Toda la tierra ociosa debía darse a los guajiros y gravar fuertemente a los latifundistas para poderles comprar sus tierras con su propio dinero. Entonces la tierra se vendería a los guajiros a lo que costara, con facilidades de pago y con crédito para producir.

- ¡Pero eso es una tesis reaccionaria! -El Che hervía de indignación-. ¿Cómo le vamos a cobrar la tierra al que la trabaja? Eres igual que toda la demás gente del Llano.

Vi rojo:

- ¡Coño ¿y qué quieres? ¿regalársela?! ¿Para que la dejen destruirse, como en México¹⁶? El hombre debe sentir que lo que tiene le ha costado su esfuerzo.

- ¡Mira que eres hijo de p...! -gritaba el Che y se le hinchaban las venas del cuello. Discutimos incansablemente...

- Además -alegaba yo-, hay que disfrazar las cosas. No creas que los americanos se van a cruzar

¹⁵ Sierra: nombre de batalla del escritor y político Enrique Oltuski. Ocupó el puesto de ministro de Transporte en el gobierno de Miro Cardona, después trabajó en distintos organismos del Estado.

¹⁶ Se refiere a la reforma agraria hecha por el presidente Cárdenas (1934-1940) en México. Sierra repite los argumentos de los reaccionarios mexicanos, según los cuales el reparto de la tierra entre los campesinos había hecho decrecer la producción agrícola.

de brazos viéndonos hacer las cosas tan descaradamente. Hay que jugarles la cabeza.

- Así que tú eres de los que creen que podemos hacer una revolución a espaldas de los americanos. ¡Qué come mierda eres! La revolución la tenemos que hacer en lucha a muerte con el imperialismo, desde el primer momento. Una revolución de verdad no se puede disfrazar”.

Para rehacer las finanzas de los rebeldes, muy necesitados de dinero, el Che ordena a Sierra expropiar el banco en la ciudad de Sancti Spíritus. El Che había leído, naturalmente, el trabajo de Marx sobre la Comuna de París, en el que reprochaba a los comuneros por no haber tocado el oro que yacía en los subterráneos del Banco Nacional de Francia. El Che no se disponía a repetir el error de los comuneros. En cambio Sierra se negó rotundamente a cumplir la orden, arguyendo que la expropiación apartaría del Movimiento a la gente rica.

En respuesta, el 3 de noviembre de 1958 el Che le escribe una carta airada: “Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de que la tierra es para quien la trabaja, y sí los terratenientes? Y si eso no tiene relación con que la masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la Sierra y en el Llano, y sufre diariamente la traición de los falsos conductores”.

El Che hubo de superar muchos obstáculos antes de lograr que Sierra y sus correligionarios colaboraran y unificaran las fuerzas revolucionarias que actuaban en las montañas del Escambray. Del frente único tuvieron que excluir a la banda de Gutiérrez Menoyo. Las causas de esta medida fueron expuestas por el Che en la siguiente carta, escrita el 7 de noviembre a Faure Chomón, líder del Directorio Revolucionario:

“Las dificultades surgidas entre nosotros y la organización denominada Segundo Frente del Escambray fueron haciendo crisis luego del llamamiento de nuestro Jefe máximo Dr. Fidel Castro (que llamó a boicotear las elecciones convocadas por Batista. *N. del A.*) hasta culminar en una franca agresión cometida contra uno de mis capitanes situado en la zona de San Blas. Esa delicada situación hace imposible el llegar a un acuerdo con la citada organización”.

En la misma carta, el Che señalaba que “en conversaciones oficiales sostenidas con miembros del Partido Socialista Popular éstos se han mostrado

en una postura francamente unionista y puesto a disposición de esa unidad su organización en el llano y sus guerrillas del frente de Yaguajay”.

Días más tarde se firmaba el acuerdo de unidad de acción entre el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario, llamándose a todas las demás organizaciones antibatistianas a incorporarse al mismo.

Al llamamiento tan sólo respondió el Partido Socialista Popular. En la declaración del 9 de diciembre de 1958, el PSP afirmaba:

“Después de dar debida consideración a tal documento, el Partido Socialista Popular responde a Uds. de esta manera:

Primero: Que acepta el llamamiento contenido en la alocución y se adhiere públicamente al mismo, por entender que la coordinación de esfuerzos constituye una necesidad real del movimiento revolucionario y democrático cubano. Hemos sostenido durante más de seis años -y seguimos sosteniéndolo hoy- que uno de los factores que más han contribuido a la permanencia de la tiranía, hasta aquí, ha sido el de la desunión opositora, el de la disgregación y la falta de coordinación de las fuerzas revolucionarias y democráticas del país.

Segundo: Que acepta las bases propuestas por Uds. para coordinar la acción.

Tercero: Que, no obstante, entiende y debe decir a Uds. lo siguiente:

- Que las bases señaladas en la alocución debían considerarse solamente como iniciales, pues es su juicio que necesitan completarse con ciertas ideas y determinados planteamientos programáticos y adicionales que atiendan aspiraciones y demandas muy sentidas de nuestro pueblo.

- Que sobre todo en el terreno de la lucha armada, mientras más estrecha sea la unión, más efectivos serán los resultados, y que, por lo tanto, tiene el firme criterio de que todas las formaciones armadas que hoy luchan contra la tiranía debían unirse en un solo ejército y bajo un solo mando, tanto en Las Villas como en todo el país.

Cuarto: Que hemos adoptado ya las medidas necesarias para complimentar nuestra adhesión al pacto del Escambray y hacer efectiva, en lo que a nosotros toca, tal posición”.

Una vez llegado al acuerdo de acción unitaria entre los grupos revolucionarios principales, se podía emprender la ofensiva con las fuerzas mancomunadas. En primer término, correspondía impedir en la provincia de Las Villas las elecciones presidenciales, parlamentarias y municipales convocadas por Batista. Fidel Castro llamó a declarar el boicot a esa farsa electoral. El mando revolucionario decretó una ley declarando traidor a la patria a quien presentara su candidatura en las elecciones. Los que acudieran a las urnas perderían

sus derechos cívicos. Pero esa ley promulgada en la sierra Maestra requería ser refrendada con operaciones militares activas contra la dictadura.

“El tiempo era corto y la tarea enorme -escribió el Che-. Camilo cumplía su parte en el norte, sembrando el temor entre los hombres de la dictadura. Debíamos atacar a las poblaciones vecinas, para impedir la realización de los comicios, y se establecieron los planes para hacerlo simultáneamente en las ciudades de Cabaiguán, Fomento y Sancti Spiritus, en los ricos llanos del centro de la Isla, mientras se sometía el pequeño cuartel de Güinia de Miranda -en las montañas- y, posteriormente, se atacaba el de Banco, con escasos resultados. Los días anteriores al 3 de noviembre, fecha de las elecciones, fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas direcciones, impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas de los votantes de esas zonas”.

Las tropas de Batista, obligadas a combatir en cuatro frentes -contra las columnas del Che, de Cienfuegos, de Raúl y de Fidel Castro-, evidentemente no podían emprender ofensiva alguna contra los rebeldes. Los casquitos estaban desmoralizados y asustados, muchos oficiales habían perdido la fe en la victoria sobre los rebeldes, cuyo prestigio y popularidad crecían de más en más entre la población. Sin embargo, en noviembre el ejército de Batista todavía era una fuerza considerable: seguía contando con miles de soldados pertrechados con armas modernas, en tanto que los efectivos de los rebeldes no pasaban de varios centenares de hombres. Aún quedaban por delante cruentas y duras batallas.

En la segunda mitad de diciembre, el Che bajó del Escambray a la cabeza de los destacamentos guerrilleros y comenzó a atacar a los puestos del enemigo en la provincia de Las Villas, con el propósito de abrirse camino hacia Santa Clara, capital de esa provincia.

El 16 de diciembre, los rebeldes cercaron la ciudad de Fomento, con una población de 10.000 personas. Después de una sangrienta batalla, que duró dos días, la guarnición se rindió, quedando liberada la ciudad. Los rebeldes hicieron prisioneros a 141 soldados y tomaron gran cantidad de armas, municiones y transporte.

El 21 de diciembre, los rebeldes atacaron la ciudad de Cabaiguán, con 18.000 habitantes. Durante el combate, al saltar en falso desde el techo de una casa, el Che se fracturó el brazo izquierdo y se golpeó fuertemente en la frente. En el hospital local le enyesaron el brazo, y se lanzó nuevamente al combate, que culminó con la entrega de la guarnición enemiga. Como solían hacer en esos casos, los rebeldes desarmaron a los soldados y los oficiales y los dejaron marchar a los cuatro vientos. Luego de haber sido desarmados y prisioneros ya

no representaban peligro alguno. Además, el trato humano que se dispensaba a los prisioneros, impulsaba a otros soldados de Batista a entregarse. Las armas que se requisaban eran inmediatamente entregadas a los voluntarios, que se adherían por decenas a los rebeldes en cada población liberada.

* * *

El autor de estas líneas está ligado por lazos de amistad con el capitán Antonio Núñez Jiménez desde 1960. Desde sus años estudiantiles, Núñez Jiménez participó activamente en el movimiento antiimperialista y fue perseguido por la policía. Siendo profesor en la Universidad de Las Villas, Núñez Jiménez escribió la *Geografía de Cuba*, en la que denunciaba las funestas consecuencias que tuvo para el país el dominio imperialista. La censura prohibió el libro cuya tirada fue incinerada por orden del dictador. Núñez Jiménez pasó a la clandestinidad, participó en el Movimiento 26 de Julio y se incorporó a la Columna 8, con la que hizo toda la campaña en la provincia de Las Villas, combatiendo a las órdenes directas del Che. Por su participación en los combates recibió el grado de capitán del Ejército Rebelde. Después de la victoria de la revolución, el capitán Núñez Jiménez ocupó cargos responsables: dirigente del célebre INRA - Instituto Nacional de la Reforma Agraria-, y, desde 1962, era presidente de la Academia de Ciencias de Cuba. En la actualidad desempeña el cargo de embajador de Cuba en Perú. Fue presidente de la Sociedad de Amistad cubano-soviética desde el día de su fundación. El capitán Núñez Jiménez encabezó la primera delegación oficial cubana que visitó la Unión Soviética en 1960.

En los años de 1968 y 1970, durante su estancia en Cuba, el autor conversó reiteradas veces con el capitán Núñez Jiménez sobre la campaña de Las Villas. Lo relatado por Núñez Jiménez permite aclarar con mayor precisión el sentido de los acontecimientos de entonces y el papel dirigente desempeñado en ellos por el Che. He aquí cómo se desarrollaron los acontecimientos, según el capitán Núñez Jiménez.

El 22 de diciembre, por la mañana temprano, comenzaron los combates por la ciudad de Placetas, que cuenta aproximadamente con 30.000 habitantes y está situada a unos 35 kilómetros de Santa Clara. Al anoecer, la guarnición de esa ciudad se rindió a los rebeldes.

En Placetas, por encargo del Che, Núñez Jiménez escribió un llamamiento, aprobado por el comandante de la Octava columna. El texto del llamamiento es sumamente interesante, pues en él se vio reflejada la aspiración del Che a consolidar la unidad de los trabajadores y realizar transformaciones sociales cardinales. Insertamos el texto del llamamiento, que ha sido transmitido por la emisora local:

“Pueblo Cubano: El glorioso Ejército Revolucionario integrado por combatientes del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario, ha liberado esta ciudad de Placetas luego de conquistar las plazas de Fomento, Zulueta, Cabaiguán, Sancti Spiritus y otras poblaciones de Las Villas, que durante años padecían las barbaridades del régimen tiránico encabezado por el sanguinario sargento Fulgencio Batista.

Esta hermosa victoria del pueblo contra sus opresores es necesario fortalecerla con el apoyo de todos, con la unidad obrera más firme. Este es un ejército de campesinos, trabajadores, estudiantes e intelectuales y su misión, además de dirigir y llevar a cabo la guerra contra la tiranía, tiene por su función también garantizar la democracia para todos, establecer la libertad de palabra y de pensamiento, hacer la Reforma Agraria con el reparto inmediato de la tierra (como ya se ha realizado en las montañas de Oriente y Las Villas), romper el yugo de la cuota sindical obligatoria, fundar la democracia sindical, garantizar las peticiones justas de demandas obreras, y cuantas medidas sean necesarias establecer para el funcionamiento de los derechos populares”.

El llamamiento terminaba con un viva a la revolución, a la reforma agraria y al Movimiento 26 de Julio, al Directorio Revolucionario, a la unidad obrera y a la Cuba Libre.

Unidad obrera y reforma agraria: he aquí las consignas principales lanzadas por Fidel y por el Che en vísperas del triunfo de la revolución. No podían ser del agrado de los politicastos burgueses.

Una vez liberada la ciudad de Placetas, el enemigo la bombardeó desde el aire, sembrando la muerte entre la población civil.

Sin pérdida de tiempo, el Che montó a sus combatientes en camiones y puso rumbo a la ciudad de Remedios, situada en el camino que lleva a Santa Clara. Allí el enemigo se había hecho fuerte en edificios coloniales macizos: en la municipalidad, en la cárcel, en el departamento policial, en los cuarteles. Los rebeldes cercaron esos edificios y abrieron fuego.

Los policías fueron los primeros en rendirse en la municipalidad incendiada. Después los rebeldes, encabezados por el Che, tomaron por asalto los cuarteles, haciendo más de cien soldados prisioneros. De ese modo, una ciudad más pasó a ser Territorio Libre de Cuba. En los combates por la ciudad de Remedios, junto al Che lucharon Aleida March y el capitán Roberto Rodríguez, el Vaquerito, quien mandaba un pelotón de vanguardia, denominado por la valentía de sus combatientes el “Pelotón Suicida”.

Ese mismo día, el 25 de diciembre, los rebeldes irrumpieron en el puerto de Caibarién, a 8 kilómetros de Remedios. Luego de un breve

combate, los soldados y marinos que lo protegían se rindieron. Los desarmaron y los dejaron marcharse.

Al día siguiente, los rebeldes liberaron la población Camajuaní, cuya guarnición huyó presa de pánico hacia Santa Clara. El enemigo abandonó también otros pequeños puntos, concentrando sus fuerzas en Santo Domingo, a 70 kilómetros al oeste de Santa Clara, y en Esperanza, a 16 kilómetros al este del mismo centro de la provincia de Las Villas, confiando parar a los rebeldes ante esas poblaciones. El Che dio la orden de que cercaran a las guarniciones allí concentradas.

El 27 de diciembre de 1958, a las 8 de la noche, el Che reunió a sus jefes en una habitación del hotel “Las Tullerías”, en Placetas, para comunicarles que había llegado la hora de iniciar la ofensiva decisiva a Santa Clara. Núñez Jiménez recibió la orden de conducir la columna rebelde por caminos vecinales hasta la zona de la ciudad universitaria “Marta Abreu”, situada a pocos kilómetros de Santa Clara.

A las 2 de la madrugada, los combatientes de la columna -unos 300 hombres- subieron a los camiones y, guiados por Núñez Jiménez, dos horas más tarde llegaban a la ciudad universitaria, donde eran acogidos con indescriptible entusiasmo por estudiantes, profesores y el personal de servicios.

A las 6.30 de la mañana, a la ciudad universitaria llegó el Che, y a las 8.00 daba la orden de atacar Santa Clara por la Carretera Central que llevaba a la ciudad. Los rebeldes avanzaban en dos filas a los bordes de la carretera, por cuyo centro viajaba lentamente el Che en un “jeep”. Lo acompañaban en el coche Aleida, Núñez Jiménez y su esposa Lupe Veliz. Fueron ametrallados por una tanqueta enemiga y luego por un avión.

Núñez Jiménez había dejado a su hijita Maritere, de dos años, a los cuidados de unos amigos, precisamente en un suburbio de Santa Clara al que había llegado la columna. Al decírselo al Che, éste acompañó a los padres, cerciorándose todos de que la niña estaba bien.

A las 12 horas del 28 de diciembre, los combatientes de la columna llegaron al monte Cápiro, que domina sobre Santa Clara. Los soldados de Batista se habían fortificado en su cima; al pie había dos tanques enemigos. Cerca de allí, un tren blindado, dotado de cañones antiaéreos, morteros y ametralladoras. Llevaba más de 400 soldados, dirigidos por el coronel Rossel Leyva, comandante de las tropas de ingeniería de Batista.

Parecía difícil que los rebeldes podrían apoderarse de esas posiciones tan sólidas. Pero a pesar de la superioridad numérica, los batistianos estaban desmoralizados, desconcertados, y el solo nombre del Che los aterraba.

De La Habana a Santa Clara decenas de soldados habían abandonado ya el tren blindado. “Yo recuerdo -decía Blas Roca en el VIII Congreso

Nacional del Partido Socialista Popular, en 1960-que cuando el envío del tren blindado para Santa Clara, nosotros organizamos aquí la desertión de los soldados, y yo digo que desertaron tantos soldados como trajes teníamos nosotros para disfrazarlos de civiles cuando salían del tren; y si no desertaron más era porque no tuvimos a mano más trajes, y fue eso en cada paradero de toda la línea en donde teníamos organización”.

Los soldados de Batista se sentían sentenciados. Sus tanques disparaban sin precisión y se retiraron a la ciudad, hacia la que huían los casquitos desde la cima del Cápiro, ante el embiste de los rebeldes. El coronel Rossel Leyva tampoco tenía mucho empeño de trabar combate con los rebeldes del Che, y se fugó del campo de batalla. Acatando su orden, el tren blindado regresó a todo vapor a la estación de Santa Clara. Pero el coronel no sabía que unas horas antes el Che había conseguido dos bulldosers y destruido el ramal ferroviario entre Cápiro y Santa Clara, y allí lo estaba esperando.

A las 15 horas del 29 de diciembre el tren blindado, a toda marcha, descarriló en el tramo destruido. La locomotora y varios vagones volcaron. Se oyó tal estruendo, que diríase había llegado el fin del mundo. “Se estableció entonces -recuerda el Che- una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos aunque dispuestos sólo a luchar a distancia, desde cómodas posiciones y contra un enemigo prácticamente inerte, al estilo de los colonizadores con los indios del Oeste norteamericano. Acosados por hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía -gracias a las chapas del blindaje- en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones”.

En esa operación sólo participó un pelotón de rebeldes, compuesto por 18 guerrilleros, que además de poner fuera de combate al tren blindado -a propósito, el único que tenía Batista-, hizo prisioneros a más de 400 soldados y oficiales enemigos.

En Santa Clara el enemigo se había instalado en los grandes edificios: el cuartel “Leoncio Vidal”, el departamento de policía, el “Gran Hotel”, en la Audiencia, en las iglesias y otras casas, protegidas por los tanques. No era tan fácil hacerse con esas fortalezas, tanto más que la batalla dentro de la ciudad podía causar víctimas entre la población civil, cosa que, naturalmente, trataban de evitar los rebeldes. Los hombres de Batista confiaban poder resistir en la ciudad hasta que llegaran los refuerzos prometidos. Previendo que esos refuerzos podrían

llegar desde Trinidad y Cienfuegos, el Che ordenó a los rebeldes que bloquearan esas ciudades, aislándolas de Santa Clara.

El dictador encomendó la defensa de la ciudad al coronel Casillas Lumpuy, quien, al igual que su predecesor, el general Chaviano -depuesto del cargo por cobardía-, era responsable de innumerables crímenes contra los patriotas. Había fusilado personalmente, entre otros a Jesús Menéndez, líder de los obreros azucareros. Casillas Lumpuy instaló su Estado Mayor en el cuartel “Leoncio Vidal”. Pero tan pronto comenzaron los combates en la ciudad, Casillas Lumpuy abandonó secretamente el cuartel, siendo capturado y fusilado por los rebeldes. El coronel Hernández ocupó su puesto.

El 28 de diciembre se desataron encarnizados combates junto a la Audiencia, el “Gran Hotel”, la cárcel, el departamento de policía y el cuartel “Leoncio Vidal”. Sonaban tiroteos en toda la ciudad, envuelta en el humo de los incendios. La población civil ayudaba con entusiasmo a los rebeldes. Los vecinos les ofrecían cordialmente sus casas, les daban de comer y beber, los sacaban por los tejados a posiciones más cómodas, les indicaban dónde se ocultaban los partidarios de la dictadura, les informaban del desplazamiento del enemigo. Decenas de personas rodeaban al Che, ofreciéndole sus servicios. Con el brazo izquierdo enyesado, el habitual tabaco en la boca, la metralleta en el brazo derecho, chaqueta de cuero, botas destrozadas, boina negra, el Che recibía los partes de los enlaces, impartía órdenes y, de tanto en tanto, él mismo se lanzaba al combate, dando ánimos a los combatientes.

El 29 y 30 de diciembre los rebeldes conquistaron el edificio de la Audiencia, el “Gran Hotel”, dos iglesias fortificadas, haciendo prisioneros a los soldados y policías que allí se encontraban.

Núñez Jiménez cuenta que la Audiencia estaba protegida por dos tanques, a cuyo resguardo varios soldados enemigos hacían fuego a los atacantes. El capitán Acevedo, rebelde de dieciocho años, hirió a tres soldados al abrir fuego contra los tanques. Pero los tanquistas ni pensaron en recoger a sus camaradas heridos, sino, por el contrario, dieron marcha atrás y los aplastaron. Ese bárbaro proceder era el polo opuesto a la conducta de los rebeldes, que jamás dejaban sin asistencia tanto a sus propios heridos, como a los soldados del enemigo, que recogían, curaban y, en la primera oportunidad, enviaban a los hospitales de sangre de la Cruz Roja.

Los tanques, en los cuales tanto confiaban los batistianos, resultaron ineficaces. En la ciudad sublevada se atascaban entre las barricadas, los camiones volcados y los coches. Los rebeldes les lanzaban botellas con líquido inflamable y

obligaban a las tripulaciones a rendirse. Mientras tanto los aviones de Batista continuaban el bombardeo desordenado de las regiones de Santa Clara, así como de las ciudades y poblados controlados por los rebeldes.

Una cruenta batalla tuvo lugar junto al Departamento de policía. En ella pereció el valeroso Vaquerito, jefe del “Pelotón Suicida”. Sólo cuando los rebeldes prendieron fuego a la cueva policial los sitiados accedieron a entregarse, poniendo por condición que, una vez desarmados, se les permitiera refugiarse en el cuartel “Leoncio Vidal”. El Che dio su consentimiento. Del edificio salieron cerca de 300 policías, de los cuales escasamente una decena se refugió en el cuartel, marchándose los demás a sus casas o fugándose.

El 1º de enero de 1959, sólo quedaban en manos del enemigo la cárcel, el cuartel y el aeródromo contiguo al último. Todas las tentativas de los batistianos de enviar refuerzos a sus partidarios en Santa Clara fueron frustradas. Sin embargo, en los cuarteles que, como todas las obras semejantes en Cuba son fortalezas bien pertrechadas, desde las que se puede disparar en cualquier dirección, aún habían cerca de mil soldados y policías armados hasta los dientes. De desearlo, hubieran podido oponer una tenaz resistencia a los rebeldes, obligándoles a pagar caro por la victoria. Era más razonable lograrla con pocas víctimas y rápidamente porque la toma de Santa Clara decidía el final de los combates por Camagüey y Santiago, implicando la liberación de toda la parte oriental de la Isla y, a su vez, redundaría en la caída de Batista. Había que darse prisa por ganar esa victoria, además, porque los combates sangrientos por la ciudad podrían ser motivo para una intervención armada de Estados Unidos a Cuba so pretexto tradicional de defender la vida y la propiedad de los ciudadanos norteamericanos. El peligro de una intervención yanqui era bastante real. Para justificarla, la prensa reaccionaria de EE.UU. divulgaba falsos rumores de que submarinos soviéticos suministraban armas a los rebeldes de Fidel Castro.

Considerando todas estas circunstancias, el 1º de enero el Che encomendó a los capitanes Núñez Jiménez y Rodríguez de la Vega pactar la rendición del cuartel “Leoncio Vidal”, prometiendo dejar a los soldados y oficiales retirarse a sus respectivas casas o a cualquier lugar de Cuba que eligieran.

Los parlamentarios se dirigieron a las posiciones del enemigo, en automóvil con bandera blanca y portando un altavoz, por el que exhortaban a cesar el fuego durante las negociaciones. Los casquitos los recibieron con evidentes muestras de alivio y esperanza.

- ¡Hermanos! -gritaban los soldados batistianos-.
¡Basta de guerra! ¡Paz! ¡Paz!

En el cuartel los capitanes rebeldes fueron recibidos por el coronel Hernández y todos los mandos del enemigo: 9 comandantes y 8 capitanes, así como por el coronel Cornelio Rojas, jefe de policía. El coronel Hernández no deseaba continuar peleando. El 5 de octubre, al sofocar la sublevación en Cienfuegos, había perdido a un hijo; él mismo estaba herido y tenía la pierna todavía enyesada.

Hernández propuso un armisticio sin fijación de plazo.

Los parlamentarios exigían, en nombre del Che, la capitulación incondicional.

Núñez Jiménez les dijo:

- Ustedes están totalmente cercados, nuestras tropas tienen la ciudad en sus manos, todo el pueblo nos apoya. En Oriente el Ejército ha sido destruido, toda la Isla está en rebelión. Prolongar la lucha en esas circunstancias es un crimen. No debe derramarse más la sangre entre los cubanos.

En esos instantes la radio anunció que Batista había huido del país a la República Dominicana y que en el campamento militar “Columbia”, situado en la capital, se había constituido una junta gubernamental, a cuyo frente estaba Piedra, miembro del Tribunal Supremo, y el general Eulogio Cantillo, como jefe del Estado Mayor General.

Acto seguido, Hernández se acercó a la radioemisora y comunicó a Cantillo la situación de Santa Clara y la presencia de los parlamentarios en el cuartel.

Cantillo, dirigiéndose a Núñez Jiménez, le dijo que había asumido el poder con el consentimiento de Fidel Castro y, dado que la guarnición de Santa Clara se hallaba desde ese momento subordinada a él, los rebeldes no tenían derecho a pedirle la rendición. Había ocurrido lo siguiente: el 24 de diciembre Cantillo se había entrevistado secretamente con Fidel cerca de Santiago, y le había prometido que el 31 de diciembre arrestaría a Batista y a sus cómplices. Al mismo tiempo, Cantillo se comprometía a cesar en Santiago y en otras ciudades la resistencia a los rebeldes y entregarles por dondequiera el poder. En La Habana, el poder debían tomarlo las tropas, junto con los destacamentos clandestinos de revolucionarios.

Cantillo traicionó ese acuerdo. No pensaba arrestar a Batista, con cuyo beneplácito se había entrevistado con Fidel. Batista trataba febrilmente de ganar tiempo, confiando lograr la intervención armada de EE.UU. y, de ese modo, prevenir el triunfo de los rebeldes. Para ese fin, Batista pensaba convencer a Trujillo, dictador de la República Dominicana, de que bombardeara las ciudades cubanas e hiciera un desembarco en Cuba, dando pie a Washington para inmiscuirse en los asuntos cubanos. Pero esas maquinaciones no dieron

resultado, fueron frustradas por las victorias de los rebeldes y, en primer término, por los éxitos logrados por la columna del Che en la provincia de Las Villas.

El 31 de diciembre, el general Tabernilla, jefe del Estado Mayor General, informó a Batista que el ejército había perdido toda su capacidad combativa y no quedaba la menor esperanza de detener el avance de los rebeldes hacia La Habana. Cantillo expuso al dictador la misma opinión. Batista comprendió que ése era el fin y ordenó hacer las maletas. Hacía ya tiempo que había girado las divisas a los bancos suizos. En la maleta metió “menudencias” como un teléfono de oro puro y un orinal de plata, obsequio de los agradecidos businessman norteamericanos. Junto con el dictador se fugaban también otros verdugos del pueblo cubano, de rango inferior: generales, jefes de los servicios secretos, ministros, 124 personajes en total. Batista dejó de sucesor suyo a Cantillo, que fue designado jefe del Estado Mayor General. Cantillo acompañó a su jefe hasta la escalerilla del avión. “En fin, Cantillo, no olvides mis instrucciones” -le recordó Batista a su lugarteniente antes de subir al avión. Pero las instrucciones del tirano fugitivo, o sea, vencer a los rebeldes con el engaño, quedaron sin cumplir, como anteriormente las de aniquilar a los rebeldes en el campo de batalla. Si Batista pudo sostenerse en el poder siete años, su sucesor no duró ni veinticuatro horas.

Al enterarse de los sucesos en la capital, Fidel Castro hizo inmediatamente una declaración por radio, en la que condenaba el golpe dado por Cantillo y lo denunciaba como cómplice y paniaguado de Batista. Fidel llamó a los trabajadores a declarar la huelga general hasta que el poder pasara íntegramente a los rebeldes. Simultáneamente, el líder revolucionario llamaba a las fuerzas rebeldes a atacar con decisión los focos de resistencia de los batistianos y liberar Santiago, Camagüey y otras ciudades. “¡Revolución, sí! ¡Golpe militar, no!”.

Por eso Núñez Jiménez tuvo plena razón al responder a Cantillo:

- Es absolutamente incierto de su parte que el Comandante Fidel Castro haya pactado nada con usted acerca de esa Junta en que el pueblo no participa. Precisamente Fidel Castro ayer habló por radio con el comandante Guevara y le manifestó su total desacuerdo con un posible golpe militar que salvara a Batista y a parte de su régimen.

Cantillo comenzó a insultar a Núñez Jiménez, terminando la conversación del parlamentario con el dictador de nuevo cuño enviándolo Núñez Jiménez al diablo y desconectando la emisora.

Los oficiales testigos de esa conversación estaban horrorizados, tanto por la noticia de la huida de Batista como por el tono resuelto con que

Núñez Jiménez hablara con el sátrapa, muy poderoso otrora, del dictador. Sin embargo, temiendo por su cabeza, no se decidían todavía a deponer las armas y reconocerse vencidos. Pidieron que el comandante Fernández continuara las negociaciones con el Che.

Los parlamentarios volvieron al puesto de mando junto con Fernández, quien reiteró al Che el pedido de armisticio. El Che le contestó con una negativa rotunda: “A las 12.30 doy la orden de reanudar el ataque con todas nuestras fuerzas y tomaremos el cuartel al precio que sea necesario. Ustedes serán responsables por la sangre derramada. Además, ustedes deben saber que hay posibilidades de que el Gobierno de Estados Unidos intervenga militarmente en Cuba y si es así, el crimen de ustedes será mayor porque apoyarán a un invasor extranjero”.

El Che ratificó que en el caso de que capitularan inmediatamente, se autorizaría regresar a sus casas a los oficiales y soldados que vivían en Santa Clara. Los culpables de torturas y de otros crímenes serían entregados a la justicia. Los demás, si lo deseaban, podían marcharse por Caibarien al lugar que quisieran.

Fernández regresó al cuartel llevando esas condiciones y acompañado por los mismos parlamentarios. Por el camino, los vecinos de Santa Clara vitoreaban al Ejército Rebelde, a Fidel, al Che, exigían castigos para Batista y sus secuaces.

- Todo está perdido. Nos rendimos -dijo el coronel Hernández cuando Fernández le repitió su conversación con el Che.

Tras el cuartel “Leoncio Vidal” fueron cayendo los otros puntos de resistencia de los batistianos. A las dos de la tarde del 1º de enero de 1959, Santa Clara había pasado íntegra a manos de los rebeldes.

Por radiotelefonía, el Che dio parte de la victoria a Fidel Castro. Fidel ordenó al Che y también a Cienfuegos que, sin pérdida de tiempo y a marcha forzada, llegaran a La Habana, depusieran a Cantillo y ocuparan los puntos estratégicos de la ciudad.

Entretanto, intimidado por la ola de protestas, Cantillo se había depuesto “a sí mismo”, transfiriendo el poder al coronel Ramón Barquín, que había dirigido un complot contra Batista en abril de 1956 y, desde entonces, se hallaba en la prisión de la Isla de Pinos. Puesto en libertad por exigencia del embajador norteamericano, este ex agregado militar en Washington era una figura bastante aceptable para los yanquis. Barquín admitió de buen grado el papel de sucesor de Batista. Telegrafió a Fidel Castro, proponiéndole formar conjuntamente un gobierno. Pero en menos de un día Barquín correría la misma suerte de Cantillo y sería igualmente arrojado al basurero de la historia.

El 2 de enero de 1959, los vecinos de Santa Clara leían el llamamiento del Che *A los ciudadanos de la provincia de Las Villas*, pegado en las paredes de las casas: “En ocasión de retirarme de esta capital y de la provincia, con destino al nuevo cargo que la Comandancia General de nuestro Ejército me ordenara asumir, expreso mi agradecimiento más sentido a este magnífico pueblo que tanto colaborara por la causa de la Revolución y en cuyo suelo se han dado muchas de las importantes batallas finales contra la tiranía. Expreso mi deseo que se le brinde el más amplio apoyo al gobernador militar de Las Villas, compañero capitán Calixto Morales”.

Ese mismo día, a las 5.30 de la mañana, los combatientes de la Columna “Ciro Redondo”, encabezados por su comandante, el médico argentino Ernesto Guevara de la Serna, el legendario Che, tomaban rumbo a La Habana en camiones, coches y jeeps. La población los recibía por el camino con entusiastas vítores, cubriéndolos de flores. Con el mismo entusiasmo acogieron a sus libertadores los habitantes de la capital, a la que la octava llegó al mediodía.

El Che negaba con la cabeza a los pedidos de hacer un alto y pronunciar unas palabras. Tenía prisa. Estaba ansioso de cumplir la orden de Fidel Castro y ocupar la Cabaña, fortaleza y cárcel al mismo tiempo, construida por los españoles a la entrada del puerto de La Habana. Todavía quedaban allí los casquitos.

Esa fortaleza se rindió al Che sin un solo disparo.

Ese mismo 2 de enero de 1959, la columna de Cienfuegos llegaba igualmente triunfante a La Habana y, también sin hacer un solo disparo, ocupaba el campamento militar Columbia, en el cual las unidades selectas de Batista se rindieron a los rebeldes.

Habían triunfado los barbudos.

Ahora, tanto los amigos como los enemigos se preguntaban:

¿Qué pasará mañana?

¡PATRIA O MUERTE!

En el torbellino de la revolución.

Junto a la orilla del mar,
tú que estás en fija guerdia,
fijate, guardián marino
en la punta de las lanzas
y en el trueno de las olas
y en el grito de las llamas
y en el lagarto despierto
sacar las uñas del mapa:
un largo lagarto verde,
con ojos de piedra yagua.
Nicolás Guillén.

En esta revolución todo era singular, insólito, nada se parecía a las revoluciones que en el pasado conmovían la atmósfera política de los países latinoamericanos y de las que se podría decir, como en el proverbio francés: “Cuanto más frecuentes eran, tanto más todo permanecía igual”.

Esos rebeldes eran inusitados: barbudos, con largas y encrespadas melenas; sus líderes: jóvenes gallardos, inteligentes e increíblemente valientes. No se conducían como los habituales “caballeros de la fortuna” latinoamericanos, pues, al parecer, se proponían seriamente erradicar la corrupción, la venalidad y cualquier podredumbre, convertir a Cuba en el país más avanzado del continente.

A los observadores sensatos, dichos planes podrían parecerles una fantasía irrealizable, dado que para transformar a Cuba era preciso liberarla de la “tutela” y del control económico impuesto por los monopolios yanquis. Lo último era mucho más difícil que derrocar a Batista.

El 2 de enero de 1959, primer día del Che en La Habana, fue un día de dicha, aunque lleno de inquietudes. La población de la capital acogió a sus libertadores con un entusiasmo indescriptible; el dictador y sus secuaces más cercanos huyeron; la guarnición habanera y la policía no opusieron resistencia a los rebeldes. No obstante, el enemigo confiaba aún con retener el poder, si no por la fuerza, con la astucia.

La noche del 10 al 2 de enero, en la capital hubo disturbios y saqueos. Los batistianos se habían emboscado en la ciudad. El general Cantillo y el coronel Barquín optaron por la clandestinidad, confiando, con la ayuda de sus protectores norteamericanos, hacerse dueños de la situación.

Otras agrupaciones también aspiraban al poder. Los partidarios del Directorio Revolucionario, procurando reforzar sus posiciones, se apoderaron del Palacio presidencial y de la Ciudad Universitaria en La Habana.

Un día más tarde, en Santiago liberado los rebeldes proclamaron presidente provisional de la República al juez Manuel Urrutia, quien, siendo miembro del tribunal durante el proceso a Fidel Castro y otros participantes del asalto al Moncada, se había pronunciado por la liberación de los detenidos y, desde entonces, era considerado enemigo de Batista.

En el ínterin, en La Habana el Che y Camilo trataban de cohesionar a las fuerzas revolucionarias y de desarmar a las unidades militares y a la policía. En su primera declaración por la TV, el Che habló de la necesidad de crear la milicia revolucionaria, que debería sustituir a la policía del tirano. Los rebeldes, ayudados por la población, capturaron a los verdugos batistianos y los “instalaron” en La Cabaña, custodiados por los combatientes rebeldes.

Salvador Allende, líder del Partido Socialista

Chileno, quien se hallaba de tránsito en La Habana, visitó el 3 de enero en La Cabaña al Che. Se había puesto de acuerdo para esa entrevista con Carlos Rafael Rodríguez. Se trataba del primer contacto del Che, después del triunfo de la revolución, con un destacado dirigente del movimiento de liberación nacional latinoamericano. Hacía siete años que, gracias a la carta de presentación de Allende, el Che había podido salir de Ecuador a Guatemala. El largo viaje por los países de América Latina había terminado en La Habana, ciudad que él desconocía por completo y cuyo destino ahora se hallaba -hasta cierto punto- en sus manos.

El Che le causó a Allende una impresión imborrable. Como médico, le sorprendió particularmente que el famoso jefe rebelde padeciera un asma tan grave.

Al relatar esa entrevista, Allende recordaba que en un local, convertido en dormitorio, donde se veían libros por todas partes, yacía en un catre un hombre descubierto hasta la cintura, con pantalón verde olivo y un inhalador en la mano. Su mirada era penetrante. Con un gesto lo invitó a esperar hasta que se le pasara el fuerte ataque de asma. Allende lo estuvo observando varios minutos, advirtió el brillo febril de sus ojos. Ante él yacía, abatido por un terrible mal, uno de los grandes luchadores de América. Luego hablaron. Sin la menor afectación, el Che le dijo que durante toda la guerra el asma no le había dado tregua. Observándolo y escuchándolo, Allende pensaba en el drama de ese hombre, llamado a realizar proezas, pero atenazado por una dolencia tan implacable y despiadada.

En ese mismo edificio, en el que hasta pocos días antes residiera el comandante batistiano de La Cabaña, visitó al Che Vasili Chichkov, corresponsal del periódico *Pravda*, quien expuso así sus impresiones en su libro *La aurora sobre Cuba*:

“La habitación de Guevara es chica, quizá tenga unos doce metros cuadrados. A lo largo de la pared hay dos camas de hierro. Entre ellas, una cómoda y un espejo antiguo. Sobre la cómoda, varios tabacos largos y gruesos, y ciertos papeles de trabajo...”

Guevara está sentado en la cama. Lleva pantalones verdes de soldado y una camiseta blanca, sin mangas. Está descalzo. De un clavo grande remachado en la pared cuelga un fusil automático, una pistola y otros efectos del comandante...

Después de las saluciones de rigor, le pedí primeramente autorización para fotografiarlo. Guevara se vistió la guerrera con desgana, se puso el gorro, y le hice la foto.

- ¿Dígame, por favor, cómo determina usted la composición de clases entre los participantes de la revolución? -comencé, preparando el block de notas

y la pluma.

- La revolución la hicieron fundamentalmente los campesinos -inició en voz baja Guevara-. Creo que entre los rebeldes hubieron sesenta por ciento de campesinos, diez por ciento de obreros y diez por ciento de representantes de la burguesía. Es cierto que los obreros nos ayudaron mucho con la lucha huelguística. Sin embargo, la base de la revolución son los campesinos.

Guevara tiene ojos negros, muy grandes y muy tristes. La melena larga, hasta los hombros, comunica a su rostro un aspecto poético. Guevara es muy tranquilo, habla sin prisa, incluso con intervalos, como si escogiera una palabra tras otra”.

El 5 de enero llegó a La Habana el presidente provisional Urrutia. No fue tan fácil instalarlo en el Palacio presidencial, ocupado por los partidarios del Directorio. Urrutia anunció la designación del gabinete de ministros, encabezado por José Miró Cardona. La mayoría de carteras ministeriales fueron entregadas a representantes de la burguesía, no interesados en lo más mínimo en realizar transformaciones revolucionarias. Pero, al menos, no eran batistianos. En las localidades, el poder real pasaba en todas partes a manos de los dirigentes del Ejército Rebelde, designándose como gobernadores de las provincias a activos combatientes rebeldes. Fidel Castro y otros dirigentes del Ejército Rebelde no integraron el gobierno. El Che recibió un cargo muy modesto, a primera vista: jefe del departamento militar de la fortaleza La Cabaña o, más exactamente, comandante de la misma. Camilo pasó a ser comandante jefe de las fuerzas rebeldes de tierra.

De ese modo, en el país surgieron dos poderes: por un lado, el gobierno burgués, que no disponía de poder real; por otro, el Ejército Rebelde y el Movimiento 26 de Julio, vinculado con él, que subordinaban cada vez más a su control los diferentes resortes de la dirección del país.

Los voceros de la gran burguesía comenzaron a agruparse en torno del presidente Urrutia y del Primer Ministro Miró Cardona, en tanto que las fuerzas antiimperialistas, alrededor de los líderes del Ejército Rebelde. La polarización de las fuerzas debía redundar en un choque entre esos dos campos, cuyo desenlace todavía no estaba claro.

El 8 de enero llegó a La Habana Fidel Castro. Toda la población de la capital salió a la calle a aplaudir al líder de los rebeldes. Ese mismo día, Fidel habló ante los habitantes de la capital, que habían llenado el territorio de la fortaleza Columbia. Fidel llamó a la unidad de todos los revolucionarios. En su discurso mencionó al Che, llamándolo “verdadero héroe” de la lucha revolucionaria contra Batista.

El 9 de enero llegó a Cuba en avión, de Buenos Aires, la madre del Che. El hijo la recibió en el

aeropuerto, la llevó a La Cabaña, le enseñó la bella ciudad de La Habana. Celia encontró a su hijo viril, fuerte, seguro de sí, auténtico luchador, tal como siempre había querido ver a su primogénito.

Le preguntó por el asma, pero el Che bromeaba, diciéndole que el clima cubano y los tabacos eran “mortales” para su enfermedad.

El Che le presentó a Aleida March, y preguntó a su madre:

- ¿Te gusta?
- ¡Mucho, tan joven, encantadora y valiente!
- Pronto nos casaremos.
- ¿Y Hilda, y Hildita?
- Ya se lo comuniqué a Hilda, y ella fue comprensiva. Consintió en dejarnos a Hildita.

Había triunfado la revolución, pero sólo comenzaba la lucha por el cumplimiento de los ideales revolucionarios. Fidel Castro y sus partidarios habían comprendido bien la tesis leninista acerca de la tarea principal de cada revolución auténtica: la necesidad de romper la máquina estatal burguesa. En Cuba, la médula de esa máquina eran el ejército pretoriano, la policía y numerosos servicios secretos. El pueblo los odiaba, por eso con satisfacción recibió la decisión de que fueran desarmados y luego, disueltos. Dejó de existir el ejército batistiano, y Fidel dio simplemente de baja -por incompetencia y falta de idoneidad- a la misión militar norteamericana, que durante muchos años adiestrara a ese ejército.

Fidel dijo a los miembros de la misión que podían marcharse, que ya no se necesitaban más sus servicios. Ellos habían fracasado como consejeros militares. ¿Acaso los rebeldes no habían derrotado a sus discípulos, a los soldados batistianos?

Ahora llegó la hora de castigar a los verdugos batistianos, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de los patriotas. En siete años de gobierno de Batista habían sido torturados y asesinados más de 20.000 cubanos. Los verdugos debían responder por sus crímenes: el pueblo exigía el castigo, y los rebeldes habían asegurado reiteradas veces que los criminales no lo eludirían. Se instituyeron tribunales revolucionarios, que juzgaban a esos delincuentes observando estrictamente todas las normas de la justicia. Se concedía a los acusados el derecho a invitar a los mejores abogados, a llamar a cualquier testigo y a justificarse ante el tribunal. Los procesos eran a puertas abiertas, en presencia del pueblo, de periodistas y, a veces, se transmitían por la televisión. Las pruebas contra los acusados eran tan irrefutables, que casi todos se reconocían culpables de los crímenes cometidos. Los verdugos más odiosos eran condenados por los tribunales revolucionarios a la pena capital: al fusilamiento.

Estos verdugos batistianos eran, en su mayoría, agentes de los centros norteamericanos de espionaje. El castigo que se les imponía provocó

furibunda indignación en Estados Unidos. La prensa de este país, inspirada por los medios gobernantes, comenzó a acusar a los rebeldes cubanos de excesiva crueldad, de propensión al derramamiento de sangre.

En la propia Cuba, donde desde el derrocamiento de Batista existía la libertad de prensa, los enemigos de la revolución también exhortaban -en nombre del humanismo y de la conmiseración cristiana- a no “derramar más sangre de cubanos” y a perdonar la vida a quienes habían torturado, represaliado y dado muerte a los patriotas. Y dado que esos criminales se encontraban en La Cabaña, donde sesionaban los tribunales revolucionarios, y que el comandante de La Cabaña era Ernesto Che Guevara, es natural que el fuego principal de la reacción y de sus protectores yanquis se enfilara contra él. Para todas esas fuerzas tenebrosas, el Che -argentino, defensor de la revolución guatemalteca, participante de la lucha de los rebeldes en la Sierra Maestra, liberador de Santa Clara- no era otra cosa que la “mano de Moscú”, un agente enviado a Cuba para convertida en “colonia del imperialismo rojo”.

La campaña desatada contra el Che causó a sus autores más daño que provecho. Entre el pueblo crecía día a día la popularidad y el prestigio del Che y de los otros líderes de la revolución. Los trabajadores apoyaban con franco entusiasmo las acciones de Fidel Castro y de sus compañeros de lucha. Cuando hablaban los líderes revolucionarios se conglomeraban masas inmensas del pueblo. El Che también hizo uso de la palabra ante diferentes auditorios. Una de sus primeras intervenciones públicas en La Habana fue la del 16 de enero ante el Colegio de Médicos.

Los médicos lo consideraban colega, y él mismo, en los primeros meses de estancia en La Habana, ponía delante de su apellido, al firmar, el título de Dr., añadiendo “Che” (entre paréntesis), después del nombre. Más tarde cambió la firma, sustituyendo al “Dr.” por “Comandante” y quitando los paréntesis a “Che”. En efecto, ¿qué doctor era si sólo se dedicaba a la actividad política y militar? En cuanto a la medicina, únicamente le interesaba su aspecto social, o sea, que no estuviera al servicio de las clases explotadoras, sino al servicio del pueblo. De eso habló ante los médicos de La Habana.

Como si respondiera a los ataques de los reaccionarios, explicó en ese discurso su participación en el movimiento rebelde, diciendo que admiraba los ideales de José Martí, apóstol de la independencia cubana, quien se pronunciara por la estrecha alianza de todos los pueblos de América Latina en la lucha por la libertad. “Yo les confieso que nunca me sentí extranjero, ni en Cuba ni en cualquiera de todos los países que he recorrido... - dijo el Che-. Me he sentido guatemalteco en

Guatemala, mexicano en México, peruano en Perú, como me siento cubano en Cuba y naturalmente como me siento argentino aquí y en todos los lados, ese es el estrato de mi personalidad, no puedo olvidar el mate y el asado”.

Diríase que este argentino era el representante plenipotenciario de toda América Latina en la revolución cubana. Su presencia en la Isla de la Libertad, como ahora se llamaba a la patria de Fidel Castro, simbolizaba el carácter latinoamericano de la revolución cubana y subrayaba que esa revolución era un jalón crucial no sólo en la historia de Cuba, sino de toda América Latina.

Che fue uno de los primeros en señalar el significado continental de la revolución cubana, pues ésta demostró que un ejército pretoriano profesional puede ser vencido por los revolucionarios rebeldes, si éstos cuentan con el apoyo del pueblo. Cuba confirmó que para el triunfo de la revolución en un país agrario atrasado no sólo se necesitaba el apoyo de los obreros, sino también el de los campesinos, que son la mayoría de la población. De ahí que el deber primordial de los revolucionarios sea trabajar entre los campesinos y convertidos en puntal de la revolución.

El 9 de febrero, a solicitud de los jefes del Ejército Rebelde, el gobierno promulgó una ley, por la cual se concedía a Ernesto Guevara -por sus méritos ante el pueblo cubano- la ciudadanía cubana y se lo igualaba en derechos con los cubanos de nacimiento.

El 12 de febrero, el Che habló por la televisión. Declaró estar sumamente conmovido por la concesión de la ciudadanía cubana, honor del que en el pasado sólo había sido digna una persona, el general dominicano Máximo Gómez, comandante en jefe del Ejército Libertador durante la guerra de la Independencia. Ahora, declaró el Che, él consideraba que su tarea principal era luchar por la realización de la reforma agraria. En Cuba, dos mil latifundistas poseían el 47 por ciento de todas las tierras, y el 53 por ciento pertenecían al resto de propietarios. Los monopolios extranjeros eran dueños de decenas de miles de hectáreas. Se pondría fin a eso, y los campesinos recibirían la tierra. Si las autoridades no hacían la reforma agraria, los campesinos tomarían la tierra que les pertenecía por derecho.

Un día más tarde se anunció la renuncia del gobierno de Miró Cardona, que sabotaba las transformaciones sociales. Fidel Castro ocupó el puesto de Primer Ministro. Se trataba de una gran victoria de todas las fuerzas populares, que exigían profundizar el proceso revolucionario.

El 16 de febrero de 1959, al asumir el cargo de Primer Ministro, Fidel Castro declaró que en un plazo breve se promulgaría una ley radical de la

reforma agraria.

La revolución se proponía seguir avanzando, pese a la creciente resistencia de la reacción, segura de que los medios gobernantes de Estados Unidos no permitirían que se produjera “tal escándalo ante sus narices”.

El 11 de febrero, el diario *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio, insertó el artículo del Che Qué es un guerrillero. En ese artículo, escrito todavía en las montañas, el Che rehabilitaba la palabra “guerrillero”, porque en Cuba, a diferencia de los demás países de América, se llamaba guerrilleros a los voluntarios que apoyaban a las tropas españolas que lucharon contra los patriotas durante las guerras de la Independencia. A los patriotas se los llamaba rebeldes. Ahora los guerrilleros eran los luchadores por la causa del pueblo, escribía el Che, los que combatieron en la Sierra Maestra, en filas del Ejército Rebelde. Con el derrocamiento de Batista, los guerrilleros sólo habían resuelto una de sus importantes tareas, aún quedaba por llevar a cabo otra, la reforma agraria, y por ella habría que luchar con la misma tenacidad, decisión y abnegación como se había luchado contra la dictadura de Batista.

Con este artículo comenzó una fructífera actividad literaria del Che, a la que se entregó con toda su pasión revolucionaria durante los siguientes cinco años de vida en Cuba.

La herencia literaria del Che es variada en géneros y contenido, y muy voluminosa. Son trabajos sobre teoría, estrategia y táctica de la guerra de guerrillas; un libro de memorias sobre la lucha guerrillera contra Batista (*Pasajes de la guerra revolucionaria*), escrito en las mejores tradiciones realistas de la literatura latinoamericana; artículos satíricos (firmados por “Francotirador”), que denuncian la política del imperialismo estadounidense y de sus adulones; informes y conferencias sobre la historia cubana, la política exterior, estatal y económica, sobre la construcción del partido revolucionario marxista-leninista; informes sobre los viajes al extranjero; intervenciones en las sesiones del colegio del Ministerio de Industrias; prólogos para diferentes libros; cartas. Cabe añadir el célebre *Diario en Bolivia*.

En sus trabajos, el Che procuraba sintetizar la experiencia de la guerra de guerrillas en Cuba, y aprovechar esa experiencia para continuar desarrollando el proceso revolucionario en América Latina.

En un artículo escrito especialmente para la publicación soviética Cuba. *Ensayos histórico-etnográficos* (Moscú, 1961) el Che formuló brevemente esa experiencia. Decía que el poder en Cuba había sido tomado por las fuerzas populares gracias a que se había desplegado la lucha de los

campesinos, a que se los había armado y organizado bajo las consignas de la reforma agraria y de otras reivindicaciones justas de esa clase, manteniéndose al mismo tiempo la unidad con la clase obrera, con cuya ayuda se había logrado la victoria definitiva. En otros términos, la revolución había llegado a las ciudades y al campo pasando por tres etapas principales. La primera era la formación de un pequeño grupo guerrillero; la segunda, cuando ese grupo crecido, envió a una parte de sus combatientes a actuar en una zona determinada, todavía limitada, y la tercera etapa fue cuando esos grupos guerrilleros se unificaron para formar el ejército revolucionario, que en combates abiertos asestó la derrota al ejército reaccionario y logró la victoria. La lucha iniciada cuando aún no habían madurado por completo las condiciones objetivas y subjetivas para la toma del poder - escribía el Che- contribuyó a polarizar a las fuerzas políticas fundamentales y a que maduraran las condiciones para tomar el poder. El punto máximo de esa lucha, decía, fue la victoria del 1º de enero de 1959.

El Che consideraba, con plena razón, que la revolución cubana no era una "casualidad", sino un fenómeno sujeto a ley histórica, que iniciaba la etapa de las revoluciones populares, antiimperialistas, en América Latina; por eso la experiencia de la revolución cubana no sólo revestía significación continental. También estaba en lo cierto al acentuar que debía convertirse al campesinado en activo aliado revolucionario de la clase obrera. Sin embargo, suscita dudas la tesis de que la guerra de guerrillas comenzó en Cuba cuando aún no habían madurado las condiciones objetivas y subjetivas para la toma del poder, o sea, prematuramente.

Un viejo proverbio inglés glosa: la prueba de que existe el pudding es la posibilidad de comerlo. Puede decirse que la prueba de que existían las condiciones objetivas y subjetivas para la triunfante lucha guerrillera es la victoria de las fuerzas revolucionarias. Por cierto, aquí no hay ni puede haber una correspondencia matemática. La revolución puede fracasar inclusive existiendo las condiciones objetivas y subjetivas para realizarla, en virtud de las más diversas causas: errores de orden estratégico o táctico (recordemos las célebres palabras de V. I. Lenin de que el poder había que tomado el 25 de octubre, ni un día antes ni un día después); una intervención extranjera (recordemos la suerte de la República Soviética Húngara); la escisión de las fuerzas revolucionarias; la muerte de sus jefes, etc.

También puede darse otra situación, a saber: las acciones audaces y decisivas de la vanguardia revolucionaria paralizan la voluntad de resistencia del enemigo, provocan discordias en su campo,

activan a las masas populares y eso permite lograr la victoria. La práctica latinoamericana también conoce la "variante peruana": la toma del poder por un grupo relativamente escaso de militares patriotas, que habían actuado en profundo secreto y casi no tenían contacto alguno con las masas populares.

En esta cuestión, la victoria es el criterio que determina la legitimidad de las acciones de las fuerzas revolucionarias. ¡No se juzga a los vencedores! Sería absurdo imputar a la revolución triunfante que haya comenzado prematuramente.

El problema de las vías de la revolución en América Latina exige un estudio más profundo, tomando en cuenta la circunstancia de que en muchos países la toma del poder por la violencia es más bien una regla, una tradición que una excepción.

No era tan simple adivinar qué caminos de desarrollo tomaría la revolución en América Latina después del derrocamiento de Batista. Inclusive los revolucionarios más destacados no son clarividentes, y la vida siempre es más rica que cualquier teoría, hasta la más justa.

Pero no hagamos excesivamente complicada nuestra tarea, pues no escribimos un tratado político, sino la biografía de Ernesto Che Guevara. Naturalmente, en lo principal él estaba en lo cierto, y lo principal consistía en que con el triunfo de los rebeldes cubanos el socialismo había dado un paso en Latinoamérica, y que desde ese instante el continente había emprendido la fase de las revoluciones antiimperialistas populares.

La herencia literaria del Che no sólo da testimonio de su energía inagotable, sino también de su profunda erudición, de que conocía a fondo las publicaciones marxistas, la historia de Cuba y de otros países latinoamericanos, la situación internacional. El Che no era dogmático ni esclavo de las citas. Siempre arrancaba del análisis de la realidad concreta, trataba de ver en ella gérmenes de lo nuevo, aprovechados para la causa de la revolución, en aras de la cual vivía y luchaba, y a la cual se entregaba por entero. Era un soldado de la revolución, estaba al servicio de la revolución y no se concebía a sí mismo al margen de la revolución. Y todo lo que escribía, decía y hacía debía servir a la revolución.

El Che, como escritor y pensador político, personifica un nuevo fenómeno en América Latina. Le son ajenos el énfasis falso, la verbosidad, el sentimentalismo, el provincialismo propios de los líderes burgueses. Su estilo de trabajo es conciso, no tanto impresiona con diferentes hipérbolas y metáforas, cuanto con la fuerza de su persuasión lógica. Sin duda alguna, el Che era un literato de talento, pero cuando la dirección de la UNIAC le propuso ingresar en esta organización de escritores

y artistas de Cuba, se negó, aduciendo que no era “escritor profesional”.

A principios de marzo de 1959, el Che había llegado a un estado de casi completo agotamiento físico. Minaban gravemente su salud los incesantes ataques de asma y la ausencia de un descanso normal. Temiendo por su vida, sus compañeros de lucha le obligaron, casi a la fuerza, a curarse y a reposar, destinando para ello una villa en las proximidades de La Habana. Antes de la revolución, la villa había pertenecido a un sátrapa batistiano, a quien se la habían confiscado, como propiedad adquirida con medios ilícitos. En la prensa reaccionaria un tal Llano Montes acusó al Che de gozar de los bienes que pertenecieran al ex secuaz de Batista.

El Che reaccionó de inmediato a esa inmundicia insinuación. En la carta publicada en *Revolución* el 10 de marzo de 1959, declaraba que, debido a su enfermedad, no adquirida en los antros de corrupción ni en las casas de juego, sino trabajando en bien de la revolución, se veía obligado a ponerse en tratamiento. Con ese fin, las autoridades le habían concedido esa villa, pues el sueldo de 125 pesos (dólares) que percibía como oficial del Ejército Rebelde, le impedía alquilar una vivienda por su cuenta. “El hecho de ser una casa de antiguo batistiano hace que sea lujosa -escribió el Che-; elegí la más sencilla, pero de todas maneras es un insulto a la sensibilidad popular. Prometo al señor Llano Montes y sobre todo al pueblo de Cuba que la abandonaré cuando esté repuesto”.

El Che no cobraba los honorarios por sus trabajos publicados en Cuba. Entregaba los que recibía en el extranjero a las organizaciones sociales cubanas o a las extranjeras progresistas (por ejemplo, donó los honorarios por el libro *La guerra de guerrillas*, editado en Italia, al Movimiento de partidarios de la paz de Italia).

El profesor Elías Entralgo, de la Universidad de La Habana, invitó en cierta ocasión al Che a dar una conferencia a los estudiantes; y le dijo que por ella se le giraría una suma de dinero. El Che le contestó con una carta cortés, pero bastante airada:

“Recibí su amable invitación, la que me demuestra indirectamente y, estoy seguro, que sin proponérselo usted, las radicales diferencias de opinión que nos separan sobre lo que es un dirigente... Para mí es inconcebible que se ofrezca una retribución monetaria a un dirigente del Gobierno y del Partido por cualquier trabajo, de cualquier tipo que sea. Entre las muchas retribuciones que he recibido, la más importante es la de ser considerado parte del pueblo cubano; no sabría valorado en pesos y centavos”.

Cierta vez, cuando en Cuba se implantaron las cartillas de abastecimiento, en presencia del Che sus subordinados discutían la dimensión de la cuota

de productos que recibía cada familia. Algunos se quejaban de la escasa cantidad de productos que se daban por cartilla. El Che objetaba y, como ejemplo, decía que su familia no experimentaba esa escasez.

Alguien le dijo en broma: “Tú seguramente recibirás, como jefe, una cuota superior”.

El Che se indignó. Sin embargo, al día siguiente comunicó a esos mismos compañeros:

- Lo comprobé y, en efecto, resultó que mi familia recibía una cuota más alta. Ahora se ha terminado con este escándalo.

Podría parecer, a primera vista, que tales ideas “niveladoras” del Che eran manifestación de un “izquierdismo” sui generis. En realidad, sólo reflejaban su aspiración, y la de los otros correligionarios de Fidel Castro que la compartían, de mostrar al pueblo que no eran impulsados por móviles egoístas, sino por la conciencia del deber revolucionario. En uno de los discursos pronunciados por Fidel Castro después de la victoria sobre Batista, dijo que el pueblo cubano estaba acostumbrado a ver en el “revolucionario” como se denominaban los participantes de diferentes golpes reaccionarios de Estado a un fortachón descarado, frecuentemente armado con una gran pistola. Paseaba por las salas de los ministerios, exigiendo “por sus méritos” distintas clases de favores, privilegios y recompensas. Los “revolucionarios” de esta índole se convertían en parásitos sociales, ganándose el desprecio del pueblo.

Pero si así habían sido los “revolucionarios” de fila, ¿qué decir de los que habían gobernado la república después de la conquista de la Independencia, como el general Machado, el sargento Batista y los “amigos del pueblo” semejantes a ellos? Para ellos el poder implicaba, en primer término, hacerse millonarios y saciar sus pasiones desmedidas.

Los revolucionarios de 1959 eran el polo opuesto a aquellos especuladores de la revolución. No deseaban para sí ningunos honores, ni riquezas, ni otra ventaja como no fuera el derecho a servir desinteresadamente al pueblo. Todo el pueblo tenía la mirada puesta en cada paso que daban los líderes de la revolución, procurando adivinar por sus palabras y por sus hechos si se trataba de una “revolución” habitual o de otra distinta, nueva, verdadera, con la cual soñaba pero no había conocido hasta la fecha. En este caso el comportamiento personal y el modo de vida de los líderes revolucionarios no tenían menos importancia para determinar el carácter de la revolución, que los magnos principios que éstos proclamaban y defendían.

Los nuevos líderes revolucionarios no podían semejarse a aquellos sacerdotes católicos que

aconsejaban a sus ovejas imitar sus santas intenciones, pero no su egoísta conducta. Sus palabras no debían divorciarse de los hechos. Su fuerza principal residía en la superioridad moral sobre sus adversarios.

El Che lo comprendía perfectamente. Y si los compañeros cubanos no podían permitir que se les sospechara de hipocresía política, tanto menos se lo podía permitir él, “cubano de nacimiento” según el decreto presidencial.

Pero, aparte de todos estos argumentos en favor del modo de vida espartano, al que se atenía el Che, estaba su congénita propensión a la sencillez y a la modestia, su antipatía por todo lo ampuloso, por el lujo e incluso por las comodidades elementales. El Che sabía realmente reducir sus necesidades físicas a lo más imprescindible, sin concederle la menor importancia a los atributos exteriores del bienestar.

Ello no implicaba, en modo alguno, que fuera un asceta, ajeno a las habituales alegrías humanas.

El 2 de junio de 1959, en una modesta ceremonia civil, a la que asistieron Raúl Castro y su esposa Vilma Espín, también participante activa de la guerra de guerrillas, y varios amigos cercanos más, el Che formalizó sus segundas nupcias con la joven guerrillera Aleida March, a quien conoció en las montañas del Escambray. Luego de partir el Che en el “Granma”, Hilda retornó al Perú, donde tenía sus intereses y sus amistades. Entretanto, la Sierra Maestra había convertido al Che en un cubano, y el casamiento con Aleida diríase que consagraba y confirmaba su intención de echar raíces en la Isla de la Libertad. En cinco años de vida matrimonial, Aleida le brindó cuatro hijos: dos niñas y dos varones. También vivía con ellos Hildita, la hija del primer matrimonio. El Che pasaba las pocas horas libres del trabajo rodeado de su familia.

Este revolucionario férreo no sólo amaba a sus hijos, sino a los niños en general, a los hijos de los trabajadores de Cuba, a quienes se refirió reiteradas veces diciendo que eran la esperanza de la revolución, sus herederos, los que continuarían su causa inmortal.

Los niños también le querían y le enviaban cartas desde todos los confines de Cuba. Contestaba a todos sus corresponsales infantiles, escribiéndoles con seriedad, como a personas mayores, de igual a igual. En el Archivo para la perpetuación de la memoria del Che en La Habana se conservan decenas de cartas de escolares cubanos al Che y las copias de sus respuestas. Citaremos tan sólo una contestación a la carta de un escolar de diez años, del pueblo de Aguacate, provincia de La Habana, quien envió a nombre del Che 50 centavos en un sobre para el Fondo para el fortalecimiento de la economía de Cuba. El correo devolvió al niño la carta con la moneda, pero éste repitió su envío, esta vez por giro postal. En esa oportunidad llegó a su

destinatario, quien el 19 de mayo de 1960 le contestó:

“Estimado amigo:

Muchas gracias por su atenta carta del 30 de marzo que me enviaste con motivo del Día de la Correspondencia Escolar y por el giro de SO.50 con que contribuyes a la consolidación de nuestra economía. Te acompaño recibo N° 9186 demostrativo de tu patriótico gesto.

Mucho me satisface tu empeño en seguir estudiando y te recomiendo que continúes así para que puedas ser un hombre de provecho a tu patria y a ti mismo. Esa es la mejor ayuda que los niños pueden ofrecer al Gobierno.

Siento que el correo te hubiera devuelto tu carta con la moneda que me enviaste y que eso te hiciera pensar que no quería escribirte. Te aseguro que me alegro muchísimo recibir tu carta. Te saluda atentamente,

Cmte. Ernesto Che Guevara”.

* * *

¿En qué pensaba el Che esos primeros meses después del triunfo de la revolución?

Al igual que Fidel Castro, estimaba que correspondía, en primer término, luchar por la profundización de la revolución, por cambiar el viejo aparato gubernamental burgués por otro nuevo, leal al pueblo; luchar para sustituir el viejo ejército por otro nuevo, revolucionario, cuyo núcleo habría de ser el Ejército Rebelde; bregar por el cumplimiento de las reformas que socavaban las posiciones del capitalismo norteamericano y de los explotadores nacionales, en primer término por una reforma agraria radical; pugnar por establecer relaciones diplomáticas, económicas y culturales amistosas con la Unión Soviética y con los demás países del campo socialista.

Este programa coincidía con el que defendían los comunistas. El núcleo dirigente del Ejército Rebelde y el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro, ponía en práctica el mencionado programa superando, al mismo tiempo, los prejuicios anticomunistas y antisocialistas, que privaban todavía entre un considerable sector de la población.

En el discurso pronunciado con motivo del centenario de V. I. Lenin (22 de abril de 1970), Fidel Castro recordaba en estos términos la atmósfera política que reinaba por entonces en la Isla:

“Aquellos tiempos no están tan distantes, en que prevalecía la atmósfera -inculcada durante años y años por la propaganda mentirosa y calumniosa- contra el marxismo y contra el comunismo, y que llegó a penetrar, desgraciadamente, ampliamente.

Ejemplo. ¿Quieren un ejemplo? Recuerden los

primeros tiempos de la Revolución.

En algunas ocasiones, por curiosidad, le preguntábamos a algún obrero, incluso:

- ¿Usted está de acuerdo con la ley de la reforma agraria, usted está de acuerdo con la ley de alquileres, usted está de acuerdo con la nacionalización de los bancos? -Una por una le iba preguntando todas aquellas leyes.

- ¿Usted no está de acuerdo con que los bancos, donde está el dinero del pueblo, en vez de estar en manos privadas deben estar en manos del Estado, y que esos recursos se pueden emplear en desarrollo de la economía, en servicio del país, y no en lo que les dé la gana a unos individuos particulares que son los dueños de esos bancos?

- Sí.

- ¿Usted no cree que todas esas minas debieran ser del pueblo de Cuba, y no ser de unas compañías extranjeras, de unos tipos que viven en Nueva York?

-Sí.

Pero sí a todo, sí a todas y a cada una de las leyes revolucionarias. Y entonces le preguntaba:

- ¿Y usted está de acuerdo con el socialismo?

- ¡Ah, no, no, no! ¡De ninguna manera!

Es increíble cómo habían condicionado las mentes, al extremo de convertir una palabra en tabú, una idea en tabú. De manera que el hombre podía estar de acuerdo con la esencia de todo aquello y no podía estar de acuerdo con la palabra”.

Al realizar las transformaciones revolucionarias, Fidel Castro y sus partidarios provocaban la ira de los imperialistas norteamericanos y de sus aliados criollos, que tildaban cada reforma de comunista, tratando con ese pretexto de movilizar a la población contra la revolución.

Pero las maniobras de los reaccionarios no daban resultado. Las reformas del gobierno de Fidel Castro iban en interés del pueblo y contaban con el apoyo de las masas. En la conciencia de los trabajadores, la palabra “comunismo” se asociaba cada vez más con los líderes revolucionarios y con los cambios revolucionarios que abrían a los trabajadores el camino hacia la liberación del yugo social.

Para debilitar el campo revolucionario, Washington y sus agentes procuran impedir a toda costa la unidad de las fuerzas revolucionarias. Se sobrentiende que no hubieran puesto impedimentos a la unidad de Fidel Castro con los elementos anticomunistas reformistas de derecha, del tipo del presidente Urrutia o el primer ministro Miró Cardona o dirigentes del tipo de Humberto Matos, que se hacían pasar por revolucionarios. Pero no escatimaban esfuerzos para impedir la unidad con el Partido Socialista Popular, al que trataban de aislar por todos los medios, de cerrarle el camino hacia el gobierno, de no darle acceso a los

sindicatos y a otras organizaciones de masas, así como a los nuevos organismos de seguridad del Estado ni al Ejército Rebelde. Según proyectaba la reacción, el aislamiento del Partido Socialista Popular, cuyos dirigentes y miembros compartían totalmente la política del gobierno revolucionario y la apoyaban, debía a su vez debilitar las posiciones de Fidel Castro y de sus correligionarios, hacerlos más dóciles a los consejos de Washington, retardar el curso de la revolución y luego privada por completo de su principio progresivo. Arrancando de estas mismas consideraciones, los contrarrevolucionarios trataban de dificultar a todo trance el establecimiento de relaciones amistosas entre Cuba y la Unión Soviética.

Estos planes de la reacción imperialista fracasaron rotundamente. Al oponer una resistencia desenfrenada a las transformaciones sociales, los imperialistas y sus aliados criollos se desenmascararon, probando una vez más ser los enemigos más peligrosos de los trabajadores cubanos. El pueblo cubano se persuadía en propia experiencia que su adversario principal era el imperialismo norteamericano, con sus aliados. Con la misma nitidez comenzaba a comprender que los comunistas eran los defensores más seguros de sus intereses y derechos, que su futuro era el socialismo y que la Unión Soviética era su sincera amiga y aliada. Cuando el pueblo cubano comprendiera todo esto, Fidel Castro proclamaría el rumbo socialista de la revolución cubana y se constituiría el Partido Comunista de Cuba.

Es difícil sobrestimar el papel desempeñado por el Che en el proceso revolucionario cubano, cuyo efecto fue la consolidación de la primera revolución socialista en América.

Empecemos por que el Che apoyó enérgicamente la realización de todas las transformaciones radicales, cuya finalidad era emancipar a Cuba de la influencia imperialista y minar en la Isla los pilares del capitalismo.

El Che intervino consecuentemente por la unidad de acción con el Partido Socialista Popular, censurando con entereza cualquier manifestación de anticomunismo y de antisovietismo. El Che fue uno de los primeros líderes revolucionarios que se pronunció en Cuba por el establecimiento de vínculos amistosos con la Unión Soviética, y cuando esto ocurrió, trató de reforzados y desarrollarlos con ahínco.

Los imperialistas, que odiaban y temían al Che, y le quitaron la vida, trataron luego de desfigurar su imagen, presentándolo como anticomunista y antisoviético, convirtiéndolo post mortem casi en su aliado ideológico. Lo hacen pasar por trotskista, ya bien por maoísta, e incluso por continuador de

Necháev¹⁷ por quien sea, menos por amigo de la Unión Soviética. Pero los hechos refutan la inicua calumnia de los asesinos de Ernesto Che Guevara.

El 1° de mayo de 1959 se festejaba en Cuba por primera vez como fiesta nacional. Ese día desfilaron por doquier manifestaciones de masas de los trabajadores en apoyo del gobierno. En La Habana hizo uso de la palabra ante los manifestantes Raúl Castro (Fidel estaba viajando por los países latinoamericanos), y en Santiago, el Che. En su discurso, el Che exhortó a fortalecer la unidad de todas las fuerzas revolucionarias, incluidos los comunistas. Censuró el anticomunismo esgrimido por la reacción. Demostró la necesidad de realizar a la mayor brevedad una reforma agraria radical.

El 17 de mayo, en el pueblo de La Plata (en la Sierra Maestra), donde durante la lucha contra Batista había sido promulgada la Ley agraria N° 3, en una reunión solemne del Consejo de Ministros, a la que asistía el Che, se aprobó la Ley de la reforma agraria, según la cual toda la propiedad que excediera 400 h. era expropiada y transferida a los campesinos que no poseían tierra o tenían muy poca. Cuando los intereses económicos lo requirieran, en las tierras expropiadas se organizarían granjas del Estado. Para cumplir esta ley se organizó el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), designándose director del mismo al capitán Antonio Núñez Jiménez, colaborador del Che.

La revolución cubana no se parecía, evidentemente, a los tradicionales golpes palaciegos ni a un cambio de títeres. Inclusive la revista conservadora norteamericana *Current History* señalaba, comentando los acontecimientos cubanos:

“En América Latina las revoluciones son fastidiosamente idénticas. En algunos casos se ajustan a un estereotipo que puede predecirse. Tan pronto comienzan, con gran facilidad se puede prever el camino que seguirán. En Cuba la cosa es distinta. La revolución de Fidel Castro añade a los modelos viejos algo nuevo, sustancial, imposible de predecir. Puede perfectamente implicar el comienzo de un ciclo de revoluciones similares, que por fuera recuerdan las viejas, pero en realidad se distinguen por su nuevo estilo. Por lo visto, las revoluciones políticas ahora ceden lugar a las revoluciones sociales”.

La reforma agraria provocó un ataque de rabia entre los latifundistas locales y los monopolistas norteamericanos, dueños de centenares de miles de hectáreas de tierras cubanas. Washington enviaba a

La Habana una nota tras otra, exigiendo la “indemnización” y amenazando con aplicar toda clase de sanciones. La burguesía criolla se declaraba abiertamente contrarrevolucionaria. Cinco ministros, vinculados con los medios burgueses, abandonaron el gobierno, en señal de protesta contra la orientación radical del gobierno. Poco más tarde renunció también el presidente Urrutia. Para ese cargo se designó a Osvaldo Dorticós Torrado, firme revolucionario, participante de la lucha clandestina contra Batista. Urrutia y los ex ministros se trasladaron sin pérdida de tiempo a Estados Unidos, desde donde -con la anuencia de los medios gobernantes- comenzaron a incitar al derrocamiento de Fidel Castro.

Los reaccionarios estaban particularmente frenéticos contra el Che. Para ellos, era el culpable principal de las desgracias que sufrían, el “mal genio” de la revolución cubana, que fuera -¡al principio!- tan “alegre” y ejemplar. ¿Quién era ese Che, de dónde diablos había salido? -gritaban. Un aventurero, un hijo de nadie, un forastero, que se atreve a “implantar” el comunismo en nuestra Isla, que la quiere convertir en plaza de armas para la “agresión comunista” contra toda Latinoamérica e inclusive contra Estados Unidos. La prensa reaccionaria aseguraba al pequeñoburgués: tan pronto Cuba reanude las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, el Che será designado embajador en Moscú, para someter aún más el país a los “rojos”.

El 29 de abril el Che habló por la TV, controlada por las firmas privadas hostiles a la revolución. El locutor del programa comenzó a provocar al Che con sus preguntas:

- ¿Es Ud. comunista?

- Si a usted le parece que lo que hacemos en favor del pueblo es comunista, pues somos comunistas; si usted nos pregunta si somos afiliados al Partido Socialista Popular, respondemos que no.

- ¿Para qué vino usted a Cuba?

- Quise tomar parte en la liberación de por lo menos un pedazo de América oprimida.

- ¿Es usted partidario de las relaciones con la Rusia Soviética?

- Soy partidario de entablar relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo sin distinción ninguna; y no veo razón para excluir a unos países que nos respetan y hacen votos por el triunfo de nuestros ideales y sin embargo mantenemos relaciones con Trujillo y Somoza que son nuestros enemigos declarados.

Al finalizar la entrevista, el Che comunicó a los televidentes -como de pasada-, que el locutor era ex agente a sueldo de Batista.

La teleprovocación fracasó a todas luces. Mas los enemigos de la revolución no se aplacaban. Se esmeraba especialmente Jules Dubois, periodista

¹⁷ Necháev S. G. (1847-1882). Revolucionario conspirador ruso. Su actividad se distinguía por los métodos terroristas, no creía en la posibilidad de organizar a las masas para combatir al zarismo.

norteamericano ya conocido por el lector, quien era en realidad coronel de la CIA. El 23 de mayo el Che respondió con una airada carta a la Redacción de la revista *Bohemia*, desenmascarando los ejercicios calumniadores de Dubois, ese “chacal que se hace pasar por corderito”. Dubois, escribía el Che, difama, es un lacayo de los monopolios norteamericanos y actúa por indicación de ellos. La revolución cumplirá el programa trazado, sea o no del agrado de Dubois y de sus amos. Pero si intentan atacar desde afuera a la Cuba revolucionaria, el pueblo cubano se defenderá hasta la última gota de sangre.

Para consolidar la situación internacional de la Cuba, amenazada con crueles castigos por los gobernantes de Estados Unidos, el gobierno toma la decisión de enviar al Che a establecer contactos amistosos con los países principales del “tercer mundo”: Egipto, Sudán, Marruecos, India, Pakistán, Birmania, Ceilán, Indonesia... En ese viaje debería también visitar Japón, Yugoslavia y España. Con la mayoría de estos países Cuba ni siquiera había tenido hasta entonces relaciones diplomáticas.

Se trataba del primer viaje a los países de Oriente, no ya de una personalidad cubana, sino de talla latinoamericana. Estados Unidos procuraban aislar Latinoamérica del resto del mundo y, en particular, de los países socialistas. En los años de la “guerra fría”, la mayoría de los países de América Latina, incluida Cuba, por orden de Washington rompieron las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Washington consideraba que mantener cualquier clase de vínculo con el País de los Soviets era el mayor delito, una “amenaza a la seguridad del hemisferio occidental”. Al desobediente le esperaba una represalia inmediata. Para el caso regían las amenazantes resoluciones de la Organización de los Estados Americanos, ese ministerio de las colonias de Estados Unidos. Todos recordaban la triste suerte que corriera el insumiso presidente Arbenz.

Washington trataba de aislar a los países latinoamericanos también de los países asiáticos y africanos, recientemente liberados de la opresión colonial. El acercamiento de los mismos con América Latina podría reforzar la independencia de aquéllos, así como su voluntad de luchar contra el imperialismo y su “novísima” variedad: el neocolonialismo.

La dirección revolucionaria de Cuba decidió romper primeramente la cortina del dólar, que la separaba de los países de Asia y África, y luego establecer relaciones amistosas con la Unión Soviética y otros países socialistas.

Egipto fue el primer país que visitó el Che en ese viaje. El Presidente Gamal Abdel Nasser y los dirigentes de Egipto, así como el pueblo egipcio,

acogieron con gran afecto al mensajero de la Cuba revolucionaria. Con igual buena voluntad y cordialidad recibieron al Che en los demás países.

Durante su visita a Egipto, el Che se entrevistó por primera vez con los especialistas soviéticos, que prestaban ayuda técnica a ese país en diferentes ramas de la economía. Fue allí, en El Cairo, en una conversación con los periodistas, donde el Che se pronunció públicamente por el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

En Egipto conoció a Janio Quadros, presidente del Brasil, que visitaba ese país. Desde entonces mantuvo con Janio Quadros relaciones amistosas.

El viaje por los países africanos y asiáticos descubrió al Che un mundo nuevo, de cuya existencia sabía, pero de cuya real imagen sólo había podido interiorizarse, viéndolo con sus propios ojos. Esos países, tan disímiles de Cuba y de América Latina por sus tradiciones, cultura y hábitos, tenían no obstante algo de común con ella, a saber: todos ellos eran víctimas, en uno u otro grado, del imperialismo y el colonialismo, aspiraban a una existencia y un desarrollo independientes, muchos de ellos tanteaban las vías hacia el socialismo. Los dirigentes de los países simpatizaban con la Cuba revolucionaria, estaban dispuestos a establecer con ella relaciones amistosas, fomentar el comercio, comprarle azúcar, tabaco y otros productos y artículos. Aunque los vínculos con esos países no podían, en general, solucionar todos los problemas con que había tropezado la Cuba revolucionaria debido a las sanciones económicas y otros actos hostiles de Estados Unidos, por lo menos el Che vio que la Isla de la Libertad contaba con amigos tanto en Asia como en el Oriente Medio y en África. Y eso ya era algo. Sin embargo, el principal aliado potencial de la Cuba revolucionaria -la Unión Soviética- seguía siendo para ella, por lo menos formalmente, inaccesible, algo así como tabú.

El Che estuvo en el extranjero casi tres meses: desde el 12 de junio hasta el 5 de septiembre. Todo ese tiempo mantuvo contactos con La Habana y estuvo al corriente de los acontecimientos que tenían lugar en la Isla. Al mes de regresar a Cuba, el Che fue designado jefe del Departamento Industrial del INRA, permaneciendo en su cargo militar. Para entonces el INRA se había convertido en una importantísima institución gubernamental no sólo llamada a poner en práctica la reforma agraria, sino también a planificar y confeccionar diferentes proyectos destinados al desarrollo industrial del país. A estas últimas cuestiones debía dedicarse el Che. Pero los planes de la industrialización dependían de las finanzas, y éstas aún estaban controladas por los bancos privados. A la cabeza del Banco Nacional estaba Felipe Pazos, hombre de confianza del gran capital. Mientras las finanzas del

país estuvieran en manos de los enemigos de la revolución, no se podía ni pensar en los planes de industrialización. El desenvolvimiento de la lucha de clases en Cuba permitió resolver también este problema a favor de la revolución.

Mientras tanto las transformaciones sociales cardinales, que impedían a los monopolios norteamericanos continuar saqueando al pueblo cubano, provocaban en Washington creciente irritación. Los medios gobernantes estadounidenses, temiendo que otros países latinoamericanos siguieran el ejemplo de Cuba, ya a mediados de 1959 optaron por derrocar al gobierno de Fidel Castro por la fuerza, con un golpe contrarrevolucionario. El alma del golpe debían ser los elementos de derecha del Movimiento 26 de Julio. Se encubrían apoyando de palabra las reformas sociales, pero, de hecho, estaban contra el comunismo y la Unión Soviética, a la cual, según ellos, Fidel Castro había “vendido” la revolución cubana.

El gusano (así comenzaron a llamar a los contrarrevolucionarios) Díaz Lanz huyó a EE.UU. el 21 de octubre y organizó el bombardeo de La Habana con aviones norteamericanos, puestos a su disposición por la CIA. Ese bombardeo dejó un saldo de muertos y heridos.

El mismo día, el comandante Humberto Matos, participante en la lucha de la Sierra Maestra y comandante en jefe de la región militar de la provincia de Camagüey, exigió descaradamente que Fidel Castro “rompiera” con el comunismo.

Esos ataques contrarrevolucionarios causaron enorme indignación en el pueblo cubano. La sublevación de Matos fue sofocada, y el Tribunal Revolucionario lo condenó a 20 años de prisión.

A solicitud de los trabajadores se constituyó la milicia revolucionaria, para combatir a la contrarrevolución. Miles de obreros, campesinos y estudiantes se alistaron en sus filas. Fracasaron los planes de los grupos gobernantes estadounidenses y de sus agentes en el país de derrocar al gobierno de Fidel Castro. La revolución cubana continuaba avanzando con las banderas desplegadas.

El 26 de noviembre, el Consejo de Ministros, por proposición de Fidel Castro, designó a Ernesto Che Guevara director del Banco Nacional de Cuba -en lugar de Felipe Pazos-, con poderes de ministro de Finanzas.

Con motivo de su designación, el Che solía contar una anécdota: decía que cierta vez Fidel reunió a sus compañeros y les preguntó quién de ellos era economista. El Che alzó la mano. Ante la sorpresa de Fidel, quien le preguntó desde cuándo era economista, el Che contestó: “Me pareció haber oído que preguntabas quién es comunista”. Y así, relataba el Che, había sido designado director del Banco Nacional.

Esta anécdota tenía su significado.

El Che no ocultaba que no era especialista en cuestiones de economía, pero sabía perfectamente que las finanzas del país y el Banco Nacional debían estar al servicio del pueblo y no ser instrumentos de explotación en manos de la burguesía.

El Che fue director del Banco Nacional hasta el 23 de febrero de 1961, fecha en que fue designado ministro de Industrias, Ministerio recientemente constituido sobre la base del Departamento Industrial del INRA. En ese caso el gobierno revolucionario tomaba en cuenta, por supuesto, las cualidades políticas del Che y su apasionado apoyo a la industrialización socialista.

El escritor soviético Borís Polevói visitó La Habana en la segunda mitad de 1961. En una entrevista con el Che, éste le dijo:

- Soy médico de profesión, pero ahora, obedeciendo a mi deber revolucionario, soy ministro de Industrias. ¿Quizá a usted esto le parezca extraño? Por cierto, creo que no deberá sorprenderle, pues Vladimir Lenin era abogado de profesión, y entre sus ministros había médicos, juristas y célebres ingenieros... ¿No es así?

La revolución es la revolución, y la necesidad revolucionaria distribuye a los hombres a su manera. Si cuando estuve en el destacamento de Fidel, de cuya larga amistad me siento orgulloso, y cuando subíamos al yate “Granma” (y yo en ese destacamento figuraba precisamente como médico) alguien me hubiera dicho que debería convertirme en uno de los organizadores de la economía, me hubiese echado a reír.

Conjuntamente con el Ministerio de Industrias, el gobierno organizó la Junta Central de Planificación. El Che participó activamente en la dirección de esta institución.

Continuaba dedicándose paralelamente a la estructuración del nuevo ejército revolucionario. Todos esos años estuvo a la cabeza del Departamento de Enseñanza del Ministerio de las Fuerzas Armadas, que no sólo respondía por la capacitación militar y política de los soldados y los suboficiales del Ejército Rebelde, sino también de las milicias. En ese departamento nació la Asociación de Jóvenes Rebeldes (hoy Unión de Jóvenes Comunistas), a cuya iniciativa se debe la publicación del semanario *Verde Olivo*, órgano del Ejército Rebelde, muy leído en Cuba. El Che publicaba en él con frecuencia artículos sobre temas internacionales.

El Che integraba la dirección del Movimiento 26 de Julio, y cuando en la segunda mitad de 1961 se fusionó, con el Partido Socialista Popular, en las Organizaciones Revolucionarias Integradas, fue elegido miembro de la Dirección Nacional, del Secretariado y de la Comisión Económica de las

ORI.

En mayo de 1963, las ORI se reorganizaron en el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), pasando el Che a ser miembro de su Dirección Nacional y del Secretariado.

Durante la invasión de los mercenarios a Playa Girón, días críticos para la revolución, el Che encabezó la región militar de la provincia de Pinar del Río.

No había aún terminado la batalla de Playa Girón, pero él ya estaba allí, en lo más decisivo de los acontecimientos. En el libro *Cuba de fiesta* la periodista francesa Ania Francos describe así su entrevista con el Che en esos días:

“El Che está rodeado por una multitud de milicianos, y tras las espaldas apenas puedo ver su pálido rostro. Boina negra, en su guayabera verde oscura ninguna insignia... Recuerdo las palabras entusiastas de mi amiga argentina: “Todas las muchachas de América Latina están enamoradas del Che. Es muy apuesto: cara pálida romántica con grandes ojos negros y una pequeña barbita desgreñada. ¡Un verdadero Saint-Just!...” Sartre describía en un artículo al Che como a un auténtico héroe de la revolución y citaba sus palabras: “Fidel hubiera podido encontrar una cabeza mejor que la mía, pero difícilmente lograra encontrar otra que más concordara con sus ideas”.

Ania Francos asistió a la conversación del Che con un negro mercenario prisionero.

- ¿Y tú qué haces aquí? -pregunta el Che al prisionero-. ¿Has venido también a abogar por la “democracia”? ¿Participas en una intervención financiada por el país de la segregación racial? Para colmo, en compañía de esos jovencitos burgueses, que les importa un bledo el que tú, de piel negra, no tengas los mismos derechos que ellos. ¡Ellos se han alzado contra una revolución que está afianzando la dignidad de todas las razas! ¡Has tomado las armas para que estos vástagos de las “familias bien” se apoderen otra vez de los clubes en los que a ti, negro, ni te dejarán pisar el umbral!

El negro guarda silencio. El Che se vuelve hacia los demás prisioneros.

- ¿Quién de ustedes fue miembro de un club aristocrático?

Algunos levantan la mano.

- ¿De cuáles?

Los prisioneros mencionan uno u otro club: “Club Náutico”, “Miramar”, “Yacht Club”, etc.

El Che se dirige al negro:

- ¿Y tú tenías derecho a ingresar a esos clubes?

- No -responde.

- Claro, ellos tenían que les ensuciaras el agua en sus piscinas. ¡En cambio, no tienen ningún temor cuando se trata de las aguas de Playa Girón! Tienes aún menos justificación que ellos -concluyó el Che.

- Lo sé, comandante -contesta el prisionero-. Lo mismo me decían los milicianos.

Todos esos años el Che vivía modestamente, trabajaba sin descanso, aprendía con tesón, estudiaba matemática superior y ciencias económicas, releyó *El Capital* de Carlos Marx. Trasmítia sus conocimientos a sus colaboradores, pero nunca los sermoneaba. Como siempre, era amable con los amigos, alternaba constantemente con los obreros, los campesinos, los estudiantes, se entrevistaba con líderes extranjeros del movimiento comunista y de liberación nacional.

El Che entregaba todas sus fuerzas a la construcción del socialismo en Cuba, a la defensa y el fortalecimiento de su gloriosa revolución. Sin embargo, soñaba con algo más grande, con la revolución continental, con la liberación de toda América Latina, incluida su patria, Argentina, del imperialismo yanqui.

Y si él, argentino, había llegado desde lejos a Cuba para combatir por la libertad de este país, con mayor fundamento podía abandonarlo y engrosar las filas de quienes alzarán la bandera de la insurrección en sus pampas natales o en los cruces de los Andes, donde vuelan los cóndores y cuidan los rebaños de llamas los indios, dueños genuinos de la tierra americana.

Pero la revolución cubana estaba aún en la cuna. Era cierto que ese maravilloso niño crecía no por días, sino por horas, aunque aún le estaba reservado superar muchas pruebas y dificultades antes de que Ernesto Che Guevara pudiera cambiar su cartera ministerial por su tan añorada mochila guerrillera...

El mundo del socialismo.

Sin la existencia de la Unión Soviética no hubiera sido posible la revolución socialista en Cuba.

Fidel Castro.

No nos cansaremos de repetir mil veces que desde el momento en que nosotros pisamos la tierra soviética, sentimos que la Unión Soviética es la Patria del Socialismo en la tierra.

Ernesto Che Guevara.

Desde los primeros días que siguieron a la victoria de la revolución, el Che y otros jefes rebeldes comprendieron perfectamente que la lucha por la emancipación social del pueblo cubano provocaría sanciones por parte de los EE.UU., que no escatimarían medios y fuerzas para repetir en Cuba la “operación Guatemala”.

Claro que en ese caso el pueblo cubano batallaría hasta la última gota de sangre por su libertad, pero necesitaba armas, necesitaba ayuda y, en las condiciones que se habían dado, sólo la Unión Soviética podía prestarle ese concurso y ese

apoyo.

La Unión Soviética podía ayudar a la revolución cubana otorgándole las armas que tanto necesitaba para su defensa. También podía concederle asistencia económica, comprarle azúcar, venderle petróleo, máquinas, artículos de consumo de necesidad vital. Washington y sus acólitos en el país lo sabían y lo temían, por eso procuraban impedir con cualquier medio los contactos de la Cuba revolucionaria con la Unión Soviética, esgrimiendo el fantasma del comunismo.

Había también otra circunstancia que obligaba a establecer relaciones amistosas con la Unión Soviética. ¿Qué significaban las transformaciones sociales que se proponían realizar los dirigentes de la revolución cubana -reforma agraria, nacionalización de la gran propiedad capitalista, enseñanza y asistencia médica gratuitas-, o sea, qué significaba liberar a los trabajadores de la explotación? ¿Acaso no era socialismo o un paso que conducía al socialismo? Naturalmente, esas reformas podían llamarse de otro modo, pero no se trataba del nombre. Tanto Fidel como Raúl y el Che conocían demasiado bien las obras de los clásicos del marxismo-leninismo y comprendían que, una vez emprendida la vía de la lucha antiimperialista y anticapitalista, tarde o temprano llegarían al socialismo, pues no hay ni puede haber otro camino que permita superar la miseria, la injusticia y la explotación.

Y si es así, y así era precisamente, ¿acaso se podía confiar en combatir con éxito al imperialismo y construir una nueva sociedad, en la que no habrían explotadores ni explotados, sin establecer las relaciones más estrechas con el primer país socialista del mundo, con el país del gran Lenin?

A este interrogante sólo se podía responder negativamente, tanto más que la Unión Soviética había declarado el 11 de enero de 1959 -tan pronto triunfó la revolución cubana- que reconocía al nuevo gobierno revolucionario de Cuba. La prensa y la radio soviéticas, así como sus personalidades sociales y estadistas declararon decidida e incondicionalmente su apoyo al proceso revolucionario en la Isla de la Libertad.

En febrero de 1960 llegó a La Habana, por invitación del Gobierno cubano, A. Mikoyán, primer vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética. Se brindó una acogida extraordinariamente amistosa al alto representante del País de los Soviets. A. Mikoyán fue recibido en el aeropuerto por Fidel Castro, por el Che y otros dirigentes revolucionarios. Mikoyán asistió en La Habana, junto con personalidades cubanas, a la inauguración de la Exposición de los adelantos de la ciencia, la técnica y la cultura de la URSS.

Pero lo principal fue que la visita de A. Mikoyán permitió a los dirigentes cubanos entablar

negociaciones con él y concertar acuerdos ventajosos, que sentaron los cimientos para el ulterior desarrollo de relaciones amistosas y fraternales entre la Cuba revolucionaria y la URSS.

A título de director del Banco Nacional, el Che participó del modo más activo en las negociaciones con A. Mikoyán. Se entrevistó con él reiteradas veces, lo invitó a su casa y le presentó a la esposa y los hijos.

Las conversaciones dieron por resultado la firma de acuerdos, según los cuales la Unión Soviética compraba un millón de toneladas de azúcar por un importe superior a los precios medios mundiales. La Unión Soviética concedía a Cuba un crédito de 100 millones de dólares por 12 años. Ambos gobiernos firmaron una declaración política que refrendaba su aspiración a luchar por la paz y por otros principios consagrados por la Carta de la ONU.

Los enemigos de la revolución acogieron esos acuerdos con alaridos de indignación. Trataron de organizar manifestaciones antisoviéticas en La Habana, hicieron desórdenes cuando la delegación soviética depositaba una ofrenda floral en el monumento de José Martí, apóstol de la independencia cubana.

Pero los “gusanos” recibieron un digno rechazo. El pueblo cubano, los trabajadores, aplaudieron la normalización de las relaciones amistosas entre la Cuba revolucionaria y la poderosa Unión Soviética. Comprendían que al signarse los acuerdos se consolidaban las posiciones de la Cuba revolucionaria, permitiéndole cumplir el programa de profundas transformaciones en beneficio del pueblo.

La CIA seguía trenzando complots y provocaciones contra la Cuba libre. El 4 de marzo de 1960, en el puerto de La Habana explotó -por una bomba a reloj- el barco belga “Le Coubre”. Fueron muertas 70 personas y más de 100 heridas. En las palabras que pronunció Fidel Castro durante el entierro de las víctimas, por primera vez terminó diciendo: “¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”, consigna que pasó a ser símbolo de la revolución cubana.

En la implacable lucha contra la reacción se decidía “quién vencería a quién”: sería la Cuba revolucionaria un país auténticamente libre o se vería una vez más bajo el poder de los monopolios norteamericanos. A este tema consagró el Che una conferencia, que dictó el 20 de marzo de 1960 por TV en el programa “Universidad Popular”. La conferencia se llamaba Soberanía política e independencia económica.

Todo el país lo escuchaba: los amigos y los enemigos. El Che dijo que la soberanía nacional era inconcebible si no se conquistaba la independencia económica, y que los convenios con la Unión

Soviética, en cuyo concertamiento había “tenido el honor” de participar, tendían a fortalecer la independencia económica y, por consiguiente, la soberanía de Cuba.

Luego de señalar que la Unión Soviética se había comprometido a comprar durante cinco años a Cuba un millón de toneladas de azúcar anuales, a venderle petróleo a un precio que era el 33% más barato que el de las compañías monopolistas petroleras norteamericanas y le concedió un crédito en las condiciones más favorables habidas en la historia de las relaciones comerciales, dijo:

“Cuando Fidel explicó que el convenio comercial con la Unión Soviética era muy beneficioso para Cuba, estaba simplemente explicando que... más que explicando podríamos decir, sintetizando los sentimientos del pueblo cubano. Realmente, todo el mundo se sintió un poco más libre cuando supo que podía firmar convenios comerciales con quien quisiera y todo el mundo debe sentirse hoy mucho más libre todavía, cuando sepa contundentemente que no solamente se firmó un convenio comercial en uso de la soberanía del país, sino que se firmó uno de los convenios comerciales más beneficiosos para Cuba”.

El 8 de mayo se reanudaron oficialmente las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética. La irritación de Washington había llegado al máximo por tan “escandalosa conducta de La Habana”. Se impusieron nuevas sanciones, las firmas norteamericanas cesaron la exportación de petróleo a Cuba y su refinación en la Isla. Pero la Unión Soviética es un amigo en el que se puede confiar. El gobierno cubano envía una misión económica a Moscú, encabezada por el capitán Antonio Núñez Jiménez, director del INRA. La misión firma importantes acuerdos para el suministro de petróleo y sus derivados.

Washington ha sido humillado. El gobierno de EE.UU. derogó unilateralmente la cuota para la importación de azúcar cubano, con lo cual prácticamente cerró el mercado estadounidense tradicional a este producto primordial de la Isla de la Libertad. Pero ya habían pasado los días en que la ira del tío Sam causara espanto a los latinoamericanos. El gobierno de Cuba tomó la decisión de nacionalizar los bienes de las compañías yanquis. Washington respondió amenazando con una intervención armada a Cuba. En esos días dramáticos, el Gobierno soviético declaró públicamente que apoyaría a Cuba con todos los medios posibles en su lucha por la libertad y la independencia.

La Declaración del Gobierno soviético causó enorme entusiasmo en Cuba. Fidel Castro manifestó su gratitud y satisfacción por la misma. El 10 de junio, el Che declaró en un mitin popular ante el Palacio presidencial: “Tienen que tener

cuidado esos hijos del Pentágono y de los monopolios norteamericanos, que pasearon hasta hoy su arrogancia por los campos de América; que piensen bien; Cuba ya no es una Isla solitaria en el medio del océano defendida sólo por los pechos indefensos de sus hijos y los pechos generosos de todos los indefensos del mundo. Cuba es, además, hoy una Isla gloriosa en el centro del Caribe, defendida por los cohetes de la más grande potencia militar de la historia”.

El Che participó en la redacción de la Primera Declaración de La Habana, publicada en septiembre de 1960 en respuesta a las amenazas lanzadas por Estados Unidos de poner a Cuba de rodillas. La Declaración de La Habana reflejaba el punto de vista de los líderes de la revolución y de todo el pueblo cubano. Al proclamarla en el mitin de masas en Camagüey, el Che recaló que la ayuda de la Unión Soviética a Cuba se brindaba sin condición política alguna. La Declaración de La Habana justipreció la solidaridad de la Unión Soviética con la Cuba revolucionaria. El artículo 4 de la misma proclama que “la ayuda espontáneamente ofrecida por la Unión Soviética a Cuba en caso de que nuestro país fuere atacado por fuerzas militares imperialistas, no podrá ser considerada jamás como un acto de intromisión, sino que constituye un evidente acto de solidaridad y que esa ayuda, brindada a Cuba ante un inminente ataque del Pentágono yanqui, honra tanto al gobierno de la Unión Soviética que la ofrece, como deshonra al gobierno de los Estados Unidos por sus cobardes y criminales agresiones contra Cuba”.

El 22 de octubre de 1960, el Che -al frente de una delegación económica- emprende un viaje a los países socialistas. Era la primera visita oficial de uno de los primeros dirigentes de la revolución cubana a los países del socialismo triunfante. El Che estuvo dos meses en el extranjero, de los cuales casi uno en la Unión Soviética. Visitó asimismo Checoslovaquia, China, la RDPC y RDA.

En Moscú asistió en la Plaza Roja a los festejos del 43 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Desde la tribuna del Mausoleo de Lenin observó el desfile de las tropas y la manifestación de los moscovitas. En Moscú sostuvo conversaciones con los dirigentes del PCUS y del Gobierno soviético. Visitó fábricas, centros científicos, recorrió el Kremlin, vio la Casa-Museo de Lenin, hizo un viaje a Leningrado y a Volgogrado. Estuvo en el Smolni, en el acorazado “Aurora” y en el túmulo de Mamáev.

En Moscú, el Che concertó nuevos convenios económicos importantes para Cuba.

El 11 de diciembre de 1960, los moscovitas se entrevistaron con él en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos.

Allí el Che pronunció un largo discurso. Dirigiéndose al mariscal K. Rokossovski, quien estaba en la presidencia del mitin, dijo que el nombre del mariscal, como el de los demás héroes de la Gran Guerra Patria, permanecerá para siempre grabado en la memoria de los revolucionarios cubanos. El Che aplaudió los documentos de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú, en la cual -acentuó- Cuba se mencionaba cuatro veces y se ponía de ejemplo a otros pueblos que se encontraban en condiciones análogas. “Nosotros -dijo el orador- no tuvimos arte ni parte en esa declaración pero la apoyamos de todo corazón”.

En breves palabras habló de las etapas fundamentales de la revolución cubana.

Explico que habían iniciado la lucha en durísimas condiciones, en momentos en que la correlación de fuerzas se diferenciaba de la actual. Que habían aprendido y adquirido experiencia en el curso de la lucha, y en el curso de la revolución se habían convertido en auténticos revolucionarios. A través de su propia experiencia habían comprendido la verdad de que las masas campesinas pobres debían convertirse en el centro del Ejército Rebelde. Habían comprendido que en las condiciones de Cuba no había otro camino como no fuera el de la sublevación armada del pueblo contra la opresión armada de los títeres del imperialismo yanqui. Con las armas con la mano y unidos con los campesinos, habían emprendido la lucha contra un ejército que representaba a la burguesía, cómplice de EE.UU., y lo habían derrotado. Los otros pueblos de América Latina, que estaban en condiciones análogas al pueblo cubano, podían enarbolar esa misma bandera. El Che dijo que ellos habían demostrado que los pueblos pueden armarse, luchar contra los opresores y derrotarlos...

En la actualidad, Cuba se encuentra en una situación en la cual, por una parte, la Isla está permanentemente amenazada por los barcos, las bases y la infantería de marina del imperialismo y, por otra, cuenta con el apoyo inapreciable de la Unión Soviética, que es para ella una coraza defensiva, protege su integridad y su soberanía.

“Sabemos que Cuba es hoy, desgraciadamente -dijo el Che-, un factor neurálgico para la paz del mundo.

No nos gusta esa situación ni tenemos el punto de vista del imperialismo de jugar con fuego. Sabemos lo que puede significar un conflicto en estos momentos, pero su evitación no está sólo en nuestras manos.

Las fuerzas que apoyan a Cuba y las del campo socialista -subrayó- son las fuerzas con que contamos para que los imperialistas no cometan el error de atacarnos”.

Más adelante añadió que debían estar alertas,

vigilar las costas, el cielo y la tierra de Cuba, para rechazar al enemigo en cualquier momento. El pueblo de Cuba mirará hacia el futuro con decisión constructiva y sabe que de todas las pruebas saldrá victorioso. Se dispone a construir un mundo nuevo, aunque, lamentablemente, debe construirlo sin soltar el fusil de las manos. Así es este pueblo, dijo, a cuyos representantes ustedes reciben con tanto entusiasmo, con tanta alegría y con tanto ardor revolucionario aquí y en todas las ciudades de la Unión Soviética, en todos los rincones del campo socialista.

Jamás olvidaremos, continuó, la solidaridad combativa de este pueblo, el entusiasmo revolucionario con que acogió el pueblo soviético a los cubanos, dondequiera que estuviésemos. Quiero decirles, prosiguió el Che, que la solidaridad demostrada por este pueblo y el entusiasmo con que nos recibió son para nosotros el sello que refrenda nuestra amistad, cada hora más sólida, la amistad que establece entre nosotros la base indestructible de nuestras relaciones.

Y a estas relaciones se puede responder con las palabras: “¡Cuba no fallará!”

Cuba ocupa con toda responsabilidad el lugar que le corresponde en la lucha contra el imperialismo mundial, y está dispuesta de permanecer en ella como ejemplo vivo y combativo, mientras el imperialismo siga amenazándola con las armas.

Pero Cuba está dispuesta a aprovechar la mínima posibilidad que se le presente para solucionar los problemas por vía pacífica y no militar. Cuba apoya calurosamente la proposición presentada por el Gobierno soviético en la Organización de las Naciones Unidas para el desarme universal. Que parte del dinero invertido hoy en armamentos se distribuya entre los pueblos que lo necesitan para el desarrollo. Cuba es partidaria de la coexistencia pacífica de las naciones con diferente régimen social y propone la paz a quienes la deseen. Pero por el momento no puede abandonar el fusil, y con el fusil en la mano defenderá sus fronteras si el enemigo atenta contra ellas. Y que todos sepan que el gobierno responderá al terror contrarrevolucionario con el terror revolucionario y que barrerá a todos los que se alcen con las armas para poner nuevamente las cadenas al pueblo cubano.

Durante la estadía del Che en Moscú, el autor de este libro le solicitó que escribiera un artículo para una recopilación de ensayos histórico-etnográficos sobre Cuba. El Che consintió amablemente, y poco después entregó un trabajo que con el título *Algunas observaciones sobre la revolución* ha sido publicado en la mencionada recopilación. Ya lo cité en el capítulo anterior. Mencionaré ahora el pasaje en el cual señala el papel desempeñado por la

Unión Soviética en el devenir y la defensa de la revolución cubana.

El Che afirmaba que la victoria del pueblo cubano probaba que cuando se comparan las fuerzas económicas, políticas y militares de los dos campos antagónicos -el campo de la paz y el campo de la guerra- la balanza se inclina a favor del sistema socialista. Cuba existe como Estado soberano porque su pueblo está cohesionado por magnas consignas y porque sus dirigentes están unidos al pueblo y lo guían con pericia por el camino de la victoria. Esto es verdad, pero no es toda la verdad. Cuba existe también porque hoy existe en el mundo una unión de naciones que siempre están de parte de la causa justa y tienen suficiente fuerza para ello. Los enemigos trataron de poner a Cuba de rodillas, dejarla sin petróleo, pero los barcos soviéticos llevaron la suficiente cantidad de petróleo desde los puertos soviéticos. Los enemigos quisieron poner a Cuba de rodillas, negándose a comprarle azúcar, pero la Unión Soviética compró ese azúcar. Por último, no hace mucho trataron una vez más de estrangularla con el bloqueo económico, pero volvieron a frustrarse sus esperanzas. Esto es verdad, pero todavía no es toda la verdad. Cuba existe como Estado soberano porque ante la agresión militar fraguada en el territorio de los EE.UU. se interpuso la advertencia histórica del Gobierno soviético.

Así pues, en el ejemplo de Cuba -escribía el Che- se demostró la superioridad decisiva de las fuerzas de la paz sobre las fuerzas de la guerra. Cuba, hallándose en la zona de la influencia del imperio norteamericano, fue vivo testigo de que hoy los pueblos amantes de la libertad encontrarán en la Unión Soviética y en otros países socialistas el apoyo necesario y sabrán defender su independencia.

El 19 de diciembre, el Che suscribió, en nombre del Gobierno cubano, el Comunicado conjunto soviético-cubano, en el cual la Unión Soviética y Cuba dejaban constancia de su identidad de opiniones en cuanto a los problemas internacionales, así como a los problemas de la política interior de ambos países. El Comunicado censuraba los actos agresivos de los EE.UU. contra Cuba y contra otros países que defendían su independencia. La parte soviética expresaba estar de acuerdo en prestar a Cuba una amplia ayuda económica y científica, fortalecer y desarrollar las relaciones comerciales con este país y, en particular, comprar en grandes cantidades el azúcar cubano.

En las palabras pronunciadas en la recepción gubernamental en honor de la misión económica cubana, el Che dijo que al marcharse del país del socialismo, que él visitaba por primera vez, se llevaba consigo dos grandes impresiones. La

primera era la de honda satisfacción de un dirigente de la República de Cuba que había podido, durante su misión en la Unión Soviética, cumplir lo que se le había encomendado y, además, cumplido en el clima de cariño y amistad del pueblo soviético.

Además, dijo, se llevaban consigo la impresión de los días pasados en el país que había hecho la revolución más profunda y más radical en el mundo.

También se habían persuadido, añadió, de que cuarenta y tres años después de la triunfante revolución, el pueblo soviético había conservado intacto su espíritu revolucionario. Asombraba asimismo que todos los ciudadanos soviéticos, sin excepción, conocieran a fondo los problemas candentes de la humanidad, así como el alto nivel de su preparación política. Se había convencido de ello por doquier, ya que en las calles, en las fábricas y en los koljoses que había visitado lo reconocían de inmediato y lo acogían con exclamaciones: “¡Viva Cuba!”. Durante quince días, añadió el Che, textualmente nos bañamos en un mar de amistad, y eso implica una enorme enseñanza y un gran apoyo, porque tan pronto los cubanos salen de su país, se sumergen en un océano de hostilidad.

El Che reiteró la alta estima en que tenía la ayuda y el apoyo brindados por la Unión Soviética a la Cuba revolucionaria. Continuó diciendo que el pueblo soviético y el Gobierno soviético habían tendido a Cuba su mano de ayuda en cualquier problema, por muy complicado que fuera. Dijo que robaría mucho tiempo a los presentes si narrara toda la ayuda prestada por la Unión Soviética en los últimos dos años o si se refiriera a las cláusulas del comunicado recientemente firmado. Todo esto, dijo, era una prueba tangible de que la Unión Soviética siempre está al lado de los pueblos que luchan por la paz y la independencia, lo cual, a su vez, hará que la Unión Soviética se convierta en un símbolo aún mayor para los países que, a semejanza de Cuba, se alzan a la lucha por la libertad. Eso hará, continuó, que los Estados latinoamericanos -si no sus gobiernos, sí sus pueblos- comprendan mejor que la verdadera vida nueva se encuentra precisamente aquí y parte desde aquí. Justamente la Unión Soviética y justamente los países del campo socialista les apoyarán en la lucha por la independencia y la libertad, mientras que los imperialistas norteamericanos los oprimen y explotan despiadadamente.

El Che terminó su discurso advirtiendo a los imperialistas que, en caso de ser agredido, el pueblo cubano, como un solo hombre, empuñaría las armas para defender su libertad. El pueblo cubano sabe, declaró, que en esa lucha contará con el apoyo de la Unión Soviética.

Antes de partir de la Unión Soviética, el Che hizo una declaración al representante de Radio

Moscú. No se cansaría de repetir mil veces, dijo, que desde el momento en que había pisado la tierra soviética sintió que la Unión Soviética era la patria del socialismo en la tierra. Añadió que el espíritu revolucionario que originó Octubre de 1917 continuaba vivo en el pueblo soviético.

El viaje del Che por los países socialistas resultó muy positivo. A iniciativa de la Unión Soviética se organizó un “pool” de los países socialistas, que se comprometían a comprar anualmente a Cuba hasta 4 millones de toneladas de azúcar, de los cuales la URSS consintió adquirir 2.700.000 toneladas. Además, se prometió a Cuba la más diversa asistencia técnica.

El Che informó detalladamente sobre los resultados de su viaje al pueblo cubano en el discurso que pronunció por radio y televisión el 6 de enero de 1961.

Citaremos sólo algunos pasajes de su intervención, testimonio del enorme respeto que despertó en el Che el pueblo soviético, nuestro partido y nuestro Gobierno.

Recordó que cuando Antonio Núñez Jiménez regresó del viaje a la Unión Soviética y narró sus impresiones, muchos no le daban crédito y lo llamaron “Alicia en el País de las Maravillas”. Al respecto, el Che dijo: “Realmente, yo puedo decir que como he recorrido más aún, he recorrido todo el continente socialista, a mí me pueden decir: “Alicia en el Continente de las Maravillas”.

Pero uno debe decir realmente lo que ve, y ser honesto, y las realizaciones de los países socialistas, de los que ya han alcanzado un alto grado de desarrollo, o de los que todavía están en procesos muy similares al de Cuba, son extraordinarias. No puede haber comparación ninguna, en sus sistemas de vida, en sus sistemas de desarrollo, con los de los países capitalistas. Y, sobre todo, no hay comparación ninguna entre la forma en que la gente ve un hecho como nuestra revolución, en esos países y en cualquier país capitalista del mundo. El entusiasmo es extraordinario en todos ellos.

Quizás en la Unión Soviética sea donde se pueda palpar más. Han pasado cuarenta y tres años de la revolución, todo el mundo tiene un altísimo grado de cultura política...”

Relató a sus oyentes las realizaciones de la Unión Soviética en las diferentes esferas de la economía nacional, señalando particularmente las posibilidades inmensas, infinitas, dadas por el Poder soviético para el desarrollo armónico del hombre.

“La verdad es que yo no creía que se llegara a eso -dijo el Che-. Y junto con esto, la enorme espontaneidad, la alegría, el sentido de compañerismo de ese pueblo. Evidentemente, no son palabras de protocolo, lo dijimos una vez por allá, pero es cierto: uno siente al llegar a la Unión

Soviética que es el lugar donde nació el socialismo, y siente que el socialismo es un sistema justo...”

Expuso con pormenores el texto del Comunicado firmado por él y por la parte soviética en Moscú, deteniéndose especialmente en el último apartado, donde ambas partes declaran ser firmes partidarios de la coexistencia pacífica y que harían todo lo que de ellas dependiera para garantizar la paz universal.

El Che comentó así este apartado: “Para nosotros ese aspecto de la paz no son palabras, como pudieron creerse; son cosas muy importantes. Porque en este momento cualquier paso mal dado, cualquier equivocación del imperialismo, puede llevar a guerras locales grandes, que lleven inmediatamente a una guerra mundial. Y desgraciadamente, cuando haya una guerra mundial -una guerra mundial que será de cohetes, y de cohetes atómicos- a Cuba no le va a ir bien.

De modo que nosotros tenemos constantemente que luchar por la paz del mundo; estar dispuestos a defender esto hasta el final, y lo defenderemos, y quien pise esta tierra podrá saber que no le va a ir bien. Pero al mismo tiempo, con serenidad tenemos que luchar por que la paz del mundo no sea rota, ni aquí ni en ningún lado”.

Esa declaración del Che tuvo gran alcance ideológico y político. Nadie dudaba de su sinceridad y honestidad política. Por eso, su testimonio acerca de los adelantos de la Unión Soviética en la edificación socialista y sus palabras de solidaridad con la línea internacional del PCUS y del Gobierno soviético fueron particularmente persuasivas para aquellos cubanos, que, apoyando la política del gobierno de Fidel Castro, todavía estaban atezados por los prejuicios anticomunistas y antisoviéticos.

El Che volvía reiteradas veces en sus intervenciones a las relaciones cubano-soviéticas. En el mitin dedicado a la memoria de Antonio Guiteras, luchador cubano contra el imperialismo norteamericano, asesinado por orden de Batista en 1935, respondiendo a quienes aseveraban que la alianza de la Cuba revolucionaria con la Unión Soviética significaría una sustitución de la influencia norteamericana por la soviética, dijo: “Nosotros respetamos y admiramos, y mientras más conocemos ¡más respetamos y admiramos a la Unión Soviética y a los otros países socialistas!; podemos decirlo así... Nunca un gobernante de los países socialistas ha intentado siquiera darnos un consejo de lo que tenemos que hacer, ¡nunca han hecho la menor tentativa de eso! y mucho antes de esta situación actual, cuando dieron los primeros cien millones de créditos, ni siquiera pidieron lo mínimo que puede pedir un país, en esas condiciones, que es el reconocimiento diplomático; tratándose, en aquel caso, de la Unión Soviética,

poderosísimo país de la tierra, con doscientos millones de habitantes, y de Cuba, una pequeña Isla, apenas salida al concierto de las naciones libres, con seis millones de habitantes”.

Se sobrentiende que lo que decía el Che sobre la Unión Soviética no era sólo su opinión personal, sino reflejaba también la de Fidel Castro y de otros dirigentes máximos de la revolución cubana, pero no puede dejar de reconocerse el señalado papel desempeñado por el mismo Che en la formación de esa opinión.

El Che sentía respeto por la Unión Soviética no sólo porque veía en ella al primer país del mundo que había acabado con la explotación y las demás plagas del régimen capitalista, sino también porque la política de nuestro partido y de nuestro gobierno, inspirada en las ideas leninistas del internacionalismo proletario, garantizaba a la Cuba revolucionaria la seguridad y la posibilidad de construir una nueva sociedad justa, basada en los principios del socialismo. La Unión Soviética se había comprometido a prestar a la revolución cubana, además de ayuda militar, también ayuda económica, técnica y financiera en cantidades que superaban la asistencia de todos los demás países socialistas juntos. Con la particularidad de que esa ayuda se brindaba a Cuba con grandes facilidades, se ajustaba a la plena y absoluta igualdad de derechos, sin imponer a Cuba compromiso político alguno o exigencias incompatibles con su soberanía.

Muchos admiradores extranjeros del Che se lo imaginan como un revolucionario “permanente” sui generis, cuyo ideal supremo era la guerrilla, la lucha con el arma en la mano contra el imperialismo y sus secuaces. Tales admiradores tergiversan, involuntaria o conscientemente, la figura del Che, olvidan el papel que desempeñó en la edificación de las bases económicas del socialismo en Cuba.

El Che prestaba particular atención al desarrollo industrial de Cuba, estimando -no sin fundamento- que la creación de la industria nacional elevaría el nivel de vida de los trabajadores cubanos y los haría más conscientes en el sentido político, los forjaría desde el punto de vista moral y espiritual, aproximándolos al socialismo. El Che estudiaba atentamente la experiencia de la construcción socialista en la Unión Soviética, la experiencia de nuestra planificación y dirección de la economía nacional y, en particular, de la industria, el papel que desempeñan el partido, los sindicatos y otras organizaciones de masas en la economía, en el desarrollo de la emulación, la correlación de los estímulos morales y materiales, los problemas concernientes a las normas del trabajo, en fin, le interesaba toda nuestra experiencia, acumulada durante largos años, de la construcción del

socialismo.

No sólo extraía datos y conocimientos sobre esta temática leyendo nuestras publicaciones, sino también conversando con los especialistas, peritos, ingenieros, economistas soviéticos que visitaban Cuba o trabajaban en la Isla de la Libertad. Buscaba este tipo de contactos en sus visitas al País de los Soviets, donde frecuentaba a varios científicos, en particular, al académico N. Fedorenko, director del Instituto central de Matemática y Economía, de la Academia de Ciencias de la URSS.

El Che alternaba de buen grado con soviéticos de cualquier profesión: escritores, personalidades sociales, artistas y, por supuesto, ajedrecistas. Uno de los primeros soviéticos que lo visitó en Cuba, a comienzos de 1959, fue el compositor Aram Jachaturián. Gran amistad unía al Che con nuestro primer cosmonauta Yuri Gagarin. El escritor Borís Polevói, cuyo libro *Un hombre de verdad* leyera el Che ya en México, recomendando calurosamente su lectura a los miembros de la expedición del “Granma”, también sostuvo una charla con él en La Habana.

El Che se ganaba a los soviéticos que se entrevistaban con él por su sinceridad, cordialidad y pasión revolucionaria.

Borís Polevói, cuyas memorias ya he citado, lo recuerda así: “Tenía un rostro admirable, de facciones grandes, muy bello. Lo enmarcaba una barba suave, a mechones, rizada. Los bigotes oscuros y las cejas de cebellina -como solía decirse en nuestra Rusia- tan sólo acentuaban la blancura de ese rostro que, al parecer, era refractario al sol. A primera vista, ese rostro parecía austero, incluso fanático, mas tan pronto sonreía traslucía de inmediato la verdadera edad de este ministro, viéndose cuán joven era. El “mono” militar color caqui, el pantalón holgado, ajustado dentro de unas botas acordonadas, y la boina negra con una estrella diríase que daban la última pincelada a su personalidad”.

El Che se entrevistaba con frecuencia con los periodistas soviéticos. En esas charlas subrayaba invariablemente cuánto significaba la ayuda soviética para la edificación del socialismo en Cuba. En una de ellas, publicada por la revista *Tiempos Nuevos* el 4 de julio de 1962, habló de la ayuda desinteresada que prestaban los países socialistas a Cuba. “Naturalmente -dice Guevara- la ayuda de la Unión Soviética es vasta y completa. Por eso, cuando hablamos de las relaciones económicas con los países del campo socialista nos referimos, ante todo, a las relaciones con la Unión Soviética. Y siempre se basan en la colaboración fraternal y en el respeto mutuo de los intereses nacionales”.

1962 fue proclamado en Cuba Año de la Planificación. Pero la actividad constructiva

pacífica de la Cuba revolucionaria no era del agrado de los imperialistas norteamericanos. Y aunque la invasión de sus mercenarios a Playa Girón había sido rotundamente aplastada el año anterior, continuaban agravando la atmósfera hostil contra la Isla de la Libertad.

El gobierno estadounidense recrudesció el bloqueo económico de la Isla, con propósito de asfixiar la revolución con la mano del hambre, en tanto que la CIA continuaba entrenando y enviando a Cuba a bandas subversivas, a saboteadores y a espías, con la misión de desorganizar y paralizar las actividades de las autoridades revolucionarias. Aviones espías norteamericanos sobrevolaban día y noche Cuba, infringiendo todas las leyes internacionales. En las bases norteamericanas situadas en la zona del Caribe se concentraban ingentes efectivos. Esos actos agresivos de Estados Unidos ponían en peligro la existencia independiente de Cuba, amenaza que Washington no ocultaba.

Con el cinismo típico de los imperialistas, representantes de las autoridades norteamericanas ofrecían al Gobierno cubano “el amor y la bolsa”, sólo con una condición: que rompiera las relaciones amistosas con la Unión Soviética. Fidel Castro y el pueblo cubano rechazaron resueltamente esas sucias ofrendas. El gobierno cubano solicitó a la Unión Soviética que prestara ayuda a Cuba para fortalecer su capacidad defensiva. El Gobierno soviético respondió positivamente a la solicitud de los amigos cubanos.

Para concertar el convenio correspondiente, el 27 de agosto de 1962 llegó a Moscú una delegación cubana, encabezada por Ernesto Che Guevara. Esa vez permaneció en la Unión Soviética tan sólo una semana. Las negociaciones finalizaron favorablemente.

En el comunicado concerniente la delegación cubana había intercambiado opiniones con la parte soviética a propósito de las amenazas a Cuba por parte de los medios imperialistas agresivos. Debido a esas amenazas, el Gobierno de la República de Cuba se había dirigido a la Unión Soviética solicitándole ayuda en armamentos, así como los respectivos especialistas técnicos para instruir a los militares cubanos. El Gobierno soviético atendió ese pedido del Gobierno de Cuba, y en esta cuestión se llegó a un acuerdo. Mientras siguiera en pie la amenaza por parte de los medios indicados respecto de la Isla, la República de Cuba tenía todo fundamento para tomar las medidas pertinentes, con miras a garantizar su seguridad y a defender su soberanía e independencia, en tanto que sus verdaderos amigos tenían pleno derecho a responder favorablemente a ese pedido legítimo.

Pero los EE.UU. agudizaron más aún las relaciones con Cuba, declarándola en “cuarentena”

-el bloque militar-, amenazaron con una intervención armada. Así surgió la crisis del Caribe. Pero también en esa ocasión los agresores norteamericanos, luego de agitar las armas, hubieron de retroceder ante la férrea decisión del pueblo cubano de defender su independencia, así como ante la solidaridad con Cuba por parte de la Unión Soviética y de los países socialistas.

En esos días angustiosos para Cuba, el Che -al igual que durante la invasión de los mercenarios a la Playa Girón- se hallaba en su puesto combativo: mandaba el ejército en la provincia de Pinar del Río... Allí le ocurrió un accidente: se le cayó la pistola, disparó y lo hirió. Al enterarse, los contrarrevolucionarios divulgaron diferentes versiones “fidedignas” de esa lesión. Afirmaban que el Che habría tratado de suicidarse por sus “divergencias con Fidel Castro”.

Cuando Estados Unidos sufrió un nuevo fracaso en la crisis del Caribe, los calumniadores se activaron una vez más. Trataron nuevamente de difamar al Che, e inclusive a Fidel Castro, afirmando que ambos habrían “roto” con la Unión Soviética. Esta versión era tan “auténtica” como la de que el Che había querido suicidarse por sus “divergencias” con Fidel Castro.

Claro que los imperialistas habrían pagado caro por introducir la discordia entre la Unión Soviética y la Cuba revolucionaria.

La verdad era que el Gobierno cubano sustentaba su propio punto de vista en cuanto a las vías para resolver la crisis del Caribe. Cuba y la Unión Soviética habían discutido la cuestión y llegado a un común acuerdo.

El 1º de noviembre de 1962, Fidel Castro declaró: “¡Porque hay que decir que por encima de todo somos marxistas-leninistas! ¡Y somos amigos de la Unión Soviética! ¡Entre la Unión Soviética y Cuba no habrá brechas!

Nosotros otra cosa más queremos decir: que tenemos confianza en la política de principios de la Unión Soviética...”

Ni por asomo se podía hablar de una “ruptura” del Che y de la dirección cubana con la Unión Soviética. También en esa oportunidad el enemigo quería hacer pasar lo deseado por realidad.

El 9 de noviembre de 1962, hablando por la radio y la TV de Cuba, Fidel Castro dijo que en todos los momentos difíciles que ha sufrido Cuba, la Unión Soviética constantemente le tendió la mano. La URSS siempre estuvo de lado de Cuba revolucionaria.

Esta opinión del líder de la revolución cubana fue compartida por Ernesto Che Guevara en una charla con los estudiantes americanos, cuyo texto publicó el periódico *Revolución* el 2 de agosto de 1963.

El Che condenó resueltamente los actos

provocadores de los trotskistas, que en el período de la crisis exigieron la invasión de la base norteamericana en Guantánamo. Declaró que los trotskistas no tenían nada que ver con la revolución cubana, que eran unos vagos y charlatanes, y que el gobierno no estaba dispuesto a permitirles que imprimieran su órgano de prensa, como lo reclamaban con todo descaro.

No dudamos de que si el Che viviera, compartiría también las siguientes palabras de Fidel Castro, referentes a la Unión Soviética, pronunciadas durante el informe en homenaje al centenario de V. I. Lenin: “Hoy como se sabe hay superrevolucionarios teóricos, superizquierdistas, verdaderos “supermanes”, si se quiere -para darles un término-, capaces de destripar al imperialismo en dos segundos con la lengua; muchos superrevolucionarios que no tienen ni noción de lo que es la realidad y los problemas y las dificultades de la revolución, alentados por ese sentimiento bien alimentado por el imperialismo, llevan un odio feroz. Es como si no quisieran perdonar que la Unión Soviética existiera...”

Esas corrientes olvidan las increíbles dificultades iniciales del proceso revolucionario en la Unión Soviética... los increíbles problemas derivados del bloqueo, del aislamiento, de la agresión fascista. Todo eso pretenden desconocerlo, y casi consideran una especie de crimen que exista la Unión Soviética. Y esto desde posiciones de izquierda: una deshonestidad absoluta”. Esos provocadores de “izquierda” no tendrán otra cosa, pero lo que es deshonestidad, les sobra.

En 1964, el Che asistía casi diariamente a la inauguración de diferentes fábricas y unidades laborales, muchas de las cuales se construían con la ayuda de la Unión Soviética. En el discurso que pronunció el 3 de mayo de 1964 con motivo de la inauguración de la “Fábrica Aguilar” mecánica y de cojinetes, recordó cordialmente el abnegado trabajo realizado por los técnicos soviéticos, que procuraron poner la empresa en marcha a la mayor brevedad posible. Señaló que la Unión Soviética prestaba a Cuba una ayuda concreta en su desarrollo.

Durante todo el período de existencia de la Cuba revolucionaria, sometida constantemente a la amenaza del imperialismo yanqui, el Gobierno soviético y el pueblo de la URSS le brindaron su apoyo. El Che manifestó su seguridad de que Cuba podría contar también en adelante -en cualesquiera circunstancias- con la ayuda y la comprensión del Estado soviético y del pueblo soviético. “¡Esto es el verdadero internacionalismo proletario!” -concluyó el Che.

El Che altamente valoraba el convenio a largo plazo, firmado en 1964 con la Unión Soviética para la compra del azúcar cubano. En el artículo que

publicó ese mismo año la revista inglesa *International Affairs*, remarcaba no sólo la enorme importancia positiva de ese acuerdo para la economía de Cuba, sino también su inmenso alcance político. El convenio concertado con la Unión Soviética, escribía el Che, era testimonio de un nuevo tipo de relaciones en el campo socialista, en el cual un Estado socialista altamente desarrollado presta ayuda a otro subdesarrollado, contrariamente a lo que ocurre en el mundo capitalista, donde las potencias industriales tratan de adquirir por una bagatela la materia prima de los países subdesarrollados.

El Che visitó nuevamente -esta vez por dos semanas- la Unión Soviética en noviembre de 1964. Participó en los festejos de la Gran Revolución Socialista de Octubre, se entrevistó con los dirigentes del partido y del Estado de la Unión Soviética.

El 11 de noviembre asistió, en la Casa de la Amistad, al mitin con motivo de la fundación de la Sociedad de Amistad soviético-cubana. Después del informe del primer cosmonauta Yuri Gagarin, elegido presidente de la Sociedad, y del saludo presentado por Gerardo Mazola, entonces dirigente del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), se dio la palabra al Che. Fue su último discurso en la Unión Soviética. Lo publicamos íntegramente:

“Queridos compañeros (dijo estas palabras en ruso):

Continuaré hablando en español. Ustedes saben que cuando los dirigentes de la revolución cubana hablan ante el micrófono es difícil arrancarlos de allí.

En mi caso, no deben temer lo mismo. El compañero Mazola expresó todos los sentimientos de nuestro pueblo. Y los demás compañeros ya nos dieron la información más completa posible, inclusive la información del cumplimiento anticipado del plan en honor del aniversario de la Revolución de Octubre.

Esto, naturalmente, ocurre aquí, en la Unión Soviética. Lamentablemente, no puedo comunicarles las mismas noticias. En el futuro también sobrepasaremos el plan en honor del 7 de noviembre, porque esta fecha les pertenece a todos.

Compañeros: El pueblo de Cuba comenzó a construir el socialismo hace poco. Aún tenemos que aprender mucho. Desarrollar nuestra conciencia, desarrollar el sentimiento de amor al trabajo. Pero nuestro pueblo conoce la historia, la auténtica historia. Conoce la fuerza del ejemplo, sabe que la sangre vertida por los luchadores soviéticos en defensa de la libertad, del socialismo y el comunismo podría formar ríos. También sabe que los soviéticos derramaron su sangre en tierras lejanas a su Patria, que también en nuestro país hay

especialistas militares soviéticos cumpliendo su deber internacionalista proletario. También sabe que en la actualidad un gran número de especialistas soviéticos nos están enseñando la construcción pacífica. Sabe que los especialistas soviéticos en todo el mundo están para ayudar a los pueblos subdesarrollados a manejar la técnica más avanzada, con la cual se puede construir un futuro mejor. Conoce las maravillosas hazañas para explorar el Cosmos, cuyo comienzo le pertenece a la Unión Soviética.

Nuestro pueblo, que estudió la historia y conoce la fuerza del ejemplo, siempre reconoce los sacrificios hechos por el pueblo soviético y podrá seguir vuestro glorioso ejemplo, defendiendo firmemente su revolución y el régimen del socialismo.

Cuba, compañeros soviéticos, jamás dará un paso atrás.

Nuestra amistad será eterna.

¡Gloria a la Unión Soviética!” (Estas palabras también las dijo en ruso.)

En vísperas de partir para Cuba, el Che relató al corresponsal de la APN los resultados de su último viaje a la Unión Soviética:

“Tuve el honor de ser dos veces representante de Cuba en los festejos del 7 de noviembre en Moscú: en 1960 y ahora. Cuando en 1960 estuvimos en la tribuna del Mausoleo, éramos representantes de un país que todavía quería ser algo, que estaba en plena lucha contra EE.UU.

Este año subimos a la tribuna del Mausoleo como representantes de un país socialista, de un nuevo país socialista nacido en el continente Americano. Nos fue grato ver el nombre de nuestro país entre los de otros Estados socialistas, escuchar nuestras marchas militares en el desfile, al igual que nos fue grato recibir hace poco en La Habana a un nuevo petrolero soviético, que ostentaba el nombre de nuestra capital. Ese petrolero pertenece a la serie de grandes barcos a los que se da el nombre de las capitales de los países socialistas. Todo esto es para nosotros un hecho emocionante, porque hace sólo muy poco que emprendimos el camino de la construcción del socialismo.

En la Plaza Roja percibimos el caluroso sentimiento de amistad del pueblo soviético, su invariable entusiasmo.

Estuvimos en varias empresas soviéticas. Vimos mucho de lo que refleja el alto potencial de la industria de la URSS. En la fábrica de automóviles Lijachov, por ejemplo, vimos nuevos talleres automatizados, nuevos modelos de camiones”.

Cuando le preguntaron cuáles eran las perspectivas del desarrollo industrial de Cuba y del subsiguiente fortalecimiento de la colaboración económica soviético-cubana, el Che contestó:

“Nuestra colaboración con la Unión Soviética se

desarrolla con éxito en muchas esferas, ante todo en la energética, rama en que la URSS ha acumulado una rica experiencia. Por eso en nuestro país la mayoría de las centrales eléctricas se construyen con la ayuda soviética. Construiremos centrales térmicas, tradicionales para Cuba, que funcionan a petróleo, usando en parte, si se justifica económicamente, la turba y otros tipos de combustible.

Ahora una rama importante de la industria de Cuba es la metalurgia. Construiremos empresas de fundición de acero. Impulsaremos también la metalurgia no ferrosa. Tenemos cuantiosas reservas de laterita al norte de la provincia de Oriente. Allí deberá construirse un combinado metalúrgico, que se convertirá en base de la metalurgia no ferrosa. También en este caso contamos con la ayuda de la Unión Soviética.

Basándonos en la experiencia soviética, proyectamos asimismo organizar la producción de maquinarias agrícolas.

Cuba está interesada en desarrollar la química, la automática, la electrónica. Pero esto por ahora es nuevo para nosotros y, antes de ponernos a hacer planes, debemos acumular cierta experiencia.

En la industria química ya hemos recibido una ayuda concreta de los compañeros soviéticos; comenzarán a construir una fábrica de abonos el año que viene en la ciudad de Nuevitas”.

El Che aplaudió la fundación de la Sociedad de Amistad soviético-cubana, seguro de que contribuiría a consolidar las relaciones entre nuestros países, al intercambio cultural y a otros contactos.

“Cuando se fundó la sociedad -dijo- nos emocionaba en todo momento la atmósfera de cordialidad con que nos rodeaban los soviéticos, el gran número de personas y de organizaciones que desearon ser miembros de la sociedad, el entusiasmo con que se acogió la noticia de que se fundaba.

Por cierto, también pensábamos fundar en Cuba una sociedad similar, pero ustedes nos aventajaron.

A pesar de que nuestra amistad es tan reciente -concluyó el Che- nos atan lazos muy estrechos de amistad, imposibles de destruir. Siempre que pisamos la tierra del primer país que construyó el socialismo, sentimos el calor de la amistad. Por nuestra parte, declaramos una y otra vez que iguales son los sentimientos del pueblo de Cuba. Cuando vemos las grandes realizaciones del pueblo soviético, defensor de la paz en todo el mundo y aliado de Cuba, nos sentimos más fuertes y seguros.

Sabemos que el pueblo soviético tiene con qué defender la paz, lo vimos en el desfile del 7 de noviembre”.

En su última entrevista con un periodista soviético, el Che habló del trabajo pacífico

constructivo y de la paz. En ello no había la menor contradicción, porque todo lo que había hecho hasta entonces y todo lo que haría después, tenía por objeto la fundación de una sociedad socialista pacífica y justa, y el triunfo de los nobles ideales del comunismo en todos los rincones de la tierra y, entre ellos, en su amada América Latina.

Y había algo simbólico en que, antes de ensillar a su Rocinante; este caballero andante de la revolución, fuera primero a la Unión Soviética para, por última vez, inclinar su frente ante el Mausoleo de Lenin, en cuyas nobles ideas él creía y por cuyo triunfo estaba dispuesto a entregar lo más valioso que tiene el hombre, la vida...

Construyendo la nueva sociedad.

La construcción del socialismo se basa en los frutos del trabajo, en la producción creciente y en la productividad del trabajo. Sería inútil desarrollar nuestra conciencia, si no pudiéramos aumentar nuestra producción, si no tuviéramos artículos de amplio consumo.

Ernesto Che Guevara.

La experiencia prueba que el socialismo no es fruto de una receta dada con antelación, ni surge con cuadros preparados previamente para ello.

Tan sólo después de tomar el poder y en el proceso de la lucha de clases se esbozan los contornos de la futura sociedad y se forjan los cuadros de sus futuros constructores.

Antes del triunfo de la revolución, en Cuba pocos soñaban con el socialismo. Es más, inclusive después de la victoria de la revolución, la idea de edificar la sociedad socialista les parecía a muchos sumamente lejana. No obstante, la revolución avanzaba a pasos gigantescos, aventajando las esperanzas más audaces de sus más fervientes partidarios. Y cuando en 1961 todos los medios de producción se vieron en manos del Estado, se puso al orden del día, con toda agudeza, la necesidad de empleados para construir una nueva sociedad.

La cosa se complicaba debido a que, en virtud de las condiciones especiales del desarrollo de la revolución en Cuba, su vanguardia -o sea, las agrupaciones revolucionarias que ejercían la dirección del proceso revolucionario- carecía al principio de un programa de Construcción del socialismo. De hecho, ese programa iba cristalizando sobre la marcha, bajo el influjo de los líderes de la revolución. Se sobrentiende que en esta cuestión, como en todas las demás, la primera palabra le pertenecía a Fidel Castro. El segundo hombre que más incidió en la política económica de la revolución fue, sin duda alguna, Ernesto Che Guevara, primeramente en el cargo de presidente del Banco Nacional y, luego, en el de ministro de Industrias.

Los dirigentes de la revolución, con Fidel Castro al frente, procuraban liberar a su patria del yugo del capital extranjero mediante transformaciones sociales cardinales, erradicar la explotación capitalista, así como la corrupción, la codicia y la relajación de las costumbres, típicas para los anteriores medios gobernantes burgueses, instruir al pueblo cubano, consolidar en él el patriotismo, la confianza en sus propias fuerzas, el sentimiento de solidaridad con los oprimidos del mundo entero, elevar el nivel de vida de los trabajadores.

No sólo los jefes de la revolución, sino también las amplias masas populares, los obreros y campesinos, ansiaban esos cambios.

Claro, todos comprendían que la vida nueva, justa, libre, sin explotadores y explotados, significaba el socialismo, o sea, el sistema social cuyos cimientos fueron sentados en la Unión Soviética por el gran Lenin. Y cuando en abril de 1961 Fidel Castro declaró -en vísperas de la invasión de los mercenarios norteamericanos- que la revolución había tomado rumbo hacia el socialismo, el pueblo cubano apoyó sin vacilaciones a su líder.

Pero una cosa es el socialismo como idea, y otra la forma concreta de su materialización en el primer país latinoamericano, como era Cuba, con todas sus singularidades. Había de construirse el socialismo en un país en que capas pudientes de la población gozaban ampliamente de los últimos adelantos del progreso técnico en la esfera del consumo: últimas marcas de automóviles, televisores, refrigeradores, pero que, al mismo tiempo, no tenía ingenieros, ni técnicos, ni químicos, ni metalúrgicos propios, como tampoco su propia industria. La Cuba prerrevolucionaria no era más que un apéndice de materias primas para su poderoso vecino. La materia prima cubana -azúcar, tabaco, minerales, frutas- se exportaba a EE.UU., de donde llegaban a la Isla artículos manufacturados. El cubano acomodado vestía traje norteamericano, usaba calzado, sombrero, camisa y corbata norteamericanos, comía conservas norteamericanas, bebía jugos y bebidas alcohólicas norteamericanos, dormía en colchón norteamericano, miraba películas norteamericanas por televisor norteamericano, viajaba en coches norteamericanos, los campos cubanos eran laborados por tractores norteamericanos que, al igual que los coches, consumían combustible norteamericano, el cubano inclusive leía fundamentalmente libros de autores norteamericanos, etcétera, etcétera.

Cabía preguntar: ¿si se le retira todo lo norteamericano, si EE.UU. deja de comprarle azúcar y de venderle petróleo, artículos de vestir y demás, aguantará el cubano, podrá rellenar ese vacío de artículos que necesita? En particular, si se

toma en cuenta que era preciso garantizar mercancías para todos los trabajadores, y no sólo para un puñado de explotadores privilegiados, como ocurría durante el viejo régimen; que era preciso construir la cantidad necesaria de viviendas, escuelas, hospitales, jardines de la infancia y hacer miles de cosas pequeñas y grandes, sin las cuales era inconcebible convertir a los cubanos en ciudadanos de la sociedad socialista, alfabetizados, con elevada cultura y provistos de todo lo indispensable.

El Che tenía la seguridad de que todo eso estaba al alcance de las posibilidades, siempre y cuando la Cuba revolucionaria se encauzara a la industrialización y la economía planificada, al desarrollo de la agricultura diversificada, con la participación activa de los trabajadores en la edificación de la nueva sociedad. Opinaba que la energía, el desprendimiento y el autosacrificio de los trabajadores podían hacer milagros, tal como lo registraba la historia de la construcción socialista en la Unión Soviética.

Estaba persuadido de que el pueblo cubano, que había hecho la heroica revolución libertadora y había ganado, en virtud de ello, al poderoso aliado y amigo -la Unión Soviética-, podía hacer frente a esa tarea difícil. Sentía impaciencia por lanzarse al combate, no ya con las armas, sino con un manual de economía política.

Puede decirse que el Che se había estado preparando para la construcción de la nueva sociedad desde los primeros días del triunfo de la revolución. Poco después de formarse el Departamento de Industria en el INRA, se organizó en él, por indicación del Che, una sección para estudiar los recursos de materias primas del país y planificar el desarrollo de las ramas principales de la industria cubana. En esa sección había sectores de energía eléctrica y de combustible; de la industria metalúrgica y construcción de maquinaria; de la industria azucarera y sus derivados; de la industria química; de materia prima mineral; de la industria de productos agrícolas.

Los cálculos preliminares demostraron que Cuba podía perfectamente impulsar su economía siguiendo los principios socialistas. Sin embargo, el Che comprendía que esa tarea era difícil, aunque sólo fuera por el hecho de que habría que resolverla careciendo casi por completo de cuadros capacitados para ello y en un clima de ininterrumpido sabotaje y subversión por parte de los enemigos de la revolución. Además, los gobernantes estadounidenses no escatimarían fuerzas ni fondos para hacer frustrar el “experimento” cubano, demostrar que el socialismo no “marchó” en Cuba y, por ende, no arraigaría en suelo americano.

Puede parecer paradójico, a primera vista, que

este celoso partidario de la reforma agraria, que exaltara la existencia de enormes potenciales revolucionarios en el campesinado, en lugar de encabezar el INRA -dedicado a las transformaciones agrarias en Cuba-, asumiera el Ministerio de Industrias. Sin embargo, aquí no hay nada contradictorio. Una cosa es la lucha contra el yugo imperialista, en la que el campesinado, como clase más numerosa y oprimida, debía participar activamente, y otra la edificación de la nueva sociedad, cuya base únicamente podía ser el desarrollo industrial, pues sólo la agricultura no podía garantizar un alto nivel de vida a las masas trabajadoras, y sin ese nivel el socialismo es inconcebible. Sus numerosas intervenciones sobre este tema evidencian que el Che entendía precisamente así el socialismo. En el documento titulado *Rumbos de la industrialización*, escrito en 1961, el Che escribía que la condición obligatoria para emancipar a Cuba del yugo imperialista era el máximo desarrollo de la producción industrial, incluidos los artículos de amplio consumo: víveres, vestidos, etc., así como la producción de la materia prima imprescindible para fabricarlos. Siempre se atuvo a este criterio. En un discurso pronunciado en mayo de 1964, el Che subrayaba que “el socialismo se construye dando más y mejores productos al pueblo, repartiendo más entre el pueblo; el socialismo no es una palabra, no es un concepto desligado de la realidad: está directamente llevado hacia el bienestar del pueblo”.

El Che tenía una noción clara y precisa de cuáles eran las tareas de la edificación socialista en Cuba. Consideraba, con justa razón, que la condición previa para la construcción socialista había sido despojar a los explotadores de los resortes del poder: los medios de producción. En esta cuestión el Che desempeñó un papel de primer orden. Siendo presidente del Banco Nacional de Cuba, nacionalizó todos los bancos y puso todos los fondos de divisas bajo el control del Estado. A raíz de que todos los fondos y las operaciones con divisas se concentraron en manos del Estado, la revolución comenzó a controlar las actividades de las empresas industriales y comerciales. Luego, al constituirse por iniciativa del Che el Banco de Comercio Exterior, todas las operaciones comerciales exteriores se supeditaron asimismo al control del Estado.

Simultáneamente con estas iniciativas y con el cumplimiento de la reforma agraria, que desmoronaron el poder de los latifundistas y de los monopolios extranjeros, pasaron a manos del Estado las empresas ilícitamente adquiridas, propiedad de los sátrapas batistianos. Esas empresas se ponían a disposición del Departamento de Industrialización del INRA, dirigido por el Che. Ese departamento fue organizado con la finalidad

de elaborar industrialmente la materia prima agrícola; pero sus funciones se ampliaban a medida que pasaban a su disposición nuevas y nuevas empresas nacionalizadas.

El 2 de enero de 1961, el gobierno de los EE.UU. rompió las relaciones diplomáticas y, de hecho, las económicas, con Cuba, tomando rumbo hacia el derrocamiento del gobierno revolucionario, para lo cual inició una serie de actos subversivos. La ruptura de las relaciones diplomáticas y los actos hostiles de los EE.UU. redundaron en que se expropiaran los bienes de los monopolios norteamericanos en la Isla. En febrero del mismo año, el Departamento de Industrialización del INRA se transformó en Ministerio de Industrias, fundándose, al mismo tiempo, la Junta Central de Planificación. En abril tuvo lugar la invasión de los mercenarios a Playa Girón, a la que precedió la proclamación, hecha por Fidel Castro, de que la revolución cubana emprendía la orientación socialista. A la derrota de los mercenarios sucedió la nacionalización de todas las grandes empresas industriales y comerciales privadas, culminando este proceso de nacionalización, en lo fundamental, hacia fines de 1962.

El Che comprendía las debilidades y las dificultades de los primeros años de edificación socialista en Cuba. Una de las tareas primordiales en ese período, según él, era capacitar profesional, económica y políticamente al eslabón dirigente e intermedio de administradores, para lo cual él y sus suplentes daban el ejemplo, asistiendo sistemáticamente a las conferencias de economía política, problemas de la planificación y otras disciplinas.

Fue iniciador de la emulación socialista en Cuba, a la que atribuyó enorme importancia no sólo porque veía en ella una fuente de elevación de la productividad del trabajo, sino también porque el sistema de la emulación contribuía a formar en Cuba a un hombre nuevo, a un nuevo tipo de trabajador que vive compartiendo los intereses de la colectividad y está dispuesto a cualquier sacrificio en aras del bien social.

La misma importancia adjudicaba el Che al trabajo voluntario, realizado sin retribución y en horas libres del trabajo por los obreros y empleados (como los sábados o domingos rojos en la Unión Soviética). Estimaba que el trabajo voluntario en bien de la sociedad elevaba la conciencia revolucionaria y era un elemento de la nueva moral socialista. Además, concedía gran importancia a que los dirigentes participaran en el trabajo voluntario, especialmente en la zafra. Durante el régimen burgués, los altos funcionarios de Cuba pasaban sus horas de ocio en los clubes o en los garitos, y sus intereses se circunscribían, por lo común, al consumo abusivo del alcohol, a las

aventuras amorosas y al deporte. Se sobrentiende que a ninguno de esos “servidores del pueblo” se le podía haber ocurrido cortar la caña, como lo hicieran los esclavos en el siglo XIX. Pero las cosas habían cambiado. Los centrales pertenecían ahora al pueblo. Los funcionarios revolucionarios eran ahora servidores del pueblo sin comillas. Su participación en la zafra, en el trabajo físico, contribuía a la unión del aparato administrativo con los trabajadores agrícolas. Durante el viejo régimen, en Cuba se consideraba que el funcionario o el empleado era un señorito, casi un hombre de una raza especial, que miraba con altanería a los trabajadores, para los que creía ser un bienhechor, cuando, en realidad, los estafaba constantemente. El trabajo voluntario echaba por tierra esa “tradicción” colonial. El Che, como siempre, daba el ejemplo participando en la zafra, en la descarga de barcos, en la limpieza del territorio de las fábricas, en la construcción de viviendas. En agosto de 1964 recibió el “Certificado de trabajo comunista” por haber rendido 240 horas de trabajo voluntario en el trimestre. Siguieron el ejemplo del Che sus ayudantes más cercanos y los trabajadores de otros ministerios y departamentos.

El Che exigía de los dirigentes no sólo idoneidad, conocimientos, responsabilidad y aptitudes para saber escuchar la opinión de los subordinados, sino también un gran espíritu de sacrificio, la máxima modestia y un desinterés absoluto. Para un trabajador con estas características, el premio superior no debían ser bienes materiales complementarios, ni honores o distintivos especiales que lo destacaran del resto de los trabajadores, sino la conciencia de haber cumplido con su deber revolucionario.

¿Cómo elevar la productividad del trabajo? Para solucionar esta cuestión el Che exigía perfeccionar el sistema de dirección y planificación, así como elevar los conocimientos profesionales de los obreros en círculos, cursos y escuelas especiales. También reconocía que los estímulos materiales desempeñan un papel muy sustancial en el alza de la productividad, pero daba preferencia a los estímulos morales. El opinaba que los trabajadores deben realizar su labor, no tanto por conveniencia material, como por aspiración consciente a contribuir al bien de todos.

Además de los certificados de honor a los mejores trabajadores y del título de obrero de choque de la producción, el Che entendía por estímulo moral que se enviara al obrero a cursar estudios, después de los cuales obtenía una calificación más alta y su afiliación al partido comunista. Según las reglas existentes en Cuba, sólo puede ser miembro del partido quien sobrepasa sistemáticamente las normas de producción, participa en el trabajo voluntario, en la emulación,

eleva su nivel de instrucción y es miembro del Comité de Defensa de la Revolución.

Lo concerniente a los estímulos morales y materiales se discutió reiteradas veces en las reuniones del Ministerio de Industrias. En cierta ocasión, el Che señaló, dirigiéndose a los directores de las empresas, que ellos procedían en su mayoría de las capas medias. Entretanto, todos trabajaban abnegadamente y sin escatimar esfuerzos. No debía dudarse de que la clase obrera daría pruebas de igual actitud consciente, aseguraba el Che a sus colaboradores.

El Che pronunció varios discursos dedicados a los luchadores por la independencia cubana -al poeta José Martí y al general Antonio Maceo-, exhortando a los cubanos a seguir el ejemplo de esos patriotas, que habían servido desinteresadamente al pueblo y dado por él la vida.

De desempeñar el Che en Argentina el mismo papel que en Cuba, probablemente citaría a su renombrado compatriota José Ingenieros, filósofo y escritor, quien aplaudió la Gran Revolución Socialista de Octubre. Ingenieros fue autor de *Las fuerzas morales*, libro muy conocido, publicado en Buenos Aires en 1925 y reiteradas veces reeditado. Este escritor consideraba que los estímulos morales son la fuerza motriz del progreso social, idea muy afín a los criterios del Che.

Digamos en honor del Che que, si bien defendía la supremacía de los estímulos morales frente a los materiales, en un artículo que se publicó en febrero de 1964 reconoció que ese punto de vista "subjetivo" debía aún ser comprobado en la práctica. Y si se demostraba, escribía, que la política de los estímulos morales impedía el desarrollo de las fuerzas productivas, habría que rechazarla de plano y volver a la política de estímulo material.

El desarrollo de la industria socialista en Cuba tropezaba con toda clase de dificultades objetivas y subjetivas: los cuadros dirigentes del Ministerio de Industrias y muchos directores de fábricas y empresas carecían de experiencia de administración socialista, y su fidelidad a la revolución no siempre conjugaba con su idoneidad profesional; había fluctuación de personal y errores en la planificación; al principio no existía una planificación a largo plazo ni disciplina financiera; privaba el interés puramente local; se interrumpieron los suministros de equipos y materias primas desde el extranjero; había ausentismo en las empresas y una actitud negligente e indiferente, por parte de algunos administradores, hacia el cumplimiento de sus tareas.

El Che estaba persuadido de que todas esas dificultades se podían superar, que los revolucionarios y los trabajadores cubanos llegarían a dominar la ciencia de la administración socialista,

aunque comprendía que esa tarea no era tan fácil y quizá fuera una de las más difíciles después de la conquista del poder por los trabajadores.

En las asambleas del colegio del Ministerio de Industrias y en las asambleas de directores de empresas el Che analizaba pacientemente los errores, los defectos y fallas de algunos dirigentes, esbozaba las vías para superarlos, enseñaba a ser autocríticos, dando él mismo el ejemplo.

Explicaba a sus colaboradores la importancia del control, los llamaba a respetar los intereses del Estado, a economizar los fondos y a no dilapidar los bienes del pueblo.

Como siempre, era rígido consigo mismo y, como siempre, se imponía las más duras exigencias. Se criticaba una y otra vez por su carácter disparate, por no saber destacar del conjunto de problemas los más importantes, los que requieren solución inmediata y por descuidar un control eficaz del cumplimiento de las resoluciones aprobadas.

Al criticar los defectos de sus colaboradores solía ser brusco y rectilíneo, pero los aludidos no se enfadaban con él: raro era el que objetara la justedad y la fundamentación de sus observaciones. No criticaba simplemente, sino siempre procuraba ayudar a esclarecer la causa de los defectos y a encontrar la forma de vencerlos.

En las asambleas y reuniones, dirigidas por él, reinaba un clima de verdadera democracia revolucionaria. Cualquiera podía objetar o discutir con el comandante Guevara, sin temer provocar su descontento. Es más, él mismo instaba a los presentes a la discusión y la crítica, pues eso le permitía explicar y argumentar mejor su punto de vista.

Tanto el Che como sus suplentes y jefes de departamento visitaban las empresas, se interiorizaban cómo marchaba el trabajo, qué necesidades y dificultades habían, y prestaban ayuda concreta.

Cuando realizaba trabajo voluntario en diferentes empresas, el Che trataba con los obreros en su ambiente de trabajo, charlaba con ellos sobre los más diversos temas, contestaba a las preguntas, extrayendo muchas cosas útiles para sí en esas entrevistas.

Detestaba la obsequiosidad y rechazaba cortésmente cualquier ofrecimiento -ya fuera un vaso de leche o el bife de su predilección- si no se hacía extensivo a todos los presentes.

Dedicaba mucha atención a la propaganda de los conocimientos económicos y técnicos, con frecuencia escribía para la prensa o pronunciaba discursos ante los trabajadores, esclareciendo los problemas candentes de la edificación económica. A proposición suya se fundaron las revistas *Nuestra industria* y *Revista tecnológica*, con tiradas

masivas.

El Che se interesaba por los últimos descubrimientos científicos y técnicos, así como su aplicación en la economía nacional. Soñaba con la electrónica, la automática y las centrales átomo-eléctricas para Cuba. Comunicaba su entusiasmo a quienes lo rodeaban, entre los cuales quedaban descartados los escépticos, los pesimistas y los quejumbrosos.

¿Hasta qué punto fue eficaz la dirección de la industria cubana por el Che? Cuatro años dirigió las transformaciones socialistas en la industria. Durante esos años se abolió totalmente la propiedad privada sobre los medios de producción. Cesó la explotación de los trabajadores. El país se encauzó hacia la economía planificada. Desapareció el desempleo crónico, plaga de los trabajadores en la Cuba prerrevolucionaria. Se elevó la conciencia de los trabajadores. Miles de obreros se convirtieron en verdaderos héroes del trabajo y se incorporaron a la emulación socialista. Los imperialistas norteamericanos confiaban en el fracaso del “experimento” cubano, en que los obreros cubanos no podrían manejar la industria sin su participación. Los obreros cubanos no justificaron esas esperanzas, y la industria socialista cubana se convirtió en realidad, pese a los lúgubres pronósticos de los cubinólogos financiados por los diferentes “fondos” norteamericanos.

Refiriéndose a los indudables logros de la Cuba revolucionaria en el desarrollo de la industria socialista, en un artículo publicado en octubre de 1964 en la revista inglesa *International Affairs*, el Che decía que los éxitos podrían haber sido más grandes, si no se hubieran cometido serios errores por falta de experiencia y de conocimientos.

Uno de estos errores consistía en que, al tratar de cerrar la brecha producida por el bloqueo económico norteamericano, el Gobierno cubano compró al extranjero gran cantidad de maquinaria, en algunos casos fábricas completas, muchas de ellas por divisas, que, por una serie de razones, no reportaron el resultado económico esperado. Por ejemplo, no se tomó en cuenta que Cuba carecía de ciertos tipos imprescindibles de materias primas para el funcionamiento de esas fábricas, como tampoco repuestos y especialistas propios. En algunos casos, la maquinaria y las instalaciones tecnológicas compradas en el extranjero resultaron ser modelos anticuados, que daban una producción costosa y de baja calidad.

A pesar de los defectos y de las dificultades, el nivel de la producción industrial en Cuba creció en 1963 en el 6%, en comparación con el año anterior. Se trataba de un indudable éxito.

Pero para el Che lo principal era la aparición en Cuba de un hombre nuevo, fiel a los ideales de la revolución, que obrara de acuerdo con sus normas

morales. “Su imagen no está todavía acabada; no podría estado nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas -escribía en marzo de 1965, en víspera de su partida de Cuba, al director de la revista uruguaya *Marcha*. Descontando aquéllos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma”.

Ya no se trataba de la masa “gris” de antaño, de gente que no sabía ni veía la salida del valle de las lágrimas, al que la había arrastrado el sistema de la economía capitalista. El torbellino revolucionario, al destruir ese sistema, diríase que había arrancado la venda de los ojos de los trabajadores. Ahora, escribía el Che en la misma carta, “ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero ésta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista”.

Los éxitos de la revolución podrían ser más sensibles si no fuera por las acciones hostiles de los imperialistas norteamericanos contra la Isla de la Libertad.

Desde el instante en que triunfó la revolución en enero de 1959, no cesaron un solo minuto los actos agresivos de los medios gobernantes estadounidenses contra Cuba. Sabotaje, espionaje, bombardeos, ataques piratas a las poblaciones, actos de terrorismo, captura de aviones, organización de atentados contra Fidel Castro y otros líderes de la revolución, formación de bandas subversivas, invasión de mercenarios, bloqueo económico, creación de un cordón sanitario en América Latina alrededor de Cuba: todo esto hicieron los EE.UU. para estrangular la revolución, para hundir el “experimento” cubano, para demostrar que el socialismo “no marchó” en suelo americano. En este sentido, Cuba realmente se parecía a Vietnam. Y aunque la primera no fue víctima de una agresión directa -excepto la invasión de los mercenarios a Playa Girón-, contra ella se libraba día y noche una guerra secreta durante todos los años de su existencia, esa guerra se libra hasta la fecha.

El médico que se convirtió en notable jefe guerrillero, amaba por sobre todo el trabajo pacífico. Construcción, producción de los artículos esenciales para el pueblo, progreso científico-técnico: a esto se dedicaría en la sociedad libre si no la amenazaran con aniquilada los imperialistas.

Pero en las condiciones en que se hallaba, el ministro de industrias debía dedicar atención no sólo a los planes y a las tareas de su Ministerio, sino también a las cuestiones relacionadas directamente con la lucha contra las astutas maquinaciones del imperialismo norteamericano...

"¡Cuba, si! ¡Yanquis, no!"

Nos empujan a la lucha, y no hay otra salida que prepararla y decidirse a comenzar el combate.

Ernesto Che Guevara.

Mientras el presidente Eisenhower y los hermanos Dulles que gobernaban a sus espaldas - John Foster al frente del Departamento de Estado y Allan dirigiendo la CIA- ansiaban terminar con la Cuba revolucionaria con actos de sabotaje, subversiones y la invasión de los mercenarios, John F. Kennedy, rival de aquéllos, se atenía a un criterio un tanto distinto.

A diferencia de Eisenhower y de los hermanos Dulles, Kennedy estimaba que Estados Unidos podían detener el desarrollo del proceso revolucionario en América Latina no sólo por la fuerza, sino también aflojando la creciente tensión social, o sea, incrementando las fuertes inversiones de capitales y haciendo reformas que aceleraran el desarrollo del capitalismo en esos países. Así nació la idea de ponerle una boina roja a la contrarrevolución, según la acertada expresión de Rodney Arismendi, Secretario General del Partido Comunista del Uruguay. Esa idea se vio encarnada en la Alianza para el Progreso que, según afirmaban los propagandistas norteamericanos, debía iniciar una nueva era en las relaciones entre Washington y América Latina. ¡Cómo no! Estados Unidos, que había expoliado despiadadamente hasta entonces a sus vecinos del sur, prometía ahora concederles, a través de la Alianza para el Progreso, 20.000 millones de dólares para el desarrollo, a razón de 2.000 millones por año, suma por sí impresionante por su magnitud, inclusive para la riqueza fabulosa del tío Sam. Hacía escasamente un año y medio que Fidel Castro, en la conferencia de países americanos, celebrada en Buenos Aires, se había referido a la necesidad de conceder a esos países 30.000 millones de dólares para el desarrollo. Entonces la cifra había parecido a muchos fantástica. Ahora Estados Unidos estaban dispuestos a desembolsar 20.000 millones, con tal de interponer una barrera a la revolución antiimperialista popular. Los yanquis confiaban que

la inversión de esos millones ampliaría los mercados latinoamericanos para sus artículos y desbrozaría a los monopolios nuevos caminos para sus ventajosos negocios. Fácil es imaginar cuán astutos y hábiles creían ser los autores de la Alianza para el Progreso, que no sólo prometía ser una garantía contra la revolución social, sino también proporcionarles opulentas ganancias. Mas, como veremos, la vida no tardó en hacer sus enmiendas en estos planes pérfidos, enmiendas que no coincidieron del todo con las intenciones y las esperanzas de Wall Street.

Ganadas las elecciones e instalado en la Casa Blanca, el 13 de marzo de 1961 el presidente Kennedy reunió a los embajadores latinoamericanos y les anunció los planes de su gobierno de fundar la Alianza para el Progreso. Kennedy invitó a los gobiernos y a los pueblos del hemisferio occidental a adherirse a Estados Unidos en este "amplio esfuerzo, sin paralelos por su grandiosa envergadura y nobleza de finalidad, tendente a satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos de América en casas, trabajo, tierras, sanidad e instrucción". Comentando estas promesas del presidente Kennedy, un periodista señaló sarcásticamente que los pueblos de América Latina, al recibir todos esos bienes de EE.UU., podrían decir: "Gracias, Fidel, por tu revolución, sin la cual no hubiéramos recibido ni una tachuela de Estados Unidos".

Pero el presidente Kennedy, tendiendo públicamente la palma de olivo a América Latina, continuaba en secreto con los planes de invasión a Cuba por los mercenarios, proyectada por Eisenhower y por los hermanos Dulles. Kennedy consideraba que la pseudorevolución ideada por él con el rótulo de Alianza para el Progreso ganaría mucho si se lograra acabar con la auténtica revolución de Fidel Castro.

El Gobierno cubano, aunque no alentaba la menor ilusión en cuanto a la esencia imperialista de la administración Kennedy, no perdía la esperanza de que el nuevo presidente diera pruebas de más sensatez, en comparación con su predecesor, y renunciara a la aventura proyectada. El Gobierno cubano no tenía la intención de agudizar las relaciones con el nuevo presidente. Sólo aspiraba a que los EE.UU. respetaran la soberanía de Cuba y no se inmiscuyeran en sus asuntos internos. El día en que Kennedy asumió la presidencia, por orden de Fidel Castro se realizó en Cuba una desmovilización parcial de las fuerzas armadas. Ese gesto conciliador no tuvo respuesta. El presidente Kennedy, al igual que su predecesor, ansiaba el derrocamiento de Fidel Castro, y no transigía con otra cosa.

Recaen sobre la conciencia de los gobernantes de Estados Unidos decenas de intervenciones y

golpes de Estado en América Latina. Siempre les acompañaba el éxito, siempre sus crímenes quedaban impunes. Tan sólo en Cuba sufrieron una derrota contundente, vergonzosa. El 17 de abril invadieron Playa Girón los mercenarios norteamericanos. Los cubanos los recibieron con fuego graneado. Tres días más tarde se entregaban a las tropas cubanas los 1.200 gusanos que quedaban. Así se esfumaron las esperanzas de Kennedy de terminar de un solo golpe con la revolución de Fidel Castro.

Kennedy tuvo que despedir al superespía Allan Dulles, y aunque la CIA continuaba enviando a la Isla de la Libertad a sus agentes, el presidente de EE.UU. no tuvo más remedio que jugar el naipe de la Alianza para el Progreso. Este organismo debía nacer en una sesión especial del Consejo Interamericano Económico y Social, adjunto a la Organización de Estados Americanos (OEA), convocada en agosto en el balneario uruguayo de Punta del Este.

Cabe subrayar que, incluso después de la invasión de los mercenarios, el Gobierno cubano cuidó de no empeorar las relaciones con Estados Unidos, sino, por el contrario, confiaba en que la lección recibida en la Playa Girón obligaría a Kennedy a situarse en una posición más prudente respecto de la Cuba revolucionaria. En consonancia con esta línea, el Gobierno cubano aceptó la invitación de participar en la conferencia de Punta del Este, designando jefe de la delegación a Ernesto Che Guevara, ministro de Industrias.

La participación del Che en la conferencia fue el hecho sensacional número uno en América Latina. Era su primera aparición en el continente después de la victoria de la revolución cubana, que en nada se semejaba al retorno del hijo pródigo. Miles de trabajadores acogieron con entusiasmo al Che en el aeropuerto de Carrasco, cerca de Montevideo. Los uruguayos lo aplaudieron desde el aeropuerto hasta Punta del Este. Tan sólo a un participante de la conferencia, al Che, brindó la población una acogida tan entusiasta. En su persona aplaudían la revolución cubana. Pasó casi desapercibida la llegada del banquero y multimillonario Dillon, ministro de finanzas de los EE.UU. y jefe de la delegación norteamericana; tampoco nadie prestó atención especial a las delegaciones de los otros países latinoamericanos. La atención general se centró en el Che, representante de la revolución cubana, a cuyo triunfo se debía la conferencia en Punta del Este.

El Che llegó en avión al Uruguay vestido con el uniforme color verde olivo de comandante del Ejército Rebelde, y así se presentó en la conferencia. Declaró de inmediato que la delegación cubana, lejos de proponerse impedir las labores, colaboraría con las otras delegaciones en la

búsqueda de las vías más favorables para el desarrollo económico y la garantía de la independencia económica de los países de América Latina. En prueba de buena voluntad, la delegación cubana había presentado al estudio de los reunidos 29 diferentes proyectos de resolución, que abarcaban un vasto núcleo de cuestiones, relacionadas con la problemática de la conferencia.

Era imposible rechazar la mayoría de las proposiciones de Cuba -escribía el Che en el artículo *Cuba y el "plan Kennedy"*, publicado en la *Revista Internacional*-, porque contribuirán al desarrollo de la economía de los países latinoamericanos. Por eso, en la labor de las comisiones y los comités, los delegados trataron de redactar urgentemente contraproposiciones, que luego adjuntaban a las propuestas cubanas, desnaturalizándolas, en esencia. Sin embargo, durante las labores de la conferencia la delegación cubana logró algo: los delegados hablaban visiblemente en un lenguaje distinto al que se estilaba en semejantes eventos.

El Che advirtió que las delegaciones del Brasil, Ecuador y Bolivia tomaron una posición favorable en relación a Cuba. Recalcó, en especial, la posición de Bolivia, de la cual era presidente Víctor Paz Estenssoro. En el mencionado artículo, escribió: "Bolivia, donde se ha realizado una revolución democrático-burguesa en el seno de la población minera y campesina profundamente explotada; país mediterráneo, estrangulado por el gran capital de los países vecinos y ahogado, en última instancia, por el opresor común que es el imperialismo norteamericano".

En cuanto a las actividades de la delegación boliviana en Punta del Este, el Che las calificó del siguiente modo:

"La delegación boliviana presentó el plan de desarrollo más concreto, excluido el presentado por Cuba, y tuvo una actitud general bastante positiva. En el léxico especial del titeriterismo de estas conferencias, se llamaba a los representantes bolivianos los primos hermanos de Cuba".

No queda excluido que los contactos del Che y de otros miembros de la delegación cubana con sus "primos hermanos" bolivianos en la conferencia de Punta del Este influyeran en la decisión posterior de Guevara de elegir Bolivia como plaza de armas para las acciones guerrilleras en América Latina.

El Che intervino dos veces en las sesiones plenarias de la conferencia, y en ambas oportunidades en un tono bastante moderado. Claro que denunció los actos agresivos de los medios gobernantes estadounidenses y su aspiración a aislar políticamente a Cuba por medio de la Alianza para el Progreso, pues sólo los gobiernos que siguieran el rumbo anticubano de Washington podían contar con recibir dólares norteamericanos.

El Che demostró asimismo que la Alianza para el Progreso contribuiría al desarrollo de las ramas secundarias de la economía nacional, que no se proponía hacer más libre a América Latina, sino hacerla más dependiente de los monopolios norteamericanos. Al mismo tiempo, acentuó que Cuba no tenía la menor intención de impedir a los países latinoamericanos aprovechar aunque sólo fuera esas restringidas y sumamente dudosas posibilidades de desarrollo que les prometía la participación en la Alianza para el Progreso.

“Y a todos ustedes, señores delegados, la delegación cubana les dice, con toda franqueza -dijo en la sesión plenaria de la conferencia el 9 de agosto-: queremos, dentro de nuestras condiciones, estar dentro de la familia latinoamericana; queremos convivir con Latinoamérica; queremos verlos crecer, si fuera posible, al mismo ritmo que estamos creciendo nosotros, pero no nos oponemos a que crezcan a otro ritmo. Lo que sí exigimos es la garantía de la no agresión para nuestras fronteras”.

Por supuesto, si no se hacían cambios sociales, continuó el Che, otros países seguirían el ejemplo de Cuba, y se haría realidad la predicción de Fidel Castro de que “la cordillera de los Andes sería la Sierra Maestra de América”.

Igualmente moderado fue su discurso en la sesión de clausura de la conferencia, el 16 de agosto. El Che lo resumió así en el citado artículo de la *Revista Internacional*:

“En la plenaria final, la delegación cubana se abstuvo de votar el bloque de documentos definitivos y pidió la palabra para exponer las razones que la obligaban a ello. Explicó que Cuba no estaba de acuerdo con la política “monetaria” ni con la libre empresa; que en el documento final no se atacaban los monopolios imperialistas, causantes de nuestros males, ni se condenaba la agresión. Además, a todas las preguntas sobre si Cuba podía o no participar, contestaba el silencio, que era interpretado como una negativa, por lo que la delegación cubana manifestó que no podía participar en una Alianza que no significaba nada para nuestro pueblo”.

El Che señaló que en el documento final de la conferencia constaba que en América Latina, paralelamente a los países de la “libre empresa”, es decir, burgueses, existen países en los que se ha abolido la “libre empresa”.

“Cuba citó este párrafo -escribía el Che en el mismo artículo- expresando que era una victoria para la coexistencia pacífica, que expresaba la posibilidad de que existieran dos regímenes de diferente organización social, y la anotó como una de las cosas positivas de la Conferencia”. Sin embargo, recalcó el Che, más tarde el delegado norteamericano lo impugnó violentamente, negando el reconocimiento al Gobierno cubano.

No obstante, la delegación cubana estimó posible ir más lejos aún. El Che tuvo una entrevista con Richard N. Goodwin, joven diplomático de 28 años, miembro de la delegación norteamericana, una de las personas allegadas al presidente John F. Kennedy. A juzgar por los recuerdos de Goodwin, el Che había propuesto compensar a los propietarios norteamericanos el valor de los bienes confiscados por la revolución, y también moderar la propaganda revolucionaria en los países latinoamericanos, si EE.UU. renunciaban a los actos hostiles contra Cuba y al bloqueo económico. Por su parte, después de la conferencia de punta del Este, el Che dijo por la televisión de La Habana que había declarado a Goodwin lo siguiente: Cuba estaba dispuesta a iniciar negociaciones con EE.UU. para regular las relaciones mutuas y no estaba interesada en luchar contra EE.UU., aunque no temía librar esa lucha en cualquier forma. Cuba deseaba permanecer en el sistema latinoamericano, se consideraba ligada al Continente por las tradiciones culturales. El Che dijo a Goodwin: Cuba exigía que se reconociera su derecho a pertenecer a América Latina o a la Organización de Estados Americanos con su propio sistema social y económico, y que se reconociera su derecho absoluto a mantener amistad con cualquier país del mundo.

Goodwin se limitó a escuchar a su interlocutor, y prometió comunicar sus palabras al presidente.

La entrevista del Che con Goodwin suscitó en la prensa latinoamericana los más variados comentarios. Muchos observadores consideraban que facilitaría un determinado “modus vivendi” entre los EE.UU. y Cuba. En realidad, los EE.UU. no tenían el menor interés de llegar a un acuerdo razonable con Cuba. Estaban dispuestos a “perdonar” a Cuba, más con una condición: si renunciaba a la ayuda soviética, si adoptaba posiciones antisoviéticas o, más exactamente, si se hincaba de rodillas y pedía perdón a los yanquis.

En este plano, precisamente, conversó con el Che Arturo Frondizi, presidente de Argentina. Antes de comenzar la conferencia de Punta del Este, el Che recibió una invitación personal de Frondizi para que lo visitara en Buenos Aires. En la política argentina, Frondizi es una figura sumamente contradictoria. Durante muchos años defendía posiciones progresistas. Mas al llegar a la presidencia se dejó presionar por los medios castrenses reaccionarios y por la embajada norteamericana, y en lugar de hacer las reformas prometidas, persiguió a los comunistas y dio su anuencia para una mayor penetración de los monopolios estadounidenses en la economía del país. Inclusive rompió las relaciones diplomáticas con la Cuba revolucionaria. Pese a ello, el sector reaccionario del ejército continuaba desconfiando

de Frondizi y catalogándolo de izquierdista.

El 18 de agosto, el Che partió en avión para entrevistarse con Frondizi, y permaneció en Buenos Aires tan sólo unas horas. Aunque la entrevista fue secreta, al enterarse de ella el ministro de Relaciones Exteriores argentino renunció a su puesto en señal de protesta. Se enfurecieron también los generales reaccionarios. De haberse quedado el Che más tiempo en Buenos Aires, no queda excluido que lo detuvieran y, junto con él, a Frondizi.

Frondizi y el Che sabían a lo que se arriesgaban, pero decidieron entrevistarse. El presidente argentino confiaba persuadir a su famoso compatriota de que Cuba debía abandonar el “bloque soviético” y retomar al redil americano. Si Frondizi lograba atraer a la Cuba revolucionaria al campo de EE.UU., en prueba de gratitud Washington no se opondría a dejarlo en el sillón presidencial. El juego valía la pena, valía el riesgo. Y Frondizi se aventuró.

El Che aceptó la invitación por móviles muy diferentes. Lejos de rehuir los contactos con figuras latinoamericanas de cualquier matiz, los consideraba útiles. En Uruguay había sido cordialmente acogido por el presidente Haedo. Esos contactos minaban la política norteamericana del cordón sanitario impuesto a Cuba. Además, naturalmente, el Che ansiaba ver su patria, enterarse cómo había cambiado en los diez años transcurridos desde que la dejara, al marcharse a visitar a Mial en Venezuela, vía Bolivia.

El Che no justificó las esperanzas de Frondizi. Le dijo lo mismo que ya había dicho anteriormente a Goodwin. Frondizi convidó a su ilustre huésped con el famoso asado argentino. Luego tomaron mate y se despidieron. De camino al aeropuerto, el Che pasó a visitar a su tía Beatriz, gravemente enferma, y esa misma noche estaba de regreso en Montevideo.

Al día siguiente abandonó Uruguay, rumbo a La Habana. Por el camino llegó a entrevistarse con su viejo conocido de Egipto Janio Quadros, presidente de Brasil. A diferencia de Frondizi, Quadros manifestaba mayor independencia respecto de Estados Unidos y no ocultaba en lo más mínimo sus simpatías por la Cuba revolucionaria, provocando la ira de los reaccionarios del país y el descontento de los gobernantes de Washington. A despecho de ellos, Quadros brindó al Che una calurosa acogida en la nueva capital de Brasil y lo condecoró con el “Cruzeiro du Sul”, la más alta distinción brasileña.

¿Cuál fue el balance de la conferencia de Punta del Este? Demostró que inclusive en los medios gobernantes de los países latinoamericanos muchos se negaban a ir a la rastra de Washington, que la Cuba revolucionaria despertaba en muchos simpatías y hasta admiración. A su vez, Estados

Unidos se proponía seguir “apretando” a Cuba y creándole toda clase de dificultades.

Transcurrió cierto tiempo, y la situación en el continente americano se hizo más compleja aún, pero no en favor de las fuerzas nacional-liberadoras ni de la Cuba revolucionaria. El presidente Frondizi fue derrocado por los militares; el presidente Quadros no resistió la presión de las fuerzas reaccionarias y presentó la dimisión. A principios de 1962, Cuba fue expulsada de la Organización de Estados Americanos, objetándolo únicamente Uruguay, Bolivia, Chile y México, países que poco más tarde -a excepción de México- también rompieron las relaciones diplomáticas y económicas con Cuba. Todo eso obedecía a la presión de Washington, que amenazaba con negar a los reacios los miles de millones de la Alianza para el Progreso. Entonces nadie sabía todavía que esos miles de millones se convertirían, en la práctica, en miserables migajas, y que el proyecto de la Alianza para el Progreso fracasaría con tanto estrépito como los precedentes planes y proyectos norteamericanos de renovación, asistencia y desarrollo de los países latinoamericanos...

Por su parte, la crisis del Caribe de 1962 demostró que los Estados Unidos, lejos de aspirar a regular con Cuba relaciones basadas en la igualdad de derechos y en el respeto mutuo, estaban dispuestos inclusive a arriesgarse a un conflicto nuclear mundial, con tal de borrar de la faz de la tierra a la revolución cubana. “¡Cuba, sí! ¡Yanquis, no!” -tal fue la respuesta que dieron a las maquinaciones de los imperialistas de los EE.UU. no sólo los trabajadores de la Isla de la Libertad, sino también sus amigos en todo el mundo.

El Che evaluaba sensatamente el significado de todos esos cambios. En un artículo escribió que mientras Kennedy, al parecer, sustentaba ciertas ideas consecuentes acerca de la coexistencia pacífica, los grupos políticos que dominaban entonces eran más escépticos en cuanto a esa cuestión y estaban dispuestos a arriesgarse a una guerra, como lo predicara Foster Dulles, a fin de lograr sus objetivos. En la etapa actual, escribía el Che, los objetivos más visibles de retención del socialismo se manifiestan con relación a Vietnam del Sur y a Cuba. En estos dos puntos podía producirse la explosión, capaz de provocar un incendio mundial.

El 18 de agosto de 1964, Dean Rusk, secretario de Estado de EE.UU., declaró cínicamente que no había fundamento alguno para esperar un mejoramiento de las relaciones entre EE.UU. y la Cuba revolucionaria, país que, según él, era una amenaza para el Hemisferio Occidental. El gobierno de Estados Unidos consideraba que esa amenaza desaparecería sólo con el derrocamiento del régimen de Castro. Así declaró Rusk.

Esa declaración confirmaba que después del asesinato de Kennedy los gobernantes de Estados Unidos recrudescían su línea respecto de Cuba, rechazando de plano cualquier tentativa de conciliación.

Claro que los dirigentes cubanos hubieran podido apretar los dientes, acumular paciencia y aguantar con firmeza el torrente ininterrumpido de provocaciones y subversiones norteamericanas, que amenazaban engullidos. Pero entonces no serían quienes eran: luchadores, hombres que habían hecho la primera revolución antiimperialista y auténticamente popular en tierra americana, los primeros que habían izado en el Hemisferio Occidental la insignia victoriosa del socialismo. Además, no hubiera sido sensato quedarse de brazos cruzados y esperar hasta tanto EE.UU. mitigara su enfado. Los agresores norteamericanos podrían interpretado como síntoma de debilidad y aumentar su presión contra la Isla de la Libertad.

No, la Cuba revolucionaria no podía permitirse ni siquiera una insinuación de debilidad. Su esperanza era la próxima revolución antiimperialista en América Latina, que habría de aflojar la presión de los medios gobernantes estadounidenses.

¿Pero tenía fundamento esa esperanza en la revolución continental? Sí, por cierto, pues la auguraba el propio triunfo de la revolución cubana;

Poco después de llegar al poder Fidel Castro, Rodney Arismendi escribía que la victoria de Cuba tenía significación imperecedera para todo el continente, pues había reunido en un solo foco y agudizado todas las contradicciones, preñando el enorme vientre de América Latina de revolución nacional-libertadora.

Arismendi añadía que la unidad de la revolución americana respondía a la comunidad histórica y geográfica de sus pueblos, comunidad que se exteriorizaba, con particular claridad, en algunas regiones y cohesionaba aún más estrechamente los movimientos liberadores de algunos Estados. Los pueblos jamás habían quedado al margen de los acontecimientos de uno u otro Estado. Lo evidenciaba la experiencia de Guatemala (1954) y, en la actualidad, decía, el ejemplo de Cuba. Los cubanos tenían razón al decir: “La revolución habla ahora en español”.

Ya todos veían que sobre América Latina soplaban los vientos de la revolución. Con este título *-Vientos de la revolución. América Latina hoy y mañana-* publicó un libro Ted Shulz, conocido especialista norteamericano de la región. Escribía: “El tema revolucionario, que en algunos lugares resuena como toque a rebato, y en otros apenas se oye por ahora, está amortizado y casi no se concibe, es el móvil dominante entre las masas de América Latina, inquietas, que padecen miseria,

se agitan y crecen rápidamente en este decenio decisivo”.

Shulz recalca que las tendencias revolucionarias en América Latina no habían adquirido aún un carácter tan peligroso para los EE.UU. como había ocurrido en Cuba. En muchos casos se desarrollaban con más calma y estaban más latentes, tomando, por ejemplo, las formas de un acentuado nacionalismo, de neutralismo y de oposición a la presencia y la influencia económica y política norteamericanas. Pero cualesquiera fueran sus formas, esas tendencias implicaban un enorme desafío a las posiciones de los Estados Unidos en América Latina.

Hasta el clero comenzó a hablar de la revolución social. El sacerdote colombiano Camilo Torres rompió con la Iglesia, se incorporó a un destacamento guerrillero y fue muerto en un combate contra las tropas gubernamentales. Clérigos rebeldes aparecieron también en otros países de América Latina.

¿Podía acaso la Cuba revolucionaria permanecer como observador, ajena al proceso revolucionario en el Hemisferio Occidental, estando sometida a constantes actos de agresión por parte de Estados Unidos? ¡No, por supuesto! Perdidas las esperanzas de regular pacíficamente las cuestiones en litigio con el imperio yanqui, Cuba llegó a la deducción de que sólo el desarrollo del movimiento antiimperialista en el continente podía poner freno al gendarme norteamericano, que se estaba ensañando frente a sus costas.

En tales circunstancias, el Che se vio ante el dilema: por un lado, lo absorbía íntegramente el trabajo pacífico -la edificación socialista de Cuba-, por otro, le atraían irresistiblemente los vientos de la revolución latinoamericana. ¿Tenía derecho a quedarse en la Isla de la Libertad él, que había hecho el largo recorrido desde las pampas argentinas hasta la Sierra Maestra? Lo decidió fácilmente. Sólo podía elegir la primera fila, sólo el camino más peligroso, el más arduo, no transitado aún, incógnito: el camino de la revolución latinoamericana. Hecha la elección, el título de ministro ya le resultaba molesto, estaba impaciente por emprender el camino revolucionario; estaba ansioso por sentir sobre sus hombros la pesada mochila, llena de cartuchos, remedios y libros, y la correa del fusil automático. Cerraba los ojos y se veía echado junto a la hoguera, atormentado por los mosquitos, respirando dificultosamente por un ataque de asma, pero feliz, porque a su lado estaban esos hombres que él quería con cariño varonil, hosca y recatadamente: los rechazados de América Latina, sus campesinos, sus indios, sus negros.

Era un cariño recíproco. A él lo querían porque curaba a los hijos, ayudaba a sus esposas y madres, lo querían por su valentía y bondad, se

compadecían de él, tan frágil -así creían-, siempre jadeante por ese asma que lo asfixiaba, y tan esbelto, que había ido a compartir con ellos las penas y las esperanzas, a combatir con ellos por la felicidad y la libertad y, si así lo disponía la suerte, a morir junto con ellos en un claro perdido en la vorágine del bosque o a orillas de algún riachuelo montañoso sin nombre. Así había ocurrido, por lo menos, en los mejores días de la Sierra Maestra...

Mas antes de partir, le quedaba por cumplir las misiones y encargos más diversos de su gobierno y de su partido. Haría uso de la palabra nuevamente en foros internacionales, denunciando los actos criminales del imperialismo norteamericano y llamando a los pueblos a la unidad en la lucha contra el insaciable imperio del dólar. Exhortaría a los pueblos a la solidaridad con el Vietnam heroico. Hasta su último día en Cuba visitaría fábricas, talleres, obras en construcción e invitaría a los obreros a ser organizados, disciplinados, a estudiar, a participar en la emulación socialista y en el trabajo voluntario. Como siempre, en las horas libres cortaría caña y, antes del amanecer, cuando los colaboradores y visitantes lo dejaran solo, leería un libro, o escribiría poesías o simplemente soñaría con el futuro luminoso de América Latina, con el día en que sus hijos dejaran de morir por subalimentación, y sus bellas mujeres, de marchitarse prematuramente por el trabajo superior a sus fuerzas, por las enfermedades y la miseria...

En los primeros días de enero de 1964, el Che llegó en avión a Nueva York, encabezando la delegación cubana a la XIX Asamblea General de la ONU. Era su segundo viaje a EE.UU., después de su visita a Miami 12 años atrás. Mas si entonces su estadía en Yanquilandia había pasado desapercibida, hoy era el blanco de la prensa local, de los comentaristas de la radio y la TV. Porque en esta oportunidad representaba al gobierno revolucionario de Cuba, cuya intrepidez frente a los actos agresivos de EE.UU. despertaba en todo el mundo un sentimiento de respeto y de admiración.

El 11 de diciembre el Che pronunció un largo discurso en la Asamblea General. Censuró los actos agresivos de los gobernantes estadounidenses en los distintos continentes. Desde la tribuna de la ONU declaró que los EE.UU. continuaban librando una guerra no declarada contra la Cuba revolucionaria. La CIA continuaba ejercitando a bandas de mercenarios en diferentes bases secretas situadas en los países de Centroamérica y del Caribe. Sólo en once meses de 1964, contra Cuba se habían cometido 1.323 actos de subversión y toda clase de provocaciones, inspiradas por las esferas gobernantes de EE.UU.

“Nosotros queremos construir el socialismo - dijo el Che-; nos hemos declarado partidarios de los que luchan por la paz, nos hemos declarado dentro

del grupo de países no alineados, a pesar de ser marxistas-leninistas, porque los no alineados, como nosotros, luchan contra el imperialismo. Queremos paz, queremos construir una vida mejor para nuestro pueblo, y por eso, eludimos al máximo caer en las provocaciones maquinadas por los yanquis, pero conocemos la mentalidad de sus gobernantes; quieren hacernos pagar muy caro el precio de esa paz. Nosotros contestamos que ese precio no puede llegar más allá de las fronteras de la dignidad”.

El delegado norteamericano Adlay Stevenson, respondiendo al Che, lo acusó de comunista, de tentativas de justificar las dificultades económicas de Cuba atribuyéndoselas al bloqueo económico. El Che contestó a Stevenson: “No repetiré la larga historia de las agresiones económicas de los Estados Unidos. Sí diré, que a pesar de esas agresiones, con la ayuda fraterna de los países socialistas, sobre todo de la Unión Soviética, nosotros hemos salido adelante y continuaremos haciéndolo; que aun cuando condenemos el bloqueo económico, él no nos detendrá y, pase lo que pase, seguiremos constituyendo un pequeño dolor de cabeza cuando llegemos a esta Asamblea o a cualquier otra, para llamar a las cosas por su nombre y a los representantes de los Estados Unidos gendarmes de la represión en el mundo entero”.

Los que estaban escuchándole, por muy impetuosa e irrefrenable fantasía que tuvieran, no hubiesen podido imaginarse el futuro correr de los acontecimientos relacionados con la personalidad del Che: ese hombre habría de inscribir una de las páginas más trágicas en la historia del movimiento de liberación nacional de América Latina. Es probable que cuando hablaba en la tribuna de la Asamblea General de la ONU, ni siquiera él tuviera una noción muy clara de lo que todavía habría de realizar y de sufrir. Pero sí sabía con firmeza que su Rocinante ya estaba ensillado y sólo esperaba el regreso de su amo para reanudar los largos viajes, llevando a los oprimidos y desamparados la esperanza de liberarse de la miseria y de toda clase de injusticias...

EL DIARIO DE BOLIVIA.

Desaparición misteriosa.

La primera y fundamental regla del movimiento guerrillero es el absoluto secreto.

Ernesto Che Guevara.

El 14 de marzo de 1965, Ernesto Che Guevara regresó a La Habana después de una prolongada estadía en el exterior. Había estado ausente de Cuba más de tres meses. El 9 de diciembre de 1964 partió en avión de La Habana a Nueva York, donde permaneció ocho días y participó en la Asamblea General de la ONU. El 17 de diciembre marchó a

Argelia, pasando por Canadá e Irlanda. Después estuvo en Malí, en el Congo (Brazzaville), Guinea, Ghana, Dahomey. Posteriormente regresó a Argelia, y de allí partió hacia Tanzania, vía París. De Tanzania pasó a El Cairo, nuevamente a Argelia y regresó a El Cairo. En el aeropuerto de Rancho Boyeros, en La Habana, lo esperaban Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, otros dirigentes del partido y del gobierno, su esposa Aleida March.

El viaje del Che al extranjero fue ampliamente comentado por la prensa cubana. El Che había pronunciado un discurso en la Asamblea de la ONU, en EE.UU. hablado por la TV y concedido una entrevista a los periodistas norteamericanos. En Argelia, participó en el II Seminario de la Organización de solidaridad afroasiática; en otros países se había entrevistado con personalidades oficiales, con dirigentes políticos y periodistas.

Se comprende que una estancia tan prolongada del Che en los países africanos perseguía determinados objetivos políticos. ¿Cuáles? Procuraba establecer contactos directos con los dirigentes del movimiento de liberación nacional africano, a fin de lograr su cohesión y unidad con los movimientos similares de Asia y América Latina en la lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. Esos contactos fueron útiles posteriormente para convocar la Conferencia Tricontinental, que se realizó en La Habana (del 3 al 6 de enero de 1966) y para crear la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, con sede en la capital cubana.

El nuevo y prolongado contacto con los países africanos afianzaron en él la convicción de que los métodos guerrilleros eran eficaces en la lucha contra el imperialismo. Argelia era un ejemplo brillante: los métodos de la guerra de guerrillas empleados por los combatientes argelinos en la lucha por la independencia habían obligado a Francia, en resumidas cuentas, a abandonar ese país, y esos mismos métodos, aplicados por los patriotas vietnamitas, la había forzado anteriormente a retirarse de Indochina.

También parecía promisorio la situación en el antiguo Congo Belga, país en que no habían cesado las acciones guerrilleras desde el asesinato de Patricio Lumumba.

Se encendía la lucha de guerrillas en las colonias portuguesas de África. Por doquier surgían nuevos líderes que habían declarado la guerra al colonialismo. Fundaban partidos, movimientos, destacamentos guerrilleros e inclusive ejércitos. Algunos lograron voltear a los títeres coloniales; otros, sufrieron derrotas. Entre los adversarios del colonialismo reinaba la convicción de que habiendo armas, dinero y algunos valientes se podía lograr la victoria, conquistar la independencia, derrotar al

imperialismo. Creían que bastaba con iniciar las acciones y disparar contra los enemigos, para que el movimiento incrementara como una avalancha y sepultara bajo su alud a los colonizadores. El sincero deseo de lanzarse al combate, la confianza fanática en el cercano triunfo de la sagrada causa a la que servían, la disposición a entregar la vida por ella: ¡cómo se parecía todo eso a lo que sucedía en América Latina! Este ministro de Industrias de la revolución cubana había, al parecer, encontrado en las espesuras de África la confirmación de su tesis sobre el poder mágico de los métodos guerrilleros de lucha.

Entretanto, en América Latina las llamas de la guerrilla no se habían apagado, pero tampoco extendido tanto como esperaban sus partidarios. Actuaban destacamentos guerrilleros en Guatemala, Colombia, Venezuela, Perú; pero no se podía afirmar que hubieran alcanzado algún éxito considerable. Además, su actividad no unía, sino más bien dividía a las fuerzas antiimperialistas. ¿Podía inferirse de ello que la experiencia guerrillera de la revolución cubana era inaplicable a otros países latinoamericanos?

Se daban distintas respuestas a este interrogante. Los partidarios de las acciones guerrilleras “a toda costa” consideraban que los destacamentos guerrilleros no aplicaban correctamente esa experiencia, razón por la cual eran derrotados y se disgregaban. Sus contrarios señalaban que la guerrilla no encontraba apoyo en las masas campesinas ni en las proletarias, pues en muchos países no habían madurado aún las condiciones objetivas para una lucha armada exitosa. La polémica se exacerbaba cada vez más, como siempre ocurre en estos casos, reprochándose unos a otros y desconfiando, acusándose de ideas preconcebidas, de hipocresía y hasta de deslealtad.

¿Qué opinaba el Che al respecto? Estaba más persuadido que nunca de la eficacia del método guerrillero. Estimaba que uno de los factores del éxito era la personalidad y el prestigio del líder que encabezaba el movimiento guerrillero. En Cuba ese líder fue Fidel Castro, jefe político y militar de gran talento, cuyo prestigio no sólo reconocieron todas las fuerzas progresistas, sino también sus adversarios. En América Latina no se había promovido en el movimiento guerrillero a otro líder de su talla. Los pocos que poseían dotes para ello habían caído en la lucha. Pero si no hubo un líder así, ¿qué impedía que lo fuera, él, Che Guevara?

¿Pero no sería su participación directa en las acciones revolucionarias -en territorio de un país ajeno- un acto de intromisión en los asuntos internos de ese país? Formal y jurídicamente, sería así. Pero los propios regímenes reaccionarios y, en primer término, el gobierno de los Estados Unidos, se habían inmiscuido en todas partes a lo largo de

decenios para aplastar el movimiento revolucionario antiimperialista. Los EE.UU. perpetraron intervenciones armadas contra varias repúblicas latinoamericanas, emplearon contra ellas sanciones económicas, organizaron complots y golpes de Estado, sin detenerse siquiera ante el asesinato de las personalidades que les resultaban indeseables. Las cosas llegaron al extremo de que los planes para asesinar a Fidel Castro se discutieron en la Casa Blanca al más alto nivel. ¿Acaso Washington no había organizado una invasión de mercenarios a Cuba en 1961? ¿Acaso Washington no había enviado a Cuba incontables bandas de agentes diversionistas, espías y provocadores? ¿Y acaso no le habían ayudado a ello los regímenes reaccionarios, sumisos al imperialismo norteamericano, instaurados al sur del Río Grande? Seguían adiestrándose mercenarios en las bases de Nicaragua, de la República Dominicana, de Costa Rica; casi todos los gobiernos latinoamericanos, acatando las órdenes de Washington, habían roto las relaciones diplomáticas y económicas con la Cuba revolucionaria y participado en el bloqueo de la Isla de la Libertad. ¿Acaso todos esos actos no eran una injerencia en los asuntos de Cuba y no daban a los cubanos el derecho moral de tomar medidas, a su vez, para defender su revolución y prestar ayuda a los pueblos en su justa lucha contra el imperialismo y contra cualquier otro yugo? Podría discutirse la utilidad y oportunidad de tal tipo de acciones, su forma, la necesidad de un acuerdo y coordinación con los movimientos revolucionarios locales, mas no podía discutirse el derecho a realizarlas.

A esto se refirieron reiteradas veces y francamente Fidel Castro y otros dirigentes cubanos, de esto se habló en la I y en la II Declaraciones de La Habana, y también el Che opinó al respecto.

La última vez fue en diciembre de 1964, en la Asamblea de la ONU, en Nueva York, polemizando con los enemigos de la revolución cubana. Declaró: “Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica, como el que más y, en el momento en que fuera necesario, estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle permiso a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie”.

No eran bellas palabras, dichas para “aguijonear” una vez más a los enemigos de la revolución cubana. El hombre que las pronunciaba ya sabía que en un próximo futuro habría de confirmarlas con hechos. Y lo deseaba ardientemente, con toda el alma, pues la revolución -y sólo la revolución- era su elemento...

* * *

Al regresar a Cuba el 14 de marzo de 1965, el Che dejó de aparecer en público. Eso fue advertido tanto por los cubanos como por los periodistas y observadores extranjeros. A medida que corrían los días, la “ausencia” del Che y su “desaparición” se hacían más visibles, originando los más diversos rumores y comentarios. La prensa reaccionaria de los EE.UU. se lucía especialmente en conjeturas: “El Che está preso”, “El Che huyó de Cuba”, “Al Che lo asesinaron”, “Che está gravemente enfermo”. El hecho era que el Che había desaparecido o, por lo menos, no se había presentado abiertamente en Cuba después del regreso. A mediados de abril, Celia, su madre, internada por entonces en una clínica de Buenos Aires, recibió una carta extraña del Che, en la que le comunicaba su intención de retirarse de la vida activa, pasar un mes en la zafra, irse luego a vivir con Alberto Granados y trabajar cinco años de obrero raso en una fábrica. No está excluido que el texto de esa carta llegara a conocimiento de un vasto núcleo de personas, incluidos los adversarios de la revolución cubana. Claro que ese texto podía interpretarse como una de las tantas bromas del Che, propenso a toda suerte de mistificaciones con sus amigos y familiares. Mas su “desaparición” comunicaba a la carta un sentido sumamente dramático.

El 20 de abril de 1965, Fidel Castro, que se hallaba en la zafra en la provincia de Camagüey, por primera vez respondió públicamente a las preguntas de los periodistas que se interesaban dónde se encontraba el Che: “Lo único que puedo decirles del Comandante Guevara es que siempre estará donde sea más útil a la revolución y que las relaciones entre él y yo son óptimas. Son como en los tiempos en que nos conocimos, puede decirse que mucho mejores”.

La declaración de Fidel Castro confirmaba indirectamente que Guevara no estaba en Cuba. A comienzos de mayo, la madre del Che pidió desde la clínica de Buenos Aires una conferencia telefónica con La Habana, y llamó al hijo. Le contestaron que el Che estaba sano, pero ausente, y que se comunicaría con ella tan pronto pudiese hacerlo. Celia falleció el 10 de mayo de 1965, sin haberle llegado la llamada telefónica. Por lo tanto, el Che ya entonces no estaba en la Isla. ¿Dónde estaba? Los diarios burgueses continuaban lanzando las versiones más fantásticas en cuanto al lugar en que se encontraba el Che. Escribían que estaba en Vietnam, en Guatemala, en Venezuela, en Colombia, en Perú, en Bolivia, en Brasil, en Ecuador. En relación con los acontecimientos en la República Dominicana, donde el 24 de abril de 1965 comenzó la sublevación de los militares patriotas, los periódicos escribieron que el Che participaba activamente en la lucha de los militares

constitucionalistas, y hasta que había sido muerto allí. La “seria” revista norteamericana *Newsweek* informaba el 9 de julio que el Che había vendido por 10 millones de dólares “secretos cubanos”, después de lo cual había huido con rumbo desconocido. El semanario uruguayo *Marcha* aseveraba que el Che “descansa, escribe y trabaja” en la provincia de Oriente, y el diario londinense *Evening Post* aseveraba que se encontraba en China.

De todas esas invenciones absurdas y contradictorias, así como de las conjeturas calumniosas sólo se podía deducir una cosa: nadie tenía noción de dónde se encontraba el Che ni cuál era su verdadera suerte. Sólo lo sabían los dirigentes cubanos, el Che y las personas que estaban en contacto directo con él, pero guardaban bien el secreto y, por el momento, no lo descubrían, a pesar de la desesperación del enemigo, que se salía de sus casillas por dar con las huellas del revolucionario desaparecido de su campo visual...

El 17 de junio, Fidel Castro habló nuevamente en público refiriéndose al Che, pero lo hizo del mismo modo enigmático que en la primera oportunidad: “¡No tenemos ninguna obligación de rendirles cuentas ni darles información!” Sin embargo, Fidel Castro aseguró que el Che estaba sano. A la pregunta: “¿Cuándo sabrá el pueblo del Comandante Guevara?”, respondió: “Cuando el Comandante Guevara quiera. ¿Sabrá? ¡Sí, sabrá! ¿Qué sabemos nosotros? ¡Nada! ¿Qué pensamos nosotros? Sí, pensamos: que el Comandante Guevara siempre ha hecho y siempre hará cosas revolucionarias”.

Tan sólo el 3 de octubre de 1965 Fidel Castro recorrió un poco la tupida cortina que ocultaba hasta entonces al Che. En la Sesión constituyente del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, dijo: “Hay una ausencia en nuestro Comité Central, de quien posee todos los méritos y todas las virtudes necesarias en el grado más alto para pertenecer a él y que, sin embargo, no figura entre los miembros de nuestro Comité Central.

Alrededor de esto, el enemigo ha podido tejer mil conjeturas; el enemigo ha tratado de confundir y de sembrar la cizaña y la duda, y pacientemente, puesto que era necesario esperar, hemos esperado...

Y así los agoreros, los intérpretes, los especialistas en las cuestiones de Cuba y las máquinas electrónicas, han estado trabajando incesantemente para desentrañar este misterio. Que si Ernesto Guevara había sido purgado, que si Ernesto Guevara estaba enfermo, que si Ernesto Guevara había tenido discrepancias y cosas por el estilo.

Naturalmente que el pueblo tiene confianza, el pueblo tiene fe. Pero los enemigos se valen de estas cosas, sobre todo en el exterior, para calumniar; he

ahí el régimen comunista tenebroso, terrible, los hombres desaparecen, no dejan rastro, no dejan huellas, no hay una explicación; y nosotros dijimos en su oportunidad al pueblo, cuando el pueblo comenzó a notar esa ausencia, que oportunamente hablaríamos, algunas razones tendríamos para esperar...

Y para explicar esto vamos a leer una carta, aquí de puño y letra, aquí transcrita a máquina, del compañero Ernesto Guevara, que por sí misma se explica. Pensaba yo si debía hacer la historia de nuestra amistad y de nuestro compañerismo, cómo comenzó y bajo qué condiciones comenzó y cómo se desarrolló. Mas no es necesario. Me voy a limitar a leer la carta....

No fue puesta la fecha, puesto que esta carta era para ser leída en el momento en que lo considerásemos más conveniente, pero ajustándonos a la estricta realidad, fue entregada el primero de abril de este año, hace exactamente seis meses y dos días. Y dice así:

Habana.

AÑO DE LA AGRICULTURA.

Fidel:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino de la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que es ya mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de Ministro, de mi grado de Comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se rompen con los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario.

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe.

Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de miss modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sébase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo y que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra Revolución, y lo sigo estando. Que en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos, pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo, pero siento que son innecesarias; las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas. Hasta la victoria siempre. “¡Patria o Muerte!

Te abraza con todo fervor revolucionario
Che”.

Una vez leída la carta del Che, Fidel Castro continuó:

“Los que hablan de los revolucionarios, los que consideran a los revolucionarios como hombres fríos, hombres insensibles, u hombres sin entrañas, tendrán en esta carta el ejemplo de todo el sentimiento, de toda la sensibilidad, de toda la pureza que se puede encerrar en el alma de un revolucionario”.

Esa no era la única carta. Fidel Castro añadió que para el instante en que se la diera a conocer, habían sido dejadas otras cartas de despedida para varios compañeros y, además, a los hijos y los padres, a quienes se haría entrega de las mismas y se pediría que las devolvieran en obsequio a la

revolución, por cuanto consideraba que esos documentos eran dignos de conservarse para la historia.

Fidel Castro aseveró que creía haber explicado todo lo que debía explicar, de lo demás que se ocuparan los enemigos. Tenemos bastantes tareas y bastantes cuestiones que resolver en nuestro país, dijo, y en relación con todo el mundo; bastantes obligaciones que cumplir y que cumpliremos.

Dos de las cartas mencionadas por Fidel en su intervención -a los padres y a los hijos- fueron publicadas: la primera, el 23 de mayo de 1967 en la revista argentina *Siete días ilustrados*, y la segunda, después de su muerte. Fueron escritas al mismo tiempo que la carta a Fidel y las insertamos a continuación.

A sus padres

“Queridos viejos:

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo.

Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consciente, mi marxismo está enraizado y depurado. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo.

Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño, soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme, solamente, hoy.

Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré.

Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condotieri del siglo XX. Un beso a Celia, a Roberto, Juan Martín y Patotín, a Beatriz, a todos. Un gran abrazo de hijo pródigo y recalitrante para ustedes.

Ernesto”.

A sus hijos.

“Queridos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto:

Si alguna vez tienen que leer esta carta, será porque yo no esté entre Uds.

Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos

no recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro ha sido leal a sus convicciones.

Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la Revolución es lo importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada.

Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un abrazo de

Papá”.

Después de la muerte del Che se publicó otra carta de despedida a su hija Hilda, fechada el 15 de febrero de 1966. Por ahora no sabemos si fue escrita en Cuba o fuera de ese país. Dice así:

“Hildita querida:

Hoy te escribo, aunque la carta te llegará bastante después; pero quiero que sepas que me acuerdo de ti y espero que estén pasando tu cumpleaños muy feliz. Ya eres casi una mujer, y no se te puede escribir como a los niños, contándoles boberías o mentiritas.

Has de saber que sigo lejos y que estaré mucho tiempo alejado de ti, haciendo lo que pueda para luchar contra nuestros enemigos. No es que sea gran cosa pero algo hago, y creo que podrás estar siempre orgullosa de tu padre, como yo lo estoy de ti.

Acuérdate que todavía faltan muchos años de lucha, y aun cuando seas mujer tendrás que hacer tu parte en la lucha. Mientras, hay que prepararse, ser muy revolucionaria, que a tu edad quiere decir aprender mucho, lo más posible, y estar siempre lista a apoyar las causas justas. Además, obedece a tu mamá y no creerte de todo antes de tiempo. Ya llegará eso.

Debes luchar por ser de las mejores en la escuela. Mejor en todo sentido, ya sabes lo que quiere decir: estudio y actividad revolucionaria, vale decir: buena conducta, seriedad, amor a la Revolución, compañerismo, etc. Yo no era así cuando tenía tu edad, pero estaba en una sociedad distinta, donde el hombre era el enemigo del hombre. Ahora tú tienes el privilegio de vivir otra época y hay que ser digno de ella.

No te olvides de dar una vuelta por la casa para vigilar a los otros críos y aconsejarles que estudien y se porten bien. Sobre todo Aleidita, que te hace mucho caso como hermana mayor.

Bueno, vieja, otra vez, que lo pases muy feliz en tu cumpleaños. Dale un abrazo a tu mamá y a Gina, y recibe tú uno grandote y fortísimo que valga por

todo el tiempo que no nos veremos, de tu Papá”.

¿Qué testimonian estos documentos saturados de dramatismo y, en primer lugar, la carta de despedida a Fidel? Primero, que el Che abandonaba definitivamente la Cuba revolucionaria, que le había granjeado fama mundial. Pero ese acto no implicaba un exilio forzoso o voluntario, y mucho menos que se alejaba de la actividad revolucionaria. No podía atribuírselo a que se hubiera desilusionado de la revolución, ni a la desesperación, ni a un desatino, ni tampoco a esa propensión por las aventuras que confiesa el Che con su franqueza autodemoledora. Tampoco se trataba de un acto suicida, cometido por un hombre acorralado en un callejón político sin salida, que busca la muerte heroica en el campo de batalla.

El Che abandonó Cuba para reanudar la lucha contra los imperialistas con las armas en la mano, no sólo porque considerara que ese era su sagrado deber, sino también porque ese era su ferviente deseo.

Una distancia enorme media entre el Che de 1956 -médico argentino desconocido, a quien la suerte llevó a México, donde la casualidad lo unió con el grupo de revolucionarios cubanos, encabezados por Fidel Castro- y el Che de 1965, uno de los jefes de la revolución triunfante, líder revolucionario y estadista mundialmente conocido, que de improviso abandonaba Cuba en búsqueda de nuevas realizaciones revolucionarias.

A mediados de la década del 50, la revolución social y el socialismo parecían en América Latina una meta inalcanzable, algo perteneciente a un lejano futuro. Al sumarse al destacamento de Fidel Castro, el Che suponía adherirse a una empresa en sumo grado arriesgada, inclusive irreflexiva, pero que, por cierto, perseguía una finalidad noble y sublime, aunque contaba con mínimas probabilidades de éxito.

Se hizo el “milagro”, y esa empresa salió victoriosa. En su desarrollo, la revolución cubana pasa a ser revolución socialista, cambiando de raíz el panorama político en los países de Latinoamérica. Con su triunfo, la revolución antiimperialista deja de ser en esos países una consigna abstracta, para convertirse en una realidad.

Ahora, al ponerse de nuevo en camino, al marchar a “hacer la revolución” en América Latina, el Che no era un Quijote revolucionario aislado, dispuesto por su cuenta y riesgo a luchar contra el imperialismo. Ahora iba respaldado por la riquísima experiencia de la revolución cubana

Abandona Cuba en búsqueda de la victoria sobre el imperialismo, a la que precisamente él -de eso está profundamente persuadido- puede y debe hacer

su óbolo, su aportación. ¿Por qué, entonces, su mensaje a Fidel y a los familiares están teñidos de colores tan trágicos, inclusive sombríos? ¿Por qué revisten carácter de despedida? ¿De qué se trata: del presentimiento de una muerte inminente o del “humor negro” tan típico en el Che?

En el Che convivían, junto con el romanticismo revolucionario -desprendimiento absoluto, ausencia de egoísmo, ascetismo, disposición al autosacrificio-, el “antirromanticismo”, o sea, el desprecio por las frases rimbombantes, por toda clase de sentimentalismo barato, por “sensibilidad” pequeñoburguesa e intelectualoide. Ese enemigo de todo dogmatismo era un dogmático a su manera. Y uno de sus “dogmas” era el desprecio a la muerte, que lo acechaba desde la infancia, pero particularmente en los años de la guerra de guerrillas en Cuba. La revolución también es guerra y, donde se pelea, allí se muere. En la guerra nadie está asegurado contra la muerte: ni el más inteligente ni el más valiente. Soldado hasta la médula, el Che lo sabía perfectamente. De ahí la “tonalidad” de sus mensajes.

Si analizamos más amplia y profundamente la decisión del Che de abandonar Cuba en búsqueda de nuevos “horizontes revolucionarios”, no nos parecerá tan insólita y extravagante, como puede parecer a primera vista. ¿Qué revolucionario verdadero, comunista verdadero -ya sea soldado o general de la revolución- no ha soñado o no sueña con marchar a combatir de voluntario por la libertad de otros pueblos oprimidos?

¿Acaso en las filas de los luchadores rusos por la causa justa de Octubre no combatieron el polaco Dzerzhinski, el yugoslavo Oleko Dundich, el checo Jaroslav Hasek, el norteamericano John Reed?

Recordemos la España revolucionaria. ¡Cómo ansiaban los soviéticos acudir en ayuda del pueblo español y pelear en las filas del ejército republicano contra el fascismo! Sabemos que en España lucharon contra el fascismo pilotos, tanquistas y jefes militares soviéticos. ¿No luchó por la libertad del pueblo chino el mariscal soviético Blucher? Podríamos citar innumerables ejemplos como éstos. Y los que iban a la guerra, ya fuera en su propio país o a lejanos países, también escribían cartas de despedida a los dirigentes del partido, a sus familiares y amigos.

Los revolucionarios cubanos, que abandonaban Cuba junto con el Che, sus hermanos de ideas y de armas, también dejaron cartas de despedida a los dirigentes del partido, a los familiares y a los amigos. Al ausentarse, al igual que el Che, confiaban en la victoria, en el triunfo de la causa por la que iban a combatir dejando su tierra, a sus parientes y compañeros...

No conocemos todavía todas esas cartas. Fragmentos de una de ellas se publicaron en 1969,

Y otra misiva vio la luz un año más tarde. El autor de la primera fue el capitán Eliseo Reyes Rodríguez (“Rolando” en Bolivia), miembro del CC del PCC, destacado participante de la lucha guerrillera en Cuba, que combatiera al mando del Che en la Octava columna. Dejó en Cuba a la esposa y tres hijos menores. El 16 noviembre de 1966, antes de partir para Bolivia, escribió a Nelia Barreras, su esposa:

“No es fácil la separación pero sé que tú comprendes igual que yo que un hombre honrado hace siempre cuantos sacrificios sea necesarios para cumplir con el más sagrado deber: luchar contra el imperialismo.

Sé valiente para que nuestros hijos, si yo caigo en la lucha, puedan remplazarme tan pronto como su edad se lo permita, para que sientan como suyo el dolor y la miseria en que hoy viven otros pueblos hermanos.

Es posible que durante algún tiempo no tengas noticias de mí, pero no olvides que por grande que sea la distancia y el tiempo que nos separe, siempre mi pensamiento estará junto a ustedes.

Siento por una parte el dolor que me ocasiona la partida del lado de mis seres más queridos -de tu lado, del de mis hijos, del de mis padres- pero me reconforta saber que lo hago para ruchar contra el enemigo que separa a millones de personas de sus seres más queridos.

Cuídate mucho y cuida a los niños, quiere mucho a mi madre, que son ustedes, junto a mi patria revolucionaria, mi más grande tesoro, a los que dedicaré mi último pensamiento si me toca caer en la lucha”.

Reproducimos a continuación otra carta que, como la anterior, dilucida los motivos de orden moral y político que incitaron a los revolucionarios cubanos a participar en la lucha guerrillera en Bolivia. El autor, capitán Jesús Suárez Gayol (“Rubio” en Bolivia), hijo de campesinos, desde los años escolares participó en el movimiento clandestino contra Batista, fue detenido reiteradas veces, emigró a los EE.UU. y a México, desde donde regresó en abril de 1958 para combatir contra el tirano. En el ataque de la estación de radio, la explosión de una bomba le quemó las piernas. A pesar de ello, se incorporó a la Octava columna del Che y luchó en sus filas hasta el triunfo de la revolución. Una vez derrocado Batista, Jesús ocupó varios puestos importantes: dirigió la reforma agraria en la provincia de Las Villas, el Instituto de Recursos Minerales y a partir de 1964 fue viceministro de la Industria Azucarera. Al marcharse a Bolivia, Suárez Gayol dejó una carta a su hijito Jesús Félix, fechada en diciembre de 1966:

“Diciembre 2 de 1966.

Comp. Jesús Félix Suárez,

Habana, Cuba.

Querido hijo:

Muchos son los motivos que me impulsan a escribirte estas líneas que te hago en circunstancias muy singulares y que habrás de leer cuando el tiempo transcurra, cuando seas mayor y puedas entender cabalmente la decisión que he tomado.

Hoy estás a punto de cumplir 4 años, eres para mí la prometedor esperanza de que seas el hombre que aspiro y la alegría extraordinaria que ha llenado mi vida en los pocos momentos en que he podido estar a tu lado. Eres mi único hijo y pienso que sería imperdonable marcharme a cumplir con el deber que mi condición de revolucionario me dicta y que pueda costarme la vida y no dejarte escrito tan siquiera algo de las muchas cosas que te diría si pudiera verte crecer a mi lado.

He tenido la suerte extraordinaria de vivir en una etapa trascendental de nuestra historia. Cuba, nuestra Patria, nuestro Pueblo, realiza una de las más grandes epopeyas que registra la Historia de la Humanidad. Está haciendo su Revolución frente a las circunstancias más adversas y ha emergido victoriosa ante cada amenaza y ante cada agresión...

La Revolución Cubana es el ejemplo vivo que señala a otros pueblos el camino a su liberación. Pueblos a los que el Imperialismo exprime, explota y de los cuales se nutre, pueblos que no pueden como el nuestro, construir su porvenir, donde millones de hombres y mujeres entregan su esfuerzo para el enriquecimiento de unos pocos, donde miles y miles de niños como tú o aún más pequeños que tú mueren sin asistencia médica, niños que no tienen escuelas ni maestros y a los que espera la miseria y la ignorancia, fiel compañera que va siempre del brazo de la explotación.

Es por eso que el deber de un revolucionario cubano, en esta etapa se extiende más allá de los límites físicos de nuestro País y está allí dondequiera que existe la explotación, dondequiera que el Imperialismo clava sus garras para extraer la sangre de los pueblos.

Es esta interpretación de mi deber como revolucionario lo que me impulsa a marchar fuera de mi Patria a luchar, con las armas en la mano, contra el imperialismo. Conozco los riesgos que ella entraña, sé que dejo atrás mis afectos mayores; mis seres más queridos, pero al mismo tiempo me invade la alegría y el orgullo comprensible de saber que paso a ocupar un puesto de vanguardia en esta lucha a muerte de los pueblos frente a sus explotadores.

Entre esos seres queridos, en primerísimo lugar, te encuentras tú, mi hijo. Mucho hubiera querido estar a tu lado en todo el proceso de tu formación y verte cristalizar como hombre y como

revolucionario. Como eso me sería muy difícil dada la decisión que he tomado, confío que mi ejemplo y la herencia moral que constituye una vida dedicada por completo a la causa revolucionaria, unida a la educación que recibirás por crecer en un pueblo en Revolución, suplan con creces mi ausencia. Aspiro a que tú comprendas esta decisión mía y jamás me la reproches. Aspiro, creo que es una legítima aspiración de padre, a que vivas orgulloso de mí y contribuir así a tu felicidad ya que no puedo, con mi compañía, proporcionarte las pequeñas alegrías que la generalidad de los padres ofrecen comúnmente a sus hijos.

Quiero que estudies con ahínco y te prepares lo mejor que puedas para impulsar con tu esfuerzo la obra revolucionaria. No creo, por lo menos así lo espero, que tengas que empuñar las I armas para luchar por el bienestar de la humanidad; tu campo de acción será la ciencia, la técnica, el trabajo creador cualquiera que éste fuese; desde esos frentes también se lucha por las buenas causas, en ellos también hay heroísmo y gloria cuando el revolucionario se entrega con pasión, con dedicación, con ardor...

Mantente siempre vigilante y defiende tu Revolución con celo y con fiereza. Ha costado mucha sangre y representa mucho para los pueblos del mundo.

Quiero que seas siempre sincero, cabal, abierto. Prefiere siempre la verdad por dura que ésta sea. Debes ser reflexivo ante las críticas y al mismo tiempo defender tu criterio sin vacilaciones cuando sea honesto.

Rechaza la lisonja y la adulonería y no la practiques nunca. Sé siempre el más severo crítico de ti mismo.

Cuando esta carta tú leas ya conocerás sin duda muchas de las hermosas páginas que escribiera José Martí, hay unos versos del Apóstol que se titulan “Yunque y Estrella”, pues bien, léelos y medítalos y recuerda que quiero que, ante las alternativas que la vida te ofrezca, tú siempre escojas “la estrella que ilumina y mata”.

Quiero que tú seas un digno hijo de tu gran Patria.

Que seas un revolucionario, un comunista.

Te abraza tu padre

Jesús Suárez Gayol”.

En la epopeya boliviana participaron 17 revolucionarios cubanos, 14 de los cuales perecieron allí. Ninguno había cumplido los 35 años. Todos tenían familia, hijos.

Así pues, el Che abandonó, o decidió abandonar, Cuba aproximadamente en abril de 1965. Sea como fuere, por lo menos oficialmente, después de abril de 1965 ya no estaba en Cuba. Sus huellas se pierden y reaparecen tan sólo en noviembre de

1966 en Bolivia. Desconocemos con precisión dónde se encontraba en ese lapso de 19 meses. Después de su muerte, la prensa aseveraba que había estado en África Negra, participando en la guerra civil del Congo. Una alusión a ello encontramos en *El diario de Bolivia*. Es posible que, efectivamente, se encontrara en África, por cuyos destinos reveló el más vivo interés; quizá estuviera en otro lugar, desde donde regresó a Cuba; quizá permaneciera en Cuba después de abril de 1965. No lo sabemos. Las únicas fuentes capaces de hacer luz en esta cuestión -las cubanas-, por ahora guardan silencio.

Pero no es esto lo esencial para nuestra narración.

Se sobrentiende que en ese año y medio el Che no estuvo de brazos cruzados. Probablemente decenas de personas estuvieron vinculadas con él, y, si hasta hoy no se conoce nada preciso acerca de ese período, debemos atribuirlo a la gran maestría compradora del Che y a la lealtad de la gente que trabajaba entonces a su lado.

¿Ya se preparaba el Che en esa época para la expedición boliviana? A juzgar por la historia de Tania, la joven revolucionaria alemana que pereció en Bolivia, el Che comenzó los preparativos para la campaña boliviana con un año de anticipación -si no antes- a su “desaparición” de Cuba. Esta historia fue narrada en el libro *Tania, la guerrillera inolvidable*, publicado en La Habana en 1970, con un prólogo de Inti (Guido Álvaro Peredo Leigue), revolucionario boliviano, amigo y compañero de armas del Che en Bolivia.

Tania era el seudónimo de Tamara, hija de los comunistas alemanes Erich y Nadia Bunke, maestros que huyeron del terror nazi en 1935 a la Argentina, donde tenían parientes, llevando consigo al primogénito, recién nacido. Allí, en la Argentina, el 19 de noviembre de 1937 nació Tamara, o Ita (diminutivo de Tamarita), como la llamaban en su casa. Era una muchacha atractiva e inteligente, entendida en literatura y en política, amaba la música. Tocaba el piano, la guitarra y el acordeón, cantaba, aprendía ballet y se dedicaba al deporte.

Los padres de Tamara participaron activamente en el movimiento comunista clandestino de la Argentina. La hija creció en una atmósfera de reuniones clandestinas y discusiones políticas. “Nosotros hacíamos comprender a nuestros hijos -recuerda Nadia Bunke, madre de Tamara-, con palabras simples como para niños, que estábamos luchando por el bien de la humanidad, para el bien del pueblo argentino; les explicábamos sobre la Revolución de Octubre en la Unión Soviética, les decíamos que trabajábamos por una sociedad nueva como aquélla, pero que todo eso era un trabajo muy difícil y peligroso; les advertíamos que donde estábamos la policía perseguía a las personas que

pensábamos de ese modo y que por ello había que actuar con discreción. Y los niños -Tamara y Olaf- tenían que guardar silencio y no contar a nadie que en nuestra casa se celebraban reuniones con compañeros del Partido, porque era una organización clandestina”.

En 1952, después de la guerra, la familia Bunke regresó a la RDA. El padre comenzó a dar clases de cultura física, y la madre, de lengua rusa. En la Universidad Humboldt de Berlín Tamara estudió lenguas, ingresó en las filas de la Juventud Libre Alemana y luego al PSUA.

Tamara estaba al corriente de los acontecimientos políticos en América Latina, soñaba con retomar a la Argentina y participar en la lucha revolucionaria.

Es natural que acogiera con entusiasmo la noticia del triunfo de la revolución cubana en 1959. Su simpatía por la Isla de la Libertad creció muchísimo cuando se entrevistó, a mediados de 1960, con la primera delegación gubernamental cubana, encabezada por el capitán Antonio Núñez Jiménez, y en diciembre con la delegación comercial dirigida por el Che. Tamara fue intérprete de esas delegaciones y personalmente del Che, compatriota suyo, argentino como ella. El trato con los compañeros cubanos, la simpatía, sencillez, sinceridad y entusiasmo revolucionario causaron enorme impresión en Tamara. Aspira desde entonces a marcharse a Cuba y tomar parte en las transformaciones revolucionarias. El 12 de mayo de 1961 se cumple su ilusión. Llega a La Habana, trabaja en el Ministerio de Educación, estudia en la Escuela de Periodismo de la Universidad de La Habana, ingresa en las Milicias Revolucionarias, participa en el trabajo voluntario y en diferentes campañas de masas, es intérprete de delegaciones alemanas y, en ocasiones, se entrevista con su compatriota, el Che.

La revolución cubana fascina y conquista a Tamara. Trata de convertirse en revolucionaria profesional, en dedicarse por entero a la “lucha por la liberación de la Humanidad”. Toma estas palabras del libro de Nikolái Ostrovski como epígrafe para su diario. En La Habana trabaja un tiempo con los representantes del Frente Unido de Nicaragua, que realizan acciones guerrilleras en ese país. Ansía ser guerrillera, estar en la labor clandestina.

Su deseo vuelve a cumplirse. La Cuba revolucionaria, sitiada por los imperialistas, debe defenderse. En marzo de 1963, los compañeros cubanos proponen a Tamara pasar a la labor clandestina y viajar a América Latina para cumplir allí misiones responsables en aras del movimiento revolucionario. Tamara da su consentimiento. Es feliz. Lo que le encomiendan es peligroso, pero digno de un verdadero revolucionario. Está

orgullosa de la confianza depositada en ella y no escatimará esfuerzos, capacidad y conocimientos para justificarla. Así es como Tamara se convierte en Tania, entregada al trabajo clandestino.

Siguen meses de preparativos rigurosos, detallados, múltiples. Estudio de escritura invisible, cifrados, radiocomunicación, reglas de conspiración. La instrucción fue a fondo y duró un año. Luego, leemos en el libro *Tania, la guerrillera inolvidable*: “Concluida su preparación a fines de marzo de 1964, Tania recibió lo que hubo de calificar en aquel momento como “la mayor emoción de su vida”: el Cmdt. Ernesto Che Guevara la esperaba en su despacho del Ministerio de Industrias para explicarle definitivamente el contenido del plan de trabajo que debía desarrollar”.

Hasta ese día Tania ignoraba cuál sería su misión específica. El Che preguntó a Tania sobre el conocimiento que tenía de las tareas revolucionarias que le esperaban y su disposición a someterse a las privaciones y riesgos que éstas implicaban. Con firmeza, en forma breve pero precisa, Tania respondió al Che que sólo esperaba conocer exactamente la misión y la orden de partir a cumplirla. Durante varias horas hablaron de la situación político-económica de América Latina, de los movimientos revolucionarios que habían iniciado la lucha armada en algunos países sudamericanos. El Che explicó a Tania el objetivo de su radicación en Bolivia, donde debía establecer relaciones dentro de las fuerzas armadas y los círculos gobernantes, y finalmente esperar un contacto que habría de indicarle el momento de la acción definitiva, su participación en la lucha que se gestaba. El Che advirtió a Tania: esperar el contacto que se le enviaría directamente desde La Habana; mientras, por difícil que fuera su situación, no debía vincularse, solicitar ayuda ni revelar su tarea a persona, organización o partido alguno.

El fragmento del libro sobre Tania que acabamos de citar es en sumo grado notable. Pone de manifiesto que ya en marzo de 1964 se proyectaba la expedición boliviana, dirigida directamente por el Che. Este hecho reitera una vez más que todas las especulaciones de los enemigos de la revolución cubana, deseosos de demostrar que la salida del Che de Cuba fue una decisión “inesperada”, el resultado de una “desilusión” y un deseo de sacrificarse no son más que una invención de calumniadores al servicio de los imperialistas.

¿Qué ocurría en América Latina en marzo de 1964? En Brasil, estaba en el poder el gobierno del presidente Goulart, que se pronunciaba cada vez más resueltamente contra el imperialismo de EE.UU. Las Ligas Campesinas crecían rápidamente en el país, guiadas por Francisco Juliano, ferviente admirador de la revolución cubana. En Venezuela,

Colombia y Perú actuaban con energía los destacamentos guerrilleros. En Argentina daba los primeros pasos el grupo guerrillero dirigido por Jorge Ricardo Masetti. El Che confiaba que Masetti podría fortalecerse en el triángulo estratégico que forma la frontera de Chile, Bolivia y Paraguay. En Bolivia era presidente Paz Estenssoro, cuya gestión el Che conocía desde su primera visita a ese país.

En marzo de 1964, Bolivia mantenía todavía relaciones diplomáticas con Cuba, rotas bajo la presión de los EE.UU. tan sólo el 20 de agosto de 1964. No queda excluido que en aquellos momentos se hubiera podido organizar en el territorio de Bolivia, con el acuerdo tácito de las autoridades bolivianas, una base guerrillera que sirviera de apoyo y retaguardia para los grupos guerrilleros que actuaban en Argentina y en el Perú. Sea como fuere, pero Juan Lechín, entonces vicepresidente de Bolivia y líder del influyente Centro Obrero de Bolivia, apoyaba abiertamente la revolución cubana. Además, en el período de Paz Estenssoro los mineros estaban armados, y en las minas habían milicias populares. Cierto es que la dirección de esas milicias seguía la orientación gubernamental; sin embargo, en determinadas condiciones, los mineros armados podían convertirse en base para un movimiento revolucionario más activo, inclusive guerrillero.

No obstante, si bien desde el punto de vista de las perspectivas de la lucha revolucionaria la situación en América Latina parecía muy prometedora en marzo de 1964, a fines de ese mismo año la situación cambió para peor: el grupo de Argentina se desintegró sin comenzar siquiera las operaciones, y su jefe fue muerto. En Brasil, Goulart fue derrocado por los generales reaccionarios. La misma suerte corrió en Bolivia Paz Estenssoro, ocupando su cargo el general René Barrientos Ortuño.

Claro que esos acontecimientos podrían calificarse de otro modo: la toma del poder por los reaccionarios en Bolivia y en Brasil podía poner al orden del día la organización de acciones guerrilleras contra esos regímenes, acciones que podrían -de tener éxito- cambiar radicalmente la correlación de fuerzas en América Latina a favor del antiimperialismo.

Entretanto, el 9 de abril de 1964, Tania viaja de La Habana a Europa Occidental, donde se entrena durante varios meses para la labor clandestina. Ahora se llama Laura Gutiérrez Bauer, nacida en Argentina, etnógrafa aficionada, hija de un hombre de negocios argentino y de una antifascista alemana. El 5 de noviembre, Tania llega sin contratiempos a Lima, capital del Perú, y ese mismo día arriba de La Paz el presidente Víctor Paz Estenssoro, recientemente depuesto por los generales. El 18 de noviembre de 1964, Tania llega

finalmente al objetivo de su viaje: La Paz.

Esa argentina joven y encantadora, que dominaba varias lenguas y, al parecer, no estaba escasa de dinero, obtiene rápidamente acceso a las nuevas esferas gubernamentales, llegadas al poder con la caída del régimen de Paz Estenssoro. Entabla relaciones amistosas con Gonzalo López Muñoz, jefe de la sección de información del servicio presidencial. Con su ayuda comienza a trabajar en un semanario local, colaborando simultáneamente con el departamento de folclore del Ministerio de Educación.

En los medios gobernantes de Bolivia -en especial entre los militares- hay simpatía por las personas de procedencia alemana. Después de la primera guerra mundial, oficiales del ejército alemán instruyeron durante varios años el ejército boliviano. De 1937 a 1939 fue presidente de Bolivia el coronel German Busch, hijo de un emigrado alemán y de una india, quien gozó de gran popularidad. Tania aprovechó esas simpatías por los alemanes para ampliar sus relaciones.

El hecho de que llegara a tratar al presidente general René Barrientos, a quien conoció durante una fiesta, prueba que Tania logró penetrar muy hondo en la "alta sociedad" boliviana. Para consolidar su situación, se casa con el estudiante Mario Martínez Álvarez, obteniendo así la ciudadanía boliviana. Poco después del casamiento, Álvarez partió para Europa a continuar los estudios.

La Habana mantenía relación con Tania a través de enlaces. Se entrevistaba con ellos en Bolivia y en otros países latinoamericanos. En esa etapa preliminar, la empresa boliviana se desplegaba de acuerdo con los planes preestablecidos. La Habana estaba perfectamente informada sobre la situación del gobierno de Barrientos, contra quien organizaban complotos no sólo sus enemigos políticos, sino inclusive sus propios partidarios.

Sin embargo, la situación de Barrientos no era tan vacilante como pudiera parecer a primera vista. Barrientos flirteaba con los campesinos, haciéndose pasar por su amigo y protector y en este sentido gozó de cierto éxito. Los revolucionarios, por su parte, suelen adolecer de excesivo optimismo y sobrestimar sus fuerzas.

Mientras Tania echaba raíces en Bolivia, otro hombre de confianza de La Habana -Régis Debray, 23 años- recorrió con su propio nombre el país y las repúblicas limítrofes a fines de 1963 y comienzos de 1964.

Debray, estudiante de filosofía de la Sorbona, en 1959 estaba de prácticas en EE.UU., de donde partió para Cuba. Fue recibido por sus dirigentes que lo interiorizaron con la experiencia de la revolución. Debray viajó después año y medio por Latinoamérica. Rodó una película en Venezuela para la TV francesa, luego estuvo cerca de tres

meses en Bolivia, recogiendo materiales para una tesis sobre la situación de los indios de la meseta andina. Dictó conferencias en La Paz, en Cochabamba y Oruro, se entrevistó con muchos líderes políticos y estuvo en contacto con el encargado cultural de la embajada francesa en La Paz.

En 1965 aparecen los primeros trabajos de Debray, en los cuales da su interpretación de la influencia de la revolución cubana en América Latina: *América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria*, publicado en enero en la revista francesa *Les Temps Modernes*, y *El castrismo: la larga marcha de América Latina*, que vio la luz en la revista cubana *Casa de las Américas*, en la segunda mitad del mismo año.

Después de su viaje por los países latinoamericanos, Régis Debray regresó a Cuba a fines de 1965, es decir, cuando el Che ya no estaba allí. Estudió la historia del movimiento guerrillero en Cuba. Roberto Fernández Retamar, director de la revista cubana *Casa de las Américas*, escribe que tuvo acceso a muchos documentos inéditos: órdenes del campo de batalla, instrucciones a los comandantes, partes militares, cartas y otros textos.

El resultado de esos estudios fue el libro *¿Revolución en la revolución?*, editado con tirada masiva en La Habana a principios de 1967. Hoy pocos recuerdan ese libro, pero en aquel entonces dio mucho que hablar, y se convirtió en especie de manual de los partidarios de las acciones guerrilleras "a toda costa".

El libro de Debray reflejaba las discusiones a las divergencias que surgían en el movimiento de liberación nacional latinoamericano después del triunfo de la revolución cubana.

Rodney Arismendi, Secretario General del Partido Comunista del Uruguay, escribió que se trataba de un período de búsqueda de caminos, un período de discusiones teóricas, así como de impulso de algunas tendencias izquierdizantes y de crisis de las concepciones estáticas en cuanto a los procesos y los rasgos típicos de la revolución latinoamericana.

Es digno de atención lo que escribió Debray en su libro acerca de las dificultades con que puede tropezar en su camino el desarrollo del movimiento guerrillero en Bolivia: "Los focos guerrilleros, al comienzo de su acción, ocupan regiones relativamente poco pobladas, de población muy dispersa. Nadie, ningún recién llegado pasa inadvertido en una aldea de Los Andes, por ejemplo, donde inspira ante todo desconfianza. Del "forastero", del "blanco", los campesinos quechuas o cakchiqueles (mayas) tienen muchas razones para desconfiar; saben bien que las bellas palabras no les darán qué comer ni les protegerán de los bombardeos. El campesino pobre cree en primer

lugar en alguien que tiene un poder, empezando por el poder de hacer lo que dice. El sistema de opresión es sutil: está allí desde que hay memoria de hambre, cristalizado, instalado, compacto. El ejército, la guardia rural, la policía del latifundista, hay “rangers” y boinas verdes y negras, están dotadas de un prestigio tanto más fuerte cuanto que es menos consciente. Ese prestigio es la forma primera de opresión: paraliza el descontento, cierra las bocas, hace tragarse el insulto a la simple vista del uniforme. El ideal neocolonial es todavía “mostrar su fuerza sin servirse de ella”, pero mostrada es ya servirse de ella.

Dicho de otro modo, la fuerza física de la policía y el ejército es tabú, y no se rompe un tabú con discursos, sino mostrando que “las balas les entran también a ellos”.

¿Conocía el Che la obra de Debray? Sí, Debray se la entregó en marzo de 1967, cuando llegó al “foco” boliviano. Al Che no le satisfizo el libro y expresó disconformidad con su contenido. Por lo menos, así lo declaró Debray a los periodistas cuando ya estaba en la cárcel boliviana.

Pero en aquel momento ya habían perdido sentido las discusiones teóricas en cuanto al “foco”. Había llegado la hora de actuar.

Campamento en el río Ñancahuazú.

Para comenzar son suficientes de treinta a cincuenta hombres. Con esta cantidad se puede empezar la lucha armada en cualquiera de los países latinoamericanos.

Ernesto Che Guevara.

En marzo de 1966 llega a La Paz el cubano Ricardo (o Chinchu). Es el capitán José María Martínez Tamayo, activo participante de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Ricardo nació en 1936; hijo de obreros, fue tractorista y, después de la revolución, aprendió para piloto de aviones, durante un tiempo sirvió en unidades de tanques. Granma informaba que ya en 1962 Ricardo cumplía una importante misión de ayuda al movimiento revolucionario en Guatemala. En 1963 entra por primera vez en Bolivia con pasaporte colombiano, para cumplir una misión secreta. Poco después recibe documentos bolivianos a nombre de Ricardo Morales Rodríguez, lo que le permitirá en adelante salir y entrar al país sin inconvenientes. En Bolivia, Ricardo ayuda a organizar en la frontera con Argentina un campamento secreto, que debería convertirse en base de apoyo para los grupos guerrilleros en la provincia de Salta.

En su primer día en Bolivia Ricardo entabló contacto con Inti y con su hermano Coco (Roberto Peredo Leigue). Ambos habían participado en el movimiento revolucionario desde los años escolares. Inti fue líder de las juventudes

comunistas y luego secretario de la organización del partido en La Paz y miembro del CC del PCB. Coco también era un revolucionario activo y dirigente de las juventudes comunistas. Fue capitán de un barco fluvial, cazador de cocodrilos, chofer. En 1962 y 1966 visitó Cuba, y en 1964 y 1965, la Unión Soviética, hacia la que sentía un gran cariño, al igual que su hermano. Llamó Yuri a su hijo, en honor de Yuri Gagarin.

Cumplida su misión en 1963, Ricardo regresa a Cuba, para reaparecer en Bolivia dos años y medio más tarde. Se pone en contacto con Inti, Coco y otros revolucionarios que están dispuestos a ayudarlo en sus tareas.

A fines de julio llegan a La Paz dos cubanos más: Pombo y Tuma. El primero es el capitán Harry Villegas Tamayo, y el segundo, el teniente Carlos Coello, que en el *Diario del Che* figurarán con los apodos de “Tumaini” y “Rafael”. Ambos entran en Bolivia con pasaportes colombianos.

Una de las tareas principales del grupo de Pombo era adquirir una finca en una localidad rural, para convertirla en base de entrenamientos o, quizá, para las operaciones del futuro destacamento guerrillero. Al principio, Pombo y sus amigos pensaban comprar un terreno en la región de Alto Beni, en el norte de Bolivia. Pero luego prefirieron una localidad situada al sureste.

La zona elegida estaba más cerca de Argentina, patria del Che. Tenía sus ventajas y sus defectos desde el punto de vista de la lucha guerrillera. Las ventajas consistían en que el lugar estaba en gran parte cubierto de matorrales, la población era escasa y se dedicaba, fundamentalmente, a la caza y la ganadería. En esa región se encontraban los yacimientos petrolíferos pertenecientes a la “Bolivia Gulf Oil Co.”. Era de suponer que los obreros de los yacimientos apoyarían a los futuros guerrilleros. El defecto era la escasez de agua, falta de los ríos; la región estaba infectada de mosquitos y garrapatas. Además estaba situada bastante lejos de los centros mineros, donde se concentraban las fuerzas más combativas de la clase obrera, en tanto que la población local -indios guaraníes en su mayoría- eran pequeños arrendatarios o ganaderos, muy atrasados políticamente.

Fue precisamente en esa zona donde, en julio de 1966, Coco Peredo compró por 30.000 pesos bolivianos (2.500 dólares) un rancho, o finca, que pasó a la historia con el nombre de “Calamina”. La finca tenía 1.227 hectáreas y estaba casi deshabitada, descontando una casa que salía al camino. Cerca de la finca pasaba el río Ñancahuazú. “Calamina” estaba a 285 kilómetros al sur del centro provincial Santa Cruz y no muy lejos de la pequeña ciudad Camiri, centro de la cuarta región militar, en la que estaban emplazadas las unidades del ejército boliviano. Esa vecindad no

prometía nada bueno a los futuros habitantes de “Calamina”. En las cercanías habían dos pueblos más -Lagunillas y Gutiérrez-, y en ellos se podían adquirir víveres y diferentes artículos en caso de necesidad. Otro aspecto negativo de “Calamina” era que a tres kilómetros vivía Ciro Algarañaz, campesino acomodado, ex alcalde de Camiri, donde tenía una carnicería. Para llegar a “Calamina” había que pasar por su casa, cosa que, naturalmente, le facilitaba observar el desplazamiento de los vecinos. Pero fue más tarde cuando los nuevos dueños de “Calamina” advirtieron esos pormenores.

Entretanto, a principios de septiembre llegó a La Paz, procedente de Chile, con pasaporte uruguayo, el cubano Pacho (Pachungo), nombre de batalla del capitán Alberto Fernández Montes de Oca. Pasado cierto tiempo, abandonó Bolivia, para regresar junto con el Che.

En septiembre llegó a Bolivia Régis Debray, con su propio nombre. Desde el punto de vista conspirativo, eso no dejaba de ser peligroso, pues por aquel entonces ya era muy conocido como partidario de la revolución cubana y podía llamar la atención no sólo de los servicios secretos bolivianos, sino también de los agentes de la CIA, que desplegaban gran actividad en el país y colaboraban con las autoridades bolivianas.

La aparición de Debray en Bolivia podía sugerir que precisamente allí se encontraba el Che o que podía llegar, tanto más que algunos periódicos ya afirmaban que se ocultaba en Bolivia. El periodista mexicano Arnulfo Useta escribía en *Exelsior*, el 14 de septiembre de 1966, que el Che había llegado a Bolivia, desde Brasil, a principios de año. Useta describió casi exactamente el nuevo aspecto del Che y afirmó que usaba el seudónimo de “Ramón”. Ciertamente es que otros periódicos daban distintas versiones sobre el destino del Che; sin embargo, la permanencia de Debray en Bolivia con su propio nombre no dejaba de ser un riesgo para él mismo y para el Che.

López Muñoz, jefe del Departamento de prensa e información de la Presidencia, quien, como el lector recuerda, era amigo de Tania, expidió a Debray una credencial de periodista y el permiso de circulación libre por el país para recoger materiales, con miras a un libro sobre la situación “geopolítica” de Bolivia que pensaba escribir. Debray comenzó a viajar por las zonas en las que se proyectaba desplegar el movimiento guerrillero, compraba diligentemente mapas y fotografiaba diferentes lugares. En uno de esos viajes, topó casualmente con los hombres de Ricardo, creyó que eran bolivianos y quiso fotografiarlos. A Ricardo le costó mucho desprenderse del importuno francés. Unas semanas más tarde, Debray partió para Chile, regresando a Bolivia en febrero de 1967.

A juzgar por todo, Guevara llegó a La Paz en

avión desde San Paulo (Brasil) en noviembre de 1966. Sin barba, con marcadas entradas en las sienes, canoso (gracias al tinte), con gruesos anteojos de carey, corbata, no recordaba en lo más mínimo al Che conocido en todo el mundo. Había cambiado tanto su aspecto que cuando en La Habana fue a su casa para despedirse de su esposa y de la hija Celita, la pequeña no lo reconoció ni siquiera cuando la tomó en sus brazos. La niña le dijo a Aleida:

- ¡Mamá, este viejito me quiere enamorar!

Ahora ese “viejito” caminaba libremente por las calles de la capital boliviana, llevando en el bolsillo un pasaporte uruguayo a nombre del comerciante Ramón Benítez Fernández. Por las dudas, tenía oculto otro pasaporte, también uruguayo, a nombre del comerciante Adolfo Mena González. Sin embargo, no se puede puntualizar cuál de los dos empleó para entrar en Bolivia, porque en ninguno figuran los sellos de entrada a este país.

Muchas aguas corrieron desde que el Che -hacía de eso 13 años- había pisado por primera vez la tierra boliviana, atraído por la revolución de 1952.

En los años transcurridos mucho había cambiado en el mundo, y también era otro el Che, en Bolivia no se habían operado grandes transformaciones. Seguían gobernando el país los generales y los politicastos venales; los mineros arrastraban una penosa vida, y las masas campesinas -en su mayoría indios que no hablaban el castellano- seguían sumidos en la sólita miseria e ignorancia. Las fuerzas revolucionarias, que en el pasado habían gozado de una influencia limitada, estaban debilitadas por la labor escisionista de los trotskistas, maoístas, anarquistas... Sin embargo, el Che se sentía optimista, confiaba que los disparos guerrilleros modificarían de raíz el clima político del país a favor de las fuerzas revolucionarias.

Cuando el Che llegó a Bolivia, ya estaba allí la mayoría de los 17 cubanos que habrían de integrar su destacamento. Al igual que Debray, obtuvo a través de Tania un documento a nombre de Adolfo Mena González, en el que figuraba como acreditado especial de la OEA para el estudio y la recolección de información sobre las relaciones económicas y sociales en las zonas rurales de Bolivia. Esa credencial, fechada el 3 de noviembre de 1966, le autorizaba a viajar por todo el país.

Sin retenerse en La Paz, Ramón -así comenzó a llamarse el Che- marchó hacia “Calamina” acompañado por Paco. Pasó por Cochabamba y llegó el 7 de noviembre de 1966 a “Calamina”. Aquella tarde hizo el primer apunte en su *Diario de campaña*, que seguiría escribiendo día tras día durante 11 meses, hasta la última batalla en la quebrada de Yuro, el 8 de octubre del siguiente año.

El *Diario del Che*, refleja como un espejo los principales rasgos de su personalidad y de su visión

del mundo. Se trata de un documento de máxima sinceridad y veracidad. Es más que los anales del destacamento guerrillero, porque su autor presta especial atención a los defectos, los errores, las debilidades y fallos propios de cada combatiente y de todo el destacamento. Habla con pormenores de los elementos vacilantes, pero es muy parco cuando se trata de luchadores, cuya conducta linda con el heroísmo. El Che consideraba normal el comportamiento heroico, en tanto que cualquier desviación de tal conducta merecía su reprobación y censura. Hay otra circunstancia digna de tener presente cuando se lee el *Diario*: el autor es muy escueto cuando se refiere a sí mismo, y lo hace, fundamentalmente, revelando sus defectos o errores. Entretanto, es el principal protagonista y creador del drama que describe; su voluntad férrea y su fe en la revolución le obligan a él mismo y a sus compañeros de armas a realizar actos de heroísmo y a batallar bajo la consigna “¡Triunfar o morir!”, con la cual lucharon por la causa justa los valientes de todos los tiempos y pueblos, desde los audaces defensores de Numancia hasta los heroicos combatientes de Stalingrado.

Por muy fantástica que haya sido la empresa proyectada o, más exactamente, por muy grandiosa que fuera -pues según sus autores debía terminar con el derrumbe del imperialismo americano y el triunfo del socialismo en América y, por consiguiente, a escala mundial-, en el *Diario* no encontramos una sola palabra que nos recuerde al Quijote. No es el diario de un soñador ni de un romántico, sino de un revolucionario que piensa sensatamente y está convencido de su verdad. Para el Che, la lucha contra el imperialismo es una larga cadena de victorias y derrotas. Será inmensamente feliz de salir triunfante, pero no teme la derrota, pues sabe que quienes vengan a sustituirle enarbolarán sin falta la bandera de la libertad y de la justicia social, la bandera del socialismo, en las cumbres más altas de los Andes...

¿Qué nos relata la primera página del *Diario* de Ramón?

“Hoy comienza una nueva etapa. Por la noche llegamos a la finca. El viaje fue bastante bueno. Luego de entrar, convenientemente disfrazados, por Cochabamba, Pachungo y yo hicimos los contactos y viajamos en jeep, en dos días y dos vehículos. Al llegar cerca de la finca detuvimos las máquinas y una sola llegó a ella para no atraer las sospechas de un propietario cercano¹⁸ que murmura sobre la posibilidad de que nuestra empresa esté dedicada a la fabricación de cocaína. Como dato curioso, el inefable Tumaini es indicado como el químico del grupo. Al seguir hacia la finca, en el segundo viaje,

Bigotes¹⁹ que acababa de enterarse de mi identidad, casi se va por un barranco, dejando el jeep varado en el borde del precipicio. Caminamos algo así como 20 kilómetros, llegando a la finca, donde hay tres trabajadores del partido, pasada la media noche”.

La llegada a “Calamina” del Che, a cuya caza estaban ya año y medio empeñados la CIA y otros servicios de inteligencia vinculados con ella, debe considerarse como un notable éxito conspirativo. No menor éxito era que, para esa fecha, ya estaban en Bolivia los 17 cubanos que integraban su destacamento, cuatro de los cuales eran miembros del CC del Partido Comunista de Cuba. Todos habían llegado a Bolivia por distintas vías y, poco después de arribar el Che a la base guerrillera de Nancahuazú, se concentraron allí. Se había llevado a “Calamina” gran cantidad de pertrechos, medicinas, cámaras fotográficas, radio y otros medios de comunicación, libros, uniformes de guerrilleros. Todo se había traído del extranjero o adquirido en La Paz, siendo luego transportado en pequeñas partidas al campamento en el río Nancahuazú. Así pues, hasta ese momento el plan de crear una base guerrillera se cumplía a las mil maravillas.

Recordemos cómo comenzó la epopeya cubana. Batista fue públicamente notificado de los planes de desembarco de Fidel Castro, y las tropas batistianas estaban a la espera de los combatientes del “Granma”. Pocos días después del desembarco los rebeldes fueron derrotados y perdieron cuatro quintas partes de sus efectivos, armas y pertrechos.

Ahora, por el contrario, los rebeldes habían logrado instalarse sin sufrir tropiezos en el propio corazón de América Latina. Disponían de armas modernas, de técnica varia y de dinero. En sus manos estaba la iniciativa, no les amenazaba un ataque sorpresivo.

Cuando el Che partió en el “Granma” para Cuba, iba a un país totalmente desconocido para él. Bolivia, en cambio, era un país que conocía de su anterior viaje en 1953.

Pero de continuar comparando con los acontecimientos cubanos, la variante boliviana no parecía tan infalible como podría creerse a primera vista. En Cuba, pese a todas las adversidades iniciales, los combatientes de Fidel Castro se encontraban en su propia patria, y en casa, como se sabe, hasta las paredes ayudan. Fidel podía contar con la ayuda de los correligionarios y simpatizantes en todos los rincones de la Isla.

A diferencia de Cuba, en Bolivia los guerrilleros eran extranjeros -cubanos, principalmente-, y también los dirigía un extranjero, el Che. Por mucha simpatía que gozaran los guerrilleros en los

¹⁸ Se trata de Ciro Algañaz, dueño de la finca colindante con “Calamina”.

¹⁹ Jorge Vásquez Machicado Viaña, estudiante boliviano, figurará como Loro y Jorge.

medios revolucionarios, la población local podría tratarlos como a forasteros, o sea, con desconfianza y prevención.

En el plano internacional, la comparación tampoco favorecía al destacamento de Ramón. Cuando Fidel Castro comenzó a luchar en la Sierra Maestra, los norteamericanos ni por asomo podían imaginarse que esa lucha terminaría con el triunfo de la revolución socialista en Cuba. Por eso el tiroteo en la Sierra Maestra no les preocupaba mucho. Pero el tiroteo en las sierras de Bolivia podía provocar unas represalias masivas por parte de Washington. Por cierto, eso coincidía con los planes del Che, ¿pero quién podía garantizar entonces a los guerrilleros el feliz desenlace de tal confrontación?

El 8 y el 9 de noviembre el Che hizo breves exploraciones de los alrededores selváticos de la finca y quedó satisfecho. El 9 de noviembre, Ramón hace esta observación en el *Diario*: “Con una disciplina conveniente se puede estar allí mucho tiempo”.

Sin embargo, el 10 de noviembre, preocupado por la curiosidad de Algañaz, dueño de la finca vecina, a quien le compraban provisiones, el Che decidió trasladarse al campo y organizar allí, a ocho leguas de la finca, su campamento básico. El 11 de noviembre, luego de pasar la primera noche en el campo, apunta en el *Diario*: “La plaga está infernal y obliga a resguardarse en la hamaca con mosquitero (que sólo yo tengo)”. Y, al día siguiente: “Mi pelo está creciendo, aunque muy ralo y las canas se vuelven rubias y comienzan a desaparecer; me nace la barba. Dentro de un par de meses volveré a ser yo”.

En el campamento hicieron un horno para cocer el pan, clavetearon unos bancos y una mesa. Allí, en ese peculiar “rincón rojo”, se realizaban por la tarde las clases políticas. El Che hablaba de la experiencia de la revolución cubana, contaba las peripecias de la guerra de guerrillas; otros enseñaban historia y geografía de Bolivia, lengua española y quechua. Todos los guerrilleros debían asistir a las clases. Después de la cena, el Che enseñaba francés a quien quisiera.

El Che organizó la célebre “góndola”: el traslado de los víveres, las armas y otros enseres guerrilleros desde “Calamina” al campamento básico. Era un trabajo agotador: diariamente los hombres debían trasladar a cuevas pesadas cargas. En la zona del campamento básico, los guerrilleros buscaban lugares secretos, cuevas, cavaban túneles en los que ocultaban sus bienes. A juicio del Che, la estancia de los guerrilleros en esa localidad sería provisional, pero pensaba que en el momento preciso siempre podría surtir allí de víveres, medicamentos y armas.

La actividad desplegada por los habitantes de

“Calamina” suscitaba la creciente curiosidad del vecino Algañaz y de sus peones. La gente de “Calamina” solía encontrarse con demasiada frecuencia con los curiosos vecinos. Debían estar alerta. En el campamento organizaron un observatorio, desde el cual se veía la casita de la finca. El 25 de noviembre, el Che escribe: “Desde el observatorio informaron que había venido un jeep con dos o tres tripulantes. Resultaron ser de un servicio de lucha contra el paludismo; se fueron inmediatamente que sacaron muestras de sangre”.

Otro motivo de inquietud o, más bien, de sufrimientos físicos, eran los insectos y los mosquitos. Nadie había pensado previamente que abundaran tanto en esos lugares ni cómo combatirlos, y ahora el Che y sus compañeros debían sufrir las consecuencias. El 18 de noviembre, el Che anota en el *Diario*: “Todo transcurre monótonamente; los mosquitos y las garrapatas están empezando a crear llagas molestas en las picaduras infectadas”.

El Che mantenía contacto directo por radio con “Manita” (La Habana). Poco a poco iban llegando los refuerzos a la finca: cubanos y bolivianos. El 27 de noviembre ya se habían reunido 30 personas.

El 30 de noviembre, el Che hace el análisis del mes: “Todo ha salido bastante bien: mi llegada sin inconvenientes; la mitad de la gente está aquí también sin inconvenientes, aunque se demoraron algo; los principales colaboradores de Ricardo se alzan contra viento y marea. El panorama se perfila bueno en esta región apartada donde todo indica que podremos pasarnos prácticamente el tiempo que estimemos conveniente. Los planes son: esperar al resto de la gente, aumentar el número de bolivianos por lo menos hasta 20 y comenzar a operar. Falta averiguar la reacción de Monje y cómo se comportará la gente de Guevara”.

Los colaboradores de Ricardo son bolivianos, por lo visto se trata de los hermanos Peredo y de algunos estudiantes que estaban en contacto con él. La gente de Guevara eran los partidarios del líder minero Moisés Guevara Rodríguez. Monje -Mario Monje-, por entonces primer secretario del Partido Comunista de Bolivia, con el cual quedaba por hablar para conocer la actitud del PCB hacia el movimiento guerrillero que se proyectaba.

El 2 de diciembre llegó el Chino -Juan Pablo Chang Navarro-, revolucionario peruano, superviviente del movimiento guerrillero del Perú, aniquilado por las autoridades. El Chino propuso poner a disposición del Che a 20 peruanos. Se discutió la organización de una base guerrillera en el Puno, en la orilla peruana del lago Titicaca. Luego el Chino partió para La Paz con la intención de ir a La Habana y, desde allí, regresar a Bolivia e incorporarse al grupo del Che.

Mientras tanto, los peones de Algañaz no

dejaban de espiar a los habitantes del campamento. Comentándolo, el Che escribe: “Eso cambia nuestros planes y debemos ser muy cuidadosos”.

Entre los bolivianos de “Calamina” surgieron divergencias. Unos estaban de acuerdo con hacerse guerrilleros. Otros lo supeditaban a la decisión del Partido Comunista de Bolivia, cuya actitud hacia el destacamento seguía siendo imprecisa.

El 12 de diciembre el Che escribe en el *Diario*: “Le hablé a todo el grupo, “leyéndole la cartilla” sobre la realidad de la guerra. Hice hincapié en la unidad del mando y en la disciplina y advertí a los bolivianos sobre la responsabilidad que tenían al violar la disciplina de su partido para adoptar otra línea. Hice los nombramientos que recayeron en: Joaquín, como segundo jefe militar; Rolando e Inti, como comisarios; Alejandro, como jefe de operaciones; Pombo de servicios; Inti, finanzas; Ñato, abastecimientos y armamentos; por ahora, Moro de servicios médicos”.

Al mismo tiempo acentúa un nuevo hecho, que pone sobre aviso: “Coco volvió de Caranavi donde compró los comestibles necesarios pero fue visto por algunos de Lagunillas que se asombraron de la cantidad”.

Hasta el 31 de diciembre los habitantes de “Calamina” estuvieron dedicados a la labor cotidiana del guerrillero: cavaron cuevas, refugios, exploraron un lugar para emplazar la radio, inspeccionaron más profundamente la localidad, abrieron pasos secretos en la manigua, marcaron las posiciones cómodas para emboscadas, hicieron diferentes tipos de entrenamiento. Todo eso se hacía, con harta frecuencia, bajo una lluvia torrencial y con el estómago vacío. El Che participaba en todos los trabajos y, como habitualmente, no se daba la menor tregua, pero exigía lo mismo de sus combatientes, cosa que, al parecer, no siempre era acogida con entusiasmo ni siquiera por los veteranos cubanos, de lo que dan testimonio estas líneas correspondientes al 28 de diciembre: “Cuando llegué al campamento me encontré con Marcos y Miguel, que habían dormido en un firme sin poder llegar al campamento, aquél me dio las quejas de la forma en que lo habían tratado. Al parecer, la queja era contra Joaquín, Alejandro y el Médico”.

Por último, el 31 de diciembre por la mañana, en vísperas de Año Nuevo, llegó a “Calamina” el tan esperado Mario Monje. Lo acompañaban Tania, Ricardo y un boliviano apodado “Pan divino”, que se había quedado en el destacamento del Che como voluntario. El Che conversó con Monje todo el día y toda la noche de Año Nuevo. La conversación no fue de las más fáciles. No se planteaba la conveniencia o la inconveniencia del movimiento guerrillero en Bolivia. El Partido Comunista apoyaba la acción revolucionaria, mas no lograron

llegar a un acuerdo en cuanto a una dirección única del movimiento guerrillero...

Aunque la dirección del Partido Comunista de Bolivia no asumía responsabilidad por la organización del destacamento guerrillero, autorizó a sus miembros a incorporarse a sus filas. En la declaración hecha por el PCB el 30 de marzo de 1967, poco después de los primeros combates del destacamento del Che con las tropas bolivianas, se decía que el Partido Comunista de Bolivia, que libraba una lucha permanente contra la política de traición a los intereses nacionales, advertía que esa política arrastraría consecuencias difíciles de prever. Señalaba que la lucha guerrillera recientemente iniciada era sólo una de las consecuencias de tal política y una de las formas de respuesta al gobierno.

De ese modo, el Partido Comunista declaraba su solidaridad con la lucha de los guerrilleros patriotas y acentuaba que lo más positivo de esa lucha era, sin duda alguna, la posibilidad de revelar el mejor camino que debían seguir los bolivianos para lograr la victoria revolucionaria.

En el mismo plano se pronunció Jorge Colle, quien sustituyó a Monje en el cargo de primer secretario del CC del PCB. En una conversación con el periodista boliviano Rubén Vásquez Díaz, poco después de iniciadas las operaciones militares en Ñancahuazú, Colle declaró: “Nuestra actitud hacia la guerrilla es de solidaridad y apoyo en todo lo que el Partido pueda apoyarlos y ayudarlos”. Al mismo tiempo, especificó: “Nosotros no creamos la guerrilla. La guerrilla no es nuestro trabajo y nosotros no la auspiciamos... Nosotros consideramos que nuestra ayuda y solidaridad es honesta. Sabemos bien que ellos son antiimperialistas revolucionarios, y que por lo tanto merecen no sólo nuestra ayuda sino también nuestro respeto. Los compañeros de las montañas actúan de acuerdo con sus palabras, y eso debe impresionarnos a todos nosotros. Existen, sin embargo, muchas formas de lucha. Nosotros estamos preparando, todo el Partido, para la guerrilla y la insurrección, pero no debemos olvidar la lucha de masas”.

Volvamos, sin embargo, a Ñancahuazú, al 10 de enero de 1967. El Che esperaba que “Calamina” se convirtiera en un eslabón de la cadena guerrillera, que se extendería a través de todo el cono sur, desde Perú hasta Argentina inclusive. En cuanto al Perú, ya había conversado al respecto con el Chino, quien debía regresar próximamente a “Calamina”. Con el Che se encontraba su fiel compañero de armas Antonio: el capitán Orlando Pantoja Tamayo, ex jefe del Estado Mayor de la Octava columna, dos veces herido en la campaña a Las Villas. Al igual que Rolando, conocía Bolivia desde 1963 y estaba al corriente de los planes de los

revolucionarios peruanos de organizar las guerrillas en la antigua tierra de los incas...

Pero en Argentina el Che cifraba sus mayores esperanzas. A pesar del trágico desenlace sufrido por el destacamento de Masetti, el Che estaba persuadido de que su patria podía y debía convertirse en terreno de exitosas acciones guerrilleras. Sus provincias montañosas de Salta y Jujuy, poco pobladas, lindan con Bolivia, y en ellas viven muchos peones, despiadadamente explotados por los latifundistas, y muchos campesinos con pocas tierras. Ellos pueden, ellos deben convertirse en luchadores de los futuros ejércitos guerrilleros, que ya actuaron allí durante la guerra libertadora contra los colonizadores españoles.

En Argentina había mucho material “explosivo”. El “foco” guerrillero en Bolivia, infundiría esperanzas en esa gente y entonces el Che, desde Ñancahuazú, acudiría en su ayuda. Así regresaría a la patria, por fin, Ernesto Guevara Serna, para luchar y vencer.

Para que así ocurriera, era preciso inmediatamente establecer contacto con los correligionarios argentinos, inactivos desde el exterminio del mencionado destacamento. Con tal misión, el Che envía a Argentina a Tania.

El 18 de enero escribe en su *Diario*: “Bajo el aguacero llegó el Loro (Vásquez Machicado) para informar que Algorañaz había hablado con Antonio, mostrándose conocedor de muchas cosas y ofreciéndose a colaborar con nosotros, para la cocaína o lo que sea, mostrando en ese lo que sea la sospecha de que hay algo más. Le di instrucciones al Loro de que lo comprometa sin ofrecerle mucho; sólo el pago de todo lo que acarree con su jeep y amenazarlo de muerte si traiciona”. Sin embargo, a juzgar por todo, Algorañaz ya hacía tiempo que estaba en contacto con la policía de Camiri, pues ésta se presentó al día siguiente en “Calamina” para revisar la casa. El Che anota el 19 de enero: “El teniente Fernández y cuatro policías, vestidos de civil, llegaron en un jeep de alquiler buscando la fábrica de cocaína; sólo revisaron la casa y les llamó la atención algunas cosas extrañas, como el carburo traído para nuestras lámparas y que no se había trasladado a la cueva. Le quitaron la pistola al Loro pero le dejaron el Máuser y el 22; hicieron el “paripé” de quitarle un 22 a Algorañaz que mostraron al Loro, y se retiraron con la advertencia de que conocían todo y había que contar con ellos”.

El Che ya no duda de que Algorañaz y sus hombres espían lo que pasa en “Calamina” y lo denuncian todo a la policía.

Al día siguiente también hubo alarma: “Pensábamos hacer varias prácticas pero se sigue comprometiendo la situación en el viejo campamento, ya que apareció un gringo con un M-2 tirando ráfagas; es “amigo” de Algorañaz y viene

a pasar 10 días de vacaciones en su casa. Se mandarán partidas de exploración y mudaremos el campamento hacia un punto más cerca a casa de Algorañaz; si esto explota, antes de dejar la zona le haremos sentir nuestra influencia a ese sujeto”.

Aunque sobre el “foco” se iban espesando los nubarrones, los contactos con Camiri y con La Paz funcionaban todavía normalmente. Al campamento seguía llegando gente nueva. El 21 de enero llegaron tres bolivianos, uno de los cuales -señala el Che en su *Diario*- es un campesino aymará. El 26 de enero llegaron al campamento el líder minero Moisés Guevara y una joven de la organización clandestina de apellido Loyola. Guevara era ex afiliado del Partido Comunista, adherido a la agrupación promaoísta, de la que fue expulsado por su “confabulación con los cubanos”. Dio su consentimiento para incorporarse al grupo guerrillero con sus partidarios, que eran unos 20 hombres. Che exigió a su tocayo de apellido que sus hombres evitaran hacer fracciones, así como “las polémicas en torno a las discrepancias internacionales o nacionales”. Moisés aceptó, pero prometió traer a los voluntarios sólo en la primera mitad de febrero porque, escribe el Che en el *Diario*, “los hombres se le rajaban ahora por los carnavales”.

A Loyola, quien dejó en el Che muy buena impresión por su firmeza y fe en la causa, le encomendó formar en La Paz y en otras ciudades una organización clandestina de apoyo al movimiento guerrillero, que debería suministrarles pertrechos, municiones, víveres, recoger información sobre el enemigo y hacer actos de sabotaje. El Che dio a Loyola las Instrucciones a los cuadros de las ciudades, y ella partió para La Paz. A pesar de que esos contactos eran prometedores, la afluencia de bolivianos al “foco” distaba de responder a las esperanzas del Che, de lo cual dejó constancia con su habitual franqueza en el “análisis del mes” de enero de 1967: “Ahora comienza la etapa propiamente guerrillera y probaremos la tropa; el tiempo dirá qué da y cuáles son las perspectivas de la revolución boliviana.

De todo lo previsto, lo que más lentamente anduvo fue la incorporación de combatientes bolivianos”.

Ello de febrero, dejando a varios combatientes al mando del cubano Marcos en “Calamina” -depurada de objetos comprometedores, que se ocultaron en las cuevas-, el Che emprendió con 20 hombres una marcha de entrenamiento a la montaña, calculada para 25 días. Inti relata que en esa marcha el Che llevaba a costas la mochila más pesada. Su “flaco” siempre fue enseñar a los demás con el ejemplo personal.

Esa marcha debía forjar y cohesionar a los combatientes, poner a prueba la serenidad,

disciplina, resistencia y valentía de cada uno. En la marcha se podía explorar el terreno, dejar en el camino depósitos secretos con armas y víveres y, por último, establecer contactos con la población. ¿Quién era la gente de esa localidad, por cuya libertad y dicha habían llegado allí a luchar los guerrilleros, superando miles de obstáculos y peligros? ¿Ayudarían a los guerrilleros y combatirían en sus filas, como los guajiros en la lejana y tan amada Sierra Maestra? ¿O, por el contrario, los habitantes de esta zona acogerían con desconfianza a estos extranjeros y les volverían la espalda? El Che ansiaba encontrarse con ellos, previendo con antelación qué grandes esfuerzos tendría que hacer para salvar la barrera de alienación y desconfianza con que se aislaban los indios bolivianos del mundo exterior, tan ajeno para ellos, de ese mundo que no les ofreció sino sufrimientos a lo largo de siglos.

La localidad por la que se desplazaban los guerrilleros resultó poco practicable, casi desierta, con matorrales espinosos, llenos de insectos infecciosos. La atravesaban raudos ríos de montaña, cortes pedregosos, declives, despeñaderos. En muchos lugares hubieron de abrirse camino a machete. Los mapas que usaban tenían muchas inexactitudes. El destacamento del Che perdió la orientación, y en lugar de los 25 días proyectados, estuvo en camino 48.

Durante esa marcha, los guerrilleros tuvieron reiterados contactos con la población local. Los campesinos hablaban en dialectos indios que los guerrilleros no comprendían, se mantenían cautelosos y desconfiados, a veces francamente hostiles. Ese hecho, de por sí, no era inusitado para el Che. En su libro sobre la guerra de guerrillas el Che apuntaba que al comenzar las acciones, los campesinos, temerosos de represalias por parte de las autoridades y, además, por ignorancia, adoptan precisamente esa actitud hacia los “ajenos” guerrilleros, y sólo a medida que se despliegan las operaciones militares y se convencen de la actitud amistosa de los revolucionarios, comienza a cambiar su mentalidad a favor de éstos. Con todo y eso, el Che esperaba encontrar una acogida más cordial entre los campesinos bolivianos, inclusive en esa etapa inicial exploradora de la lucha guerrillera. Veamos cómo describe el Che su primer encuentro con los campesinos durante esa marcha:

“Convertido en ayudante de Inti fui a hablar con los campesinos. Creo que la comedia no fue muy efectiva debido a la cortedad de aquél. El campesino está dentro del tipo; incapaz de ayudarnos, pero incapaz de prever los peligros que acarrea y por ello potencialmente peligroso. Dio una serie de indicaciones sobre los campesinos pero no se pudo precisar por cierta inseguridad.

El Médico curó los hijos... (El campesino se llama Rojas)”.

Se ha conservado una fotografía: el Che está sentado en un tocón, con dos hijos de Rojas sobre las rodillas; Rojas está a su lado. Recordemos este apellido. Todavía lo encontraremos...

Los guerrilleros llevaban consigo un radiotransmisor portátil, por el que se comunicaban constantemente con “Manila”.

Pasaban los días. El destacamento escalaba más y más las montañas. La escasa ración, los insectos y las pesadas mochilas, cuyas correas se clavaban despiadadas en el cuerpo, el calzado destrozado, los pies heridos y las lluvias torrenciales agotaban a los combatientes, irritándolos. Por una nimiedad podían surgir incidentes entre los cubanos, y también entre los cubanos y los bolivianos. El Che trataba de apaciguar a los combatientes que perdían el control, pero sus llamamientos a respetar la disciplina ya no causaban la impresión de antes entre sus hombres cansados y abatidos.

El Che se sentía mal desde los primeros días de la marcha. El 4 de febrero escribió en el *Diario*: “Yo estoy liberado de casi 15 libras y puedo caminar con soltura aunque el dolor en los hombros se hace a ratos insoportable”.

El 12 de febrero: “Tenía un cansancio atroz...”

El 23 de febrero: “Día negro para mí... A las 12 salimos, con un sol que rajaba piedras y poco después me daba una especie de desmayo al coronar la loma más alta y a partir de ese momento caminé a fuerza de determinación. La altura máxima de la zona está a 1.420 m.”.

El 26 de febrero inoportunamente cayó al río el boliviano Benjamín. Las tentativas de salvarlo no dieron resultado. El combatiente se ahogó. “Era un muchacho débil y absolutamente inhábil -escribe el Che en el *Diario*-, pero con una gran voluntad de vencer; la prueba fue más fuerte que él, el físico no lo acompañó y tenemos ahora nuestro bautismo de muerte a orillas del Río Grande, de una manera absurda”.

Sin embargo, el Che no pierde el optimismo. En el análisis del mes de febrero anota: “Aunque no tengo noticias de lo ocurrido en el campamento, todo marcha aproximadamente bien, con las debidas excepciones, fatales en estos casos...”

La marcha se cumplió bastante bien, pero fue empañada por el accidente que costó la vida a Benjamín; la gente está débil todavía y no todos los bolivianos resistirán. Los últimos días de hambre han mostrado una debilitación del entusiasmo, caída que se hace patente al quedar divididos.

De los cubanos, dos de los de poca experiencia, Pacho y el Rubio no han respondido todavía, Alejandro lo ha hecho con plenitud; de los viejos, Marcos da continuos dolores de cabeza y Ricardo no está cumpliendo cabalmente. Los demás bien.

La próxima etapa será de combate y decisiva”.

Pasó un mes desde que el grupo abandonó el campamento. Los víveres se acababan. Los combatientes comían gavilanes, cotorras, carne de caballo. Todos tenían desarreglos estomacales. El Che dio la orden de volver al campamento en el río Ñancahuazú, cosa que no fue tan fácil: se habían extraviado. Los combatientes hambrientos infringían la orden y comenzaban a comerse las conservas de la reserva intocable. El 4 de marzo, el Che apunta en el *Diario*: “El ánimo de la gente está bajo y el físico se deteriora de día a día; yo tengo comienzo de edemas en las piernas”.

El 7 de marzo: “4 meses. La gente está cada vez más desanimada, viendo llegar el fin de las provisiones, pero no del camino”. Y una semana más tarde: “Cazamos 4 gavilanes que fue nuestra comida, no tan mala como podía preverse. Todas las cosas se mojaron y el tiempo sigue cargado de agua. La moral de la gente es baja; Miguel tiene los pies hinchados y hay varios más en esas condiciones”.

Al día siguiente, el Che permitió a los combatientes comerse un caballo, pues las hinchazones de los compañeros ya eran de cuidado. En el *Diario* escribe: “Decidimos comernos el caballo, pues ya era alarmante la hinchazón. Miguel, Inti, Urbano, Alejandro, presentaban diversos síntomas; yo una debilidad extrema”.

Justamente en esos días tuvo lugar un episodio, al cual el Che no dio mayor importancia, pero que tuvo consecuencias muy negativas para los destinos del destacamento.

A principios de marzo, Marcos fue enviado al campamento en busca de provisiones. En el camino topó con una torre de petróleo, junto a la cual vio al campesino Epifanio Vargas, a quien Marcos se presentó como “ingeniero mexicano”, le preguntó cómo continuar el camino y trató de comprarle víveres. El “mexicano” le pareció sospechoso a Vargas; habló del encuentro a su esposa; ésta, a su ama, la capitana, quien a su vez se lo dijo al capitán, su marido, y éste dio parte de la noticia al mando militar de la cuarta región en Camiri. Detuvieron a Vargas y le obligaron a ser guía de una patrulla del ejército, que siguió las huellas de Marcos, llevando a los soldados hasta el campamento básico.

De regreso al campamento, el grupo del Che también pasó cerca de la mencionada torre de petróleo. Por los vecinos de la localidad los guerrilleros se enteraron de que por la zona andaba un “mexicano” cargado de armas. Comprendieron que se trataba de Marcos. El 9 de marzo, el Che describió el episodio en su *Diario* y señaló que Marcos nuevamente “hizo de las suyas”. No sabía todavía que el descuido de Marcos ya había llevado a los soldados hasta la entrada del campamento

guerrillero.

Según cálculos del Che, ya debían haber regresado hacía tiempo a su base permanente. Estaban evidentemente errando por los alrededores y, pese a todos los esfuerzos, no lograban encontrar su refugio en el río Ñancahuazú.

El 17 de marzo, dos días antes de llegar -¡por fin!- a sus “dominios”, al cruzar el Ñancahuazú volcó la balsa y se ahogó Carlos. “Hasta ese momento -escribió el Che en el *Diario*-, era considerado el mejor hombre de los bolivianos en la retaguardia, por su seriedad, disciplina y entusiasmo”. Junto con Carlos, el río arrastró varias mochilas, 6 fusiles y casi todas las balas de los combatientes.

El destacamento se quedó sin armas, extraviado; la gente estaba definitivamente agotada. El hambre y los padecimientos físicos, la muerte absurda de dos compañeros, la sensación de no tener salida y estar desahuciados, después de mes y medio de errar por las sendas intrincadas del sureste boliviano, abrumaron a muchos de ellos. Inclusive entre los forjados cubanos había “malhumorados”. Aunque físicamente no se sentía mejor, sino quizá mucho peor que sus compañeros, el Che no podía permitirse el lujo de dudar, de quejarse, de estar descontento. ¿Dudar: de qué, de quién? ¿Quejarse: de quién? ¿Estar descontento: de quién? ¿De sí mismo? ¿Pero, por qué? Esa marcha había sido una prueba de resistencia, de tenacidad y persistencia. La guerra que podía comenzar de un día a otro, la guerra contra los poderosísimos enemigos, sólo podían ganarla los combatientes capaces de sobrellevar las más arduas privaciones, dispuestos a los más grandiosos sacrificios. No podían ser simplemente héroes, sino superhéroes, Revolucionarios con mayúscula. Sus compañeros estaban, en efecto, física y moralmente agotados, refunfuñaban, reñían, el hambre los había hecho codiciosos, las picaduras de los mosquitos, irritados; sus ojos, inflamados por el insomnio y el cansancio, destellaban un brillo sombrío. Pero seguían avanzando, no habían perdido la fe en él, en su jefe, y, como antes, estaban dispuestos a batallar contra el imperialismo. Habían resistido la prueba con honor. ¡En esos muchachos se podía confiar!

El 19 de marzo -habían pasado 48 días-, el grupo se aproximó al campamento. Sin embargo, era temprano para alegrarse. Un avión de reconocimiento sobrevolaba el destacamento. Por fin, al atardecer, los guerrilleros se encontraron con el Negro, un médico peruano que los estaba esperando. Contó las novedades al Che. Desde el 5 de marzo estaban en el campamento Debray, Tania, el Chino, llegado de La Habana, Moisés con un grupo de hombres suyos, y el argentino Cito Roberto Bustos, el Pelado. Esas novedades eran,

naturalmente, agradables. Pero más eran las desagradables: las autoridades bolivianas habían descubierto “Calamina”. Vicente Rocabado y Pastor Barrera -dos voluntarios de Moisés Guevara- habían desertado y, por lo visto, relatado todo a las autoridades en Camiri, si no los había anticipado el vecino Algarañaz. En las proximidades del campamento aparecieron soldados (eran aquellos que seguían las huellas de Marcos). El 17 de marzo había caído en manos de ellos cierto Salustio, otro voluntario del grupo de Moisés. Luego la policía vino a la finca, lo revolvió todo y, al parecer, descubrió pruebas de que allí estaban guerrilleros: literatura política, y quizá algo más, aunque en su debido tiempo el Che había dado la orden severísima de “limpiar” cuidadosamente la finca. La policía había pasado por allí hacía tres días. Desde entonces, cerca del campamento básico se había visto a una columna de unos 60 soldados sondeando el terreno. Podían tropezar en cualquier momento con los guerrilleros, y abrir fuego.

Esa posibilidad, en ausencia del Che, causó alarma, si no pánico, entre los moradores del campamento principal, que por aquel entonces ya sumaban cerca de 30 hombres. El 20 de marzo el Che escribe: “Un clima de derrota imperaba... Todo da la impresión de un caos terrible; no saben qué hacer”.

Ya al tanto de la situación, el Che comenzó a poner orden: organizó la custodia del campamento, reforzó la disciplina, inició la preparación de la gente para la marcha. Ahora permanecer en el campamento era peligroso: conocida su existencia por las autoridades, se había convertido en una trampa.

Pese a que la llegada del Che levantó los ánimos, muchos combatientes, especialmente los novatos, experimentaban desconcierto, si no temor, ante el peligro que se avecinaba.

Los días 21 y 22 de marzo transcurrieron en preparativos y conversaciones del Che con el peruano Chino, el argentino Pelado, con Debray y Tania. El Chino, que había regresado de Cuba, experimentaba las más radiantes ilusiones en cuanto a la organización de las operaciones guerrilleras en el Perú. “Piensa hacerla con 15 hombres y él como jefe en la zona de Ayacucho - escribe el Che en el *Diario*-. Convinimos además, en que le recibiría 5 hombres ahora y 15 más, con algún lapso y les enviaría con sus armas luego de entrenarlos en combate... Parece muy entusiasmado”.

No menos prometedoras fueron las charlas con Pelado quien, escribe el Che, estaba en disposición de ponerse a sus órdenes. El Pelado consintió en encabezar el grupo de partidarios del Che en Argentina, grupo que, a proposición de este último, debía comenzar la acción exploratoria en el norte

argentino.

Debray también recibió las instrucciones pertinentes. Al principio dijo que deseaba quedarse en el destacamento, por lo visto en concepto de analista, pero cuando el Che opinó que prestaría más utilidad en Francia, organizando allí la ayuda a los guerrilleros, aceptó de inmediato, confesando que eso coincidía con su deseo de “casarse y tener un hijo”. Uno cree estar viendo al Che cuando escribe estas palabras, con una sonrisa irónica en los labios. Pero no seamos muy severos con el joven sociólogo francés, pues aún le queda por apurar su cáliz de la amargura...

Por el momento, una sola cosa se esbozaba con nitidez. Correspondía abandonar con la mayor rapidez posible el campamento básico, donde podían ser cercados de un momento a otro por las tropas del gobierno. Quedaba la esperanza de que si se presentaban allí, no encontrarían los depósitos secretos. El éxito de la guerrilla dependía ahora de su movilidad. Por algún tiempo debía desaparecer, debía esfumarse, convertirse en guerrilla errante, en guerrilla fantasma, en guerrilla invisible. El Che dominaba a la perfección el arte de guerrillas, además, estaba persuadido de ganar en astucia a los generales bolivianos, acostumbrados a combatir contra el pueblo indefenso.

Entretanto, en el destacamento se observaba excesivo nerviosismo: se hicieron más frecuentes los altercados entre los combatientes, algunos no cumplían las órdenes del Che. La anotación hecha en el *Diario* el 22 de marzo registra sin miramientos el estado de cosas: “Al llegar Inti me planteó una serie de faltas de respeto cometidas por Marcos; yo me exploté y le dije a Marcos que de ser cierto sería expulsado de la guerrilla, contestando él que moría, antes fusilado...”

A la noche regresaron los exploradores (sin cumplir la orden N. del A.) y les espeté una descarga abundante. Loro reaccionó muy emocionalmente y negó los cargos. La reunión fue explosiva e intempestiva y no dejó buen saldo”.

El comandante dijo todo lo que debía decir a sus combatientes excitados y fatigados. El destacamento ya estaba reunido: contaba con 47 hombres, entre gente nueva y los visitantes. ¡Al combate, pues, valerosos soldados de la revolución!

Nuevamente retumba la batalla...

¡Callad, oradores!

Tiene la palabra,
camarada máuser!

V. Mayakovski.

El 20 de marzo, el Loro mató a un soldado cerca de “Calamina”, hecho que enfureció a los militares. Decidieron rastrear la localidad en búsqueda de los guerrilleros. El 23, una patrulla del ejército -la

misma que iba pisándole los talones a Marcos- cayó en la emboscada puesta por Rolando. Varias descargas de los guerrilleros bastaron para que de la patrulla no quedara rastro. Los resultados de ese primer combate con las tropas superó las más radiantes esperanzas de los guerrilleros: siete muertos, entre ellos Vargas (aquí terminó la carrera del traidor), 14 prisioneros, incluidos cuatro heridos, a los que los médicos guerrilleros atendieron de inmediato. Entre los prisioneros había dos oficiales: un mayor y un capitán.

El botín tomado al enemigo era considerable: 16 máusers, 3 morteros con 64 proyectiles, 2 bazookas, 2.000 tiros de máuser, 3 metralletas con 2 cargadores cada una, una ametralladora con dos cintas. El Che ordenó dar una charla política a los prisioneros y dejarlos en libertad. Fue interesante la conducta de los oficiales prisioneros, quienes, como escribe el Che en el *Diario*, “hablaron como cotorras”. Se propuso al mayor que ingresara en la guerrilla. No aceptó, pero dio palabra de que se retiraría del ejército. En cambio el capitán -a juzgar por sus palabras- casi era un correligionario. Aseveró haber ingresado al ejército por indicación de los compañeros del Partido Comunista, y que un hermano suyo estudiaba en Cuba. Además, nombró a otros dos oficiales dispuestos a colaborar con los guerrilleros. Los prisioneros les transmitieron el plan de las operaciones, según el cual el ejército debía avanzar por ambos lados del río Ñancahuazú y cercar luego el campamento guerrillero.

Así pues, ¿debía considerarse una victoria esa primera batalla contra las tropas gubernamentales? Por supuesto, pero también complicaba más aún la situación de los guerrilleros. Ese combate significaba el comienzo de la guerra, para la cual no estaban aún debidamente preparados. Algunos compañeros del Che testimonian que su intención era permanecer ocultos en la zona del Ñancahuazú hasta fines de 1967, y sólo entonces comenzar las operaciones militares. Para esa fecha, según sus cálculos, ya estarían actuando las bases guerrilleras en el Perú y en el norte argentino. Ahora, en cambio, los organizadores de esas futuras bases se encontraban en su destacamento, y quedaban pocas esperanzas de que pudieran salir sanos y salvos.

Además, los primeros disparos y la primera sangre vertida intimidaron a varios voluntarios bolivianos, políticamente vacilantes, del grupo de Moisés Guevara. Al Che le exasperaba esa cobardía. El 24 de marzo escribe en el *Diario*: “Nato y Coco fueron con la resaca a una góndola hacia arriba pero debieron devolverlos porque no querían caminar. Hay que licenciados”. Al día siguiente el Che licenció a cuatro bolivianos, les retiró sus cosas personales y les suspendió el suministro de tabaco, amenazándolos de dejarlos sin comida si no cumplían las órdenes.

Pese a todo, ¡qué magnífico comienzo, si se comparaba con los primeros días de la Sierra Maestra! Entonces los guerrilleros sufrieron cerca de 60 bajas entre muertos, heridos y desertores del campo de batalla, habían perdido casi todas las armas. Aquí, por el contrario, habían infligido una derrota rotunda al enemigo en el primer combate. El Che contaba con más de 35 combatientes perfectamente pertrechados. Después de Alegría del Pío, Fidel pudo reunir sólo a 12 hombres.

El comienzo era verdaderamente muy prometedor.

Acto seguido al combate comenzaron los bombardeos del campamento, que, como escribe el Che, “dieron un susto mayúsculo”. Aparecieron helicópteros.

El 25 de marzo, en una reunión de los combatientes, se decidió dar al grupo el nombre de Ejército de Liberación Nacional de Bolivia y de divulgar el parte²⁰.

Únicamente el 27 de marzo se transmitió por radio la noticia sensacional de la batalla con los guerrilleros en la zona del Ñancahuazú. El gobierno, tratando de “salvar la cara”, aseveraba que los guerrilleros habían tenido “un muerto más”, que fusilaban a los soldados heridos, que los soldados habían hecho cuatro guerrilleros prisioneros, de los cuales dos eran extranjeros. De la relación gubernamental se derivaba también que las autoridades conocían bien la composición del grupo, los desertores y los prisioneros habían hablado más de la cuenta a la policía. La actividad de Tania se puso al descubierto.

El Che anota en el *Diario*: “Todo parece indicar que Tania está individualizada con lo que se pierden dos años de trabajo bueno y paciente. La salida de la gente es muy difícil ahora; me dio la impresión de que no le hizo ninguna gracia a Dantón (Debray) cuando se lo dije”.

Pasaron varios días relativamente tranquilos, tan sólo en el éter bullían las pasiones; sin embargo, el ejército no intentaba, por el momento, lanzarse al combate y, al parecer, acumulaba fuerzas.

En el destacamento se reiteraban los casos de indisciplina y los conflictos entre cubanos y bolivianos. El 29 de marzo, el Che se queja en el *Diario*: “En los últimos días se han incumplido reiteradamente las órdenes que doy”. El 31 de marzo tuvo otra vez una “conversación muy mala” con el boliviano Loro, quien llegó a hablar de una

²⁰ El Che escribió cuatro partes de las operaciones militares guerrilleras, el Manifiesto del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, un llamamiento al pueblo boliviano y un mensaje a los mineros bolivianos. De estos documentos, tan sólo un parte apareció en la prensa boliviana. Los demás cayeron en manos de las autoridades, y se hicieron públicos ya después de la muerte del Che.

“descomposición general de la guerrilla”. Ese mismo día las tropas gubernamentales pasaron a la ofensiva: la finca vacía fue sometida al fuego de morteros y a un bombardeo aéreo; luego la ocuparon.

En el análisis del mes de marzo, el Che escribió: “Está plétórico de acontecimientos pero el panorama general se presenta con las siguientes características. Etapa de consolidación y depuración para la guerrilla, cumplida a cabalidad; lenta etapa de desarrollo con la incorporación de algunos elementos venidos de Cuba, que no parecen malos, y los de Guevara que han resultado con un nivel general muy pobre (2 desertores, 1 prisionero “hablador”, 3 rajados, 2 flojos); etapa de comienzo de la lucha, caracterizada por un golpe preciso y espectacular, pero jalonada de indecisiones groseras antes y después del hecho (retirada de Marcos, acción de Braulio), etapa del comienzo de la contraofensiva enemiga, caracterizada hasta ahora por: a) tendencia a establecer controles que nos aislen, b) clamoreo a nivel nacional e internacional, c) ineffectividad total, hasta ahora, d) movilización campesina.

Evidentemente, tendremos que emprender el camino antes de lo que yo creía y dejando un grupo en remojo y con el lastre de 4 posibles delatores. La situación no es buena”.

El Che se sentía muy molesto por la presencia de Debray y del argentino Bustos en el destacamento. Para guerrilleros, no servían, además, no ocultaban su deseo de conquistar cuanto antes “la libertad”. No era tan fácil, sin embargo, garantizarles una salida segura. El Che pensaba atacar el poblado Gutiérrez, apoderarse allí de un jeep y enviar en él a los dos visitantes por la carretera de Santa Cruz.

Pero camino de Gutiérrez se toparon con las patrullas del ejército, enviadas a esa zona por las autoridades, que habían recibido de los campesinos una detallada información acerca del desplazamiento de los guerrilleros. Eso obligó al Che a renunciar al plan y a regresar al campamento básico. El 3 de abril propuso a Debray y a Bustos tres alternativas: quedarse definitivamente en el destacamento, abandonarlo de inmediato por su cuenta y riesgo; o esperar para ello una oportunidad más propicia. Eligieron la tercera variante. Pero, antes de poder aprovecharla, tuvieron lugar dos choques con las tropas del gobierno -el 10 de abril- que, como el primero, culminaron con una señalada victoria de los guerrilleros. Al igual que en la primera ocasión, dos columnas del ejército cayeron en emboscadas de los guerrilleros. El balance del primer combate fue: tres soldados muertos, varios heridos, seis prisioneros, incluido un suboficial, jefe de la compañía. El segundo combate terminó con no menos éxito: las bajas del enemigo sumaron 7

muertos, 24 prisioneros y 5 heridos. En total: 10 muertos, 30 prisioneros, entre ellos el mayor Rubén Sánchez y varios suboficiales. Inclusive en la Sierra Maestra rara vez los combates finalizaban con un balance tan brillante. Esos triunfos dejaron, sin embargo, triste saldo de la muerte del cubano Rubio (el capitán Jesús Suárez Gayol), muerto de un balazo en la cabeza en el primer instante del combate. Los prisioneros, incluido el mayor Rubén Sánchez, fueron puestos en libertad también en esta oportunidad, luego de recibir una charla política.

Mas las noticias que daba la radio eran menos confortantes. La radio oficial anunciaba que en el campamento de los rebeldes se había hallado una foto del Che, con una pipa entre los labios y sin barba. Además, se había descubierto una cueva con pertrechos.

Pese a las victorias logradas, las insistentes tentativas del Che de cohesionar a los cubanos y los bolivianos, no daban los resultados deseados. El 12 de abril escribe en el *Diario*: “A las 6.30 reuní a todos los combatientes menos los 4 de la resaca para hacer una pequeña recordación del Rubio y significar que la primera sangre derramada fue cubana. Les salí al paso a una tendencia observada en la vanguardia a menospreciar a los cubanos y que había cristalizado ayer al manifestar el Camba que cada vez confiaba menos en los cubanos... Hice un nuevo llamado a la integración como única posibilidad de desarrollar nuestro ejército, que aumenta su poder de fuego y se foguea en el combate, pero no ve aumentar su número, sino al contrario, disminuye en los últimos días”.

El 15 de abril se recibió un mensaje cifrado de “Manila”, en el cual se informaba que Juan Lechín estaba en La Habana, conocía el lugar en que se encontraba el Che y había prometido hacer una declaración pública en su apoyo, calculando regresar clandestinamente a Bolivia 20 días más tarde, para colaborar con los guerrilleros.

El grupo continuaba rondando en la zona del Ñancahuazú, sin alejarse de sus depósitos subterráneos de provisiones y de pertrechos militares. Entretanto, los combatientes se alimentaban casi sólo con carne de caballo. El 16 de abril, a Tania y a Alejandro les subió la temperatura a 39 y 38 grados respectivamente. También se enfermó Moisés. En tales condiciones, el 17 de abril el Che toma la decisión de dejar en la zona a trece hombres, incluidos los cuatro bolivianos rezagados, así como a Alejandro y Tania, bajo las órdenes de Joaquín. Escribe en el *Diario* que ordenó a Joaquín “hacer una demostración por la zona para impedir un movimiento excesivo y esperamos durante tres días, al cabo de los cuales debe permanecer por la zona pero sin combatir frontalmente y esperamos hasta el regreso”.

El Che no tuvo más remedio que dar ese paso. Para facilitar a Debray y a Bustos la retirada, debía abandonar con la mayor rapidez posible la zona del Ñancahuazú, donde corría el riesgo de ser cercado por las tropas bolivianas. Joaquín y el Che nunca más se encontraron...

Aunque las operaciones militares ya se prolongaban cerca de un mes y los resultados eran, en general, positivos para los guerrilleros, los campesinos se negaban a colaborar con ellos. Ese mismo día, el 17 de abril, añade en el *Diario*: “De todos los campesinos que vimos, hay uno, Simón, que se muestra cooperativo aunque con miedo”.

Cuando el Che anotaba esto en el *Diario*, desde La Habana se transmitía por radio su mensaje a la Organización de la Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina. Con la pasión que le era inherente, el Che abogaba por la creación de focos de lucha en América Latina, llamados a recibir sobre sí el fuego del imperialismo. La argumentación era: si los EE.UU. no pueden con Vietnam, mucho menos podrán con dos o tres. Predecía una lucha armada cruenta, de muchos años, contra el imperialismo y exhortaba a los revolucionarios a desechar el fraccionismo, consolidar sus filas y a combatir en frente único contra el enemigo común.

El mensaje terminaba así: “Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria”.

Junto con este documento, en La Habana se hicieron públicas 7 fotografías del Che en su nueva estampa, la barba apenas crecida, en el campamento de guerrilleros. Por lo visto, el Chino las había traído a Cuba. En el resumen del mes, el Che anotaba: “Luego de la publicación en La Habana de mi artículo, no debe haber duda de mi presencia aquí”.

El 19 de abril, los guerrilleros detuvieron al inglés George Roth, que se hacía pasar por periodista. El inglés parecía ser un agente de la CIA, por lo menos había sido instructor de los “Cuerpos de Paz” en Puerto Rico. Declaró haber llegado de Chile, con la presunta finalidad de escribir un reportaje sensacional sobre los guerrilleros y sacar de ello una buena tajada. Los oficiales bolivianos le habían mostrado el diario de Braulio, hallado en uno de los escondrijos de “Calamina”. Braulio contaba en él cómo había

salido el 20 de noviembre de La Habana y había llegado a La Paz, vía Moscú, Praga y Buenos Aires. Esa noticia indignó al Che. “Es la misma historia de siempre -escribe-. La indisciplina y la irresponsabilidad dirigiéndolo todo”. En el diario de Braulio, el Che figuraba como Ramón, por eso se cambió el apodo por el de Fernando. Debray se aferró a Roth como un naufrago a salvavidas. Le propuso al Che que prometiera al inglés proporcionarle materiales sobre los guerrilleros, siempre y cuando Roth ayudara a Debray y a Bustos a salir del cerco. De Bustos, el Che señaló en el *Diario*: “Carlos aceptó de mala gana y yo me lavé las manos”. Ese mismo día, Roth, Debray y Bustos abandonaron el destacamento.

Al día siguiente, el Che oyó por la radio que los tres habían sido apresados por las autoridades bolivianas. Esa caída ha sido un serio golpe para el Che, quien anotó en el *Diario*: “Dantón y Carlos cayeron víctimas de su apuro, casi desesperación, por salir y de mi falta de energía para impedirlos, de modo que también se cortan las comunicaciones con Cuba (Dantón) y se pierde el esquema de acción en la Argentina (Carlos)”.

En los días siguientes, el destacamento del Che siguió avanzando hacia el norte. Al pasar el grupo por pueblos, la población los recibía con recelos y desconfianza. En un choque con los soldados murió Rolando -ex enlace del Che durante la marcha de Las Villas-, por quien sentía gran apego. En el *Diario* escribió: “De su muerte oscura sólo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar: Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma”. En esos días desapareció el Loro. Las filas del grupo iban menguando lenta, pero constantemente, y no había esperanza alguna de nuevas incorporaciones. En ningún pueblo de los que habían pasado los guerrilleros se les había, adherido un solo hombre de la localidad. Tampoco se les había sumado un solo obrero de los vecinos yacimientos petrolíferos, pertenecientes a los norteamericanos. En los pueblos, los guerrilleros exhortaban ardientemente a la sublevación, llamaban a luchar contra el imperialismo; pero los pobladores desconfiaban. Pese a ello, el Che estaba seguro de que se trataba de un fenómeno pasajero.

Aunque en el resumen de abril señala, con la franqueza de siempre, los defectos y los errores de los guerrilleros, en general el análisis es optimista. He aquí los pasajes más dignos de destacar:

“Las cosas se presentan dentro de lo normal, aunque debemos lamentar 2 severas pérdidas: Rubio y Rolando; la muerte de este último es un severo golpe, pues lo pensaba dejar a cargo del eventual segundo frente. Tenemos cuatro acciones más, todas ellas con resultados positivos en general y una muy buena; la emboscada en que murió el

Rubio.

En otro plano, el aislamiento sigue siendo total; las enfermedades han minado la salud de algunos compañeros, obligándonos a dividir fuerzas, lo que nos ha quitado mucha efectividad; todavía no hemos podido hacer contacto con Joaquín; la base campesina sigue sin desarrollarse; aunque parece que mediante el terror planificado, lograremos la neutralidad de los más, el apoyo vendrá después. No se ha producido una sola incorporación y aparte de los muertos, hemos tenido la baja del Loro...

En resumen: Un mes en que todo se ha resuelto dentro de lo normal, considerando las eventualidades necesarias de la guerrilla. La moral es buena en todo los combatientes que habían aprobado su examen preliminar de guerrilleros”.

En mayo, el destacamento continuó avanzando por la ruta de la primera marcha, donde habían dejado por el camino escondidos las provisiones y otros objetos. Empero, la comida escasa y de mala calidad, y especialmente la falta de agua en esos lugares, como también el cansancio y la tensión nerviosa, no podían por menos de reflejarse en el estado físico de los guerrilleros y del propio Che. Casi todos padecían del estómago, muchos tenían fiebre. Por el *Diario* nos enteramos del estado del Che.

Anotación del 9 de mayo: “Me sentía desfallecer y debí dormir 2 horas para poder seguir a paso lento y vacilante”. El 13 de mayo: “Yo estuve muy mal hasta que vomité y me compuse”. Tres días más tarde, el Che se queja otra vez de cólicos fortísimos, vómitos y diarrea. Pese a su mal estado de salud, continúa escribiendo el *Diario* y no se olvida de recordar los cumpleaños de sus hijos y de sus familiares más cercanos.

Dos nuevos encuentros con las tropas terminaron como los anteriores, con la victoria de los guerrilleros. El 8 de mayo, 27 soldados cayeron en una emboscada. Hubo tiroteo. El resultado del combate fue: dos soldados y un subteniente muertos, diez prisioneros, dos de ellos heridos. Curaron a los heridos y pusieron en libertad a todos los prisioneros. Al subteniente muerto, de apellido Laredo, se le encontró un diario de campaña en el cual trataba de cobardes a sus soldados, y de holgazanes y parásitos a los obreros. También se le encontró una carta de la esposa, en la que ésta le pedía, para ella y para su amiga, “una cabellera de guerrillero” para adornar el living de la casa. El enemigo de clase siempre está cortado por la misma tijera: ya sea un nazi que arranca la piel a sus víctimas para hacer pantallas, ya sea un imperialista norteamericano que colecciona orejas de patriotas vietnamitas, o un “ranger” boliviano, que sueña regalar a su señora una cabellera de guerrillero.

El Che, narra Inti, guardó en su mochila ese diario de campaña y esa carta de Laredo.

El 30 de mayo, en otro choque entre los guerrilleros y las tropas, éstas perdieron tres hombres muertos y un herido. Los guerrilleros no tuvieron, bajas.

Durante la marcha, entraron en dos poblados grandes, Pirirenda y Caraguatarenda, donde alternaron con los vecinos, les dieron a conocer su programa, llamándolos a incorporarse al movimiento guerrillero. Pero los bolivianos tenían miedo o no comprendían a los guerrilleros, o bien simplemente estaban bajo la influencia de la propaganda oficial que presentaba a los combatientes del Che como a ocupantes extranjeros, saqueadores y violadores. Fuese como fuere, la población local desconfiaba de los guerrilleros. Los campesinos, por cierto, manifestaban más simpatía, pero se negaban a incorporarse a sus filas.

Había otra circunstancia que inquietaba al Che: la falta total de noticias acerca del destacamento de Joaquín. El Che pensó que se habría extraviado. Por otra parte, se habían roto todos los contactos con La Paz, y no se vislumbraba la menor posibilidad de reanudarlos. Es más, el 16 de mayo, el Che recibió un mensaje cifrado de “Manila” que sólo confirmaba, como escribió el Che en el *Diario*, “el total aislamiento en que estamos”. Eso únicamente podía significar que el aparato clandestino de apoyo, que actuaba en La Paz, estaba paralizado desde la ausencia de Tania. Y para formar un nuevo aparato se necesitaba tiempo...

Tampoco se tenía la menor noticia de Juan Lechín y de otros líderes políticos, que habían prometido prestar apoyo a los guerrilleros.

En junio, el grupo del Che continuaba en la misma zona: entre Santa Cruz y Camiri. No se alejaba mucho de sus depósitos secretos y todavía confiaba encontrarse con el grupo de Joaquín. El 14 de junio, día de su cumpleaños, el Che inscribió en su *Diario*: “He llegado a los 39 y se acerca inexorablemente una edad que da que pensar sobre mi futuro guerrillero; por ahora estoy “entero””.

En efecto, estaba entonces más “entero” que nunca. Tenía el cuerpo picado por los insectos, el asma lo atormentaba nuevamente, sufría del estómago. Pero su voluntad de ferviente revolucionario mantenía en pie a ese cuerpo débil y fatigado, aplastando la mínima queja, la mínima expresión de debilidad. Su mente estaba clara y consciente, como lo prueban las páginas del *Diario*, en el que registra con puntualidad y sorprendente imparcialidad, las realidades y las perspectivas de la lucha, cuya bandera estaba seguro poder llevar victoriosa por los valles y las lomas de su entrañable Latinoamérica. Su férrea voluntad e inquebrantable fe en el triunfo final de la causa revolucionaria despertaba entre sus compañeros de lucha asombro y una veneración casi supersticiosa.

No sólo sus compañeros sentían por él infinito respeto. Los campesinos y los vecinos de los poblados por los que transitaban contemplaban a ese extranjero -barbudo, harapiento, de tez blanca, que acariciaba a sus hijos y les curaba los dientes, a ese Fernando Sacamuelas, como lo llamaban- como si fuera un profeta. Sin embargo, seguía aún separándolo una muralla invisible de esos indios bolivianos, por cuya felicidad habían ido allí a triunfar o morir él y sus compañeros de armas.

“Sigue sintiéndose la falta de incorporación campesina -escribe en el análisis del mes de junio-. Es un círculo vicioso: para lograr esa incorporación necesitamos ejercer nuestra acción permanente en un territorio poblado y para ello necesitamos hombres...”

El ejército sigue nulo en su tarea militar, pero está haciendo un trabajo campesino que no debemos descuidar, pues transforma en chivatos a todos los miembros de una comunidad, ya sea por miedo o por engaños sobre nuestros fines”.

“A los habitantes hay que cazarlos para poder hablar con ellos pues son como animalitos” -anota el 19 de junio.

El joven campesino Paulino, afectado de tuberculosis, con quien se tropezó el Che en un poblado el 20 de julio, ayudó a denunciar a unos espías del ejército, que se hacían pasar por vendedores de cerdos. Inti escribe que ese fue “nuestro primer reclutamiento”. Podría haber añadido: y el último. El Che encomendó a Paulino llegar a Cochabamba, entrevistarse con la esposa de Inti y transmitirle un mensaje para “Manila”, pues por aquella época el transmisor ya no funcionaba. Con Paulino, el Che envió asimismo cuatro partes sobre las operaciones del grupo. Paulino trató de cumplir la misión, pero no logró llegar a Cochabamba: el ejército lo detuvo, apoderándose de los mensajes del Che...

El 26 de julio, en un tiroteo con los soldados, fue herido Pombo y muerto el cubano Turna. Este último, combatiente modesto y valeroso, era como un hijo para el Che, quien sufrió mucho su pérdida. El enemigo también tuvo bajas: cuatro hombres muertos y tres heridos. Pero mientras sus bajas eran fácilmente reemplazables, cada pérdida de los guerrilleros -y así lo subraya el Che en su *Diario*- equivalía a una seria derrota, aunque el ejército no lo supiera.

El Che escuchaba atentamente las transmisiones de la radio oficial: remitiéndose a declaraciones de Debray, ésta afirmaba que entre los guerrilleros estaban expertos jefes vietnamitas, que en otros tiempos habían derrotado a los “mejores regimientos norteamericanos”. Da la impresión -anotó el Che en el *Diario*- de que Debray se ha ido de la lengua.

El 30 de julio “Manila” le informó que no había

aún esperanzas de desarrollar las guerrillas en el Perú, aunque ya se había creado una organización guerrillera. El Che registra la información en el *Diario*, sin hacer el menor comentario.

En julio, la situación del destacamento empeoró. Los choques con las tropas seguían dejando un balance positivo a los guerrilleros. Pero también sus bajas eran sensibles. Habían perdido a dos valerosos combatientes: al cubano Ricardo, quien había combatido en la Sierra Maestra y en el Congo -y el Che lo menciona en el *Diario*-, y al boliviano Raúl; otros dos guerrilleros estaban heridos y no podían moverse por sus propios medios. El asma seguía maltratando al Che, y se le iban acabando los calmantes. Para colmo, en un choque los guerrilleros perdieron 11 mochilas con medicamentos, prismáticos y -lo más importante- una grabadora en la que copiaban los mensajes de “Manila”. Prácticamente, desde ese instante se interrumpía inclusive la comunicación unilateral con La Habana. Quedaba una sola fuente de información: las noticias de la radio, que de por sí eran confusas y contradictorias. La radio boliviana dedicaba marcada atención al proceso de Debray y de Bustos. El Che evaluaba de un modo crítico la conducta de ambos, después de haber sido detenidos. El 10 de julio escribe en el *Diario* que “las declaraciones de Debray y el Pelado no son buenas; sobre todo han hecho una confesión del propósito intercontinental de la guerrilla, cosa que no tenían que hacer”.

En el resumen de julio leemos:

“Se mantienen los puntos negativos del mes anterior, a saber: imposibilidad de contacto con Joaquín y con el exterior y la pérdida de hombres...”

Las características más importantes son:

1º) sigue la falta total de contacto. 2º) Sigue sintiéndose la falta de incorporación campesina aunque hay algunos síntomas alentadores en la recepción que nos hicieron viejos conocidos campesinos. 3º) La leyenda de las guerrillas adquiere dimensiones continentales... 4º) Fracasa la tentativa de contacto a través de Paulino. 5º) La moral y la experiencia de lucha de la guerrilla aumenta en cada combate: quedan flojos Camba y Chapaco. 6º) El ejército sigue sin dar pie con bola, pero hay unidades que parecen más combativas. 7º) La crisis política se acentúa en el gobierno (de Bolivia. *N. del autor del libro*), pero E.U. está dando pequeños créditos que son una gran ayuda a nivel boliviano con lo que atempera el descontento.

Las tareas más urgentes son: Restablecer los contactos, incorporar combatientes y lograr medicinas”.

En agosto la situación del grupo se hizo más complicada aún: los ataques de asma pusieron al Che fuera de combate. Para cesarlos se necesitaban medicinas, y en los pueblos cercanos no las había.

El 7 de agosto, el Che escribe en el *Diario*: “Hoy se cumplen 9 meses exactos de la constitución de la guerrilla con nuestra llegada. De los 6 primeros, dos están muertos, uno desaparecido y dos heridos; yo con asma que no sé cómo cortarla”.

El 8 de agosto, el destacamento avanzaba, como de costumbre, por terreno montañoso. El Che iba montado en una yegua, que apenas se movía por el cansancio y el hambre. El Che se sentía mal, el asma lo asfixiaba, además le dolía tremendamente la pierna hinchada. Agujoneaba sin cesar a la yegua, tratando de que fuera más rápido. Como no reaccionaba, el Che le metió un cuchillazo en el cuello. Cuando se recuperó un poco, reunió a los hombres y les dijo: “Estamos en una situación difícil... yo soy una piltrafa humana y el episodio de la yegüita prueba que en algunos momentos he llegado a perder el control; eso se modificará pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevada debe decirlo. Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha”.

Remarca en el *Diario*: “Todos los cubanos y algunos bolivianos plantearon seguir hasta el final”.

El Che se aventura a dar un paso desesperado: retomar al viejo campamento, a una de las cuevas donde están ocultos algunos remedios antiasmáticos y una radio transmisora. Envía a ocho hombres por delante, y él los sigue con los restantes a paso lento. Todavía continúa confiando en encontrarse con el grupo de Joaquín o, por lo menos, enterarse de la suerte que corrió.

Los guerrilleros caminan abatidos, evitando los poblados.

Los consume el hambre. El boliviano Chapaco tiene síntomas de locura. El Che, con un ántrax en el talón y con fiebre. Los compañeros le abren el absceso y procuran aliviarle, pero su estado sigue siendo desastroso, y así lo escribe en el *Diario*.

Justamente en esos días alarmantes, en la lejana y querida Habana sesionaba la Conferencia, en la cual participaban delegaciones de casi todos los países de América Latina, incluida Bolivia, así como observadores de países de otros continentes. La Conferencia fundó la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). En la sala de reuniones de la Conferencia, sobre la tribuna de su presidencia, lucía un enorme retrato del Che: diríase que presidía la reunión.

La conferencia aprobó un *Mensaje de felicitación al comandante Che Guevara*, en el cual aplaudía su documento sobre la formación de varios Vietnams y anunciaba el surgimiento de nuevos

focos guerrilleros en América Latina, que la convertirían en la “tumba del imperialismo de los EEUU.”.

A proposición de varias delegaciones, la mesa de la Conferencia anunció la creación simbólica de la “nacionalidad latinoamericana” y proclamó “ciudadano de honor de nuestra patria -América Latina- al querido guerrillero, comandante Ernesto Che Guevara”.

La Conferencia aprobó asimismo la resolución de solidaridad con el movimiento guerrillero de Bolivia, que no se diferenciaba -ni por su tamaño, ni por el contenido- de las otras resoluciones de solidaridad con las guerrillas de Guatemala, Colombia y Venezuela. Quizá fuera por razones de conspiración, aunque para ese tiempo la presencia del Che en Bolivia ya era el secreto a voces.

La Conferencia en La Habana estuvo saturada de momentos dramáticos. Ante los delegados comparecieron cuatro agentes de la CIA, que narraron con profusión de detalles cómo preparaban, por encargo del servicio de inteligencia de los EE.UU., el asesinato de Fidel Castro. Las declaraciones de esos agentes fueron otra prueba palpable de la ingerencia delictiva de los EE.UU. en los asuntos internos de Cuba. Y no debe olvidarse que, desde 1959, los EE.UU. enviaban a Cuba decenas de espías y asesinos de esa calaña. Es de suponer que esto les daba a los cubanos el derecho moral de participar en la lucha liberadora contra el imperialismo de EE.UU. que se libraba en el continente latinoamericano.

No sólo la radio de La Habana, sino también las de todos los países latinoamericanos dieron amplia información de la Conferencia. Washington echaba sapos y culebras contra sus participantes. La OEA anunció la convocatoria de su asamblea, a fin de tomar medidas contra la Cuba revolucionaria. Barrientos pedía la intervención a la Isla de la Libertad. El éter estaba colmado de las más variadas informaciones y declaraciones sobre la Conferencia de La Habana...

El Che procuraba llegar cuanto antes al lugar donde estaban escondidas las medicinas salvadoras y los víveres. Mas cuando ya estaban cerca de su objetivo, el enemigo se les había adelantado.

“Día negro -escribe en el *Diario* el 14 de agosto-. Fue gris en las actividades y no hubo ninguna novedad, pero a la noche el noticiero dio noticias de la toma de la cueva adónde iban los enviados, con señales tan precisas que no es posible dudar. Ahora estoy condenado a padecer asma por un tiempo no definible. También nos tomaron documentos de todo tipo y fotografías. Es el golpe más duro que nos hayan dado; alguien habló. ¿Quién?, es la incógnita”.

Al día siguiente, la radio anunció que el ejército había hallado cuatro cuevas más en la zona del

campamento principal. Todas las reservas de los guerrilleros habían pasado a manos del enemigo.

Aislados de todo el mundo -de “Manila”, de Joaquín y de los contactos bolivianos-, cercados por una población indiferente u hostil, en una zona semisalvaje, en la cual el agua era tan escasa como raros eran los pájaros o los animales que pudieran mitigar el hambre, privados de los víveres y las medicinas que podrían alargarles la esperanza de un viraje feliz en sus destinos, los guerrilleros seguían errando por la selva, llevados por la voluntad férrea de su comandante...

El *Diario* del Che es un espejo veraz y despiadado del viacrucis del grupo guerrillero.

“Todo salió mal” -así comienza la anotación del 26 de agosto en el *Diario*. Ese día, el Che perdió el control y en un arrebato golpeó a Antonio, quien no había cumplido una orden.

“El día transcurre en una desesperada búsqueda de salida, cuyo resultado no es claro todavía” -son las primeras líneas del día siguiente en el *Diario*.

“Día gris y algo angustioso” -comienza la nota del 28 de agosto.

“Día pesado y bastante angustioso” -escribe el 29 de agosto. Los hombres estaban agotados por una sed desesperante.

30 de agosto: “Ya la situación se tornaba angustiosa; los macheteros sufrían desmayos, Miguel y Darío se tomaban los orines y otro tanto hacía el Chino, con resultados nefastos de diarreas y calambres. Urbano, Benigno y Julio bajaron a un cañón y encontraron agua. Me avisaron que los mulos no podían bajar, y decidí quedarme con el Ñato, pero Inti subió nuevamente con agua y quedamos los 3, comiendo yegua (la que había herido el Che. *N. del autor del libro*). La radio quedó abajo de manera que no hubieron noticias”.

Ese mes también fue el menos favorable en cuanto a las operaciones militares. En el único choque con el adversario, los guerrilleros sólo hirieron a un soldado.

Había llegado el día de hacer el balance del mes y de evaluar la situación. Como siempre, el Che lo hace con rigurosa exactitud y veracidad:

“Fue, sin lugar a dudas, el mes más malo que hemos tenido en lo que va de guerra. La pérdida de todas las cuevas con sus documentos y medicamentos fue un golpe duro, sobre todo psicológico. La pérdida de 2 hombres en las postrimerías del mes y la subsiguiente marcha a carne de caballo desmoralizó a la gente, planteándose el primer caso de abandono, el Camba... La falta de contacto con el exterior y con Joaquín y el hecho de que prisioneros hechos a éste hayan hablado, también desmoralizó un poco a la tropa. Mi enfermedad sembró la incertidumbre en varios más y todo esto se reflejó en nuestro único encuentro, en que debíamos haber causado varias

bajas al enemigo y sólo le hicimos un herido. Por otra parte la difícil marcha por las lomas sin agua, hizo salir a flote algunos rasgos negativos de la gente.

Las características más importantes:

1º) Seguimos sin contacto de ninguna especie y sin razonable esperanza de establecerlo en fecha próxima.

2º) Seguimos sin incorporación campesina, cosa lógica además si se tiene en cuenta el poco trato que hemos tenido con éstos en los últimos tiempos.

3º) Hay un decaimiento, espero que momentáneo, de la moral combativa.

4º) El Ejército no aumenta su efectividad ni acometividad.

Estamos en un momento de baja de nuestra moral y de nuestra leyenda revolucionaria. Las tareas más urgentes siguen siendo las mismas del mes pasado, a saber: Restablecer los contactos, incorporar combatientes, abastecemos de medicina y equipo.

Hay que considerar que despuntan cada vez más firmemente como cuadros revolucionarios y militares Inti y Coco”.

Cuando el Che escribía estas líneas, a pocas decenas de kilómetros de su grupo, no muy lejos del campamento principal, en el Río Grande, Joaquín y sus combatientes estaban librando su última batalla contra los soldados bolivianos que los habían cercado.

Después de separarse del Che, Joaquín y sus hombres rondaron por la zona del campamento principal en espera del regreso de su comandante. La situación de Joaquín no era nada fácil. Recordemos que su grupo lo integraban cuatro enfermos, entre ellos Tania y Moisés Guevara. Por cierto, había también tres médicos: el cubano Marcos, el peruano Negro y el boliviano Ernesto. Pero no tenían medicinas, y poco podían hacer para aliviar el estado de sus pacientes. El boliviano Serapio estaba en muy mala situación: renqueaba y siempre se quedaba retrasado. Había otro problema más: los cuatro bolivianos -Paco, Pepe, Chingolo y Eusebio- a quienes, por cobardía, el Che había retirado el título de guerrillero, y no se les podía quitar el ojo de encima, pues si desertaban podrían proporcionar al enemigo una información valiosa acerca del destacamento.

Las autoridades bolivianas se dieron cuenta de que el grupo de Joaquín era menos numeroso que el destacamento del Che, y decidieron acabar primero con él. Se confeccionó un plan de cerco y liquidación del grupo, que se denominó “Operación Cintya”, en honor de la hija del general Barrientos. Además de las unidades mandadas por los coroneles L. Roque Terán y J. Centeno Anaya, fueron enviadas en persecución de Joaquín las tropas de la cuarta y la octava división, en tanto que

la aviación tenía en permanente observación la ruta de los guerrilleros bombardeándola.

El 23 de mayo desertó el boliviano Pepe. Se entregó prisionero y contó todo lo que sabía de los guerrilleros, sin salvarse por ello de la muerte: los soldados furibundos lo acribillaron a balazos.

El 4 de junio, en un tiroteo con el enemigo, cayeron el cubano Marcos (comandante Antonio Sánchez Díaz) y el boliviano Víctor (Casildo Condori Vargas). A mediados de julio, Joaquín pierde a otro combatiente, al boliviano Serapio cuyo auténtico apellido se desconoce hasta la fecha.

Un mes más tarde, en otro choque con las tropas, desertaron los bolivianos Eusebio y Chingolo. Los dos traidores indicaron a las autoridades dónde estaban las cuevas, informaron con pormenores sobre el estado de los combatientes de Joaquín, extenuados por el hambre y las enfermedades.

Las tropas redoblan la persecución, aunque actúan con suma lentitud e indecisión, en parte por incompetencia de sus jefes; en parte por temor a chocar con otros grupos guerrilleros, que suponen ocultos en la zona.

El 9 de agosto, en un encuentro con las tropas parece de un balazo el boliviano Pedro (Antonio Fernández), de 26 años, uno de los dirigentes de las Juventudes Comunistas de Bolivia.

En el grupo de Joaquín quedaban 10 personas, incluida Tania y él. Estaban totalmente aislados, cercados por todos los costados, sin comida y sin medicinas. Mas no pensaban rendirse. Todavía abrigaban la esperanza de reunirse con el Che.

El 30 de agosto, Joaquín llegó al Río Grande, frente a la casucha del campesino Honorato Rojas, de aquel mismo Rojas con quien se había encontrado el Che durante su marcha de exploración. Ya entonces había dicho que Rojas era “potencialmente peligroso”.

Sin embargo, al conocerlo más de cerca, los guerrilleros comenzaron usarlo para sus servicios. Rojas, con sus ocho hijos, vivía en la miseria, como todos los campesinos de esa zona. En 1963, Rojas mató un toro de un terrateniente local, por lo cual estuvo 6 meses preso. De modo que no tenía el menor fundamento para estar a bien con las autoridades y, en efecto, durante cierto tiempo compró productos, vestimenta y medicina para los guerrilleros en la pequeña ciudad de Vallegrande. En junio de 1967 fue detenido con otros 40 campesinos y llevado a Vallegrande. Un comando especial de lucha antiguerrillera los sometió a interrogatorios y torturas, siendo particularmente maltratado Rojas: lo apalearon y le aplicaron picana eléctrica. Sin embargo, no soltó una sola palabra de más; esa vez lo soportó todo. Al ponerlo en libertad, siguieron observando cada paso que daba. Es más, el ejército colocó junto a su casa un puesto

militar e inclusive construyó barracas para los soldados. Poco después, la policía otra vez arrestó a Rojas. Lo condujeron a Santa Cruz, y allí lo interrogó Irving Ross, experto agente de la CIA. No maltrató a Rojas, sino le propuso que les ayudara a capturar a los guerrilleros, ofreciéndole por la traición 3.000 dólares. Además, prometió llevarlo con toda la familia a Estados Unidos, donde le darían tierra. Como en otra época ocurriera con Eutimio Guerra en la Sierra Maestra, Rojas soportó las torturas, pero no pudo resistir la tentación de hacerse rico, y dio su consentimiento para colaborar con Ross. Quedaba, pues, por esperar que los guerrilleros hicieran contacto con el traidor. Para facilitarle la tarea, el ejército retiró su puesto, vecino a la casa de Rojas.

Pocas horas antes de que Joaquín y sus hombres llegaran a ella, se presentó allí el sanitario Faustino García, acompañado por el soldado Fidel Rea. ¿Para qué habían ido? Seguramente para recibir noticias de los guerrilleros. Mientras García conversaba con Rojas, el soldado Rea salió de caza.

Justamente en ese instante llegaron los guerrilleros a la choza, y García, presintiendo lo que se avecinaba, se echó sobre un camastro, se cubrió con harapos y ordenó a Rojas que lo hiciera pasar por un peón enfermo.

Los guerrilleros se aproximaron a la choza con todas las precauciones; habían oído los disparos de Rea y temían tropezar con los soldados. Pero como cerca de la choza no descubrieron nada sospechoso, se arriesgaron a entrar en ella.

Rojas los acogió como a huéspedes largamente esperados. Les prometió conseguirles víveres y encontrar un vado conveniente por el Río Grande, en cuya orilla opuesta -según él afirmaba- los guerrilleros podrían hallar un lugar seguro para refugiarse.

Los guerrilleros se retiraron, luego de dejarle a Rojas dinero y prometer regresar al día siguiente por los víveres.

Tan pronto se perdieron de vista, Rojas envió a su hijo de 8 años a avisar a los soldados que en la zona estaban los guerrilleros, y pedirles que lo comunicaran a la unidad del ejército más próxima, acampada en La Loja, a unos 13 kilómetros de la casa de Rojas.

El capitán Mario Vargas recibió la información y, al frente de un pelotón, de inmediato marchó hacia la choza de Rojas, llevando por guía a José Cordona Toledo, campesino de la zona.

Al amanecer del 31 de agosto, la unidad de Vargas llegó a la choza de Rojas, quien aunque había comprado los víveres para los guerrilleros, parece se había acobardado y estaba por abandonar el lugar junto con toda su familia. Vargas ordenó que esperara a los guerrilleros y los llevara hasta el Vado de Yeso, a kilómetro y medio de la choza,

donde los soldados estarían esperándolos en la emboscada. Rojas obedeció.

Aproximadamente a las 5 de la tarde del mismo día, Joaquín y sus hombres fueron a ver a Rojas, quien les dio de comer, les entregó los productos y los condujo hasta el lugar convenido: el Vado de Yeso. Los guerrilleros comenzaron a cruzar el río. Delante iba Braulio; Tania y Joaquín eran los últimos.

Cuando todos estaban dentro del agua con las armas alzadas sobre la cabeza, Vargas y sus soldados abrieron fuego cruzado desde ambas márgenes. Aunque herido, Braulio disparó, matando a un soldado, pero él mismo recibió el tiro de gracia. Seis compañeros suyos, entre ellos Tania y Moisés Guevara, murieron heroicamente entre las turbias aguas del Río Grande. Cada uno recibió de 7 a 8 balas en el cuerpo. El Negro (el médico peruano José Restituto Cabrera) pudo esconderse entre los matorrales. Días más tarde lo encontraron los soldados, y lo mataron a golpes de bayoneta. Sólo dos fueron capturados vivos: Paco (boliviano) con tres heridas de bala, y el médico Ernesto (el boliviano Freddy Maimura), que trataba de ayudar a Paco.

Los soldados se arrojaron como fieras sobre los prisioneros: los apalearon, tratando de obtener datos sobre el paradero del Che. Freddy Maimura se mantuvo con suma dignidad, se negó a hacer declaraciones, inclusive cuando le fracturaron un hombro de un disparo. La soldadesca enfurecida lo mató, disparándole dos balas a la espalda. Sólo Paco quedó con vida. Contó todo lo que sabía, y así se salvó. Más tarde lo pusieron en libertad.

Después de la masacre, los soldados sacaron los cuerpos del agua y los llevaron a Vallegrande, enterrándolos en una fosa común fuera de la ciudad.

A Tania la hallaron una semana más tarde, a tres kilómetros del lugar de la matanza. El presidente Barrientos llegó al lugar del hallazgo. Ataron el cadáver de Tania a un helicóptero y lo llevaron a Vallegrande, guardándose hasta hoy en secreto el lugar en que se han inhumado sus restos.

Como era de esperar, el traidor Honorato Rojas no recibió los 3.000 dólares prometidos ni tampoco lo llevaron a Estados Unidos. Barrientos le regaló una pequeña granja cerca de la ciudad de Santa Cruz, a donde se trasladó con toda la familia. En 1969 fue muerto de un tiro en la cabeza por un desconocido. El capitán Vargas fue ascendido a mayor, por la masacre en el Vado del Yeso, pero poco después se volvió loco....

Sobre las circunstancias del exterminio del grupo de Joaquín corrían las versiones más contradictorias. Sólo en 1971 fueron reconstruidas por el corresponsal de Prensa Latina en Bolivia, quien se entrevistó con Paco y con el guía José Cordona Toledo y tuvo oportunidad de leer el

diario de Braulio.

El corresponsal le preguntó a José Cordona Toledo, campesino pobre, padre de cinco hijos, guía del capitán Vargas, por qué había ayudado a los militares.

Cordona respondió que confiaba recibir un premio. Por su servicio el general Barrientos le había dado doscientos pesos y lo había invitado a La Paz, prometiéndole regalarle una granja. Cordona estuvo un mes en la capital, gastó setecientos pesos, pero no llegó a ver al presidente y retornó a la casa tan pobre como se había ido.

- ¿Y usted nunca se preguntó por qué peleaban los guerrilleros? -le interrogó el corresponsal.

- Venían a molestarnos; eso decía el Ejército: a hacer el comunismo. Y, nos explicaban los militares que en el comunismo todo el mundo tiene que trabajar como soldado para el Estado; usa el mismo vestimento; se desparrama la familia. Después decían que los guerrilleros violaban a las mujeres, que robaban, que mataban si uno no los servía. Y a mí me gusta ser libre...

Lo más sorprendente en este drama es que al día siguiente de perecer el grupo de Joaquín, o sea el 1º de septiembre al atardecer, ¡el Che y sus combatientes llegaron a la choza de Rojas! Estaba vacía. Los guerrilleros no descubrieron nada sospechoso dentro ni fuera de ella. Encontraron en la casa comestibles, comieron y siguieron la marcha. Si el Che hubiera llegado allí un día antes, bien puede ser que la historia de Joaquín y de su grupo se escribiera hoy de otro modo...

Al día siguiente, el Che y sus hombres se encontraron en la cercanía con unos campesinos, pero ninguno dijo una palabra sobre el exterminio del grupo de Joaquín ni el papel que desempeñó en ello el traidor Rojas.

Escuchando "La Voz de América", el Che se enteró que -según la información de las autoridades bolivianas- en la zona de Camiri había sido aniquilado un destacamento de 10 hombres, a cuyo frente estaba el cubano Joaquín. Sin embargo, no creyó digna de crédito esa información. Durante largo tiempo no podía acostumbrarse a la idea de que todo el grupo de Joaquín se había perdido y únicamente a fines de septiembre, cuando las radios bolivianas transmitieron todos los detalles de la tragedia, inclusive la muerte de Tania, reconoció que era verdad, aunque seguía aún confiando "que deambule un grupito rehuendo contacto con el Ejército, pues la noticia de la muerte conjunta de 7 puede ser falsa o, por lo menos exagerada".

* * *

A juzgar por los apuntes hechos en agosto en el *Diario*, el Che se sentía muy enfermo: lo atormentaba el asma y una diarrea permanente. Sin embargo, luego de tomar una comida caliente en la casa de Rojas, señala en el *Diario* el 1º de

septiembre: “El Médico no se halla repuesto pero yo sí y camino perfectamente llevando a la mula”.

A diferencia del mes de agosto, en septiembre sólo tres veces se queja en el *Diario* de la salud.

En septiembre, el destacamento del Che avanza por una zona más poblada, tropezando con frecuencia con chozas campesinas y con campos labrados. Eso permite a los guerrilleros mejorar su alimento y saciar la sed. Por otra parte, el contacto con los campesinos podía ser fatal. Lejos de ayudar a los guerrilleros, los campesinos colaboraban con el ejército. El Che no sustentaba la menor ilusión al respecto. En el resumen del mes de septiembre anotaría, con la sinceridad de siempre: “La masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores”.

Mas si en septiembre el Che iba recuperándose y ya no se quejaba de su estado de salud, sus compañeros de armas quedaban fuera de combate uno tras otro. Diez meses de esfuerzos sobrehumanos los habían agotado física y moralmente. No es que hubiesen perdido la fe en la meta final, aún estaban dispuestos a combatir con las armas en la mano, pero lo que más deseaban en esos instantes era reposar, dormir, aplacar el hambre. El 12 de septiembre, el Che escribe que Antonio, evidentemente, no estaba normal... Chapaco se negó a cumplir una orden. El 13 de septiembre, el Che propuso a Darío que abandonara el grupo, pues había dado pruebas de alteración nerviosa. El 16 de septiembre tuvo lugar un incidente entre Antonio y Chapaco. Eustaquio denunció que Nato se había comido una ración de más; Julio acusó al médico enfermo de que estaría simulando. El 18 de septiembre, Benigno infringió una orden. El Che lo amonestó provocando en él una crisis de llanto. El Che sospechaba que Willy (el boliviano Simón Cuba) trataría de evadirse en el primer encuentro con el ejército...

Sin embargo, en el análisis del mes escribe que “la moral del resto de la gente se ha mantenido bastante bien”. El Che quería a esa gente valiente, dispuesta a combatir por los magnos ideales liberadores hasta la última gota de sangre... Benigno, Pablito, Antonio... En esos días cumplían años, y el Che permitió festejarlos con un arroz.

A fin de dar un breve reposo a sus combatientes y de hacer unas reservas de víveres, debían arriesgarse a entrar en los poblados. Los campesinos los acogían desconfiados, con temor y hostilidad. Muchos incluso se negaban a venderles comida. Los guerrilleros trataban infructuosamente de dar charlas políticas a la población.

El 22 de septiembre, entraron en Alto Seco, un villorrio de 50 casuchas, habitadas por quechuas. Los rebeldes organizaron un mitin en la escuela. Ante los campesinos silenciosos y asombrados, que escuchaban a esos hombres extraños, habló

primeramente Inti, y después el Che. Inti les hablo de la dura suerte del indio, de los latifundistas explotadores, de los funcionarios venales. Les explicó que los guerrilleros luchan por una suerte mejor para los campesinos. El Che recordó a sus oyentes en qué miseria estaban viviendo. “Acuérdense- les dijo- que después de nuestro paso por aquí recién se acordarán las autoridades de que ustedes existen. Entonces les ofrecerán construir algún policlínico, o mejorar algunos aspectos. Pero ese ofrecimiento se deberá única y exclusivamente a la presencia nuestra en esta zona y, si alguna obra realizan, ustedes sentirán, aunque indirectamente, el efecto beneficioso de nuestra guerrilla”. Esta fue la última intervención pública del Che.

El 26 de septiembre, el destacamento ocupó Higuera, un pueblo situado a 2.280 metros de altura. Al salir del poblado cayeron en una emboscada. El breve combate resultó catastrófico: tres muertos -Coco, Miguel y Julio-; Benito, herido; Pablito con un pie en malas condiciones, los bolivianos Camba y León desertaron, entregándose prisioneros. El resto apenas tuvo tiempo de salvarse huyendo.

Toda la zona a la redonda estaba controlada por las tropas. En todos los caminos se observaban unidades motorizadas del ejército. No podía ni pensarse en entrar en las poblaciones, pues se habían convertido en ratoneras.

El 28 de septiembre, el Che escribe en el *Diario*: “Día de angustias que, en algún, momento pareció ser el último nuestro”. Estaban rodeados de soldados por todas partes. Cualquier enfrentamiento con ellos podía ser el último para los guerrilleros. Los partes militares transmitidos por la radio informaban que el Che estaba cercado y que en breve se esperaba la liquidación de su grupo.

El 30 de septiembre, en el análisis del mes, anota:

“Las características son las mismas del mes pasado, salvo que ahora sí el Ejército está mostrando más efectividad en su acción...”

La tarea más importante es zafar y buscar zonas más propicias; luego los contactos, a pesar de que todo el aparato está desquiciado en La Paz donde también nos dieron duros golpes”.

El primer día de octubre transcurrió sin novedad. Por la mañana, los guerrilleros llegaron a un bosque ralo, donde hicieron campamento, colocando postas en los puntos de aproximación. Abajo, por un cañón, pasaban los soldados. Cerca de allí se veían casas campesinas, ocupadas por soldados. Muy entrada la noche, los guerrilleros consiguieron agua y pudieron comer. Al día siguiente los soldados desaparecieron, y los guerrilleros descendieron. Por el camino se perdió el Nato. Cuando decidieron regresar se extraviaron, pasando la noche en vela, con hambre y con sed.

El 3 de octubre, por fin, consiguieron agua y pudieron mitigar la sed. Prepararon una reserva de comida y emprendieron nuevamente la marcha. La radio informó que Camba y León cayeron prisioneros. El Che escribe en el *Diario*: “Ambos dan abundantes noticias de Fernando (último seudónimo del Che. *N. del autor del libro.*), su enfermedad y todo lo demás, sin contar lo que habrán hablado y no se publica”.

Los tres días siguientes el grupo continuó avanzando de una quebrada a otra, evitando encuentros con los campesinos y con las patrullas militares. La gente padecía sed. A Benigno le supuraba la herida; el Médico seguía quejándose de fuertes dolores en la espalda. El 7 de octubre, los guerrilleros entraron en la quebrada del Yuro²¹. En realidad, se trata de dos quebradas: una se llama Yuro y otra San Antonio, y el paso entre ambas se llama Filo. El Che escribe de ese día:

“Se cumplieron los 11 meses de nuestra inauguración guerrillera sin complicaciones, bucólicamente; hasta las 12.30 hora en que una vieja, pastoreando sus chivas entró en el cañón en que habíamos acampado y hubo que apresarla. La mujer no ha dado ninguna noticia fidedigna sobre los soldados, contestando a todo que no sabe, que hace tiempo que no va por allí. Sólo dio información sobre los caminos; de resultados del informe de la vieja se desprende que estamos aproximadamente a una legua de Higuera y otra de Jagüey y unas 2 de Pucará. A las 17.30, Inti, Aniceto y Pablito fueron a casa de la vieja que tiene una hija postrada y una medio enana; se le dieron 50 pesos con el encargo de que no fuera a hablar ni una palabra, pero con pocas esperanzas de que cumpla a pesar de sus promesas. Salimos los 17 con una luna muy pequeña y la marcha fue muy fatigosa y dejando mucho rastro por el cañón donde estábamos, que no tiene casas cerca, pero sí sembradíos de papa regados por acequias del mismo arroyo. A las 2 paramos a descansar, pues ya era inútil seguir avanzando. El Chino se convierte en una verdadera carga cuando hay que caminar de noche (era muy miope. *N. del autor del libro.*). El Ejército dio una rara información sobre la presencia de 250 hombres en Serrano para impedir el paso de los cercados en número de 37 dando la zona de nuestro refugio entre el río Acero y el Oro. La noticia parece diversionista”.

En esta anotación, hecha entre las 2 y las 4 de la madrugada del 8 de octubre, interrumpe el Che su *Diario* de Bolivia.

Sabemos de lo ocurrido el domingo 8 de octubre por los testimonios de Inti, Pombo, Benigno y Urbano. A las 4 de la mañana, después de un reposo de dos horas, el grupo del Che, formado por 17 combatientes, reanudó la marcha.

De pronto, la vanguardia advirtió cierta luz. Parecía que alguien se alumbraba el camino con una linterna. Siguieron observándola, pero la luz desapareció. Pensaron que había sido un error óptico y retomaron la marcha. Luego se supo que había sido un campesino del lugar, atraído por las voces de los guerrilleros. El campesino los notó y corrió a denunciarlos a los soldados. Pero la vieja campesina que los guerrilleros habían encontrado la víspera ya había dado parte antes a los soldados.

Al amanecer vieron que la quebrada estaba cubierta de arbustos muy bajos, y los cerros que la rodeaban, de árboles malos. Los guerrilleros estaban a la vista. El Che comprendió en qué peligrosa situación había caído el grupo, y envió de prisa a varios combatientes a explorar la situación por el cerro a derecha e izquierda, y también cerro adelante. Del flanco derecho no tardaron en comunicar que el paso estaba cercado por las tropas. Eran las ocho y media de la mañana.

El Che no sabía si las tropas conocían la presencia de los guerrilleros en la quebrada o por el momento actuaban a ciegas. Ordenó a sus hombres que se ocultaran del mejor modo posible y no se delataran por nada, confiando que al llegar la noche sus hombres podrían romper el cerco combatiendo.

Distribuyó a los combatientes del siguiente modo: en el flanco derecho adelantó a Benigno, herido en un hombro, a Darío y a Inti; en el izquierdo, a Pombo y Urbano. El permaneció con 11 hombres. En caso de romper el cerco, habían acordado que todos se reunirían junto al río Pidelpargo.

A las 13.30 envió al Nato y a Aniceto a remplazar a Pombo y Urbano. Cuando quisieron cumplir la orden, una bala mató a Aniceto en el acto. El Nato quedó echado cerca de Pombo y Urbano.

Los soldados abrieron sobre los guerrilleros un mortífero fuego de fusilería, metralla y granadas. El tiroteo continuó hasta el anochecer. Desde el cerro no se veía qué pasaba abajo, en la quebrada. Cerca de las 7 de la tarde, cuando se calmó el tiroteo, los combatientes de los flancos, pasado un lapso discreto, descendieron a la quebrada, con la esperanza de encontrar allí al Che. Mas no lo hallaron, como tampoco a los demás compañeros. De las mochilas que habían encontrado faltaban los documentos y el dinero. Decidieron que el Che se había retirado hasta el lugar convenido, y hacia allá se dirigieron. Por el camino, Inti advirtió el plato de aluminio, muy pisoteado, que usaba el Che, y comida desperdigada, entre otras cosas, harina, y

²¹ Muchos nombres geográficos relacionados con la epopeya boliviana del Che figuran en los mapas bolivianos y en las publicaciones de distinto modo. Por ejemplo, Ñancahuazú y Ñacahuazu. (así figura en el *Diario del Che*, la primera inscripción es la justa), Higuera e Higuera, Yuro y Churo, etc.

eso le llamó poderosamente la atención, pues el Che nunca permitía arrojar comida. Entre las huellas que conducían al lugar del encuentro, distinguieron bien las del Che: usaba mocasines de cuero. Por eso seguían confiando que se encontrarían con él. En el lugar convenido no encontraron a nadie. Inti y sus compañeros sintieron gran ansiedad por el Che. Continuaban pisando sus huellas, y éstas los llevaron hasta la Higuera, donde hicieron un breve alto entre los matorrales, cerca de la escuelita rural, sin sospechar que en esos instantes, en una de sus aulas, el Che yacía herido, en manos del enemigo.

¿Qué ocurrió, en realidad, con el Che y sus compañeros en la quebrada del Yuro, el 8 de octubre de 1967? Por los datos conocidos hoy, Pombo, Benigno y Urbano reconstruyen los acontecimientos del siguiente modo. Tan pronto comenzó el tiroteo, el Che dividió a sus hombres en dos grupos, en uno de los cuales estaban los enfermos: el Médico, Eustaquio y Chapaco. Les destacó también a Pablito, y les ordenó retirarse rápidamente hacia el río Pidelpargo. Por su parte, junto con Willy, Antonio, Arturo y Pacho, así como el Chino, que no podía moverse solo, decidió cubrir la retirada del primer grupo. De este modo, para salvar en primer término a los enfermos, el Che y sus compañeros recibieron el fuego sobre sí. Cuando cesó el tiroteo, Antonio, Arturo y Pacho estaban muertos, y el Che, herido en una pierna. Su fusil, destrozado por una bala adversaria, y el cargador de la pistola vació. Debían marcharse de allí sin pérdida de tiempo. Willy carga sobre sus hombros al Che herido, hasta el risco más cercano, donde se ocultan entre unos matorrales semipelados. El Chino procura seguirles, pero pierde los anteojos y se agacha para buscarlos. Poco más tarde, los soldados tratan de colocar un lanzagranadas en el risco en que se ocultan el Che y Willy, pero oyen un susurro entre los matorrales y se lanzan en esa dirección. Ven al Che, vendándose la herida de la pierna. Los soldados disparan. Un instante más tarde, el Che y Willy caen en sus manos. Los prisioneros, atados, son enviados a la escuela de Higuera, convertida en prisión. Allí también encierran después al Chino, que ha sido capturado.

Pombo y sus compañeros se enterarían de todo eso mucho más tarde. Al amanecer del 9 de octubre se apresuraban a abandonar las cercanías de Higuera. Habían visto de día la llegada de un helicóptero a Higuera, y luego cómo tomaba altura y desaparecía a lo lejos. Llevaba el cadáver del Che. Más todavía tampoco lo sabían.

Benigno conservaba un pequeño aparato de radio, por el que se enteraron de la captura del Che y de su muerte. Sin embargo, se resistían a creer que así fuera en realidad.

Tan sólo al día siguiente, el 10 de octubre, cuando todas las radios transmitieron con pormenores la captura del Che y su muerte, se desvanecieron las últimas dudas. El infinito dolor y la emoción que los embargó por la muerte del jefe no hicieron vacilar su decisión de continuar la lucha hasta el fin...

Ese mismo día se enteraron por la radio que las tropas continuaban persiguiendo a los guerrilleros aún vivos, y dedujeron que, además de ellos, estaba combatiendo todavía otro grupo de cuatro hombres.

El 12 de octubre escucharon que en la desembocadura del río Mizque habían sido muertos el médico cubano Moro, el boliviano Pablito (Francisco Huanca Flores), el peruano Eustaquio (Lucio Galvan Hidalgo, radiotécnico) y el boliviano Chapaco (Jaime Arana Campero). Ahora quedaban con vida sólo estos seis combatientes.

El pequeño destacamento, a cuyo frente los combatientes pusieron a Pombo, rompió dos cercos, y el 13 de noviembre llegó a la zona de la carretera Cochabamba-Santa Cruz. Allí tuvo lugar otro choque con el ejército, que los perseguía pisándoles los talones; fue muerto el Nato, el predilecto de todos ellos. Era Julio Luis Méndez, comunista boliviano de 30 años y maestro en todas las artes. Pero los guerrilleros ya se desenvolvían en una zona donde podían contar con amigos. Aunque el gobierno de Bolivia había prometido 10 millones de pesos bolivianos (cerca de 430.000 dólares americanos) por su captura, no los denunció ninguno de los campesinos a quienes solicitaron ayuda. Hasta todos los confines de Bolivia había llegado la nueva de que el heroico guerrillero Che había entregado la vida por la causa del pueblo, y muchos campesinos consideraban ahora su deber sagrado prestar asistencia a los heroicos sobrevivientes de su grupo...

Los amigos de Inti supieron que él y sus compañeros estaban en la zona de la carretera Cochabamba-Santa Cruz, y resolvieron hacer todo lo posible para salvarlos. Recorrían en coches la carretera, buscando contacto con los guerrilleros. Inti dio con uno de ellos, y esa fue la salvación. Los cinco se trasladaron poco más tarde a Cochabamba y se ocultaron en casas de personas de confianza. En febrero de 1968, los cubanos Pombo, Benigno y Urbano llegaron hasta la frontera occidental de Bolivia y pasaron a Chile.

En Chile los deportaron a la isla de Pascua, desde la cual los tres cubanos partieron en avión a París, vía Pacífico. Días más tarde, regresaban a su entrañable Habana.

Inti y Darío se quedaron en Bolivia, decididos a continuar la lucha armada, fieles a los legados de su comandante Ernesto Che Guevara. El 9 de marzo de 1969, la policía dio en La Paz con la casa en que se ocultaba Inti. Hubo un tiroteo, en el que pereció

este fiel compañero de armas del Che. El 31 de diciembre del mismo año, también en un tiroteo con la policía, murió Darío (David Adriasola).

Cierto Roberto Quintanilla, agente policial que dirigió la liquidación del grupo de Inti, fue designado como recompensa- cónsul boliviano en Hamburgo. Eso no lo salvó del justo castigo: en abril de 1971 apareció su cadáver con tres balas en el cuerpo.

Tal fue la suerte de los integrantes del destacamento de Fernando, o Ramón, o Mongo. No termina aquí, sin embargo, la historia del Che.

Del otro lado de la barricada.

Las horas finales de su existencia en poder de sus despreciables enemigos tienen que haber sido muy amargas para él; pero ningún hombre mejor preparado que el Che para enfrentarse a semejante prueba.

Fidel Castro.

Bolivia es un país civilizado, pero...
General Alfredo Ovando.

El general René Barrientos Ortuño tenía fama de ser un experto intrigante político, llegado al poder luego de una serie de traiciones. Nació en 1919 cerca de Cachabamba. Emigrado español el padre; la madre, india. Con ella el hijo aprendió el quechua. En el colegio militar de aviación, el futuro presidente ingresó en el Movimiento Nacionalista Revolucionario clandestino, por lo que fue expulsado del centro de estudios. De 1946 a 1949 y en 1950 fue detenido y encarcelado. Mas en 1952 fue nuevamente admitido en la aviación con el grado de teniente. Ese mismo año, luego de un golpe de Estado, llegó al poder en Bolivia el Movimiento Nacionalista Revolucionario y Barrientos partió en avión a Buenos Aires, de donde regresó con el futuro presidente Paz Estenssoro, líder de ese partido.

Los sacrificios y el ahínco del joven teniente fueron evaluados merecidamente por el nuevo gobernante de Bolivia. Barrientos fue ascendido, obteniendo luego la más alta gratificación: fue enviado a los EE.UU. a cursar unos estudios militares. Así pues, cuando en 1953 el Che llegó a La Paz, su futuro enemigo se encontraba en Oklahoma (EE.UU.) estudiando aviación e inglés. En Yanquilandia consiguió poderosos protectores, quienes desde entonces no lo perdían de vista. De regreso a Bolivia Barrientos rápidamente llegó a general, y luego a comandante en jefe de la aviación. ¿Qué le faltaba? Sólo el sillón presidencial. Pero el régimen de Paz Estenssoro resultó bastante sólido. Este presidente se mantuvo en el poder durante los cuatros años estipulados por la Constitución. En 1956 entregó las riendas del

gobierno, para los siguientes cuatro años, a su correligionario Hernán Siles Zuazo. Para asombro general, también éste ocupó el sillón presidencial los correspondientes cuatro años, y en 1960 devolvió el poder a Paz Estenssoro. Por aquel entonces, todos los partidos ya estaban hartos de tal estabilidad política, sin precedentes en los anales de Bolivia. Inclusive se produjo una escisión en el MNR, partido de Paz Estenssoro. Su ala izquierda, dirigida por el líder obrero Juan Lechín, pasó a la oposición. También se alzó contra Paz Estenssoro su viejo y fiel correligionario Siles Zuazo, sin hablar ya de las demás agrupaciones políticas. Paz Estenssoro buscó el apoyo de los militares y consintió que su segundo fuera el general Barrientos, quien en otra época lo había traído de Buenos Aires en avión, arriesgando la vida y, desde entonces, era considerado su hombre de confianza en el ejército. De ese modo, Barrientos pasó a ser vicepresidente de Bolivia. Ahora un solo paso lo separaba de la silla presidencial, y el bravo general estaba dispuesto a darlo, tanto más que contaba con el respaldo de sus protectores estadounidenses. A los últimos les irritaban los indomables mineros, que conservaban aún las armas dadas en su oportunidad por Paz Estenssoro. La cosa no estaba para bromas: ¡20.000 mineros armados -no importa que con fusiles malos y anticuados, pero fusiles al fin-, exigiendo en voz cada vez más alta que sus minas se proclamaran “territorio libre de Bolivia”! Al menor descuido, Bolivia podía convertirse en una segunda Cuba. La única esperanza era el ejército, nadie más podía salvar la situación, sustituyendo al desprestigiado Paz Estenssoro por un “gorila” seguro. Así razonaban en el Pentágono y en el Departamento de Estado, donde para el papel de “gorila” promovieron a Barrientos. Mas no fue tan fácil lograr esa sustitución. Barrientos sólo controlaba la aviación, mientras que las tropas de tierra se subordinaban al general Ovando Candia, quien no se consideraba menos digno que Barrientos para el título de presidente. Ovando Candia resultó ser un hombre en extremo terco y nada fácil de convencer. Para ganarse su apoyo, hubo de compartirse el título de presidente entre él y Barrientos. De este modo, el 4 de noviembre de 1964 Paz Estenssoro fue derrocado y deportado al Perú, pasando el poder a manos de dos “copresidentes” -Barrientos y Ovando-, caso rarísimo, inclusive para Bolivia, con todo lo que ya había visto ese país. No es de extrañar que se diga de Bolivia: en ella no sólo puede ocurrir todo, sino todo ocurre.

Se sobrentiende que dos “gorilas” era demasiado, incluso para Bolivia. Casi año y medio duró la disputa por el puesto de primer mandatario. Barrientos afirmaba que en ese lapso habían tratado ocho veces de asesinarlo. Sin embargo, no sólo

quedó sano y salvo, sino desplazó a segundo plano -por lo menos provisionalmente- a su rival Ovando. El general Ovando, presionado por el coronel Edward Fox, jefe de los servicios de la CIA en Bolivia y agregado militar de la embajada de EE.UU. en la Paz, se vio obligado a ceder, luego de que Barrientos y Fox le aseguraran bajo juramento que cuatro años más tarde le entregarían el poder. Como garantía, lo dejaron en el puesto de jefe del ejército. Barrientos se hacía pasar por demócrata, reformador y revolucionario. Formó su propia organización política: el Frente de la revolución boliviano.

En julio de 1966, Barrientos y su acólito Siles Salinas -otra ex figura del MNR- fueron elegidos presidente y vicepresidente respectivamente de la nación, asumiendo oficialmente sus obligaciones en agosto del mismo año. La tensión política en el país no menguó por ello. Los periódicos escribían sin rodeos que Ovando estaba “descontento” y que en cualquier momento podía “quitar del medio” a Barrientos. Dado que todos los observadores de los asuntos bolivianos consideraban realmente factible tal posibilidad, apareció un tercer pretendiente al sillón presidencial: el coronel Marcos Vásquez Sempertegui, jefe del Estado Mayor del ejército, quien declaró que si Ovando subía al poder, procuraría substituido inmediatamente. Ovando no toleró la amenaza y destituyó a Vásquez Sempertegui, designando para ese cargo al general Juan José Torres. Lo que menos sospechaba Ovando era que, al dar ese paso, se estaba cavando su propia fosa...

Mientras tenían lugar esos enredos entre los pretendientes al puesto de primer “gorila” de Bolivia, corrían insistentes rumores sobre un movimiento guerrillero a punto de estallar en el país y la presencia de Ernesto Che Guevara en Bolivia. Con la autosuficiencia y la jactancia que lo caracterizaban, Barrientos refutó tajantemente esos rumores, y el 11 de marzo de 1967 declaró a los periodistas en La Paz que él no creía en fantasmas y estaba persuadido de que Che Guevara estaba en el otro mundo, junto con Camilo Cienfuegos y “otras víctimas del régimen de Castro”.

Mas justamente ese día, el 11 de marzo, huyeron de “Calamina” Vicente Rocabado Terrazas y Pastor Barrera Quintana. Más tarde se supo que el primero era un antiguo agente policial, y el segundo, un simple desertor, ansioso de convertirse en delator. Ambos confiaban vender a buen precio en La Paz la información que poseían: ¡no era broma conocer a ciencia cierta la presencia de cubanos en el destacamento guerrillero y que lo encabezaba el Che Guevara en persona! Habían visto fotos del Che en “Calamina”, sabían que se llamaba “Ramón” e inclusive la fecha de su llegada a Bolivia. Además, habían visto en el campamento a

Debray, a Bustos, a Tania y al Chino. En fin, sabían mucho. Sin embargo, los traidores no llegaron hasta La Paz, pues fueron detenidos en Vallegrande, donde los interrogó el servicio de inteligencia militar²². Fácil es imaginarse el revuelo que causaron esas delaciones entre los militares: ¡el Che, a quien se estaba buscando en todo el mundo, se encontraba en Bolivia y a un paso de ellos! Y si eso no era un desvarío de dos mineros, la cosa era grave, ¡terriblemente grave! El miedo lo exagera todo. ¡El Che probablemente contaba con una inmensa fuerza! ¡Seguramente en su campamento, además de cubanos, habría comunistas de todo el mundo! Los militares sintieron pánico.

Volaban los cables telegráficos de Vallegrande a La Paz, a nombre de Barrientos. Al principio, en los medios gubernamentales pareció simple fantasía la información de que el Che estuviera en la zona del río Ñancahuazú. No obstante, se dio la orden de verificar las declaraciones de los delatores.

El 16 de marzo, un destacamento de soldados cumplió la orden y ocupó “Calamina”, encontrando allí diferentes objetos que identificaban la presencia de guerrilleros en la zona. Un soldado, apostado de vigía, fue muerto por un desconocido. ¿Lo mataron los guerrilleros? Así fue, y así lo confirmó al día siguiente -el 17 de marzo- Salustio Choque Choque, hecho prisionero por los militares. Salustio habló tanto como los dos primeros traidores. Vargas, quien detectó a Marcos y, siguiendo sus huellas, llevó a los soldados hasta el campamento guerrillero, añadió nuevos detalles al panorama.

Durante el proceso de Debray, el mundo conoció las declaraciones hechas por Rocabado, Barrera, Choque Choque, y cómo habían traicionado la guerrilla; supo de Vargas, guía de los militares. En ese proceso se puso de relieve el papel traidor desempeñado por Algarñaz, vecino de

²² No debe excluirse que la CIA ya hubiera recibido antes, por medio de sus agentes, información concerniente a las actividades del Che en Bolivia. Antonio Arguedas, ex ministro de gobierno de Bolivia afirma que la CIA ya estaba enterada de ello el 18 de febrero de 1967. En las declaraciones hechas por Arguedas al corresponsal de la revista chilena *Punto Final*, el 10 de septiembre de 1968, dijo: "Puedo agregar que en un documento de la CIA del 18 de febrero de 1967 hay constancia de los movimientos de un ciudadano boliviano, Dagnino Pacheco, que más tarde resultó ser la persona que guardaba el dinero de la guerrilla de Ñancahuazú. O sea que 35 días antes del primer choque del ejército con la guerrilla del comandante Guevara, la CIA tenía informaciones sobre las actividades de Dagnino Pacheco, lo que quiere decir que la guerrilla en cierta medida fue del conocimiento del servicio de inteligencia norteamericano antes de que fuera descubierta por el servicio de inteligencia boliviano". D. Pacheco figura en el Diario del Che con el nombre de Sánchez.

“Calamina”. Los denunció Debray, o mejor dicho, habló de ellos, pues no había necesidad de denunciarlos: allí estaban en el banquillo de los acusados junto con Debray, jactándose de sus “méritos” en la liquidación del destacamento del Che.

Después del primer combate con los guerrilleros -el 23 de marzo- los militares regresaron a Camiri más muertos que vivos y, multiplicando varias veces el verdadero número de enemigos, comunicaron en el Estado Mayor de la cuarta división el desastre que habían sufrido.

De Camiri se envió un parte cifrado a La Paz. Su texto fue puesto en conocimiento del general mayor Juan José Torres quien informó sin pérdida de tiempo al general Alfredo Ovando, comandante en jefe del ejército, y a Federico Arana, jefe del servicio de inteligencia militar. Ovando transmitió la novedad al presidente Barrientos, y Arana, al consejero de turno norteamericano del Servicio de asistencia militar de EE.UU., adjunto al Estado Mayor del ejército boliviano.

Barrientos y el consejero norteamericano informaron, a su vez a Douglas Henderson, embajador de EE.UU. en Bolivia, y éste envió un cable a Washington, que fue primeramente leído por William Bowdler, asistente del presidente Johnson para los asuntos latinoamericanos, y luego por Walt Witman Rostow, asistente del presidente para asuntos extranjeros urgentes, de particular importancia. Rostow, en cooperación con la CIA y el Pentágono, confeccionó las recomendaciones pertinentes al presidente de EE.UU.

El Pentágono, representado por el general Johnson, jefe del Estado Mayor, y por el general Robert W. Porter, jefe del denominado Comando del Sur del Ejército de los EE.UU., con sede en la zona del Canal de Panamá, insistía en una intervención inmediata en Bolivia y proponía formar para ello un grupo de choque, llamado “Comando de ayuda regional”. El servicio de inteligencia, representado por Richard Helms, director de la CIA, opinaba que debía encomendarse a este Comando la liquidación del destacamento del Che.

Qué se decidió entonces en Washington y qué línea de conducta se impuso a Barrientos -quien aguardaba sumiso las órdenes de su amo y, una vez recibidas, las siguió al pie de la letra-, puede juzgarse tanto por sus actos siguientes como por los de sus protectores de la Casa Blanca.

Por paradójico que parezca a primera vista, el hecho es que Washington y las autoridades bolivianas hicieron todo lo posible para ocultar a la opinión pública lo que ya sabían en marzo de 1967, o sea, que en el Ñancahuazú actuaba un destacamento guerrillero internacional, encabezado por el glorioso comandante Ernesto Che Guevara.

La Habana también lo silenciaba, pues no quería que se enteraran en EE.UU. ni Barrientos; lo silenciaba el Che, que se hacía pasar por Ramón. Cuando EE.UU. y Barrientos lo supieron, fingieron desconocer que el Che se encontraba en Bolivia, y cuando los periódicos informaron que el Che estaba al frente de los guerrilleros, se apresuraron a esclarecer que se trataba del líder minero Moisés Guevara, es decir, de otro Guevara.

¿Cómo se explica una conducta tan extraña en quienes deberían, al parecer, poner en conocimiento de todo el mundo la noticia de que el Che se hallaba en Bolivia y dirigía un destacamento guerrillero?

La singularidad de la situación consistía en que, teniendo un pretexto tan brillante para enviar tropas a Bolivia, los gobernantes de EE.UU. renunciaron a aprovecharlo. Para ello era necesario ocultar el propio pretexto, pues, de lo contrario, habría que explicar por qué razón los EE.UU. se negaban a sacar partido de él.

Pero, de todos modos, ¿por qué? Simplemente, porque la intervención en Bolivia podría, en realidad, crear en América Latina ese “segundo Vietnam” al que se refiriera el Che. Es más, tras las tropas norteamericanas, otros países podrían apresurarse a enviar las suyas a Bolivia: Argentina desde el sur y Brasil desde el este, pues ambos Estados hacen mucho que rivalizan entre sí por imponer su influencia en Bolivia. La presencia de tropas norteamericanas, argentinas a brasileñas en Bolivia podría derivar en las más variadas complicaciones. La triple intervención podría a su vez provocar entre los bolivianos un estallido de indignación, sin decir ya que Chile y Perú reaccionarían del modo más negativo a la misma, temiendo que todo acabara con el reparto de Bolivia entre Argentina y Brasil.

En otros términos, si Washington hubiera decidido enviar sus tropas a Bolivia, diríase que cumplía la voluntad del Che y le hacía el juego. Pero al presidente Johnson le bastaba con un solo Vietnam, y no ansiaba crear un segundo. Tenía de sobra con una intervención a la República Dominicana, que desató una ola de protestas tanto en toda América Latina, como también en los demás continentes, e inclusive en los EE.UU., y no estaban las cosas para ordenar un nuevo envío de tropas a la selva boliviana. En todo caso, no quería darse prisas.

Tomada esta decisión, había que abstenerse de confesar la presencia del Che en ese país, de lo contrario, las ultraderechas de los EE.UU. podrían obligar a Johnson, pese a todo, a enviar a los marines a Bolivia; por otra parte, la confirmación de que allí estaba el Che podría acelerar el desarrollo de la crisis revolucionaria en ese país y el derrocamiento de Barrientos, contrariamente al deseo de la Casa Blanca.

Se debía acabar con el Che a cualquier precio, mejor por manos de los aborígenes, como se había hecho en Perú, en Guatemala, en Venezuela y en Argentina, y únicamente en última instancia, si realmente no había otra salida, enviar las tropas y convertir Bolivia, si no en un “segundo Vietnam”, por lo menos en una segunda República Dominicana.

Esa línea de conducta implicaba, hasta cierto punto, un riesgo para los gobernantes de los EE.UU. y para Barrientos. El Che podía reunir una fuerza de tal magnitud, que ninguna intervención acabaría con él.

Por el momento, correspondía tener sangre fría, no existía aún fundamento para dejarse llevar por el pánico. El Che sólo contaba con varias decenas de hombres, algo más, en realidad, de los que tuviera Fidel diez años atrás; pero no era obligatorio que esta vez se repitiera la historia, como no se repitió en Guatemala, ni en Colombia, ni en Venezuela, ni en el Perú, países en los que las autoridades supieron acabar con el peligro guerrillero sin la participación directa del ejército norteamericano.

La detención de Debray, Bustos y Roth en abril confirmó que el Che disponía de medios bastante reducidos y eso persuadió a los gobernantes de Bolivia y a sus protectores en Washington de que se debía hablar lo menos posible del Che. Por lo demás, la prensa venal, que baila al compás de la flauta yanqui, ya había descrito reiteradas veces la muerte del Che -que lo habían asesinado en Cuba, en el Perú, en el Congo e incluso en la Unión Soviética- y Barrientos había dicho, por su parte, que no creía en fantasmas. Sería difícil, y también terrible, resucitar al Che, para colmo, al frente de un destacamento guerrillero y, quizá de un ejército.

Pero mientras existía tabú para el Che de Debray se debía gritar a los cuatro vientos. A falta de pan, buenas son tortas. Y, por cierto tiempo, ese “buen bocado” habría de ser quien con cierta presunción se hacía llamar “Dantón”.

Con la captura de Debray el 20 de abril, las autoridades bolivianas adquirieron al “malhechor” que necesitaban. Incluso le confeccionaron un traje de presidiario a rayas, con un enorme número “001” en la espalda, qué debía significar: el “enemigo N° 1”.

De dar crédito a la propaganda del gobierno boliviano, Debray era el inspirador intelectual de las acciones guerrilleras, el “asesino” de los soldados bolivianos. La “gente de la calle” (agentes de policía vestidos de civil), que asediaban el Club de oficiales de Camiri, donde estaba recluido Debray, exigía su muerte. En Bolivia se había abolido la pena de muerte, pero Barrientos solicitó al Parlamento, sumiso al presidente, que se restableciera, confiando aplicarla a su cautivo. El general presidente de Bolivia podía ordenar

perfectamente que se ultimara a Debray, de acuerdo con la ley de fugas, pero por su vida intercedió De Gaulle, y Barrientos hubo de atender el deseo del presidente de Francia. Recordaría quizá lo sucedido el siglo pasado a su antecesor, el presidente Melgarejo, quien había expulsado al embajador inglés, obligándole a abandonar La Paz montando un burro. La reina Victoria se vengó de Melgarejo ordenando borrar el nombre de Bolivia de todos los mapas. Barrientos no quería enemistarse con el general De Gaulle, pero no perdía la esperanza de quitar la vida a Debray de un modo “civilizado” y “legal”.

Mientras tanto contra Debray se estaba montando febrilmente un proceso “modelo”. Y, para mayor seguridad se resolvió sentar a su lado, en el banquillo de los acusados, a Bustos, quien, además de confesar absolutamente todo lo que sabía del Che y de Ñancahuazú, dibujó -no tan mal para un pintor aficionado- los retratos de todas las personas que había visto en el campamento de guerrilleros y con quienes había tratado. Junto con Bustos, ocuparon el banco de los acusados los informantes policiales Rocabado y Barrera, Choque y Ciro Algarañaz; a quienes se había ordenado representar el papel de guerrilleros “arrepentidos”. Además en la lista de los acusados figuraba Jorge Vásquez Machicado Viaña, aquel mismo “Bigotes” que casi se desmaya cuando por primera vez vio al Che, pero que no estuvo presente en el proceso “por enfermedad”; en realidad, porque había muerto a causa de las torturas policiales. Pero el gobierno “tenía vergüenza” de confesarlo, y durante el proceso el fiscal prometió reiteradas veces que comparecería ante el tribunal, promesa que, naturalmente, no pudo cumplir, pues los sabuesos policiales bolivianos podían quitar la vida a un hombre que no fuera de su agrado, pero no podían resucitarlo. Finalmente se vieron obligados a declararlo “en fuga” y, de este modo, condenar al muerto a reclusión carcelaria.

Sin embargo, tanto los preparativos para el proceso de Debray, que duraron cerca de cinco meses, así como el propio proceso, no podían acabar con el Che. Era necesario liquidado físicamente y también a su destacamento, pero eso, precisamente, escapaba a las posibilidades de Barrientos.

Hasta la masacre de agosto en el cruce del Yeso, donde pereció el grupo de Joaquín, el ejército boliviano había perdido todos los combates con los guerrilleros. Daba la impresión de que éstos eran realmente invencibles y tenían bastantes probabilidades de lograr su propósito o, por lo menos, de provocar la caída del gobierno de Barrientos, lo deseaban muchos adversarios políticos del general presidente.

Es sintomático que, excepto en los medios

gubernamentales, la aparición de los guerrilleros encabezados por el Che fue acogida con bastante benevolencia por la opinión pública boliviana, tanto más que en los primeros meses ganaban todas las batallas. Veamos lo que decía en aquel entonces al respecto Víctor Paz Estenssoro: “La guerrilla es una consecuencia lógica del desarrollo de los acontecimientos en Bolivia. Nosotros los del MNR miramos con simpatía a los combatientes...” Esa simpatía, claro está, sólo era de palabra, pero evidenciaba que inclusive un politiquero tan experimentado como Paz Estenssoro no excluía la posibilidad de que los guerrilleros obtuvieran la victoria.

Hasta el general Ovando trató de aprovechar la presencia de la guerrilla para fortalecer sus posiciones en la lucha por el poder contra Barrientos, criticando la ineptitud del presidente para aplastada.

Barrientos temía más a su comandante en jefe del ejército que a los guerrilleros, pero no se atrevía a destituirlo, porque se oponía Henderson, el embajador de EE.UU. en La Paz.

Las estentóreas amenazas del ministro de Gobierno Antonio Arguedas Mendieta contra los guerrilleros y las promesas de reducidos a polvo “en breve plazo” no tanto respondían a su belicosidad, como hoy sabemos, cuanto al deseo de borrar las huellas de sus propios contactos con los guerrilleros. Así pues, de los tres miembros más importantes del gobierno, sólo Barrientos trataba de deshacerse cuanto antes de los guerrilleros. Ovando no daba muestras de gran entusiasmo, y Arguedas, encubriéndose con discursos sanguinarios, procuraba estorbar las actividades de uno y de otro, en la medida en que se lo permitía entonces la situación.

Pero si el gobierno no pudo jactarse, hasta agosto, de cierto éxito en la persecución de los guerrilleros, el panorama cambiaba cuando se trataba de otras fuerzas antigubernamentales. Las huelgas y las manifestaciones estudiantiles se ahogaban rápida y drásticamente. Los culpables eran arrojados a la cárcel, exiliados o simplemente asesinados.

El 25 de junio, las tropas comenzaron la ofensiva en la zona minera de Catavi-Huanuni. Desarmaron a los mineros, y así dejó de existir la “zona minera libre”, sin haber llegado a prestar ayuda al destacamento guerrillero del Che. Los mineros, además de demostrar su ineptitud para pasar a la ofensiva, ni siquiera pudieron oponer una resistencia eficaz a las tropas. La caída de la “república” minera envalentó tanto a Barrientos, que autorizó, por fin, a Luis Reque Terán, comandante de la cuarta división, anunciar el 5 de julio la presencia del Che en esa zona, exagerando en grado sumo sus fuerzas -¡cerca de 400

guerrilleros!-, y permitió ese mismo día a los periodistas que entrevistaran a Debray quien, a su vez, confirmó que el Che realmente “había estado” allí. ¡Como si ya no estuviera!

Días más tarde se infligió un sensible golpe al optimismo de las autoridades: se supo que los guerrilleros habían tomado la pequeña ciudad de Samaipata, a 350 kilómetros de Camiri. El hecho de que los guerrilleros hubieran entrado en Samaipata en un autobús y que la guarnición local, al mando de un teniente coronel, no les hubiese opuesto la menor resistencia, desalentó al gobierno y a sus tutores norteamericanos. El embajador Henderson declaró, ante una comisión del Senado en Washington, que al gobierno boliviano le sería difícil acabar con los guerrilleros, y el New York Times escribía esos días que los guerrilleros, desde el punto de vista militar, estaban ganando y que había razones para dudar de que el régimen de Barrientos estuviera en condiciones de enfrentados.

Por otra parte, en el país no cesaban las acciones antigubernamentales de los estudiantes; habían declarado huelga los maestros; corrían rumores de que habían surgido nuevos focos de guerrillas en otros lugares del país. En agosto comenzó en Camiri el tan esperado proceso contra Debray, mas no tuvo éxito la tentativa del gobierno de aprovecharlo para consolidar sus posiciones, provocando las pasiones ultranacionalistas. La opinión pública no se inclinaba a favor del gobierno. En consecuencia, se desintegró el denominado Frente de la revolución de Bolivia, el conglomerado de agrupaciones políticas del más variado pelaje que apoyaba a Barrientos.

¿Qué hacían los norteamericanos en el ínterin? Con redoblada energía procuraban impedir el desarrollo del movimiento antiimperialista revolucionario en el continente, inmiscuyéndose con todo descaro en los asuntos internos de los países latinoamericanos. Washington continuaba estrangulando a Cuba con el bloqueo y, a través de la CIA, tramaba apresuradamente el exterminio físico de Fidel Castro, líder de la revolución cubana, como salió a relucir durante la conferencia de OSPAAAL en La Habana. Por otra parte, el Pentágono seguía insistiendo en que se formaran las fuerzas armadas interamericanas, bajo cuyo rótulo podría practicarse la intervención armada directa contra cualquier república latinoamericana “reacia”.

En lo que a Bolivia se refiere, estaba infestada de agentes norteamericanos, que recogían toda suerte de información y estaban atentos al desarrollo de los acontecimientos en el país. En Washington se constituyó el Grupo operativo especial para liquidar el destacamento del Che. Lo mandaba el general de brigada de aviación William K. Sker, jefe del servicio de inteligencia del Comando sur, con sede en la zona del Canal de

Panamá, quien, además de dominar el español, estaba bien entrenado en el sofocamiento de las guerrillas en Perú, Colombia y Venezuela. Le designaron de sustituto a Redmond I. Weber, jefe del octavo regimiento de fuerzas especiales (“rangers”), acantonadas también en la zona del Canal. Weber formó con sus “expertos” en subversiones una unidad móvil de entrenamiento, integrada por 50 hombres, al mando del mayor Ralf W. Shelton, apodado “Pappi”, ex jefe de las “escuelas antiguerrilleras” en Laos y en la República Dominicana, a quien se encomendó seleccionar entre los bolivianos un destacamento de “rangers”, compuesto por 600 hombres, y adiestrado en dos meses. Al mismo tiempo, Pappi debía organizar la capacitación intensiva de tres compañías de infantería bolivianas para luchar contra los guerrilleros. Le dieron un mes de plazo. A fines de abril, esas unidades fueron trasladadas al ingenio “Esperanza”, convertido en campo de entrenamiento, a cien kilómetros al oeste de Santa Cruz, donde ya se encontraban Pappi y sus secuaces que, sin pérdida de tiempo, iniciaron el aprendizaje de los futuros asesinos de Ernesto Che Guevara.

En la preparación de estas unidades desempeñó un importante papel la labor de exploración que debían realizar grupos especiales, adjuntos a las unidades de los “rangers”. La misión de estos grupos consistía en reclutar agentes entre la población local y también infiltrar informadores profesionales en el medio local, haciéndolos pasar por técnicos sanitarios, cazadores, comerciantes, maestros, parientes de la gente del lugar, agentes de impuestos, agrónomos, estudiantes y simplemente turistas. En la base próxima a Santa Cruz enseñaban estas “ciencias” los contrarrevolucionarios cubanos Félix Ramos, Eduardo González y el capitán puertorriqueño Margarito Cruz, todos ellos agentes de la CIA.

A comienzos de agosto, los “rangers” instruidos por Pappi fueron distribuidos en la zona de operaciones del grupo guerrillero del Che. Otros cubanos contrarrevolucionarios a sueldo de la CIA en Bolivia fueron enviados al Estado Mayor de la cuarta división, acampada en Camiri, donde asumieron el control de toda la labor de espionaje. Ellos interrogaron personalmente a Debray y a los otros detenidos, sospechados de estar en contacto con los guerrilleros, instruían a los informantes y se dedicaban a otros asuntos. Joaquín Centeno Araya, jefe de inteligencia de la cuarta división del ejército, declaró el 13 de julio de 1968 al tribunal que juzgaba a Antonio Arguedas: “En todas las acciones contra los guerrilleros, nosotros colaboramos cumplidamente con Félix Ramos y Eduardo González, ya que sabíamos que servían a Estados Unidos, país que es nuestro aliado en la lucha antiguerrillera”.

El teniente coronel Andrés Selich Chop, jefe del tercer batallón de “rangers”, que participó en el último combate contra el Che, declaró en el mismo juicio que “el Grupo de Inteligencia de la CIA destinado en la zona de operaciones ha realizado un importante trabajo que quiero destacarlo en razón de haber facilitado fotografías originales de los guerrilleros existentes en la zona, así como sus descripciones completas que nos han permitido conocerlos con anterioridad a su caída”.

Moisés Vásquez, oficial del servicio de inteligencia boliviano, declaró en el juicio, por su parte, que “todo el proceso de información que realizaban en el Ministerio de Gobierno, primero iba a la Embajada Americana antes de llegar al Departamento de Inteligencia del Ejército, por intermedio del capitán Hugo Murray del Servicio de Inteligencia de Estados Unidos, proporcionado por sus agentes que trabajaban en el Ministerio de Gobierno...”

El teniente coronel Roberto Quintanilla, jefe de la sección de inteligencia del Ministerio de Gobierno, confirmó a su vez que Ramos, González y otros agentes de la CIA transmitían la información “a su embajada, prescindiendo del mismo ministro, sobre todo con referencia al reclutamiento de informantes, que lo hacían por su cuenta, ocultándolo a nosotros mismos”.

Sin embargo, sería ingenuo considerar que esa actividad tan descarada de los agentes de la CIA en Bolivia habría comenzado sólo debido a las operaciones guerrilleras del Che. Según lo reconoció públicamente Antonio Arguedas, la CIA había abarcado Bolivia con sus tentáculos ya en 1957, o sea, dos años antes del triunfo de la revolución cubana y diez años antes de que comenzaran las acciones guerrilleras en ese país.

El combate contra el Che y sus guerrilleros en la quebrada del Yuro, el 8 de octubre de 1967, fue librado por unidades de “rangers”, adiestradas y dirigidas por el agente de la CIA John Shelton y por los contrarrevolucionarios cubanos, que actuaban a sus órdenes.

El 29 de septiembre, las agencias norteamericanas comunicaron desde Camiri que las tropas bolivianas habían descubierto el destacamento del Che en una quebrada, a 128 kilómetros al noroeste de esa ciudad, y que hacia allí se enviaban de Santa Cruz las unidades de “rangers”.

Los norteamericanos estaban tan seguros de que sus secuaces lograrían esa vez acabar con su enemigo mortal, que el 7 de octubre el *New York Times* publicó un artículo titulado *La última batalla del Che Guevara*, anunciando a tambor batiente su caída inminente.

El 8 de octubre, el sargento Huinca capturó al Che y a Willy, y dio parte de ello a Garry Prado,

comandante del destacamento de “rangers” que actuaba en la quebrada del Yuro. Eran los primeros prisioneros (el Chino fue apresado horas más tarde), y Prado, naturalmente, se apresuró a verlos. En uno de los heridos reconoció de inmediato al Che; más tarde confesó a los periodistas que su sorpresa había sido tan grande, que casi se desmaya. Prado se comunicó en seguida por radio con el comandante en jefe Centeno, a quien transmitió la frase cifrada: “500 cansada”, que quería decir: “El Che capturado”.

Acto seguido, el Che y Willy fueron conducidos a Higuera bajo rigurosa custodia. El Che iba renqueando y apoyándose en dos soldados; Willy, con las manos atadas a la espalda. A Higuera llegaron de noche, y los llevaron a una pequeña casa de dos habitaciones, que hacía las veces de escuela. En un cuarto metieron al Che, atándole previamente las manos, y en el otro a Willy. Horas más tarde, el enfermero militar Fernando Sanco lavó y desinfectó la herida del Che en la pierna.

Los helicópteros que aterrizaron en Higuera al amanecer traían a importantes personajes. Los primeros, en orden de aparición, fueron el coronel Andrés Selich y el coronel del servicio de inteligencia Miguel Anoro; luego el coronel Centeno, el general Ovando, comandante en jefe del ejército, el contralmirante Ugarteche, el “doctor” González y otros agentes de la CIA. Todos pasaron a la habitación donde se encontraba el Che y trataron de hablar con él.

No sabemos en forma fidedigna qué dijo a sus enemigos el Che en esas últimas horas de su vida.

Conversó con Julia Cortés, maestra de la escuela, una mujer de 22 años. Le relató el desarrollo de la enseñanza en Cuba. Ni siquiera en la hora de la muerte el Che olvidó de hacer propaganda revolucionaria.

El “doctor” González quiso interrogarlo, pero el Che guardaba silencio. “¿En qué piensa?” -interrogó su enemigo. Respondió que pensaba en la inmortalidad de la revolución.

Quizá éstas fueran sus últimas palabras.

Toda la mañana, Ovando y otros altos funcionarios deliberaron por radio con Barrientos, en tanto que González y otros agentes de la CIA, con la embajada norteamericana.

González se jactó por radioteléfono a su jefe, el mayor Ralf W. Shelton:

- Pappi, lo tengo en mis manos.

Sí, en efecto, estaba en manos de sus enemigos jurados.

A mediodía todos abandonaron Higuera -excepto Selich y Anoro- y partieron para Vallegrande, llevándose los documentos de la mochila del Che, incluido su célebre *Diario*.

Para entonces, en la habitación donde habían recluido a Willy, ya se encontraba el Chino.

Cerca de la una y media del 9 de octubre de 1967 los “rangers” ultimaron con fusiles automáticos a Willy y al Chino. Willy tuvo tiempo de gritar antes de morir: “Estoy orgulloso, ¡muero junto con el Che!”

Acto seguido, el teniente Mario Terán irrumpió en el cuarto del Che y le disparó a quemarropa...

La causa inmortal de la revolución.

Mi derrota no significa que no se pueda triunfar. Muchos han sido derrotados tratando de alcanzar la cumbre del Everest y, finalmente, el Everest fue vencido.

Ernesto Che Guevara.

Los enemigos mataron al Che. ¿Por qué se apresuraron a matado?

Al asesinar pérfidamente a un prisionero herido y atado, sus adversarios no sólo querían saciar la sed de venganza que los asfixiaba. El asesinato del Che no fue simplemente un crimen común, sino además un crimen político, pues el Che vivo, inclusive prisionero, inclusive encadenado y cubierto de heridas, representaba todavía un enorme peligro para sus enemigos.

Difícilmente Barrientos hubiera podido permanecer en el poder luego de escuchar las filípicas acusatorias del Che. No menos peligroso para él y sus protectores de Washington hubiera sido mantener al Che en la cárcel sin juzgado. Todo el mundo alzaría su voz en defensa del Che, y mientras lo tuvieran preso, no podrían conciliar el sueño los “gorilas” de La Paz ni los de otros países de América Latina, como tampoco sus domadores yanquis. Sólo con la muerte del Che confiaban encontrar sosiego y seguridad en sí mismos.

Al asesinarlo, creían que su crimen repugnante no sería descubierto.

Ese mismo día, el 9 de octubre, cuando el cadáver todavía tibio del Che fue llevado en helicóptero a Vallegrande y entregado al hospital local para que los médicos certificaran su muerte, los representantes del mando boliviano declararon a los periodistas que el Che murió en la batalla de la quebrada del Yuro.

Sin embargo, los propios periodistas ayudaron a denunciar esa mentira. Ellos recordaron, que Ovando, antes de hacer correr esa falsa versión, se jactó de que el Che, al verse prisionero, habría declarado: “He sufrido una derrota”. Sin embargo, tanto los médicos que examinaron su cadáver en Vallegrande, así como los periodistas; a quienes se concedió el mismo derecho, y las fotografías dieron testimonio irrefutable de que en el cuerpo, del Che había 9 heridas de bala, de las cuales dos, por lo menos, eran mortales: una en el corazón y otra en el cuello. De lo cual se desprendería que, si el Che hubiera recibido esas heridas en el combate, no

habría podido hacer la declaración que le atribuía Ovando; y, por el contrario, sí la había hecho, entonces lo habían asesinado.

Los periodistas hallaron a decenas de testigos, quienes confirmaron que el Che había sido conducido a Higuera vivo, que allí trataron de interrogarlo, que había conversado con la maestra y, por último, que lo había ultimado Mario Terán. Nadie ponía en tela de juicio que Willy y el Chino habían sido realmente asesinados en la habitación contigua a la del Che, aunque por aquel entonces la prensa casi no hablaba de ellos.

Ante esos hechos, los periodistas comenzaron a hacer preguntas “indiscretas” a los representantes de las autoridades bolivianas; éstas no podían atar cabos, y con cada “aclaración” y “desmentido” se enredaban más y más.

El presidente Barrientos, a quien todos señalaban como al responsable principal -entre los bolivianos- del asesinato del Che, se vio obligado a responder a las acusaciones que se le hacían; declarando al corresponsal del *Washington Post* que los captores del Che no pidieron instrucciones a La Paz ni recibieron del gobierno la orden de matarlo. No había necesidad de ello, afirmaba. Las unidades militares ya habían recibido la orden de no tomar prisioneros, pues con harta frecuencia los guerrilleros prometían entregarse prisioneros y luego recibían a tiros a los soldados. Él personalmente -decía Barrientos- hubiera preferido tenerlo prisionero, para destruir el mito del Che. Y como soy presidente -añadía- y tengo el deber de buscar medios para ayudar a Bolivia, hubiese examinado cualquier proposición de entregarlo vivo a Fidel Castro o a cualquier otro por 20 millones de dólares, por ejemplo.

En esa declaración cobarde y vergonzosa no había una palabra de verdad.

Al hacerse evidente que era cada vez más difícil ocultar a la opinión pública mundial el asesinato del Che, las autoridades bolivianas cometieron otro delito: escondieron su cadáver.

El 10 de octubre, el cadáver del Che desapareció de Vallegrande. Por unas declaraciones hechas por Barrientos y Ovando, había sido inhumado en un lugar de Bolivia que sólo ellos conocían; por otras declaraciones de ellos mismos, el cadáver del Che había sido incinerado, y las cenizas enterradas. También corrían rumores de que el cadáver del Che había sido entregado a la CIA, y que sus agentes lo habían llevado a la zona norteamericana del Canal de Panamá²³.

²³ Temiendo que la escuelita en que había sido ultimado el Che y sus compañeros Willy y el Chino se convirtiera en lugar de peregrinación, fue destruida por orden de Barrientos, construyéndose allí mismo otra choza tan miserable como aquélla, pero con el rótulo de “puesto

Sólo pudo establecerse lo siguiente: antes de deshacerse del cuerpo del Che, los verdugos sacaron una mascarilla de su rostro y le amputaron las manos, colocándolas en alcohol. Necesitaban pruebas de que su víctima era realmente el Che. Temían que los pueblos no creyeran que esos enanos habían podido vencer a un gigante de tal magnitud.

Mas sus temores eran infundados. No se dudaba que el Che había perecido, que ya no estaba vivo. Y, fuera de Bolivia, fue Fidel Castro uno de los primeros en reconocerlo.

Desde el 10 de octubre, la prensa cubana publicaba día tras día detalladas informaciones acerca de los trágicos acontecimientos de Bolivia, incluidos diferentes pormenores y versiones concernientes a la muerte del Che. Y aunque esas noticias se daban sin comentarios, el pueblo comprendía la terrible verdad que traían implícitas.

Fidel Castro confirmó la noticia el 15 de octubre, al hablar por la radio y la televisión. El líder de la revolución cubana hizo una detallada exposición de las circunstancias, de la muerte del Che y denunció a sus asesinos, que trataban desesperadamente de borrar las huellas del propio crimen. Fidel Castro concluyó leyendo el decreto del Consejo de Ministros de Cuba, en el cual se remarcaban los méritos del Che en la lucha del pueblo cubano y de los pueblos de América Latina por su liberación del yugo imperialista. Se declaró duelo por 30 días y se proclamó el 8 de octubre el “Día del guerrillero heroico”.

El 18 de octubre, a las ocho de la tarde, en la Plaza de la Revolución de La Habana, donde el pueblo había aplaudido tantas veces al Che, se realizó el homenaje a la memoria del guerrillero desaparecido. Miles de habitantes de la capital escucharon en profundo silencio las palabras de Fidel Castro. Habló de las heroicas hazañas y de la trágica desaparición de quien había vivido, luchado y entregado la vida por la libertad y la dicha de los pueblos de América Latina...

La muerte del Che conmovió a los trabajadores de todos los países. En continuo torrente llegaba a La Habana el pésame de los partidos comunistas y de otras organizaciones progresistas, de figuras del movimiento obrero internacional del mundo entero.

El 17 de octubre de 1967, el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética envió al Comité Central del Partido Comunista de Cuba, a nombre del compañero Fidel Castro, el siguiente telegrama:

“Los comunistas de la Unión Soviética recibieron con profunda aflicción la noticia de la heroica muerte del compañero Ernesto Che Guevara.

sanitario”. Después de la muerte de Barrientos, fue nuevamente convertida en escuela.

El compañero Che Guevara pereció por la magna causa de la emancipación de los pueblos de la opresión y la explotación. Estará por siempre en nuestro recuerdo como valeroso revolucionario, como hombre de alta pureza espiritual y singular abnegación”.

El 18 de octubre, este cable fue publicado en el periódico *Pravda*, junto a una nota necrológica sobre Ernesto Che Guevara, suscrita por Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, y por otros miembros del Buró Político del CC del PCUS.

La muerte del Che provocó en América Latina una ola de indignación y de ira contra el imperialismo de los EE.UU. y sus lacayos bolivianos, y un sentimiento tan hondo de solidaridad con la proeza del Che, que -por su tensión y emotividad- sólo podría compararse, tal vez, con la ola de solidaridad que abarcó el continente al triunfar la revolución cubana en 1959.

Es significativo que inclusive muchos periódicos burgueses de EE.UU. y de América Latina escribieran en esos días que el asesinato del Che no resolvía nada, pues, mientras los pueblos latinoamericanos vivieran en la miseria, serían inevitables las nuevas conmociones sociales, así como el surgimiento de movimientos revolucionarios más poderosos aún que el dirigido por Ernesto Che Guevara, baleado en una anónima escuela rural de Higuera.

Nos queda todavía por narrar algunos hechos concernientes a la estancia del Che en Bolivia y, en particular, a las circunstancias de su muerte.

Cuando pereció el Che, en Camiri continuaba aún el proceso de Debray, Bustos y otros participantes de las guerrillas. Al morir el Che, las autoridades bolivianas ya no tenían necesidad de prolongar esa farsa. El 17 de noviembre, el tribunal militar condenó a Debray y a Bustos a 30 años de reclusión carcelaria, los delatores también recibieron su “plazo”, lo que no les impidió verse rápidamente en libertad.

Debray y Bustos estuvieron encarcelados en Camiri hasta enero de 1971, fecha en que fueron amnistiados y deportados a Chile. Un mes más tarde, Debray llegó a Cuba. La prensa cubana anunció que Debray hablaría ante los periodistas y narraría sus peripecias bolivianas. Mas esa conferencia de prensa no se realizó. Poco más tarde regresó a Francia.

En julio de 1968 cundió en el mundo una noticia sensacional: Fidel Castro anunció en La Habana que la dirección cubana había recibido de Bolivia -de una persona amiga- una fotocopia del *Diario* de Ernesto Che Guevara, y que, comprobada su autenticidad, había resuelto publicarlo para su distribución gratuita. La dirección cubana había decidido, asimismo, entregar a las editoriales

extranjeras una copia del *Diario* para su publicación.

En La Paz, el presidente Barrientos trató de desmentir a Fidel Castro. Declaró que todas las fotocopias del *Diario* del Che se encontraban bajo su control personal y que Fidel Castro podía presentar una copia falsa del mismo, hecha con trozos, publicados en diferentes oportunidades por el gobierno boliviano.

El 3 de julio de 1968, Fidel Castro habló por la televisión de La Habana, mostrando las fotocopias del *Diario* del Che, así como otros documentos usurpados por las autoridades bolivianas cuando lo capturaron. El jefe del gobierno cubano denunció las indignas maquinaciones de los altos funcionarios bolivianos, que durante ocho meses trataron de vender a las editoriales extranjeras, por un millón de dólares, el *Diario* de su víctima.

No cabía la menor duda: el *Diario* del Che y todos los demás documentos de su mochila, guardados hasta entonces en las cajas fuertes del presidente de Bolivia y de la CIA en Washington, estaban en La Habana; los publicaría La Habana revolucionaria, y no Washington ni La Paz.

Días más tarde, el presidente Barrientos hubo de reconocer que La Habana disponía realmente de las fotocopias auténticas de los documentos del Che. ¿Quién los había transferido a Cuba? Sólo podía haberlo hecho un funcionario muy alto: eso no se ponía en tela de juicio. ¿Pero, quién?

La respuesta no se dejó esperar. El 19 de julio del mismo año huyó de Bolivia a Chile el ministro de Gobierno Antonio Arguedas, uno de los hombres de mayor confianza del presidente Barrientos. Arguedas declaró a los periodistas chilenos que durante varios años había sido agente de la CIA, que había tomado la decisión de romper con esta siniestra banda que teje un complot contra la humanidad y que con tal propósito él había enviado a La Habana los documentos del Che.

Lo que ocurrió a continuación se parecía a una película de detectives: Arguedas partió de Chile a Londres, de allí a Nueva York y luego a Lima. En todas partes hizo declaraciones de diferente índole, con frecuencia contradiciéndose. En Lima, sorpresivamente, anunció que retornaba a La Paz, dispuesto a comparecer ante los tribunales y responder de sus actos.

En efecto, Arguedas volvió a La Paz, donde fue preso. Lo juzgó el tribunal militar supremo, pero a puertas cerradas. Se supo que el tribunal se abstuvo de tomar decisiones y dejó a Arguedas en libertad.

Un año más tarde, unos desconocidos intentaron asesinarlo en La Paz, disparándole en pleno día con una ametralladora desde un coche que pasaba a toda velocidad. Arguedas fue herido, estuvo internado en el hospital y, al darse de alta, se refugió en la embajada mexicana.

En septiembre de 1969, las autoridades le autorizaron abandonar Bolivia; Arguedas partió con su familiar a México, y luego se trasladó a residir a La Habana.

Poco después de esos acontecimientos, 250 fotocopias de la causa judicial secreta de Arguedas llegaron al extranjero, y aparecieron extractos de las mismas en la prensa de distintos países de América Latina y de Europa. Más tarde, las actas del proceso aparecieron íntegras en el libro del periodista argentino Gregorio Selser: *La CIA en Bolivia*. Ya hemos citado algunos pasajes de esos actos. En sus declaraciones ante el tribunal, Arguedas denunció las acciones subversivas de la CIA y de sus agentes en Bolivia. Explicando su actitud, dijo al tribunal: “Abandoné el país porque en el ejercicio de mis funciones de ministro de Gobierno había captado objetivamente que nuestra Patria ha perdido en gran manera su soberanía nacional, los servicios norteamericanos son omnipotentes... Era víctima de persecución por parte del gobierno de los Estados Unidos”.

Arguedas reconoció haber enviado el *Diario* del Che a La Habana, sin gratificación alguna y por móviles patrióticos. “Por conversaciones con funcionarios norteamericanos -dijo Arguedas en el juicio- supe que el gobierno norteamericano tenía un gran interés en despertar una gran curiosidad por el contenido del diario de campaña del comandante Ernesto Guevara para luego presentar una versión falsificada o introducir importantes modificaciones en la versión original para justificar una agresión multilateral armada en contra de Cuba y grandes represiones nacionales en base a las provocaciones que se crearían al publicarse una edición falsa o alterada del indicado documento”.

Los documentos del proceso de Arguedas dan pie para reflexionar cuál era, en realidad, la fisonomía política de este personaje, no del todo corriente, del drama boliviano.

- ¿Es usted comunista? -le preguntaron los periodistas.

- Soy marxista-humanista...

- ¿Cuál es su opinión sobre Guevara?

- Es un héroe de América.

- ¿Conoció usted a Ernesto Che Guevara, los hermanos Peredo y cuáles eran las relaciones que mantenía con ellos?

- No tuve el honor de conocer al comandante Ernesto Guevara. Al comandante Inti Peredo lo conocía superficialmente. En cuanto al comandante Roberto Peredo (Coco), le tenía un gran aprecio personal, pero nunca mantuve con él relaciones de carácter político.

Con la publicación en La Habana del auténtico *Diario de campaña del Che* se vinieron abajo los planes de provocación de la CIA.

Mas Arguedas, quien dio pruebas de singular

valor personal en todos estos asuntos, pues hasta llegar a La Habana podría decirse que caminaba por el filo de un cuchillo, no sólo transmitió a los cubanos los documentos de la mochila del Che. He aquí lo que comunicó Fidel Castro en 1970, en el discurso pronunciado en el mitin con motivo del 26 de julio:

“Mencionábamos nosotros al doctor Arguedas que hizo llegar a nuestro país el *Diario* del Che. Hay algo más, que deseamos que el pueblo lo tome con, digamos, una cierta serenidad. Y es lo siguiente: también después del *Diario* el doctor Arguedas luchó y se esforzó por hacer llegar a nuestro país la mascarilla del Che, la mascarilla que le tomaron allí el día que lo asesinaron. Y además hizo llegar, conservó e hizo llegar a nuestro país las manos del Che.

Las manos del Che están perfectamente conservadas. Los técnicos cubanos hicieron un especial esfuerzo.

Se conocen bien las tradiciones de nuestro país. Nosotros enterramos a nuestros muertos, es una tradición. Cada pueblo tiene sus tradiciones. Maceo, Martí... Ha sido así, y siempre será. Pero nosotros nos preguntábamos: ¿qué hacer con las manos del Che?

Es su materia física, lo único que nos queda. No sabemos siquiera si algún día podremos encontrar sus restos. Pero tenemos sus manos prácticamente intactas.

Y es por eso que nosotros queremos preguntarle al pueblo cuál es su criterio (Gritos de: “Conservarlas”), qué debemos hacer con las manos del Che (Gritos de: “Conservarlas, ¡Conservarlas!”).

Entonces lo que nosotros queremos someter a la consideración de ustedes es este criterio: ya se ha tomado réplica de la mascarilla y podemos hacer muchas reproducciones de esa manera, y guardar la mascarilla original. Conservar... en una urna de cristal y colocar aquí en la estatua de Martí, en unos salones el día del aniversario de su muerte, mascarilla y manos. Las manos con que empuñó sus armas libertadoras, las manos con que escribió sus ideas brillantes, las manos con que trabajó en los cañaverales, y en los puertos y en las construcciones. Y hacer algo así como un Museo del Che, si se quiere un Museo provisional.

¡El Che no pertenece a nuestro país! ¡El Che pertenece a América! Y un día estas manos estarán donde los pueblos de América quieren, o quieran. Mientras, tanto, nuestro pueblo las conservará y nuestro pueblo velará por ellas...

Así pues, en el próximo aniversario de la caída del Che inauguraremos este recinto donde estará su mascarilla, estarán sus manos, y donde el pueblo puede libremente pasar y presenciarlas. Aunque confesamos que siempre será duro para cualquiera

cuando ese instante llegue. Sé que a muchos compañeros incluso la mera idea les ha impresionado, les ha hecho un fuerte efecto. Comprendo que también será el efecto similar el que ustedes habrán recibido.

Aquí al empezar el acto estaba Aleidita, y yo conversé con ella y se lo dije para que no la tomara por sorpresa. Un poco se enrojecieron los ojos, algunas lágrimas, pero dijo: “Sí, está bien”.

De manera que la compañera del Che lo sabía, el padre lo sabía, y sólo unos pocos lo sabíamos. Los niños no lo sabían.

De todas maneras, nosotros estaremos siempre extraordinariamente reconocidos al Dr. Arguedas por lo que hizo.

Asesinaron al Che, pero no pudieron impedir que su *Diario* llegara a Cuba. Trataron de hacer desaparecer su cuerpo, pero no pudieron impedir que sus manos llegaran a Cuba. Sacaron su mascarilla, nadie sabe para qué, pero nada pudo impedir que llegara al pueblo de Cuba.

Y fue la idea justa, la causa del Che, su dignidad y su grandeza, que hizo posible eso que parecía imposible: y es que un hombre que aparentemente estaba allí formando parte de aquel gobierno, contra el Che, se hubiera jugado la vida no una, sino varias veces, para salvar el *Diario* y hacer llegar el *Diario*; después, para salvar las manos y la mascarilla y hacemos llegar las manos y la mascarilla del Che”.

* * *

Considerando los acontecimientos acaecidos después de la muerte de Ernesto Che Guevara, uno recuerda el consejo dado por el autor del libro *Vientos de la revolución* Ted Shulz, quien instó a sus colegas no atenerse a las reglas de la razón o de la lógica cuando analicen la realidad de América Latina. Advirtió de no procurar predecir el curso de los acontecimientos, si no querían pasar por tontos: el escenario, explicó, está demasiado repleto de actores, que actúan con excesiva rapidez, movidos por resortes visibles y ocultos de una enorme fuerza.

En efecto, difícilmente el observador más experto de la escena política latinoamericana hubiera podido predecir, en los días del asesinato del Che, lo que ocurrió en ese continente poco tiempo después. Los acontecimientos se desarrollaron del siguiente modo:

La noche del 2 al 3 de octubre de 1968 tomó el poder en el Perú el alto mando del ejército, constituyendo un gobierno militar, encabezado por el general Juan Velasco Alvarado. La opinión pública progresista acogió al principio con desconfianza ese golpe militar, mas las nuevas autoridades militares no tardaron en demostrar que llegaron al poder no para defender los intereses de los terratenientes y los monopolios extranjeros. El gobierno del general Velasco Alvarado nacionalizó

en breve plazo la propiedad de la Internacional Petroleum Co. norteamericana, llevó a cabo una reforma agraria profunda, estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y con otros países socialistas.

Dos años más tarde, en Chile ganó las elecciones presidenciales el bloque de la Unidad Popular, que aglutinaba a todas las fuerzas revolucionarias progresistas del país. Salvador Allende, líder del bloque, fue elegido presidente de la nación. Por primera vez en un país latinoamericano las fuerzas revolucionarias habían llegado al poder por el camino electoral. La reacción, enfurecida por esa victoria incruenta, trató de provocar una guerra civil, asesinando al general Schneider, ministro de Guerra, y cometiendo otros crímenes. No obstante el gobierno de Salvador Allende, apoyándose en la unidad de las fuerzas democráticas, consolidó sus posiciones y emprendió el cumplimiento de las transformaciones trazadas: nacionalizó la riqueza principal del país - el cobre-, aceleró la reforma agraria, inició una política exterior independiente, restableciendo las relaciones diplomáticas con Cuba y con otros países socialistas.

Los acontecimientos del Perú y de Chile no pudieron por menos de hacer mella en Argentina, cuyo gobierno, presidido entonces por el general Lanusse, se pronunció -contrariamente a los planes del Pentágono- por la colaboración con el Perú y con Chile, sobre la base de la no intervención y el mutuo respeto de la soberanía.

En esos años, en Bolivia se desarrollaron acontecimientos no menos notables. El 27 de abril de 1969, el presidente Barrientos falleció en un accidente de aviación²⁴. Su puesto fue ocupado por el vicepresidente Siles Salinas. Cinco meses más tarde, el 26 de septiembre del mismo año, después del golpe militar de turno, fue proclamado presidente el general Alfredo Ovando Candia, quien ya no pudo gobernar el país con los métodos tradicionales de sus predecesores. Para mantenerse en el poder, se vio obligado a hablar de la defensa de los intereses nacionales y, además, a realizar algo concreto en este sentido.

Imitando a los generales peruanos, nacionalizó los bienes de la Bolivia Gulf Oil Co., filial del gran monopolio petrolero norteamericano Gulf Oil Corporation. También estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética e incluso trató de atribuir toda la responsabilidad por la muerte de

²⁴ En 1971, el gobierno de Juan José Torres instruyó causa contra el general Alfredo Ovando Candia, acusándolo del asesinato de Barrientos, mediante la organización del accidente en cuestión. Mas el juicio no se celebró, debido a que Ovando se encontraba en España y se negó a regresar a Bolivia para comparecer ante los tribunales.

Che Guevara al difunto Barrientos, afirmando que cuando el destino del Che se decidía en el gobierno boliviano, él -el general Ovando Candia- había votado en contra del asesinato del heroico guerrillero. Es más: Ovando Candia habló del aporte positivo hecho por Ernesto Che Guevara al desarrollo de la revolución boliviana. En una oportunidad dijo que Guevara había luchado con otros medios por el ideal de la gran patria latinoamericana, por la cual luchaba él mismo.

La conducta de Ovando provocó brusco descontento en la colina del Capitolio de Washington. En un informe confidencial de gobierno estadounidense al Comité del Senado para Asuntos Extranjeros, Ovando fue calificado como un oportunista sin ideología y sin convicciones políticas. Esas palabras llegaron a conocimiento del gobierno boliviano, que por medio de su ministro de Información acusó a los yanquis de subversión. El ministro Alberto Bailey dijo que los norteamericanos acusaban de comunismo a cualquier gobierno que defiende los intereses de su país contra los intereses de las grandes corporaciones imperialistas norteamericanas, que habían saqueado tantas riquezas a los países latinoamericanos, haciéndolos más pobres que nunca.

Aunque la actitud de Ovando causaba descontento en Washington, no le añadió amigos entre los bolivianos y, en particular, entre la oficialidad, cuyo apoyo contaba ganarse en primer término.

En el ejército, los agentes norteamericanos -especialmente los oficiales que habían participado en las operaciones antiguerrilleras- catalogaban a Ovando casi como a un traidor; por otra parte, para la oficialidad patriótica Ovando era hombre de confianza de Barrientos, y, por tanto, una figura odiosa, que tenía las manos manchadas con la sangre del Che.

Perdido el apoyo de unos y de otros, el 6 de octubre de 1970 Ovando fue derrocado. Durante cierto tiempo en el país reinó la confusión. Seis militares se declararon simultáneamente presidentes del país. Todo eso terminó cuando el general Juan José Torres, jefe del Estado Mayor General en el gobierno de Barrientos, asumió el poder presidencial en La Paz.

Torres promovió un programa progresista de reformas sociales, y contó con el apoyo de los mineros y los campesinos. Restituyó las libertades democráticas, puso en libertad a los presos políticos, inclusive a Debray. Mas tampoco él pudo mantenerse en el poder: en agosto de 1971 fue, a su vez, derrocado. Las fuerzas democráticas de Bolivia, dispersas, no pudieron oponer una resistencia eficaz a la reacción. Es notable que en esos días de pugna por el poder, el coronel Rubén

Sánchez, aquel mismo (entonces mayor) que los guerrilleros habían hecho prisionero en el combate del 10 de abril de 1967, se pronunció valiente y decididamente con el pueblo. Es de pensar que aquel episodio había desempeñado un papel positivo en la vida de este militar, quien pasó a ser uno de los colaboradores más cercanos de Juan José Torres.

En 1973 los militares fascistas en Chile lograron con ayuda de la CIA derribar al gobierno constitucional de Salvador Allende. Pero el proceso revolucionario en América Latina no se interrumpió con eso. Prácticamente ha sido roto el infame bloqueo de Cuba. La OEA atraviesa una crisis permanente, las fuerzas antiimperialistas a lo largo del continente consolidan sus posiciones.

El proceso revolucionario crece, se extiende; se agudizan las contradicciones entre los pueblos de América Latina y el imperialismo de EE.UU.; nuevas capas de la población se incorporan a la lucha antiimperialista. Algunos gobernantes, temerosos por su futuro, emprenden transformaciones superficiales; otros se adhieren a la revolución, con la esperanza de frenarla o de desviarla; los terceros se pronuncian contra el imperialismo por convicción patriótica. Inclusive algunos oficiales y representantes del clero comienzan a predicar la necesidad de modificaciones revolucionarias. Hoy en día ya muchos entienden que la revolución es inevitable, que está al orden del día, que la revolución se hará, quiéranlo o no sus enemigos.

¡No! No fue derramada en vano la sangre de Ernesto Che Guevara, ni la de sus compañeros de armas, ni la de todos los revolucionarios y comunistas. La revolución triunfa también, entre otras causas, porque desbrozan su camino y combaten por sus nobles e inmortales ideales revolucionarios de la pureza cristalina que caracterizó a Ernesto Che Guevara.

Los éxitos de la revolución latinoamericana debilitan sensiblemente las posiciones del imperialismo en el mundo. "El auge del movimiento revolucionario en el continente latinoamericano, en general, tiene enorme significación para el proceso revolucionario mundial. Las retaguardias del imperialismo norteamericano, al parecer seguras hasta hace muy poco tiempo, se convierten en un gigantesco foco de revolución antiimperialista. Al lado de los EE.UU. -ciudadela principal del imperialismo- se despliega un movimiento revolucionario de inmenso poderío. Estos cambios ejercen y, sin duda alguna, ejercerán gran influencia sobre la ulterior modificación de la correlación de las fuerzas mundiales a favor de la clase obrera internacional, a

favor del socialismo”²⁵.

* * *

La muerte del Che dio lugar a que aparecieran decenas y centenares de libros y de folletos en muchas lenguas del mundo. Le dedicaron versos, poemas, dramas, relatos, novelas, películas. Se sobrentiende que de no sólo escriben los amigos, sino también los enemigos. Luego de asesinarlo físicamente, los últimos querían exterminarlo políticamente, pues para ellos la imagen del Che revolucionario era tan peligrosa como fuera el Che vivo. ¡Qué no escribieron del Che esos venales escritorzuelos!... Lo presentaban como un superhéroe solitario, como una personalidad trágica, como un revolucionario suicida; otros lo hacían pasar por anarquista, trotskista, continuador de Mao Tse-tung, como lo hace, por ejemplo, Daniel James, que escribió por encargo de la CIA la biografía del Che.

A todas esas falsificaciones se les ve la hilacha. El Che odiaba la pose revolucionaria, los pseudo-héroes, a toda índole de sectarios, los señoritos pequeño-burgueses, a los ultras, a los trotskistas y provocadores de su misma calaña, a quienes amalgamaba, y amalgama, el odio hacia el comunismo y hacia la Unión Soviética. Por mucho que se esmeren los difamadores, no lograrán “apropiarse” de la lúcida imagen del Che, comunista, luchador y amigo de la Unión Soviética, tal como fue en realidad y como permanecerá en la memoria de todos los hombres progresistas del mundo.

* * *

Ya escritas las últimas líneas del libro, quise entrevistarme con Anastás Ivánovich Mikoyán, y recordar con él la Cuba revolucionaria y a sus dirigentes, a quienes él tiene en alta estima. Estaba persuadido de que Anastás Ivánovich podría narrar muchas cosas interesantes del Che Guevara, pues lo conocía muy bien.

El 25 de mayo de 1971 lo visité en su casa de campo, cerca de Moscú.

Paseábamos por los cuidados senderos del parque, al caer la tarde.

Transmití a Anastás Ivánovich los saludos de sus amigos cubanos Raúl Castro, Carlos Rafael Rodríguez y Antonio Núñez Jiménez, con quienes me había entrevistado en el reciente viaje a Cuba. A juzgar por sus réplicas, estaba al tanto de los acontecimientos en la Cuba revolucionaria. Sentía gran afecto por los cubanos, por sus dirigentes, comprendía sus asuntos, dificultades y adelantos. No era de extrañar, ya que Anastás Ivánovich había sido el primer estadista y dirigente del Partido

Comunista de la Unión Soviética que había visitado la Cuba revolucionaria en 1960, antes de restablecerse las relaciones diplomáticas entre nuestros países.

Le pedí que me hablara de sus primeras impresiones de Cuba.

- Llegamos a La Habana en avión el 4 de febrero de 1960, para asistir a la inauguración de la Exposición Soviética de adelantos de la ciencia, la técnica y la cultura -comenzó Anastás Ivánovich-. En el aeropuerto nos esperaban el primer ministro, compañero Fidel Castro, el compañero Ernesto Che Guevara, que entonces era director del Banco Nacional de Cuba, el ministro de Asuntos Extranjeros, compañero Raúl Roa, y otros líderes de la revolución cubana. En el aeropuerto se habían reunido muchos trabajadores. La acogida fue calurosa y cordial. En seguida me sentí entre amigos y correligionarios. La juventud de los dirigentes cubanos, su fervor revolucionario, su entusiasmo revolucionario, la extrema sinceridad, la fe en su causa, así como el entusiasmo y la fe en la causa de la revolución de las amplias capas del pueblo evidenciaban que la revolución cubana respondía a los anhelos y las esperanzas de las masas trabajadoras.

Se veía -era imposible no advertirlo-, que los dirigentes de la revolución cubana gozaban de gran prestigio y de enorme cariño entre las masas. El pueblo cubano experimentaba orgullo nacional por ser el primero que había hecho en América una auténtica revolución social y, además, en las mismas narices de la potencia imperialista más poderosa del mundo.

En los días de nuestra estancia, en Cuba la atmósfera era calurosa en el sentido directo y en el figurado. El gobierno revolucionario estaba realizando importantes y profundas transformaciones sociales y, ante todo, la reforma agraria. Esas transformaciones tropezaban con la exasperada resistencia de los explotadores y los representantes del capital extranjero. En el país se agudizaba la lucha de clases. Pero la mayoría absoluta de los trabajadores apoyaba la política progresista del gobierno revolucionario, su rumbo hacia el logro de la independencia económica y política total del país. Esa era la garantía de sus futuros éxitos.

- ¿Le recordaba a usted la Cuba revolucionaria de 1960 los primeros años de Poder soviético en Rusia?

- Sí, hasta cierto punto. Todas las revoluciones sociales verdaderas tienen mucho de común. Despiertan la energía y el entusiasmo de las masas trabajadoras, multiplican su decisión y voluntad de luchar. La revolución hace políticamente conscientes a las masas, capaces de sacrificarse, dispuestas a hazañas heroicas. Marx dijo que las

²⁵ B. Ponomariov, Secretario del CC del PCUS. *Problemas actuales de la teoría del proceso revolucionario mundial. Kommunist*, 1971, octubre, N° 15, pág. 62 (en ruso).

revoluciones sociales eran auténticas locomotoras de la historia. Y así es, en realidad. Pero, al mismo tiempo, las revoluciones tienen sus peculiaridades, su propio sello nacional, si se quiere. Las condiciones locales, la experiencia histórica del pueblo, su psicología, tradiciones, el grado de desarrollo económico y su dependencia del capital foráneo, el grado de conciencia de la clase obrera y de influencia que ejerce su vanguardia, así como muchas otras circunstancias hacen que cada revolución se diferencie de las otras por ciertas particularidades. Por otra parte, todas las revoluciones de tipo socialista tienen mucho de común: se hacen con la participación activa de las masas trabajadoras, socializan los medios de producción y la tierra, cambian el viejo aparato gubernamental, que oprimía a los trabajadores, por otro nuevo, que ejerce sus funciones a través de los trabajadores y en bien de ellos, cumple las transformaciones sociales.

El gran Lenin enseñaba que cada pueblo llegaría al socialismo por su propio camino, partiendo de su propia experiencia y de las condiciones históricas concretas. Lenin decía que la experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre tiene trascendencia histórica universal, pero prevenía, al mismo tiempo, contra la copia mecánica de esa experiencia. En el fondo, ninguna revolución verdaderamente popular copia ciegamente la experiencia de otras revoluciones. Cada revolución actúa, en primer término, partiendo de sus propias condiciones. Esto tanto se refiere a la Gran Revolución Socialista de Octubre como a la revolución cubana, y a muchas otras revoluciones. Las revoluciones son como los hijos de una familia, cada uno posee su individualidad, sus rasgos propios, que la distinguen de los hermanos y hermanas. Sin embargo, entre ellas hay mucho de común, mucho similar, mucho afín: es lo que las emparenta y cohesiona en una sola familia.

En esto reside la fuerza de la revolución. Si las revoluciones se desarrollaran en cada país ajustándose al mismo esquema, a los capitalistas les sería relativamente fácil combatirlos. Mas la historia no solamente es sabia, sino también astuta: a veces la revolución aparece en tales vestiduras que los explotadores necesitan tiempo para reconocer su verdadero rostro, y, cuando lo reconocen, ya no pueden cambiar el curso de los acontecimientos, pues la revolución ya triunfó y se convirtió en un proceso irreversible.

Ocurre también que la propia revolución necesita cierto tiempo para tomar conciencia de sí misma, para seguir el camino correcto que lleva a la victoria, al socialismo. Suele ocurrir que en algún sector del proceso revolucionario mundial la práctica revolucionaria aventaja a la teoría revolucionaria. ¿Eso está bien o está mal? Marx

decía que cada paso del verdadero movimiento es más importante que una docena de programas. La revolución cubana confirma estas notorias verdades marxistas.

- Usted, naturalmente, tuvo entrevistas con el Che. Dígame, Anastás Ivánovich, ¿qué recuerdos le han quedado, qué puede decir del Che como hombre, como estadista, como revolucionario?

- Che Guevara llamaba la atención inclusive por su aspecto. Era un hombre esbelto, elegante a su modo, parecía bastante robusto. Tenía expresión varonil y noble al mismo tiempo. Su sonrisa era muy atractiva. Conversando con él, uno veía a un hombre erudito, culto y leído. Pero todas estas cualidades, juntas, no lo convertían aún en una eximia personalidad. En él lo principal no era, por supuesto, su aspecto exterior ni su erudición, sino que fuera un revolucionario de acero, yo diría indoblegable, en sus convicciones de comunista. Era abnegadamente fiel a la causa de la revolución y la emancipación de los trabajadores de todo tipo de opresión, de la miseria y demás lacras del capitalismo y el imperialismo. Un revolucionario hasta la médula: así fue Che Guevara. Su dedicación principal, su felicidad, su supremo ideal era entregarse íntegro al servicio de la revolución. Eran innatos en él el sentimiento del deber revolucionario, de la dignidad revolucionaria, por eso las dificultades y los peligros no le asustaban, sino, por el contrario, le atraían. Intrépido, siempre dispuesto a entregar la vida por sus ideas. Le eran ajenas cualquier pose, jactancia, ostentación, fanfarronería o charlatanería. Todas sus palabras, gestos, actos y acciones estaban impregnados de sinceridad, modestia y sencillez.

Se percibía que ese intelectual, ese "hombre de letras" no era un funcionario de gabinete ni un erudito solitario. Le atraían la lucha, los choques violentos, las hazañas audaces. Pero no se trataba de un Quijote, que soñara batirse con los molinos de viento, con enemigos imaginarios. Su enemigo era demasiado concreto: el imperialismo. Che Guevara estimaba que combatir contra ese enemigo era un honor revolucionario, un deber revolucionario.

¿Que si era romántico el Che? Desde luego que sí. Pero era un romántico revolucionario. Recordemos las palabras de Lenin: "De suyo se comprende que no podemos prescindir del romanticismo. Mejor exceso que insuficiencia de él. Siempre hemos simpatizado con los románticos revolucionarios, incluso cuando no estábamos de acuerdo con ellos".

El Che y yo hemos conversado mucho, con frecuencia discutíamos. Se distinguía por la impaciencia, por su modo rectilíneo, por su fe en la fuerza milagrosa de las acciones revolucionarias y su lealtad sin tacha en la lucha. Hasta cierto punto,

todos los revolucionarios pecan de ello, especialmente los jóvenes. La sensatez en los juicios a muchos de nosotros nos llega sólo con la experiencia de la vida, a través de los éxitos y los fracasos; sólo con la experiencia de la vida se disciplina la pasión revolucionaria, se entiende que la lucha se compone tanto de avances, como de pausas que permiten acumular y recoger las fuerzas necesarias para volver a lanzarse al combate. Dan testimonio de ello la experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, de nuestro Estado soviético, y también la experiencia del movimiento comunista internacional.

Hablando con Che Guevara, tocamos este tema. En muchas cosas estaba de acuerdo conmigo, mas en otras se atenía a un criterio totalmente contrario. Cierta vez incluso le dije, en broma, que le cuadraba muy bien el nombre de "Che", que en armenio significa "no", y él se rió de buena gana. Era difícil hacer cambiar de opinión a Che Guevara, como, por lo demás, también a mí. Sólo la vida y sólo el propio desarrollo del proceso revolucionario podía introducir las enmiendas pertinentes en nuestras discusiones y demostrar en qué se equivocaba él y en qué me equivocaba yo. Pero se trataba de discusiones entre dos compañeros, y no entre dos adversarios. Los dos éramos comunistas, y eso determinaba el respeto que nos sentíamos, así como la amistad que nos unía.

Quisiera decir algo sobre la impresión que me causaron las relaciones entre Fidel Castro y Che Guevara. Muchas veces estuvimos juntos, a veces sólo los tres y el intérprete. Por eso tuve oportunidad de advertir una amistad especial entre ambos, penetrada de absoluta confianza y comprensión. Estos dos revolucionarios cubanos poseían un carácter visiblemente distinto. Pero Fidel, apasionado, ferviente, con su vivo entusiasmo, y el Che, al parecer sereno y calmado, se entendían a la perfección y se apreciaban quizá precisamente por esas cualidades que los diferenciaban.

No vi a Fidel Castro después de la muerte del Che, pero tuve entrevistas con su hermano Raúl cuando vino a Moscú, y sé con cuánto dolor sufren esa pérdida, que yo totalmente comparto.

- ¿Qué puede decir del *Diario de Bolivia*?

- Cuando lo leía, pensaba que estaba escrito con la sangre de ese noble revolucionario.

Con enorme pesar leí las últimas páginas del *Diario*, y me imaginaba los últimos días del Che. ¡Qué pocas palabras en esas páginas! ¡Cuánto dramatismo de los combates revolucionarios! Despiertan infinito respeto su valentía, firmeza, su disposición a luchar hasta el fin, como lo testimonia el *Diario*. Esto define con mayor brillantez aún su personalidad de luchador indoblegable, que no dejó de serlo a pesar de la derrota, pues se trataba de la

derrota del destacamento guerrillero en el cual él cifraba grandes esperanzas. Hombres como el Che no perecen inútilmente. Permanecen en las filas después de su muerte y continúan inspirando con su vida a nuevos y nuevos combatientes por el comunismo, por la emancipación de la humanidad de la explotación y la opresión. La luminosa imagen del comunista Ernesto Che Guevara vivirá eternamente en la memoria de los pueblos, en el corazón de sus amigos y compañeros de lucha y de todos aquellos que le conocieron.

Anastás Ivánovich guardó silencio. Hacía tiempo que nos envolvía la bruma vespertina. Paseamos un rato por el parque, en silencio, y entramos en la casa.

Anastás Ivánovich me invitó a pasar a la habitación. Conversamos de otros temas. Llegó la hora de agradecer al dueño de la casa su cordialidad y hospitalidad. Al despedirme, vi una fotografía en la pared: nos miraba sonriente el joven Che. Estaba rodeado de macheteros, que sujetaban bien alto una bandera roja donde estaba escrito:

“¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”

Breves datos sobre la vida y la actividad de Ernesto Che Guevara.

1928	El 14 de junio nace en Rosario, Argentina, Ernesto Guevara, primogénito de Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna.
1946-1953	Estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.
1950	Marinero en un barco petrolero, viaja a Trinidad y a la Guayana Británica.
1951 (febrero) - 1952 (agosto)	Viaja con Alberto Granados por los países latinoamericanos: visita Perú, Colombia y Venezuela, de donde regresa en avión, vía Miami (EE.UU.) a Buenos Aires. 1953 Se gradúa en la Universidad, recibe el diploma de médico. 1953-1954. Realiza el segundo viaje por los países de América Latina. Visita Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, El Salvador. En Guatemala participa en la defensa del Gobierno del presidente Arbenz, después de cuya derrota reside en México.
1954-1956	Trabaja en México de médico en la Sala de Alergia del Hospital Central.
1956 (enero-mayo)	Conoce a Fidel Castro y se incorpora a su destacamento revolucionario; participa en los preparativos de la expedición del

- “Granma”.
- 1956 (junio-agosto) Es encarcelado en la ciudad de México por pertenecer al grupo de Fidel Castro. El 25 de noviembre sale del puerto de Tuxpán en el yate “Granma”, entre los 82 rebeldes encabezados por Fidel Castro. “Granma” llega a Cuba el 2 de diciembre.
- 1956-1959 Participa en la guerra revolucionaria contra Batista en Cuba; es dos veces herido en los combates.
- 1957 (27-28 de mayo) Combate de Uvero. El 5 de junio es designado comandante de la Cuarta columna.
- 1958 (21 de agosto) Recibe la orden de trasladarse a la provincia de Las Villas, al frente de la Octava columna “Ciro Redondo”. El 16 de octubre la columna llega a las montañas del Escambray. Del 28 al 31 de diciembre dirige la batalla de Santa Clara.
- 1959 (1º de enero) Liberación de Santa Clara. 2 de enero. La columna del Che entra en La Habana y ocupa la fortaleza de La Cabaña. 9 de febrero. Es declarado ciudadano cubano por nacimiento. 3 de junio. Contrae matrimonio con Aleida March. 12 de junio-5 de septiembre. Viaja en misión del gobierno cubano a Egipto, Sudán, Pakistán, India, Birmania, Indonesia, Ceilán, Japón, Marruecos, Yugoslavia, España. 7 de octubre. Jefe del Departamento de Industrias del INRA. 26 de noviembre. Presidente del Banco Nacional.
- 1960 (5 de febrero) Participa en La Habana en la inauguración de la Exposición Soviética de Adelantos de la ciencia, la técnica y la cultura; por primera vez se entrevista con A. I. Mikoyán. En mayo aparece en La Habana el libro del Che *La guerra de guerrillas*. 22 de octubre-9 de diciembre. Al frente de la misión económica de Cuba visita la Unión Soviética, Checoslovaquia, la RDA, la RPCh, la RDPC.
- 1961 (23 de febrero) Es designado ministro de Industrias y miembro del Consejo Central de Planificación, que poco más tarde pasa a dirigir simultáneamente. 17 de abril. Invasión de los mercenarios a Playa Girón. Manda las tropas en Pinar del Río. 2 de junio. Firma un acuerdo económico con la URSS. 24 de junio. Se entrevista en La Habana con Yuri Gagarin. En agosto representa a Cuba en la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en Punta del Este (Uruguay), en la cual denuncia el carácter imperialista de la Alianza para el Progreso. Visita Argentina y Brasil, entrevistando a los presidentes Frondizi y Quadros.
- 1962 (8 de marzo) Miembro de la Dirección Nacional de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y el 2 de marzo, miembro del Secretariado y de la Comisión Económica de ORI. 15 de abril. Habla en La Habana en el Consejo Nacional de la CTC, llamando a desplegar la emulación socialista. 27 de agosto-3 de septiembre. Se encuentra en Moscú al frente de la delegación gubernamental y partidaria. Visita Checoslovaquia. En la segunda mitad de octubre y principios de noviembre está al frente de las tropas en Pinar del Río.
- 1963 (mayo) Con motivo de la transformación de ORI en Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba, es designado miembro de su Comité Central, del Buró Político del CC y del Secretariado. Julio. Asiste en Argelia, encabezando la delegación gubernamental cubana, a los festejos del primer aniversario de la independencia de esta república.
- 1964 (16 de enero) Firma el protocolo cubano-soviético de ayuda técnica. 20 de marzo-13 de abril. Preside la delegación cubana a la Conferencia de la ONU para el Comercio y el Desarrollo en Ginebra Suiza). 15-17 de abril. Visita Francia, Argelia y Checoslovaquia. 5-19 de noviembre. Se encuentra en la Unión Soviética al frente de la delegación cubana, en los festejos del 47 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. 11 de noviembre. Hace uso de la palabra en la Casa de la Amistad, en la Asamblea constituyente de la Sociedad de Amistad soviético-cubana. 9-17 de diciembre. Preside

- la delegación cubana en la Asamblea General de la ONU en Nueva York. Segunda mitad de diciembre. Visita Argelia.
- 1965 (enero-marzo) Visita la RPCh, Malí, Congo (Brazzaville), Guinea, Ghana, Dahomey, Tanzania, Egipto, Argelia, en la cual asiste al Seminario económico de solidaridad afroasiática. 14 de marzo. Regresa a La Habana. 15 de marzo. Su última intervención en público en Cuba: rinde cuentas del viaje al extranjero ante los colaboradores del Ministerio de Industrias. 1º de abril. Escribe las cartas de despedida a los padres, a los hijos, a Fidel Castro. 3 de octubre. Fidel Castro da lectura -en la reunión constituyente del Comité Central del Partido Comunista de Cuba- a la carta de despedida del Che.
- 1966 (15 de febrero) Envía una carta a su hija Hilda, felicitándola por su cumpleaños. 7 de noviembre. Llega al campamento guerrillero en el río Ñancahuazú (Bolivia).
- 1967 (23 de marzo) Comienzan las operaciones militares del grupo guerrillero (Ejército de Liberación Nacional de Bolivia), mandado por el Che (“Ramón”, “Fernando”). 17 de abril. En La Habana se publica el mensaje del Che a la Tricontinental. 20 de abril. Detención de Debray, Bustos y Roth por las autoridades bolivianas. 29 de julio. En La Habana se inaugura la Conferencia constituyente de la Organización Latinoamericana de Solidaridad. 31 de agosto. Perece el destacamento de Joaquín, en el cual estaba Tania. 8 de octubre. Combate en la quebrada del Yuro; Che, herido, es hecho prisionero. 9 de octubre. Los “rangers” asesinan al Che en el pueblo de Higuera. 15 de octubre. Fidel Castro confirma la muerte del Che en Bolivia.
- 1968 En junio aparece en La Habana la primera edición del *Diario del Che en Bolivia*.